

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, su tratamiento informático, ni su transmisión, sin el permiso previo y por escrito de la fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía.

Edita: Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía

Coordinación: Félix Sancha Soria

Estudios introductorios: José Juan de Paz

Juan Manuel Pérez López

Diseño de portada: Juan Manuel Pérez López

Foto de portada: Óleo de Manuel Vázquez del Águila

Fotografías:

Fundación Riotinto (Fotos de la Mina)

Manuel Aragón (Fotos de Lunar)

Malagueño (Fotos de Aroche)

Imprime: Imprenta Luque. Tlf. 957 764 080. Córdoba

© Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía

ISBN: 978-84-690-7034-5

Depósito legal: CO-1724-07

Propiedad del autor. Asegurada conforme a la Ley

A CIELO ABIERTO: DE RIOTINTO A NORTEAMÉRICA

Coordinación:
FÉLIX SANCHA SORIA

Estudios introductorios:
JOSÉ JUAN DE PAZ Y JUAN MANUEL PÉREZ LÓPEZ

FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS DE ANDALUCÍA
2007

ÍNDICE

Presentación	7
A Félix Lunar	9
Prólogo	11
Estudios introductorios	13
Félix Lunar y el movimiento obrero en Huelva (1908-1920)	15
Inicios del sindicalismo minero “Huelga de 1913”	75
A CIELO ABIERTO. DE RIOTINTO A NORTEAMÉRICA	87
Retrato del Autor	93
Palabras Preliminares	95
Salutación	97
I La infancia	99
II La adolescencia	115
III La juventud	127
IV La madurez	139
V La mina	161
VI La huelga	183

VII La lucha	195
VIII La cárcel	211
IX El destierro	233
Un juicio insólito. Palabras de un inglés	239
Félix Lunar, luchador	243
Índice	245
Texto de la portada de la edición original	247
Fotografías	251
El Aroche de Lunar	253
La cuenca minera de Lunar	255
Félix Lunar en California	263
Las ediciones del libro de Lunar	265

PRESENTACIÓN

A través de sus páginas “A cielo abierto” nos permite revivir las luchas obreras que se desarrollaron en la cuenca minera de Riotinto durante el siglo pasado. La dominación británica de las minas determinó que la clase obrera comenzara su organización sindical para demandar mejoras sociales y laborales.

Félix Lunar fue un testigo privilegiado de aquellos episodios, desempeñando un papel destacado en muchos de los acontecimientos que se sucedieron entonces. También refleja el libro interesantes detalles biográficos de algunos de los protagonistas de aquellos hechos, que este testigo de excepción rescata del olvido histórico. La sencillez y fuerza de su testimonio nos traslada a los difíciles tiempos del despertar del movimiento obrero y nos acerca a un pasado que enlaza con nuestras reivindicaciones presentes.

Se trata, en definitiva, de un viaje entrañable a una de las épocas más agitadas socialmente de nuestra historia contemporánea, en la que, como dice el propio Félix Lunar, “*Los trabajadores, de un salto, habíamos ganado la cumbre y estábamos dispuestos a pelear. No teníamos que perder, si no era nuestra miseria*”.

Hoy, por la lucha de Félix Lunar y de muchos como él, la *pelea* se ha convertido en el derecho de negociación, y gracias a él vamos avanzando en la conquista de más derechos. Eso sí, sin bajar la guardia y estando siempre al lado de los trabajadores y trabajadoras.

Transcurrido medio siglo desde su publicación inicial en México, en 1956, con esta nueva edición pretendemos evocar la figura de este onubense, Félix Lunar, que, como tantos otros compañeros, merece un lugar destacado en nuestra memoria colectiva.

Manuel Pastrana Casado
Presidente de la Fundación para el
Desarrollo de los Pueblos de Andalucía
Secretario General de UGT-A

A FÉLIX LUNAR

Muchas veces hemos leído y oído relatos que nos hablaban de la participación en la lucha sindical hacía la libertad de una clase inmersa en una esclavitud laboral y por tanto social.

¡Cuántas vidas sacrificadas en el intento!

Y aún así seguían en la batalla, su herramienta, era la palabra, ¡no hay que caer! era su lema, y no caían porque creían en nosotros los de ahora, y que algún día todos esos derechos fundamentales el sindicato podrían defenderlos, y así lo creemos. Hombres como tú Felix Lunar, han hecho posible lo que somos, tu sencillez y honestidad son los valores en los que creemos.

Esta tierra que te vio crecer que no morir, será siempre tuya porque con el relato de tu vida nos haces responsables de tu obra.

Nosotros los que tuvimos por cuna la mina de Riotinto y por bandera los mismo ideales que tu izastes, seguiremos en la contienda para que los trabajadores y trabajadoras de esta tierra vean realizado un futuro laboral lleno de esperanza.

Tu fiel seguidor
Jorge Puente Delgado
Secretario General de UGT - H

PRÓLOGO

A principios de la década de los noventa del siglo pasado un grupo de amigos integrados en la Asociación Cultural Senabra de Aroche nos conjuramos para reinsertar la figura de uno de nuestros paisanos más olvidados, Félix Lunar López. La existencia en la población de algún ejemplar de su obra "A cielo abierto, de Riotinto a Norteamérica", publicada en 1956 en Méjico, nos allanó el camino para colocar al hombre en su verdadera dimensión histórica. El éxito de la publicación fue tan rotundo que hicimos una nueva reedición a finales de aquella década en colaboración con "Gráficas Aroche". Para mi fue tan apasionante la vida de aquel luchador que llevé a cabo un trabajo de investigación que publicamos en la revista Aestuaría de la Diputación Provincial de Huelva.

Las difíciles condiciones de vida que se dieron en los inicios del siglo XX fueron el caldo de cultivo para que surgieran figuras como Lunar, que rebelándose contra la situación emprendieron una cruzada contra los poderes fácticos de aquella época tan controvertida de la historia de España. Su lucha se desarrolla en dos ámbitos, el aruccitano, donde nació, y el de la Cuenca Minera, al que decidió emigrar en busca de mejor fortuna. Mientras que en los campos arochenos tendrá su banco de pruebas organizando a los jornaleros o braceros contra las nocivas prácticas laborales de los terratenientes, en la Cuenca riotinteña las dificultades serán mayores al enfrentarse a una de la compañías mineras más poderosas del mundo, la Riotinto Company Limited.

La reedición, de nuevo, de la obra de Félix Lunar es de una gran oportunidad, sobre todo porque su ejemplo nos debe de servir en una sociedad donde la lucha de los trabajadores debe de continuar sin dar tregua a aquellos que quieren conculcar sus derechos amparados en justificaciones de ca-

pitalismo salvaje y esclavista. El libro, por tanto, es un verdadero homenaje a la lucha obrera y trata de desvelar los orígenes de la Unión General de Trabajadores en la provincia onubense.

Para comprender mejor aquellos movimientos de lucha social desarrollada en los campos y minas onubense casi hace un siglo se acompañan dos estudios de especialistas en el campo de la historia. Uno de ellos, el de José Juan de Paz ya figuraba en la primera reedición de los años noventa, aunque ahora ha sido corregido y ampliado. También nos ha parecido interesante el trabajo del archivero de la Fundación Riotinto Juan Manuel Pérez López que habla de los inicios del sindicalismo minero, en concreto de la huelga minera de 1913. No podemos olvidar tampoco el trabajo desinteresado llevado a cabo por Sebastián Díaz Carlos, que pacientemente ha ido corrigiendo los errores que había en las anteriores ediciones.

Completan la obra algunos testimonios gráficos, los cuales se los tenemos que agradecer a nuestro amigo M. Aragón, el fotógrafo de Nerva, y a Malagueño, fotógrafo archeno de principios del siglo XX. Claro que nada de esto hubiera sido posible sin el concurso de nuestro sindicato, la Unión General de Trabajadores, y especialmente de su Secretario Provincial en Huelva, Jorge Puente, que siempre creyó en el proyecto.

Félix Sancha Soria
Coordinador de la obra

ESTUDIOS
INTRODUCTORIOS

FÉLIX LUNAR Y EL MOVIMIENTO OBRERO EN HUELVA (1908-1920)

José Juan de Paz Sánchez

Cuando en 1908 Félix Lunar (FL), según sus propias palabras, llega a la cuenca minera de Riotinto, la Rio Tinto Company Limited (R.T.C.L.) había comenzado desde el año anterior el desmonte de Corta Atalaya, “la mayor y más ambiciosa explotación a cielo abierto conocida hasta entonces en España”. Estas labores llegaron a suponer una cantidad tal de trabajo que atraería a un flujo de mano de obra que llegaba de todas partes del país, pero sobre todo de las deprimidas zonas de la sierra onubense, como era el caso de FL. La misma plantilla de la empresa aumenta entre 1906 y 1908 en un 25'6 %, pasando de 13.108 empleados en 1906 a 16.465 en 1908¹.

Aunque Félix Lunar nos indica la fecha exacta de su llegada a la zona de Minas de Riotinto, podemos suponer que lo hace después de la época de siega, es decir en pleno verano. Naturalmente su ingreso en la R.T.C.L. siguió los cauces ordinarios, pues entra a trabajar en Corta Pueblo², dentro de la cuadrilla de uno de los muchos contratistas que ejecutaban determinados trabajos para la compañía, bien relacionados con las labores extractivas, bien en las tareas de creación y mantenimiento de la gran infraestructura necesaria para aquella enorme explotación minera. Este era el paso previo

1 GILVARON: “Minería y migraciones. Riotinto 1873-1973, Córdoba 1984, p. 26.

2 Las cortas son explotaciones a cielo abierto en las que en grandes áreas se obtiene el mineral y desde donde se traslada a lugares cercanos para su transformación.

para, pasado un tiempo, formar parte de la plantilla, al quedar inscrito en el "Ordinary Play Roll" (Nómina Ordinaria), lo que aseguraba un puesto de trabajo para mucho tiempo.

Efectivamente, Félix entra en la Corta del Pueblo, concretamente en el banco de S. Pedro, a finales de 1907, con un jornal de once reales. Decimos en 1907, no en 1908 como aparece en su obra, y esto es así por dos razones: primeramente porque él mismo nos indica que sale de su casa el 3 de mayo de 1907, pasa unas semanas en Calañas, donde trabaja durante la temporada de la siega con un jornal de dos pesetas al día más la comida. Suponemos que terminada la siega es cuando aparece por Riotinto, donde trabaja igualmente en labores agrícolas, hasta que por mediación de un pariente entra a formar parte de la cuadrilla de uno de los contratistas. Ocho días después entra en la Compañía. En segundo lugar porque cita como Director a Mr. Palmer, a finales de 1908, cuando en esas fechas ya es Director Mr. Browning, concretamente desde el 10 de enero de 1908, y Mr. Kenedy, Director accidental, ya ha dejado de serlo a comienzos de ese año. El citado Mr. Palmer es en estas fechas, y durante varios años más, jefe de los trabajos en Filón Norte y no Director como pretende FL. Bien se trata de una errata, bien de una confusión producto de la distancia temporal entre los hechos y el momento de la elaboración de su autobiografía.

1. La situación político-social

Félix Lunar tenía vocación de dirigente obrero. Él mismo nos relata sus inicios en la lucha proletaria en su pueblo natal. A grandes rasgos se puede decir que la situación de la cuenca en esos momentos no era la más adecuada para la llegada de un líder obrero. Desde enero de 1907, Maura, como jefe del Partido Conservador, estaba al frente del gobierno. Empeñado en hacer su "revolución desde arriba", se enfrentó con los partidos dinásticos (liberales) y antidinásticos (radicales, republicanos y socialistas). Comienza, pues, una época de represión de los movimientos sociales, tanto política como jurídicamente (Ley reguladora del derecho de huelga de 27 de abril de 1909). Su enfrentamiento con el Partido Liberal dio lugar a que una parte de éstos buscaran la alianza con los partidos antidinásticos. Se organizó una campaña contra Maura ("¡Maura no!"), que condujo a la formación del Bloque de las Izquierdas en noviembre de

1908, sobre todo a raíz del intento de recortes en la Ley de Asociaciones y de la Ley de Regulación del Derecho de Huelga, que fracasó. Ante esta alianza del Bloque de las Izquierdas, Maura consideró a los liberales fuera de la órbita monárquica y por ello fuera del sistema. Aconsejó al Rey resistencia, lo que éste no aceptó. Durante el verano, republicanos y socialistas promovieron agitación contra el llamamiento de los reservistas para Marruecos. El 26 de julio de 1909 Solidaridad Obrera llamó en Barcelona a la huelga general, adelantándose a lo previsto para agosto; el movimiento degeneró en violencia: la conocida como Semana Trágica. Moret, líder de los liberales, aprovechó la circunstancia en las Cortes. Maura solicitó del rey la renovación de su confianza y, para su sorpresa, se encontró con la aceptación de su dimisión, lo que nunca perdonaría al monarca³.

En noviembre de 1909 aparecería la Conjunción Republicano-Socialista, alianza entre el partido socialista y los republicanos. Esta coalición surgió del pacto entre la minoría parlamentaria republicana (Pérez Galdós) y los socialistas, a los que se unieron los progresistas y federales, y posteriormente los gubernamentales de Melquiades Álvarez, que se separarían en junio de 1913, y los radicales de Rodrigo Soriano. No entrarían los radicales lerrouxistas. La coalición se fijó como objetivo la exclusión de Maura y el cambio de régimen y su resultado inmediato sería la consecución de un escaño en las Cortes por parte del Partido Socialista que recayó en la figura de Pablo Iglesias.

Esta relativa unión de liberales, radicales y republicanos se hizo notar en nuestra provincia, así se crearon diferentes “centros republicanos” o se potenciaron otros anteriores: Zalamea, Aroche, Calañas y en toda la cuenca. Con ellos entrará en relación nada más llegar FL, con carta de presentación del farmacéutico arucitano y presidente del Centro Republicano de Cortegana, Miguel Lobo. En Zalamea se pone en contacto con el Presidente del Centro Republicano, el médico Miguel Tatay.

Los movimientos de protesta obrera que habían tenido lugar en Riotinto desde 1900, después de los sucesos de 1888 y tras doce años de tregua, habían propiciado la aparición de un inquieto movimiento obrero, al que no fue ajeno el anarquismo, pero cuyo rastro documental es difícil de seguir. No obstante, tenemos noticias de algunos grupos como los que fundan instituciones escolares relacionados con la Escuela Nueva de Ferrer y que propiciarían la llegada de su fundador, Francisco Ferrer y Guardia,

3 R. CARR: *España 1808-193*”.Ariel Barcelona 1970, pp. 460-463.

a Huelva y a la cuenca de Riotinto en marzo de 1909⁴, meses antes de la Semana Trágica de Barcelona en la que éste tendría tanto protagonismo.

A pesar de toda esta serie de conflictos que tienen lugar desde 1900, el movimiento obrero en Riotinto había permanecido de hecho aislado del resto del país. La prensa nacional y provincial apenas se había referido al mismo. Los líderes nacionales del movimiento obrero tampoco habían aparecido por allí. Sólo Luis Besses en 1901, a través de las páginas de su obra *El año anterior*, nos informa de estos movimientos. Según FL sería él mismo, por medio de algunos artículos en *El Motín* y *Los Dominicales*, el que pondrá la voz a esta zona y su creciente población obrera; serán unos artículos en los que se puede rastrear el aparato ideológico de muchos de los líderes que han surgido por Andalucía en esta época y que contiene una extraña mezcla de utopía anarquista, republicanismo y anticlericalismo, mezclados con una visión de la necesidad de una mayor organización del movimiento, según el modelo de la Unión General de Trabajadores (UGT). De todas formas, ni en *El Motín*, ni en *Los Dominicales* llega a aparecer en los números consultados ningún artículo firmado por FL, aunque sí llegan a encontrarse algunas referencias al propio movimiento obrero, especialmente republicano, de la zona y de toda la provincia, a las que seguramente Félix Lunar aportaría determinada información.

Serán estas primeras referencias de Félix en la prensa madrileña las que logren romper el aislamiento en que se encontraba esta región minera. Gracias a ellas conocieron los medios republicanos madrileños y los anarquistas las posibilidades de acción política y / o sindical que podría ofrecer nuestra cuenca minera. De esta forma, a finales de 1909, *El Radical* envía a uno de sus corresponsales, José Rodríguez de la Peña⁵, pero es posible que este hubiera estado previamente en Riotinto⁶. En cuanto a los anarquistas tenemos noticia de la llegada de uno de sus líderes, Manuel Fernández Arenas⁷, con cuatro organizadores más del Sindicato Único que crean un centro en Minas de Riotinto ese mismo año, y cuya presencia está documentada⁸.

4 La Provincia 14-III-1909.

5 CASTRO DE ISIDRO, F.: "Entre el cobre y el oro Radicales y socialistas en Riotinto". *Historia Social*, n° 5, Valencia 1998, p. 100

6 Aunque algunos autores sitúan a este periodista en nuestra zona en 1907, la primera referencia que he podido encontrar es de 1908.

7 D. AVERY: *Nunca en el Cumpleaños de la Reina Victoria*, Ed. Labor, Barcelona 1985.

8 Archivo de la Audiencia Provincial de Huelva, libro de sentencias de 1909, n° 40, sección 1ª, condenado a un mes y un

La llegada de Fernández Arenas puede estar relacionada con la celebración en septiembre del año anterior del congreso de Solidaridad Obrera en Barcelona. De todas formas no deja de resultar algo extraño que en años anteriores la propaganda anarquista, en cualquiera de sus ramas, no hubiese hecho acto de presencia en la cuenca, mientras que en la campiña (Paterna y Escacena del Campo, Gibraleón), en la misma Huelva o en el Andévalo (Puebla de Guzmán), o en la cuenca minera (Calañas y Campofrío) tenemos sociedades adheridas a la F.T.R.E., que continúan haciendo una labor de propaganda de la ideología ácrata de la Iª Internacional en Andalucía, sobre todo en los medios campesinos y mineros, aunque había sido disuelta en 1888, coincidiendo con los sucesos de febrero en Riotinto.

Una de las posibles causas de esta ausencia de las ideas anarquistas puede estar en la situación de miedo, casi terror, producida por la represión que tuvo lugar en febrero de 1888, y en la política de paternalismo que durante los años siguientes seguirá la R.T.C.L. Ambas situaciones hicieron posible que el movimiento obrero fuera prácticamente inexistente en la cuenca hasta 1900.

No obstante, en esta fecha parece que ese temeroso recuerdo se había perdido y se empiezan a plantear conflictos directos a la propia compañía: 1900, en junio y julio, casi general del sector minero de la provincia, y la de paleros y picadores en noviembre que llegaría a unos 7.000 huelguistas. En 1901 la de la mina de San Pedro (Calañas), en noviembre la de Filón Sur en Riotinto y la de las instalaciones portuarias de Huelva entre noviembre y diciembre. En 1903 la huelga de los paleros de Corta Lago y mineros de Peña del Hierro. Tras las diversas acciones de protesta en febrero en Riotinto de 1906, no volvemos a tener noticia de otros movimientos hasta los paros de septiembre y noviembre de 1908.

Por otra parte, y pese al relativamente intenso movimiento obrero de la provincia, el sindicato socialista no tendrá tampoco presencia alguna en nuestra zona. En las Actas del Comité Nacional (C.N.) de la UGT no encontramos referencia alguna a Riotinto hasta después de estar constituido el sindicato en 1913, aunque hay una primera referencia en el acta del C.N. con fecha de 12 de enero de 1911⁹, en la que Pablo Iglesias da

día de arresto y 125 ptas. de multa por resistencia a la autoridad en el 5 de agosto de 1908. También en el Archivo de la Fundación Riotinto (AFRT), Legajo 361, donde aparece su ficha personal.

FERRERO BLANCO, Mª D.: "La huelga minera de Río Tinto de 1920. El diagnóstico del conflicto según Sir Rhys Willinas, enviado de los Rostschild" en "Revista de Estudios Regionales" nº 67 (2003), pp. 249-303.

9 (F)UNDACION (P)ABLO (I)GLESIAS: Actas del C.N. U.G.T.

cuenta de sus gestiones ante el Ministro de Gracia y Justicia sobre los atropellos cometidos con los obreros de Riotinto. Está aún por comprobar la llegada de Vicente Barrio y Tomas Cordoncillo, directivos de la Federación Ferroviaria de la UGT. Sabemos por palabras de Barrio en un mitin durante la huelga de 1913 que fueron ellos dos los que “sembraron la semilla del societarismo”¹⁰. De todas formas el ingreso del sindicato de Río Tinto en la Unión no está documentado, incluso en el Congreso de 1914 la delegación de Riotinto tendría serios problemas para conseguir ser admitida con voz y voto, ya que había impedimentos del reglamento tanto por el tiempo de permanencia en la Federación, como en lo que se refiere al pago de sus cuotas¹¹.

Por otra parte, sabemos de un viaje de propaganda de Facundo Perezagua y José Solinis, Presidente y Secretario respectivamente de la Federación de Obreros Mineros de la UGT, por Sevilla, Huelva, Calañas y Riotinto, por mandato de su Comité Nacional¹². De todas formas en el X Congreso de UGT de marzo de 1911, según *La Unión Obrera* (órgano de la Unión), no aparece ni una sola sección de Huelva y su provincia, lo cual no es de extrañar, pues después de constituido formalmente el Sindicato, parece que su ingreso en la Unión no se hace hasta después de 1913. Esto se puede comprobar por la comunicación que eleva al C.N. una “Comisión Especial de RT” en la que hacen constar su deseo de permanecer en la Unión, “pues ya habían pedido su ingreso en la Federación Minera, y procurarían legalizar dicho ingreso”¹³, incluso, en la reunión de esta comisión del 20 de diciembre de 1913, se plantea por Vicente Barrio, con apoyo de Largo Caballero, que oficialmente los de RT no pertenecen a la Unión.

Sea como fuera, parece que en 1912 tenemos constituido por Bascuñana en Huelva una Sección de la Federación Nacional de Ferroviarios, adscrita a la UGT. Desde aquí se realizaría una labor de propaganda que culminaría en la constitución de las secciones de la cuenca dentro de la federación ferroviaria. Efectivamente, el nueve de noviembre de 1912 era firmado el reglamento del “Sindicato de Minas de Río-Tinto, reglamento orgánico de la sección de Nerva”. Ya desde su introducción se afirma en el mismo su estrechísima relación con la Federación Nacional de Ferroviarios Españoles,

¹⁰ “El Liberal” de Sevilla 9/23-I-1913.

¹¹ EL SOCIALISTA (ES), 23-VI-1914.

¹² ES, 2-IV-1913.

¹³ F.P.I. Actas C.N. de 4-XII-1913, f. 240.

en base a cuyos estatutos se constituye el de Riotinto y sus secciones correspondientes. También se establecían las relaciones con la organización federal y su domicilio en la calle Gallego Díaz, 4 de Nerva; firmaba por la Comisión Manuel Mantecón de la Rasilla, como secretario de la misma. Su reglamento sería modificado el 23 de mayo de 1913. El que regía entonces pertenecía a la Federación Nacional de Ferroviarios Españoles de la UGT de España y de la Federación Internacional de Obreros de Transporte. Las secciones de Nerva y RT registraron sus estatutos en 20-I-1913, la de El Campillo en 22-I-13 y la de Huelva el 1-II-13. Presidía el Sindicato de Riotinto, Francisco Bascuñana y la sección de Huelva, Juan Méndez Ordaz; la de Riotinto, Agustín Valeira Martínez; la de El Campillo, Emilio Aguado Aragón y la de Nerva, Antonio Serrano Sánchez¹⁴.

En cuanto a la situación política de la zona cuando llega FL a la cuenca, ya hemos dejado entrever algunos rasgos generales en anteriores líneas. Refiriéndonos particularmente a la cuenca de Riotinto, hemos de señalar cómo el poderío económico de la Compañía le permitió instituir un perfecto control de las autoridades locales y provinciales y de los medios judiciales. Pero esta intervención política no quedó limitada por el estrecho marco provincial, sino que llegó hasta altas instancias legislativas y gubernamentales desde los acontecimientos de febrero de 1888.

Efectivamente, las quejas, tanto del Sindicato como de las agrupaciones locales del P.S.O.E. y otros partidos no dinásticos, son continuas desde las páginas de sus diferentes órganos de expresión (*El Socialista, El Liberal, España Nueva*, etc.), sobre el intervencionismo de la Compañía en la vida política. Citando nuevamente a D. Avery, podemos ver cómo este proceso de intervención comienza prácticamente desde el momento de la compra de las minas por la compañía inglesa, cosa que hasta cierto punto no debe extrañar, dado el volumen de la explotación y los diferentes sucesos que dan lugar a que la Compañía deba defender sus intereses ante las autoridades españolas: desde las municipales y judiciales de la comarca hasta las legislativas y más altas instancias judiciales y gubernamentales. Todo ello obligará a mantener una serie de representantes ante ellas, que hará a los ingleses entrar en el juego del caciquismo reinante en estos momentos entre la clase política; lo que a su vez atraerá sobre sí misma el recelo y odio, por una parte, de las clases populares, que verán en ella no sólo al explotador sino también al amo colonial, y de los partidos burgueses,

¹⁴ AFRT, L° 1863-72. Carta del secretario del Gobierno Civil de Huelva a Sánchez Mora (representante oficial de la RTCL en Huelva) de 8.VII-1914, en respuesta a otra de éste del tres anterior.

dinásticos o no, que salen perjudicados en el juego electoral, sobre todo de sus representantes en Huelva. Además, dará lugar a un resentimiento económico por conocer perfectamente las grandes posibilidades económicas de la zona, que quedaron en manos de extranjeros. Todo ello produciría un falso patriotismo, de cara a la galería, pero que no deja de estar presente en gran parte de la prensa de la época. Como resultado, y como medio de esta intervención, jueces, alcaldes, gobernadores serían, en cierto modo, parte de su personal en algunos momentos o parlamentarios como Daniel Carballo, el Marqués de la Oliva, Enrique Bushell. Otros políticos de la época como Santiago Alba, Ministro de Gobernación, o el propio Presidente del Consejo de Ministros, Eduardo Dato fueron durante algún tiempo defensores de la Empresa en determinados pleitos. Ante este panorama no puede parecer extraño que todo un ministro de Hacienda del Gabinete de Romanones en 1916, Ángel Urzaiz, fuese cesado “cuatro horas después” de firmar una Real Orden que gravaba la exportación de piritas¹⁵.

2. La labor sindical de Félix Lunar en Nerva

Nada más empezar a trabajar en el banco de S. Pedro, Félix Lunar se traslada a vivir a Nerva. En estos últimos años del primer decenio del siglo XX, Nerva es una ciudad de aluvión, que continuará su crecimiento hasta 1930¹⁶. Pese a ello, la cuenca alcanza su máximo poblacional en torno a estas fechas: 42.061 habitantes, según el censo de 1910. Las razones de este crecimiento son varias, ya hemos adelantado alguna: el desmonte de la Corta Atalaya, los nuevos establecimientos mineros y la potenciación de otros ya existentes: Peña de Hierro, Tinto, la Poderosa, Santa Rosa, etc. Como uno de estos inmigrantes llega Félix Lunar a Nerva en busca de un trabajo más estable. Como indica Antonio Rioja, ocupa distintas viviendas, en 1914 sabemos que vivía en Calle Colón, 29 A¹⁷.

Respecto al abanico salarial en el que se mueve Félix Lunar, según sus propias palabras, podemos constatar una serie de oscilaciones:

¹⁵ Archivo del Congreso de los Diputados –Diario de Sesiones, L° 509, N° 83, de 7-XI-1916, pp. 2.507-2.526 y A. M° CALERO: *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)* Madrid 1979 p. 56.

¹⁶ GIL VARON op. cit. p. 41

¹⁷ ANTONIO RIOJA: “Las luchas sociales en Riotinto y Nerva (//Parte)’ en *Nervae*, n.° 6, Nerva, 1985.

- Dos pesetas y comida que recibe en Calañas, trabajando en la siega, época en la que se pagaba al alza, y coincidentes con la cifra de la "Información" realizada por el Instituto de Reformas Sociales (I.R.S.) en Andalucía para 1905.

- 2,25 ptas como picapedrero en el banco de S. Pedro de la Corta Pueblo. No tenemos de momento muchos datos comparativos, excepto el que ofrece Tuñón de Lara¹⁸ referente a los barreneros y picadores de las minas de Murcia, con un salario que estima entre 3 y 4 ptas., y los datos del I.R.S., tomados del mismo autor, que estima de 5 a 5'50 ptas. para los picadores a destajo en algunas minas asturianas.

- Posteriormente ejerce nuestro amigo como paleador unos dos meses, a razón de 3,75 ptas. por día trabajado. Si comparamos con los anteriores parece que en este caso los obreros de Riotinto no salen beneficiados. En el caso de Murcia, vagoneros o peones, oficio similar, están en 2,75 ptas y los cargadores del exterior de 2 a 3 ptas.; mientras que en las minas asturianas éstos últimos tienen unos salarios que van de 2'50 a 3 ptas.

- No sale bien parado Félix Lunar con el cambio a Filón Norte, pues pasa a ganar 3'50 ptas., un real menos.

No nos permite el estado actual de nuestras investigaciones ir más allá de lo que hemos ofrecido; una falta de documentación y dificultades de acceder a la existente nos impiden dar otro dato que el obtenido en "Nomenclator de 1915"¹⁹.

Gracias a éste podemos afirmar que un saneador ganaba desde esta fecha 3'75 ptas. y que un cargador de piqueras en Filón Norte cobraba entonces 3'50 ptas. Por ello podemos permitirnos deducir, con toda clase de reservas, que se trata del mismo salario de saneador en 1908-09, resultando por lo tanto prácticamente nulo el avance en este aspecto a lo largo de esos siete años transcurridos.

No tenemos aún datos documentados acerca de la jornada laboral, pero, a tenor de las reivindicaciones de años posteriores, podemos entrever una desventaja con respecto a mineros de otras zonas del país. Sólo tenemos documentado respecto al tema en la "Memoria del Instituto de Reformas Sociales"²⁰ que "la jornada laboral empezaba a las 7 de la mañana y terminaba a las 17, en invierno, y empezaba a las 6 hasta las 18,

18 TUÑÓN DE LARA: *El movimiento obrero en la Historia de España* Tomo 1º Sarpe, Madrid 1986 pp. 299-303.

19 AFRT: *Classification of Labour and Standardisation of wages* Rio-Tinto Co.Lmtd. January 1915.

20 INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES (IRS): *Memoria redactada por la Comisión nombrada por el Instituto para estudiar las condiciones de trabajo en las minas de Rio Tinto*. Madrid, 1913, p. 29.

en verano, añadiendo además una hora para llegar al trabajo y otra para volver". Efectivamente, las nueve horas de los mineros de interior (contramina), las nueve y media de los de exterior (cortas) y hasta doce horas en tráfico, quedan bastante lejos de las ocho y media de algunos mineros de Duro-Felguera o las nueve de promedio de Asturias y otras minas de Murcia y Córdoba²¹.

En cuanto a los precios, pese al probado interés de algunos directivos de la Compañía por lograr, mediante el almacén n.º 2, unos precios que equilibrarán el coste de la vida, tenemos que reconocer la carestía en la zona cuando desde una instancia tan oficial, y estos años tan favorable a la R.T.C.L., como es el ayuntamiento nervense, se hacen continuas quejas sobre la carestía de la vida en la cuenca²². Podemos tener como referencia de precios en 1908 para la provincia los siguientes: Pan/K: 0,38. Carne/K.: 1,41. Tocino/K.:1,70. Garbanzos/K: 0,62. Aceite/L.:1,23. Bacalao/K: 1,27. Vino/L.:0,53. Arroz/K.: 0,56. Judías/K.: 0,56. Harina/ 10 K: 4,51. Patatas/K.: 0,22. Leche/L.:0,48. Sardinas/K.: 0,86. Petróleo/L: 0,94. Azúcar/K.: 1,29. Carbón/Quintal: 3,98²³.

Al poco de llegar a Nerva, FL contacta, lógicamente y como ya hemos señalado, con los elementos republicanos y "sindicalistas²⁴" de la zona. Él mismo nos cuenta su visita al médico de Zalamea, M. Tatay, Presidente del Centro Republicano, y a Manuel Navarro, propietario arruinado y periodista frustrado con *La Marsellesa*.

Será con este último, y con un grupo de ideas afines, con quienes comience a editar su periódico *La Frontera*. Ya nos hemos referido a sus incursiones en la prensa madrileña (El Motín y Los Dominicales) y comarcal, que él mismo nos cuenta. Desgraciadamente no hemos podido ver ningún ejemplar, ni tenemos noticia de ninguno. Serán estas publicaciones, junto con la llegada de algunos líderes de tendencia anarquista, a los que también nos hemos referido, las que siembren la semilla de la lucha sindical entre los trabajadores de la Compañía. Tampoco hemos encontrado todavía en las actas municipales referencia alguna que nos den una idea

21 TUÑÓN DE LARA, op. cit..

22 (A)rchivo (M)unicipal de (N)erva, leg. 10, *Actas 1908-1910*.

23 BOLETÍN del IRS: *Coste de la vida del obrero*, Año V n.º 45 de III-1908 Madrid, Sbnos. De Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, pp. 904-905.

24 El entrecomillado obedece al interés de diferenciar a estos elementos del movimiento obrero contra la compañía de los anarquistas conocidos como tales, aunque éstos en el caso de este movimiento obrero pudieran considerarse mayoritarios, pese a la falta de seguimiento documental.

de las repercusiones de algunos sucesos relacionados con estas cuestiones como la Semana Trágica de Barcelona, por ejemplo, o diversos intentos de huelga general en algunos sectores como la de mayo de 1901, que aunque fracasa tiene un amplio eco en Sevilla, Cádiz y algunas grandes poblaciones agrícolas como Morón o mineras como Aznalcóllar, o las numerosas de ferroviarios de mayo y junio de 1912, de gran repercusión y para la cual el gobierno de Canalejas movilizó a 12.000 reservistas.

3. La lucha sindical

3.1. *El movimiento “espontáneo”*

Para conocer los antecedentes de toda una serie de huelgas y otras formas de lucha contra la poderosa Compañía, habría que remontarse a 1888 con los acontecimientos del 4 de febrero. Estos sucesos estuvieron en relación con las protestas y reivindicaciones laborales de la masa obrera, tanto como con las de los daños producidos por la contaminación del aire por los humos derivados de las calcinaciones de minerales al aire libre, lo que ciertamente cobra una enorme actualidad en los tiempos que corren y concretamente en el solar provincial, sobre todo en la ciudad de Huelva y sus alrededores. No estaría de más recuperar esta fecha, por su contenido ecologista y por su relación con la propia salubridad, dentro del debate en el que nos encontramos en un contexto general de la propia ciudad de Huelva y sus posibilidades de expansión y de diversificación de las actividades económicas, como fuente de su propio desarrollo en un ámbito de verdadera sostenibilidad.

La represión salvaje padecida por los elementos populares en ese día, y el triste recuerdo que dejó, dio lugar a que en los doce años siguientes no se produjera ningún tipo de protesta o movimiento reivindicativo como ya hemos indicado, con la excepción de la celebración de la fiesta del 1º de mayo de 1890, de mayor significado en la propia ciudad de Huelva y algunos centros mineros, pero con escasa resonancia en la zona de Riotinto²⁵. De esta forma, no tenemos recogida ninguna huelga o protesta hasta junio de 1900, cuando es declarada una huelga desde el 11 al 18 de junio²⁶.

25 RIVAS LARA, L.: *Historia del 1º de mayo en España*. UNED, Madrid, 1987. p.54. LP 30-IV/6-V-1890.

26 A. RIOJA, *NEVAE* n.º 5 p. 17, Nerva 1985. *El Socialista, El Liberal, La Provincia*, junio de 1900.

A partir de esta fecha, son raros los años, hasta 1908, en los que no hay algún movimiento de este tipo: 1901, 1903, 1906, 1908 son los más importantes. Habrá que estudiar las causas de repetición de estos conflictos después de doce años sin ellos. Es probable que al producirse un cambio tanto en la presidencia del Consejo de Administración de la Compañía en Londres, como del Director de la mina en Riotinto, se produjera también un cambio en la política seguida en las relaciones laborales, que desde el paternalismo de Mathensson, producto de la visión de las desagradables consecuencias del 4 de febrero de 1888, pasó a un tratamiento más rígido e intolerable de los problemas laborales, sobre todo a partir de la llegada de Browning en 1908.

Efectivamente, en 1898 había muerto el creador de R.T.C.L., que, después de lo sucedido en 1888 y de acuerdo con el director de la mina, William Rich, había optado por una política de paternalismo en sus relaciones con los obreros. Su sucesor al frente del Consejo, J. Keswick (1898-1904), prescindió en abril de 1900 de Rich y lo reemplazó por W. Carlyle, éste también cambió la orientación de la política laboral, que se hizo más dura y reticente hacia las reivindicaciones²⁷. A Keswick le sucede Ch. Fielding (1904-1922), que para continuar su política dura trae en 1908 a W J. Browning como director de las instalaciones en la provincia de Huelva (General Manager).

La llegada de éste coincidió con el hundimiento del pueblo, que Félix Lunar lo asume como signo telúrico de mala suerte. Pero también nuevamente le traiciona la memoria o se repiten las erratas (p. 165). Evidentemente, la llegada de Browning no se produce en 1910 sino en 1908, ni Palmer era Director, pues lo era accidentalmente N. Kenedy, quien aún no había sido jubilado sino que continuaba como jefe de interior.

Como hemos indicado en las líneas anteriores, desde 1906 no se había producido ninguna huelga; al menos de momento nosotros no tenemos noticia alguna sobre ellas. No deja de resultar curioso que casi al año justo de la llegada de Félix Lunar a Riotinto se produzca una huelga de importantes dimensiones en septiembre de 1908²⁸.

La huelga se declaró en Filón Norte y debió tener una cierta importancia, aunque se trata aún de una huelga parcial y seguramente precipitada, dada la escasa organización sindical, prácticamente inexistente, por una parte, y la época de represión de todo tipo de organizaciones obreras por el

27 D. AVERY, *op. cit.*, p. 253.

28 GIL VARON, L.: "Las luchas obreras en Riotinto (1888-1920)" en *Seis estudios del proletariado andaluz*. Córdoba 1986; A. RIOJA: *Las luchas sociales en R.T. y Nerva* en *NERVAE* n.º 5, Nerva 1985 p. 21

gobierno de Maura, por otra; junto con la política de dureza mantenida por la Compañía desde la llegada de Mr. Browning. Según Avery, esta huelga tiene lugar en la corta S. Dionisio. Palmer, jefe de los trabajos de interior, recomendó diez despidos, pero Browning hizo despedir a veinte²⁹, mientras que Gil Varón³⁰, utilizando los libros registro del Archivo de Registro de Personal contabiliza un total de 13 despidos (3 en octubre, 9 en noviembre y 1 en diciembre).

Es éste precisamente el momento en que, tanto gracias a los artículos de Félix Lunar, como, sobre todo, a los de J. Rodríguez de la Peña en *El Radical* durante 1909, Riotinto “principió a sonar en España”, como dice Félix.

Poco tiempo después de terminada esta huelga llega Rodríguez de la Peña, que, según Fernando Castro de Isidro³¹, no se limitó a sus labores informativas sino que “como republicano nuevo... al intervenir directamente en los asuntos internos locales y tratar de atraerse para su partido el movimiento, contribuyó a fracturar esa difícil acción unitaria que se había logrado” desde la huelga de 1908.

Igualmente, hemos citado ya la llegada a la zona de Manuel Fernández Arenas y la posible formación de una asociación de carácter anarquista, que llegó a contar entre la mina y Huelva con un importante número de afiliados. Pero parece que no eran ninguna de estas organizaciones las que estaban en la mente de este primer núcleo de organización sindical de los trabajadores de Río Tinto.

3.1.- *El movimiento organizado*

A raíz de la huelga de 1908 también llegan a conocimiento de los dirigentes socialistas las posibilidades de organización en Huelva, gracias a los artículos de Ciges Aparicio en “El Día”. Parece que en 1912 Facundo Perezagua, como dirigente de la recién creada Federación Minera, realiza un viaje de propaganda por el Sur³². En buena lógica hay que pensar

29 D. AVERY op. cit., p. 288

30 op. c. p. 139.

31 CASTRO DE ISIDRO, F.: “Entre cobre y oro. Radicales y socialistas en la huelga general de Riotinto” *Historia social* nº 5. Madrid, 1889, pp. 110

32 A. M. ^a CALERO AMOR, op. cit., p. 40.

que debió aparecer por nuestra provincia. Para comprenderlo, hay que tener en cuenta que, según el informe del IRS, en 1909 la cuenca de Riotinto tiene un gran porcentaje de los obreros mineros de toda España (20.500), que sólo era superado por el de la cuenca asturiana³³.

Podemos constatar la presencia en Huelva de una agrupación socialista, a partir de 1912, desde julio³⁴, que ejerce continuas campañas de propaganda por la provincia y especialmente en los medios mineros, con grandes dificultades³⁵. Así, sabemos que en abril de 1912 se organizan dos actos de propaganda en Calañas y Huelva, en los que intervienen, entre otros, Perezagua y Solinis, Presidente y Secretario de la Federación de Obreros Mineros, quienes previamente habían sido comisionados por el Comité Nacional para una excursión de propaganda por el sur de España. En uno de estos actos los oradores dirigieron palabras de aliento para los mineros de Riotinto. Igualmente sabemos que debieron estar por la cuenca en estas mismas fechas³⁶.

En 1913 el interés de las organizaciones obreras por la zona de Río Tinto se renueva. Ésto se hacía patente con el viaje de propaganda que realizaban por Andalucía en enero de ese año los socialistas Vicente Barrio y Tomás Cordoncillo, Secretario del Comité Nacional de la UGT, a la vez que Presidente de la Unión Ferroviaria y Secretario de la misma respectivamente, y que se desarrollaría por Nerva, Huelva y otras localidades “donde la conducta de las compañías con sus empleados es abusiva”³⁷. Esta campaña se extendería hasta finales de enero³⁸. A principios de 1913 tenemos documentado este viaje de propagandistas de la UGT a Huelva y provincia, que habían sido enviados por el CN de UGT a una excursión de propaganda a esta zona de Andalucía³⁹. De hecho la prensa reseñaba la partida de “los

33 TUÑÓN *op. cit.* pp. 292-293

34 AHPH. L° R° de Asociaciones, Serie de Gobierno Civil: Tenía su sede en la calle Gibrleón, 71 y su fin era “Defender y propagar las ideas socialistas”, julio de 1912, sería la primera agrupación establecida como tal en la provincia. En septiembre de 1913 se inscribían las de Nerva y Riotinto y en octubre la de Zalamea mientras que la de El Campillo no lo hace hasta octubre de 1915, no encontrándose otra inscripción más hasta la del Círculo Republicano Socialista de Paterna en noviembre de 1921.

35 Lo que motivaba la queja oficial de Pablo Iglesias en el Congreso de los Diputados (Archivo del Congreso de los Diputados (ACD), *Diario de Sesiones* (DSs), L° 469, sesión del 17-III-1911, pp. 209-210).

36 *El Socialista* (ES), 22-III y 26-IV-12.

37 *El Liberal de Sevilla* (ELS) 9-I-1913.

38 Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, CN. de UGT. ACTAS 9-I-1913/ F.73.

39 Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, CN. de UGT. ACTAS 9-I-1913/ F.73.

socialistas Barrio y Condoncillo, de la Federación de Ferroviarios, para un viaje de propaganda a Nerva, Riotinto y Huelva⁴⁰ y ofrecía la noticia de la celebración del mitin en Huelva, muy concurrido.

Fruto de toda esta labor de propaganda, a la que también contribuiría la Federación de Ferroviarios de la UGT, con Vicente Barrio y Tomás Condoncillo a la cabeza⁴¹, sería la constitución por el delegado en Huelva de esta Federación, Francisco Bascuñana, del Sindicato de Obreros de Riotinto, dentro de aquella. Desde luego no deja de ser extraño que se adhieran a esta Federación y no a la de mineros. Por otra parte, es también un poco extraño que siendo Vicente Barrio Secretario del Comité Nacional de UGT, y por lo tanto bastante enterado de los entresijos reglamentarios de la Unión, este sindicato no solicite, inmediatamente después de constituido, su ingreso en la UGT.

La Unión Ferroviaria era en esos momentos el Sindicato de los obreros de los ferrocarriles españoles, integrado como tal en la UGT. Su aparición en Huelva obedecería a la perspicacia de sus dirigentes, la que no se observa en los mineros integrados en el sindicato socialista, y que daría lugar a la adscripción en este sindicato ferroviario de los obreros de la cuenca de minera de Huelva, entre los que había numerosos empleados del ferrocarril de varias compañías mineras (RTCL, Alkalí, Tharsis) y de líneas generales (Zafra-Huelva o Huelva-Sevilla de la MZA), cuando lo más lógico hubiera sido que su integración hubiese tenido lugar en el de los mineros. Este hecho tendría lugar meses más tarde en un proceso doloroso, que en el Comité Nacional de la UGT produciría algunos enfrentamientos.

A juzgar por las propias palabras de Félix Lunar, no cayó nada bien entre los mineros la constitución del "Sindicato Minero de Riotinto" bajo los auspicios de la Unión Ferroviaria Española. No sabemos con exactitud la identidad de "D. Fidel"⁴², al que él atribuye el mérito de la creación del nuevo sindicato; sí, en cambio, tenemos constancia de la de Bascuñana. De todas formas, desde el momento de su constitución, aparece el germen de la desunión, de la falta de tolerancia y la existencia de problemas internos,

40 ELS, 9-I-1913, fechado en Madrid y ELS, 23-I-1913. De hecho Condoncillo no ocuparía su puesto de secretario del CN de la UGT en las sesiones siguientes a la del 16 de enero.

41 FPI. *Actas C.N., U.G.T. 1913.*

42 Tenemos recogida la presencia del "médico Fidel Delgado" en un mitin celebrado en el Teatro Cómico de Huelva por los ferroviarios, presidido por éste, que debe ser al que se refiere Félix Lunar (LP 30-IX-1912). Semanas después aparece como Presidente de la nueva Junta elegida por la sección de Huelva del Sindicato de Ferroviarios, junto con Araceli Castellano como secretario y Restituto Santos, tesorero (LP 25-XI-1912). En estos meses mantiene una actividad frenética entre el proletariado onubense, pero poco después desaparece sin apenas dejar rastro en la documentación.

que conducirán poco tiempo después a una serie de enfrentamientos, algunos de ellos protagonizados por Félix Lunar, y que a la larga van a dar lugar a que la Compañía tenga un más amplio margen de maniobra y a que nuestro Félix Lunar tenga que marchar de Riotinto antes de la gran huelga de 1920, tomando el camino de Norteamérica.

Parece, a tenor de los comentarios que tenemos en “A cielo abierto”, que en el primer momento la desorganización y la improvisación son dueñas absolutas de la situación, lo que no deja de ser sorprendente en una organización que, al menos nominalmente, debería formar parte de la UGT, que entre otras cosas, era tachada por muchos líderes de resultar excesivamente burocratizada. Félix será, siempre según sus propias palabras, el encargado de dotar al recién nacido sindicato de contabilidad, método y organización(j). Después de unos primeros momentos de sorpresa, serán los elementos de su grupo los que se hagan con las riendas del sindicato, aunque manteniendo a Manuel Navarro como secretario. En su primera junta tenemos como presidente a Antonio Serrano, que se va a distinguir en los años sucesivos como líder del sindicato hasta su condena al destierro, pese a una cierta crítica que hace de él Félix Lunar como la de ser de poco espíritu. De tesorero actuaría Manuel Mantecón, quien presentará como secretario(i) los estatutos en el Gobierno Civil. Figuraban también entre sus componentes Andrés Niebla (Malaver?) y el propio Félix Lunar. Los sucesivos problemas con Navarro dan lugar al nombramiento de una nueva junta en la que Serrano es de nuevo presidente, Navarro continúa como secretario y, por lo tanto, no perdería posiciones al menos momentáneamente, López Cabrera (¿Feliciano?) de tesorero, del grupo de Félix, como los restantes miembros: Rafael Pelegino, Pérez Carrasco (Francisco?) y el mismo Félix⁴³. Se puede decir que la creación del sindicato gozó de una favorable acogida entre los mineros. Félix Lunar nos habla de seis mil socios en la sección de Nerva. No deja de resultar curioso que el domicilio del sindicato se traslade a la vez que el negocio de su secretario, el tabernero y periodista Navarro (p. 172).

Al comenzar 1913 son aprobados por el Gobernador civil los estatutos del “Sindicato de la Compañía Ferroviaria de Huelva y Minas de Río Tinto: “Sección de Nerva” y “Sección de Minas de Riotinto”, ambas el 2 de febrero; la “Sección de El Campillo”, sería aprobada el 21 de enero; la “Sección de Huelva del Sindicato de Minas de Río Tinto” en febrero⁴⁴. Tenemos constan-

43 AFRT, L° 1863- I, 26-XI-1912.

44 AHPH, L°R°AA (Libro Registro de Asociaciones) ff. 17-20, presentaron sus estatutos el 20-I-1913.

cia, meses después, de la existencia de otra sección del Sindicato en Zalamea, probablemente también se presentarían sus estatutos y se aprobarían en estas mismas fechas, en las que se van constituyendo secciones en toda la provincia: Corrales, Tharsis, la del puerto de Huelva, con identidad propia, de la Compañía Álcali o de Zafra-Huelva, etc⁴⁵. Pero esto no significaba que estas sociedades fueran pioneras; previamente se habían constituido sociedades obreras, seguramente de inspiración socialista, en Calañas (1911) o El Cerro, Almonaster, en El Patrás (1912); incluso en Huelva o Santa Olalla tenemos sociedades obreras constituidas ya en 1909⁴⁶.

Aunque el sindicalismo anarquista ya había manifestado su presencia en la cuenca onubense desde mucho antes. No en vano podemos referir la existencia incluso de varias fundaciones de escuelas racionalistas, visitadas en 1909 por el mismo Ferrer⁴⁷, pero su rastro documental sólo se percibe en estos mismos años de la segunda década del siglo XX: Ateneo Sindicalista de Calañas-Sociedad Obrera⁴⁸, o el Ateneo Sindicalista Armonía de Huelva, la propia Federación Sindicalista de Huelva, Ateneo Sindicalista El Progreso de Nerva⁴⁹, entre otros, aunque su presencia ya ha sido señalada en líneas anteriores.

Precisamente, el hecho de constituirse el sindicato dentro de la Federación Ferroviaria, junto con el marcado carácter popular del que se dota, y el que algunos de su líderes más destacados no sean obreros en el más estricto significado, caso del Secretario (Navarro) y de su Presidente (Serrano), permitirá al Director de la Compañía no reconocer al Sindicato como interlocutor en los diversos problemas que surgen, al considerar que aquel se encontraba dirigido por agitadores profesionales, que nada tenían que ver con los “verdaderos” obreros de Riotinto, lo que será una constante tanto por parte de la compañía y sus representantes como por la de la prensa adicta a aquella, tanto a nivel provincial como nacional.

Es justamente en estos días de finales de enero de 1913 cuando tenemos noticias⁵⁰ del viaje de propaganda de Barrio y Cordoncillo, dirigentes

45 Ibidem, ff 19-25.

46 Ibidem, f. 9.

47 LP, 14-III-1909.

48 AHPH, L° R° AA, f. 26, presenta reglamento en 21-IX-1912, se aprobaron en 1-X-1912.

49 Ibidem, ff. 17, 23 y 24, respectivamente.

50 El Liberal, 9/1/13.

de la Federación de Ferrocarriles, por Nerva, Riotinto y Huelva⁵¹, como ya hemos citado, con el beneplácito del Comité Nacional de la UGT⁵². Puede decirse que el interés de las organizaciones obreras españolas por los mineros de Riotinto era ya un hecho.

Pese al inicial entusiasmo por la creación del Sindicato, subsistían una serie de problemas que dificultaban la unidad y favorecían a la Compañía en los futuros envites. Las fuerzas se dispersaban en varios sentidos. Por una parte, el enfrentamiento con la Empresa, que a partir de este año será continuo, y con las autoridades provinciales, en connivencia con la Compañía, lo que planteará todo tipo de obstáculos a la labor político-sindical y, finalmente, las luchas internas dentro de la propia organización, de las que Félix Lunar hace continuas referencias (pp.170-173, 176-177). Estas últimas no eran más que la resultante de dos formas distintas de concebir la organización sindical que perseguían los obreros de Riotinto, personificados por Félix Lunar y su grupo, por un lado, y los representantes de organizaciones de carácter nacional del tipo de la Federación de Ferroviarios, representada por Bascuñana, y más tarde por Eladio Fernández Egocheaga y la Federación de Minería, por otro.

Llegados a este punto, nos encontramos en 1913 con una coyuntura económica favorable para la Empresa; el de 1912 había sido uno de los mejores años para la propia explotación: casi 2'5 millones de Tm. de mineral extraído y 22.126 Tm. de cobre en metal⁵³.

Respecto a las condiciones de vida de los mineros de Riotinto en estos años, no tenemos muchas cifras. Se trata de datos fragmentarios y poco fiables. Pese a ello, podemos decir que el salario medio a comienzos de 1913 oscilaba en torno a las 3,75 ptas., si juzgamos las peticiones que se elevan a la Empresa en la huelga del siguiente mes de noviembre y que el jornal mínimo era de 3 pesetas, mientras que la jornada continua siendo de las más altas, con un promedio de más de nueve horas y media y un gran número de trabajos a destajos.

Sirva el cuadro siguiente a título orientativo y como comparación con otras zonas mineras⁵⁴:

51 CF p. 24.

52 F.P.I. Actas C.N. de U.G.T. de 9/1/13, f. 73.

53 GILVARÓN: "Minería...", p. 227.

54 MINISTERIO DETRABAJOY PREVISIÓN: *Estadística de los salarios y jornadas de trabajo referidas al periodo de 1914-1925*. Madrid, 1927.

	Trabajo interior			% sobre 1914		Trabajo exterior			% sobre 1914		% variación en conjunto	
	1914	1920	1925	1920	1925	1914	1920	1925	1920	1925	1920	1925
HUELVA (cobre)	0,50	0,56	0,62	12	24	0,52	0,67	0,75	29	14	20	23
Mazarrón	0,46	0,62	0,69	35	50	0,50	0,55	0,70	30	40	31	85
La Unión	0,44	0,75	0,87	70	98	0,50	0,81	0,87	62	74	66	85
Vizcaya	--	--	--	--	--	0,42	0,99	1,02	136	143	36	43
Asturias	0,64	1,86	1,57	191	145	0,38	1,14	0,96	200	153	194	147
Santander	0,46	0,54	0,77	17	67	0,36	0,50	0,66	39	83	37	87

En 1914, por ejemplo y como aproximación, Huelva ocupaba en el conjunto de las 48 provincias españolas el puesto 36 por el salario hora con 0,40 rs, mientras que el salario más alto se hallaba en Madrid con 0,60 y el más bajo en Cuenca con 0,33, por lo que respecta a los obreros cualificados, que en el caso de estos trabajadores onubenses en 1920 habían tenido un porcentaje de aumento de 62, mientras que en el caso de Madrid ese porcentaje había sido de 83 y en el de Cuenca de 85, y en la ordenación por el porcentaje de aumento entre 1914 y 1925 ocupaba el puesto nº 18 con un porcentaje de un 115, pasa de un salario/hora de 0,40 a 0,86 en 1925, ocupando el primer puesto Vizcaya con 173 y el último Orense con 73⁵⁵.

Atendiendo a la fuente citada puede afirmarse que el salario-hora medio de la provincia de Huelva fue en 1914 de 0,40, mientras que el promedio de Andalucía Occidental fue de 0,45, resultando en el caso de Huelva el más bajo de todos ellos (Sevilla: 0,47, Cádiz: 0,52 y Córdoba: 0,42). En 1920 volvemos a tener en Huelva el salario-hora más bajo de Andalucía Occidental con 0,65 (Sevilla: 0,83, Cádiz: 0,89 y Córdoba: 0,74), y en el caso español el más alto era el de Madrid: 1,10 y el más bajo el de Cáceres: 0,54.

Por otra parte, los precios, pese a una cierta estabilidad en los primeros meses de 1913, se disparan en el invierno siguiente, sobre todo el pan, por la mala cosecha anterior. Así tenemos a fines de 1913 los siguientes precios: Aceite: 1.30, Arroz: 0.50, Azúcar: 0.90, Alubias: 0.55, Bacalao: 1.35, Carbón encina: 1.60, Carbuo: 0.51, Garbanzos: 0.60, Jabón: 0.85, Tocino: 2.15, Tomate (lata): 0.22, Harina (100k): 38.00⁵⁶.

Con todo ello, unido al creciente entusiasmo generado por la recién

55 Ibdem, p. XXVII.

56 L.P en varios números de octubre de 1917 (días 3, 17 y 24) en los que trata sobre el problema de las subsistencias.

nacida organización sindical, la situación en la cuenca era explosiva. El más mínimo pretexto podía hacer saltar el conflicto en forma de huelga. Según Antonio Rioja, “la fuerza explosiva de unos catorce mil obreros, aglutinados en un solo sindicato, y la impaciencia por conseguir mejoras hicieron que en el mes de abril, además que otros conatos parciales, se iniciara una huelga casi general”⁵⁷.

El 1 de abril se inicia un paro por los cargadores de torales de cobre. Según la prensa de estos días⁵⁸, son despedidos 25 obreros. Se pedía un aumento de 25 a 50 reales por Tm. de mineral en torales de carga (cada toral pesaba 100 Kg.). La operación de carga y descarga era penosa y los obreros quedaban expuestos a frecuentes accidentes y lesiones. Ante esta situación hay una asamblea en Nerva y van al paro solidario el día tres, comenzando en S. Dionisio y talleres de Fundición. La respuesta del Ministro de Gobernación, Santiago Alba, fue el envío a Riotinto de 150 guardias civiles de a pie y 100 de caballería y del Regimiento de Soria 9 a Huelva, aún no se había construido el cuartel y las tropas solían llegar en los momentos necesarios de otros puntos, generalmente desde Sevilla. También el ministro hacía responsable del movimiento a la llegada de agitadores profesionales, lo que no deja de ser una nueva coincidencia con las teorías del Director de la Compañía, y a especuladores de bolsa. Justo es reconocer que, según las mismas fuentes, por aquellas fechas las acciones de R.T C.L. bajaron algunos puntos en la bolsa de Londres.

A partir del día 3 comienzan a llegar las fuerzas de la Guardia civil, aumentando el paro en la mina. Parece que unos 3.000 obreros hacen huelga solidaria⁵⁹, incluso se unían a ella los empleados del ferrocarril⁶⁰ y cada uno de los que trabajaban aún, contribuían con 50 céntimos para los despedidos. La Compañía pretendía utilizar a otros empleados para las labores de descarga. Según la prensa, en el mitin del 2 se insistió en la petición de aumento salarial y se acordó no ir a la huelga (!) pero la empresa seguía empeñada en no tratar con los representantes de los obreros, que seguían sin querer la huelga. Actúa como intermediario el Gobernador Civil. La huelga escalonada va creciendo. Finalmente, el 9 de abril el conflicto se soluciona

57 A. RIOJA: “Las luchas sociales en Riotinto y Nerva 1910-1915” en NERVAE n.6, Nerva 1985, p.10.

58 ELS, 2-IV-1913.

59 CASTRO DE ISIDRO, *op. cit.* p. 101.

60 I.R.S.: *Memoria redactada por la Comisión nombrada por el Instituto para estudiar las condiciones del trabajo en las minas de Río Tinto*. Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1913., páginas 7-8; y LP 1/3-IV-1913 y ELS 3-IV-1913.

mediante la intervención del propio Presidente del Consejo de Ministros, Romanones, que se compromete a dictar un informe por el IRS⁶¹.

Podemos decir que éste es el primer momento en el que el movimiento obrero en Huelva es reconocido públicamente y por las autoridades para la negociación, a la vez que se destaca cómo por parte del Sindicato Ferroviario onubense se seguía la línea de moderación propia de la UGT y las recomendaciones de su Comité Nacional y del propio Pablo Iglesias.

Los despedidos eran admitidos y la Empresa se comprometía al aumento de las tarifas de carga y descarga en 30 días. Se reanudaban los trabajos el día 9 con la huelga solucionada. Las fuerzas de orden público se marchaban al Castillo de las Guardas y a Sevilla. Precisamente en la prensa de estos días aparecía también la noticia de la edición del nuevo periódico *Vía Libre*, bajo la Dirección de González⁶². Se trata del Santiago González y González que cita FL (p. 175), confundiendo nuevamente las fechas, ya que, según estas noticias, sucede esta aparición principios de abril de 1913 y no a fines de mayo de 1912.

Se establecía un compás de espera hasta que la "Comisión encargada de redactar el Informe sobre las Minas de Rio Tinto" recabara la información y la elaborara.

Por todos estos motivos y en relación con diversas tareas organizativas se esperaba la llegada de Anguiano y Cordoncillo, Vicepresidente y Secretario de la Unión Ferroviaria de España. Es probable que con estos dos, pocos días después, entre el 15 y el 18 de abril según Castro de Isidro⁶³, llegara a la cuenca Eladio Fernández Egocheaga. Damos esta fecha porque el 22 lo tenemos interviniendo en un mitin de ferroviarios en Nerva.

Efectivamente, el día 15 de este mismo mes comienza un nuevo paro. Se trata de 120 obreros que solicitan mejoras económicas. Según otras fuentes⁶⁴, se debió al despido de más de 120 obreros en represalia por la huelga anterior. Nuevamente se envían efectivos de la Guardia civil, aunque el paro sólo es secundado por 117 obreros. Pese a que la huelga es de poca entidad, sorprende su coincidencia con las de otras minas de la cuenca: Castillo de las Guardas, Perrunal y Tharsis, incluso "se nota malestar en Huelva", y la circulación de una hoja firmada ya por Egocheaga. Ante el estado del asun-

61 ELS, 4/9-IV-1913.

62 Se daba la noticia de su aparición en ELS 15-IV-1913.

63 Op. cit., p. 103.

64 Informe de la Comisión... pp. 126 y ss.

to, el Ministro promete el rápido envío de la Comisión del IRS⁶⁵.

El 22 se celebra una gran asamblea en la plaza de toros de Nerva con la asistencia de unos 15.000 obreros; presiden Bascuñana, Vázquez por Zalamea, Vallesquino del Campillo, Martín y Moyano por Riotinto, Serrano por Nerva, Navarro y Egocheaga. Se protesta por las continuas provocaciones de la empresa hacia los miembros del Sindicato, se reclama del Gobierno las garantías de los derechos constitucionales y se manifiesta que no piensan declarar la huelga por el momento⁶⁶.

Resulta chocante que la empresa, amparándose en argumentos económicos o de cualquier otro tipo, continúe despidiendo personal cuando se estaba produciendo esta campaña y que se produzca la contratación de nuevos trabajadores, portugueses en su mayoría. Igualmente insólito resulta el veredicto que sobre este aspecto hace la Comisión de IRS achacando los despidos a la finalización de trabajos de explotación⁶⁷. De hecho para *El Radical*, la compañía estaba provocando la huelga general, para dar la batalla a los sindicatos, y por ello despedía a centenares de obreros de las cortas, para sustituirlos por otros llegados de otros pueblos y de Portugal⁶⁸.

La fiesta del 1º de mayo coincide con el anuncio de la próxima llegada de la Comisión del IRS, con Ángel Pulido como Presidente y los vocales: Francisco González Rojas (patronos), Francisco Mora (obrerros) y José Gorostizaga (ingeniero de minas); y, por otra parte, de la concentración de más guardia civil en la zona. No sabemos todavía el número de fuerzas, pero, a tenor de las noticias de la época, se puede decir que se trata de un elevado contingente, si se tiene en cuenta que aún permanecía el batallón del Regimiento de Soria⁶⁹. En estos primeros días de mayo son despedidos 140 obreros, "cuando parecía que los espíritus se habían pacificado"; de nuevo iban al conflicto "25.000 obreros entre minas y líneas de la R.T.C.L.". También se quejaban desde *El Socialista* de la connivencia de las autoridades con la compañía, negándose el gobierno a aprobar el Reglamento del Sindicato (lo que no era cierto), por un lado, y empeñándose en considerar mineros a los ferroviarios, con lo que obligaba al aviso previo de huelga ocho días antes, lo cual permite al director de la mina el despido de los vjeros,

65 ELS16-19/IV.y LP 16/18-IV-1913.

66 Informe..., p. 128.

67 Ibidem.

68 El Radical, 5-V-1913, cuyo corresponsal era entonces José Rodríguez de la Peña, que permanecería una época en la zona.

69 El Liberal... IV/V-1913.

por otro⁷⁰. Continúan los despidos a la vez que el reclutamiento de obreros portugueses. Ante esta situación, una comisión (Bascuñana, Martín y Serrano) del Sindicato de Riotinto visita al Ministro de Gobernación. Éstos afirmaban que no desean la huelga, mientras que se acusaba a Browning de provocar el conflicto con su política de despidos. Entretanto, la comisión del IRS continuaba informándose para emitir el dictamen. El Gobernador parece proseguir con la concentración de guardia civil en la zona.

Nuevamente iban a la huelga los cargadores de torales de cobre por incumplimiento de la Compañía el 20 de mayo. La guardia civil protegía a los esquiroleros⁷¹. Las fuerzas se engrosaron con la llegada de dos compañías del Regimiento de Granada. Se hablaba de 30.000(j) obreros en huelga en la provincia, pero manteniendo una pacífica actitud⁷². Es en estos días cuando el Gobernador, Rafael del Nido, era sustituido por Ricardo de la Rosa.

La huelga de los obreros del puerto tenía amplias simpatías. Así, el capitán del vapor Dundrenau en el puerto de Huelva se negó a la carga de su buque por esquiroleros⁷³. Ya eran más de 500 guardias civiles en la zona de Riotinto, además de las fuerzas del ejército, dos compañías del Regimiento de Granada y un escuadrón de caballería del Alfonso XII; era tal la concentración de fuerzas que la Dirección obligaba a los círculos mineros (casinos) a entregar sus edificios para alojamiento de las tropas(j), pues los locales de aquéllos eran de su propiedad.

A fines de mes, parece que llega la solución, pues la RTCL se comprometía a readmitir a 90 despedidos y colocar próximamente a los otros 30 de los últimos 120 sancionados, pero al poco tiempo empezaba a despedir vieiros en Filón Norte. Según algunas fuentes, la empresa, por motivos financieros, estaba interesada en que la huelga se llevara adelante. El 31 se declaraba nuevamente la huelga de forma que poco a poco se paralizaba la explotación. Sólo circulaban los trenes mixtos y correos⁷⁴. Esta huelga supone un enfrentamiento con los elementos anarquistas, "falsos sindicalistas, que con su intransigencia hacen el juego a las compañías", según Egocheaga. En una asamblea del 1 de junio se acordó huelga general para el 15, si la

70 ES 5-V-1913.

71 ELS y ESV-1913.

72 El Socialista 22-V.

73 ELS 7-VI-1913.

74 El Liberal 7-VI.

Compañía no accedía a las peticiones⁷⁵. Esta convocatoria se suspende ante las admisiones de despedidos que va haciendo la Compañía. Pero sí continuaba la huelga de los trabajadores del muelle de Huelva y cargadores torales, a los que se unen por solidaridad los del muelle bajo el día 3 y los del muelle alto el 4. La Compañía ordenó el paro forzoso del personal de tracción, con lo que se paraba toda la producción, infringiendo la Ley de Ferrocarriles, lo que es denunciado por el Comité del Sindicato y tiene que desistir. Huelva está casi paralizada estos días. Hasta los panaderos se ofrecen a una huelga de solidaridad. El ministro de Gobernación achacaba la huelga a elementos anarquistas más que a los socialistas. Se constituye una Comisión Armonizadora por el gobernador con representantes de Ayuntamientos, Diputación, Puerto, Cámara de Comercio, armadores y Sindicato. Parece que mejoran las perspectivas de arreglo en Huelva. Pero en Riotinto, Browning amenazaba a los alcaldes, (mediante telegrama), con paralizar el establecimiento completamente, si con ayuda de aquellos no conseguía contratar 100 hombres para la carga de torales⁷⁶. Finalmente, se soluciona el conflicto de los obreros de la bahía con la firma de unas bases el día 13⁷⁷. El resultado de esta huelga era calificado como de “triunfo completo” por el Sindicato⁷⁸.

A fines de junio, el 22, se celebra una magna asamblea en la que se aprueba presentar a la Compañía un pliego de condiciones laborales que incluían: admisión de despedidos, jornada de ocho horas, abolición de contratistas, incremento salarial del 25 %, retiro a los 25 años de servicio en la empresa y 55 mínimo de edad con el 25 % de haberes y el 50 % a los 60, suspensión del 1 % del servicio médico y otras peticiones más⁷⁹. Creo que se trata de la asamblea que Félix Lunar (p. 179) cita como de finales de julio de 1912, las fechas no eran su fuerte. Las peticiones se hicieron sin señalar fecha tope a la compañía, aunque recomendando urgencia, y estaban firmadas por A. Vázquez, Vallesquino, Martín Moreno, Egocheaga y Bascuñana. Parece que hay una tregua y que los trabajos se normalizan.

Mientras tanto se produce el acercamiento del Sindicato de Riotinto a la Federación Minera de la UGT y el consiguiente alejamiento de la de

75 El Socialista 2-VI.

76 ES 12-VI

77 ELS y LP 14/15-VI

78 AFPI, Acción Ferroviaria, nº 3, Huelva 22-VI-1913.

79 AFPI, Acción Ferroviaria, nº 4, Huelva 5-VII-1913.

Ferrovianos. Estos sucesos pueden estar en relación con el tratamiento que se da en las actas del Comité Nacional de la UGT a la cuestión de Riotinto, que denota una cierta frialdad y falta de confianza. De hecho, será el mismo Pablo Iglesias a través de sucesivos artículos en *El Socialista*⁸⁰, quien, ante el agravamiento del conflicto, recomienda calma y cálculo, negando eficacia a “impulsos y excitaciones”, añadiendo que los obreros de Riotinto llevaban poco tiempo organizados, y que “aunque fuese importante su número debían primero consolidar su fuerza antes que dar un traspies que permitiera un triunfo a la poderosa Compañía”. Parece que estos consejos fueron momentáneamente seguidos y de momento no se fue a la huelga general, pero, de hecho, el Sindicato, cada vez más en las manos de Egocheaga, la prepara, eso sí, más concienzudamente. Una prueba de la aparente tranquilidad nos la da el hecho de que durante el mes de agosto se celebran las fiestas de San Roque sin grandes problemas, mientras que en junio las del Corpus quedaron reducidas a los actos religiosos por la situación social⁸¹.

Esta preparación se dirigió fundamentalmente a tres frentes: el económico, reuniendo cantidades de las cuotas del sindicato, aportaciones de particulares y de los casinos obreros para la caja de resistencia, y llegando a acuerdos con los comerciantes de la zona, para que durante los días de huelga fiasen a los obreros hasta unas cantidades, de forma que pudieran subsistir durante los mismos, e incluso mantener el precio del pan a precio de costo, 0,35 cts/Kg. De esta forma los comerciantes hacían frente también al intento monopolizador por la RTCL del comercio de la zona a través del Almacén N.º 2 ó Economato de la Compañía, en el que los obreros apenas tenían que ver en su gestión. Según el Sindicato, su fin era conseguir la simpatía de la población, arruinar a los pequeños comerciantes y monopolizar el comercio para hacer depender totalmente al obrero de la compañía, imposibilitándolo para la lucha. Políticamente se trataría de conseguir en la cuenca el mayor número de concejales posibles, consiguiendo que los obreros votasen a los candidatos presentados a concejales por el sindicato. Y en el frente sindical, poniéndose de acuerdo con la Federación de Mineros, dirigida por Perezagua, en el planteamiento de las reclamaciones que serían de carácter general después de que fueran aprobadas en un Congreso Extraordinario que se celebraría del 7 al 9 de septiembre. Todas estas accio-

80 *El Socialista* 4 y 7-VI.

81 A. RIOJA op. cit. p. 10.

nes estarían respaldadas por un total de 80.000 afiliados de los que 25.000 (¡) serían de Riotinto⁸². El enfrentamiento de las secciones de la cuenca del Sindicato con el Comité de la Federación de Ferroviarios lo tenemos comprobado a través de las Actas del C.N. de UGT y otra documentación (no en vano la representación de esta Federación en este comité era de gran importancia).

Este enfrentamiento se venía arrastrando desde el mes de abril, cuando se estuvo barajando la posibilidad de convocar una huelga general. Al ser comunicado esto, el Comité de la Federación de Ferroviarios lo estudió y comprendió el peligro que podría representar para la recién creada organización. Por ello envía, con la misión de contener el movimiento, a Eladio Fernández Egocheaga⁸³. Éste era miembro de las Juventudes Socialistas y de la Escuela Societaria⁸⁴, que con otros grupos trataban de acentuar las actividades sindicales frente al reformismo parlamentario representado por el pablismo, del que algunos miembros de las Juventudes Socialistas estaban desencantados⁸⁵. Podemos decir que la formación socialista de Egocheaga se fundamentaba en la idea de hacer girar la actividad política en torno a una “organización de base múltiple, esto es, el hacer depender del sindicato las cooperativas obreras de consumo, las mutualidades, las casas de socorro y de resistencia, de las que los afiliados podían beneficiarse... La violencia y el uso del sabotaje eran, igualmente, instrumentos de presión a tener en cuenta”⁸⁶. Todas estas ideas serían las que Egocheaga trataría de llevar a la práctica en el Sindicato radicado en Nerva.

Pero, como dice Félix Lunar (p. 177), aquél era “un pésimo administrador” y “llevaba su fantasía montada en zancos”. Estas ideas le llevarían al enfrentamiento con el Comité de la Federación, dirigido por miembros de la C.N. de la UGT y del P.S.O.E., Vicente Barrio, Tomás Cordoncillo y Daniel Anguiano, que no estaban dispuestos a plantear una nueva huelga general después del fracaso de la de septiembre de 1911. Todas estas cuestiones, unidas a las ideológicas, serán las que provoquen el

82 ES, I-VI-1913.

83 CASTRO DE ISIDRO, op. cit. p. 103.

84 Fue creada en el Congreso de las Juventudes Socialistas de 1912, conjuntamente por el PS y la UGT, para la formación de cuadros preparados para la lucha obrera.

85 TUÑÓN op. cit. T. II. p. 30-31

86 CASTRO DE ISIDRO, ibidem.

frío recibimiento que hacen a Félix Lunar y Egocheaga en su visita a los dirigentes socialistas de Madrid (p. 192-197).

Una de las posibles causas de este enfrentamiento pudiera estar, precisamente, en los planteamientos ideológicos a los que nos hemos referido líneas atrás. Así, Pablo Iglesias en un mitin celebrado bajo el título de “Las minas de Riotinto” el 19 de mayo en Málaga, se extendía en consideraciones sobre el carácter de la lucha de estos obreros. En estas consideraciones no aceptaba la huelga como sistema, sino como un recurso más, pero previéndola en todo lo posible, con cajas de resistencia y organización; tampoco aceptaba el abandono de la lucha política, “pues las conquistas obreras mediante la huelga podían perderse, mientras que las obtenidas del Gobierno mediante la lucha política eran más difíciles de perder”⁸⁷.

Mientras tanto, la “Comisión del IRS encargada de redactar el informe sobre las minas de Riotinto” había realizado la publicación de sus trabajos. Estos resultarían tremendamente contestados desde los ámbitos socialistas, especialmente, y desde la prensa republicana. Así, tenemos constancia de su tratamiento en una de las sesiones del C.N. de UGT⁸⁸, refiriéndose tanto a la actuación del vocal obrero en dicha Comisión, Francisco Mora, como al estudio de las condiciones de estos obreros.

En esta situación, la compañía había reanudado su política de despidos y contratación de obreros portugueses. Parece que lo que el Director pretendía no era otra cosa que lanzar a los obreros a la huelga general, de esta forma intentaba conseguir el bloqueo de la unidad de acción sindical y el debilitamiento de dicha organización. Prueba de ello es el cuidado que el C.N. de UGT pone al estudiar el asunto de Riotinto y cómo, según el propio Largo Caballero, se observan contradicciones en sus mismos periódicos, mientras que Daniel Anguiano da lectura a una comunicación en nombre de la “Comisión para lo de Riotinto”, para que desde allí cesen en su “campana difamatoria contra, el C.N. de la Unión”.

En este estado de cosas, la huelga general se hacía inevitable. Bascuñana así lo hacía saber en las páginas de *El Socialista*, pues la Empresa aún no había contestado a las reivindicaciones planteadas el 30 de junio. Por ello “si se llega a la huelga general será culpable la Empresa” y “el gobierno, servidores de los capitalistas; lamentaremos como siempre la huelga general”. A todo ello se unirá, como hemos dicho, la Federación

87 ES.20-V-1913.

88 FPI.Actas... de 7/VIII/13.

Nacional Minera, que dirige una circular a sus secciones sobre la idea de hacer generales las reclamaciones de los mineros de Riotinto para todas las empresas mineras de España por medio de un congreso extraordinario. Para ponerse de acuerdo sobre estas cuestiones, marchaban para Vizcaya y Asturias Bascuñana y Egocheaga⁸⁹.

Para contrarrestar esta fuerte tendencia extremista a la que se estaba llegando en Riotinto, arribaba Pablo Iglesias a la provincia de Huelva a primeros de septiembre. El día 1 se celebraba una gran asamblea a la que asiste el anciano dirigente obrero como espectador. En esta asamblea se propuso el ingreso del sindicato de Riotinto en la Federación Minera. De nuevo Iglesias volvía a insistir en considerar la huelga como último recurso y centrarse más en la lucha económica y, sobre todo, política, al intervenir en el mitin que se celebraba esa misma tarde. No deja de resultar cuando menos curioso que al “mitin monstruo” del día siguiente en Huelva, con una asistencia de más de 10.000 personas, no asista como orador Egocheaga y sí lo haga Bascuñana⁹⁰. Según palabras del propio Iglesias el poder tan enorme de la Compañía hacía necesarias la prudencia y la serenidad, y de esta forma la organización y la reflexión harían conseguir el respeto y las ventajas de la Compañía sin necesidad de apelar a la huelga, como se explicaría en la sesión del C.N. de UGT⁹¹.

Como estaba previsto, el Congreso Extraordinario de la Federación Nacional Minera tiene lugar desde el 7 de septiembre. También en este Congreso se observa el enfrentamiento ideológico que divide en estos momentos a parte del Sindicato Socialista. Por un lado, las tesis más extremistas de la Escuela Societaria, representada por Egocheaga, junto a Riotinto, y Facundo Perezagua, al frente de los mineros vizcaínos y de la propia Federación, y por otro las más moderadas del pablismo y el C.N. de UGT, representadas por Manuel Llaneza y los mineros asturianos. Hay que tener en cuenta que la Federación de Mineros de Vizcaya no ingresaría en la UGT hasta marzo de 1911⁹², lo mismo que la Sociedad de Mineros de Camargo⁹³, mientras que la Federación Nacional de Mineros lo haría más tarde aún, en agosto de 1911⁹⁴.

89 ES, 7 y 12-VIII-1913.

90 ES, 2-3-IX-1913.

91 ES, 11-IX y FPI.Actas... I/IX/1913.

92 ACTAS del CN de la UGT de 2 de marzo de 1911, folio 518. UGT:Actas, Vol 4, 1910-1913, FPI, Madrid, 1985.

93 Ibidem, f.522, 23-III-1911.

94 Ibidem, ff. 568-569, de 30-VIII-1911.

En un principio se planteó la representatividad de los de Riotinto por no estar al corriente de las cuotas de la Federación, para finalmente ser admitidos Bascuñana y Egocheaga como representantes de Riotinto y Juan Méndez Ordaz por Huelva. Enseguida se observa el enfrentamiento entre las dos posiciones. Llana argumenta en contra de Riotinto por lo joven de la sociedad y la falta de preparación y organización para una huelga general. Llega incluso Llana a tachar de irreflexivo a Perezagua y llama a la labor de ordenación, el paralelismo con las palabras de Pablo Iglesias no puede estar más evidente. Afirmaría que Asturias iría a la huelga general cuando lo aprobase otro congreso y porque estuviera realmente preparada. La respuesta de Egocheaga era puramente organizativa: "si la huelga no ha sido declarada aún en Riotinto ha sido por cumplir el acuerdo de la Federación... ha sido organizado el 95% del personal... se han reunido 80.000 ptas.", eran sus respuestas a la acusación de inconsciencia y de bisoñez por parte de Llana, que finalmente pondría que el paro general fuera decidido por las secciones después de una preparación más concienzuda y una mayor propaganda. Finalmente se decide realizar gestiones entre las secciones antes de declarar el paro general y se redactaron una serie de reivindicaciones: salario mínimo, en un plazo mínimo, extensión de la jornada minera a todas las profesiones relacionadas con la minería, inspectores mineros nombrados por los sindicatos, las pensiones y su reglamentación. Si para conseguirlas hiciera falta, se convocaría huelga general en el sector. También se aprobó pedir explicaciones al Comité de las Juventudes Socialistas y del P.S.O.E. sobre la publicación en el órgano de los primeros de unas injurias contra los directores del movimiento obrero en Riotinto⁹⁵.

Desde el mes anterior se hacían gestiones de todo tipo por parte de UGT y PSOE para evitar la huelga general minera y la de Riotinto. La estrategia fue la de adelantarse a los acontecimientos mediante la declaración de huelga general de la minería en Asturias el 12 de septiembre, como se acordó en el congreso de primeros de mes, con Llana de acuerdo con el C.N. de la UGT. Ante la concesión de las compañías asturianas del salario mínimo, los mineros asturianos tuvieron que abandonar la huelga general, de esta forma se restaba eficacia a la huelga general del sector y a la de Riotinto.

Pero desde el 12 de septiembre, la R.T.C.L., por medio de su Director, inicia una serie de acciones que son consideradas como provo-

95 El Socialista 7/8-IX-1913.

caciones por los obreros, y que, en palabras del ministro de la Gobernación, habían complicado la situación “más de lo que se esperaba”, de forma que entre Huelva y la mina había el día 14 más de 7.000 huelguistas, y aún no se había declarado la huelga general, aunque se producen una serie de paros parciales, pero de bastante importancia. Nuevamente fuertes retenes de la Guardia civil patrullaban las calles y llegaban a Riotinto 200 soldados de infantería. Finalmente, el 16 de octubre se declaraba la huelga general para conseguir las reivindicaciones presentadas en junio, a lo que la Compañía había respondido negativamente por boca de su Director el día 13, aunque la asamblea celebrada unos días antes había aprobado su inicio para el 14 de octubre⁹⁶.

El desarrollo de la huelga nos lo cuenta Félix en su obra. El paro, perfectamente organizado, se inicia en forma escalonada el 16 de octubre y no el 12 de agosto como escribe Félix Lunar (p. 181); por otra parte, consideramos poco probable que de ser en agosto el temporal de lluvias a que hace referencia, tuviera lugar en esas fechas en esta zona.

Serían más de 16.000 huelguistas⁹⁷. El C.N. de la UGT ya tenía conocimiento de esta convocatoria. En acta del mismo 16 se lee una primera comunicación de la sección ferroviaria(?) de Nerva “manifestando que creen que declararán la huelga general en toda la zona minera”, en otra “participando que es seguro que irá (el sindicato) a la huelga general y que dispone de 230.000 pesetas para la lucha y algunos medios... creen tener asegurado el paro mes y medio y que, como el sindicato está federado en la Unión, debe ésta prestarles auxilio”. No deja de parecer incongruente afirmar que tienen asegurado mes y medio, aunque 230.000 ptas. son muchas pesetas para la época y a renglón seguido pedir el auxilio económico de la Unión y las secciones. Pero ya sabemos por Félix Lunar que Egocheaga no era precisamente un buen administrador y en cuestión de números tampoco estaba muy versado. La poca simpatía que tienen en el C.N. se puede observar por la respuesta de éste a propuesta de Barrio: “este Comité hará lo que siempre ha hecho... que no tenemos conocimiento de que dicho sindicato pertenezca a esta Unión General, y que no podemos enviar cantidad alguna de nuestros fondos sociales”⁹⁸.

Pese a todo ello el día 15 se decide en asamblea la huelga general por 13.023 votos contra 17, después de saberse desde el día 13 que el Consejo

96 ELS, 6-X-1013.

97 El Socialista 17/X, lo que es extraño si sabemos que la plantilla era de 15.000 aproximadamente.

98 F.P.I., Actas, 16-X-1913, ff. 217-220.

de la Compañía en Londres se había pronunciado negativamente con respecto a las peticiones presentadas el 30 de junio⁹⁹.

Afortunadamente, algo vino en ayuda de los mineros de Riotinto. Romanones, Presidente del Consejo de Ministros, como jefe del Partido Liberal, era cesado. Ante esta tesitura los partidos de la Conjunción temieron la llamada de nuevo al poder de Maura; por ello, desde el PSOE y desde la UGT se decide apoyar a la huelga de Riotinto como uno de los medios para influir en la decisión real de nombramiento de nuevo Presidente¹⁰⁰. De esta forma, y a propuesta de Fernández Mulas, se acuerda en el C.N. de la UGT enviar un telegrama de adhesión a los mineros huelguistas de Riotinto. No debemos olvidar que el proponente era uno de los correligionarios de Egocheaga y que, seguramente, aprovecharía la situación para lograr un apoyo expreso del C.N. al sindicato dirigido por éste, que hasta ese momento no contaba con las simpatías de dicho Comité¹⁰¹.

Según la prensa de estas fechas¹⁰², los huelguistas llegan a 17.000 y se producen diversos incidentes por cuestiones con esquirols. Como hasta los panaderos están en huelga, llegaba a Nerva una sección de 37 soldados de intendencia para mantener las panaderías en funcionamiento. Igualmente, se produce la llegada del Presidente de la Federación Minera, Facundo Perezagua. Mientras tanto, siguen llegando fuerzas del ejército a la cuenca. Entre el 22 y 23 de octubre llegan tres compañías del Regimiento de Soria. La cuestión se mezcla además con el cambio de gobernador, producto del cambio de Gabinete¹⁰³, pues de la Rosa había sido sustituido¹⁰⁴. A los pocos días llegaba el nuevo gobernador, Eduardo Rivadulla, que traía instrucciones sobre la huelga, y cuya llegada tenía lugar en plena efervescencia de un conflicto en Huelva y Riotinto (más de 15.000 huelguistas), que nunca había sido tan preocupante¹⁰⁵.

En un clima de crispación y agresividad tenía lugar un atentado contra las propiedades de la compañía. Se trata del incendio del pozo Alicia,

⁹⁹ EL 23-X-1913 y ENS (El Noticiero Sevillano) 24-X-1913.

¹⁰⁰ CASTRO ISIDRO, op. cit., p. 111

¹⁰¹ FPI, Actas, 23-X-1913, ff. 217-220.

¹⁰² El Liberal... 17/X.

¹⁰³ Presidía el Consejo de Ministros Eduardo Dato, que había sido abogado de la RTCL, cf. ES 4-XI-1913.

¹⁰⁴ LP 28-X-1913.

¹⁰⁵ LP 3-XI-1913.

de contramina San Dionisio, que se produciría el 1º de noviembre a las 4 de la mañana¹⁰⁶. Este pozo era el acceso al filón principal de aquellos años: la masa de San Dionisio, donde se realizaban labores de extracción por el sistema de galerías y pilares, hasta que en 1907 se comenzaron las labores de extracción a cielo abierto mediante la apertura de la Corta Atalaya. Descendía 37 pisos y llegaba a una profundidad de 450 metros.

En el incendio se quemó el maderamen, cables y ascensores y las bombas de agua quedaron inutilizadas, por lo que los pisos de contramina quedaron inundados. Se calculaban unas pérdidas superiores al millón de pesetas. Los obreros lo achacaron a esquiroleros ingleses que bajaron la noche anterior a la mina. Se descubrió el fuego a las cuatro de la madrugada del 1 de noviembre, al día siguiente bajaron seis empleados cuatro británicos (John Gilbert¹⁰⁷, Edwin(Edmont) Wilson¹⁰⁸, Robert Sach¹⁰⁹ y George Wison¹¹⁰) y dos españoles (Lucas Millán López¹¹¹ y Luis Márquez Gómez¹¹²), que llegaron a bajar hasta el piso 27 y fallecerían en pocas horas. En el intento de recuperar los cadáveres de los fallecidos y de descubrir el foco del incendio, moriría también el británico Frederick W. Drewe(i)tt¹¹³; y otros tres jefes ingleses resultaron gravemente heridos. Mientras proseguían los trabajos para sofocarlo pudieron ser extraídos cinco cadáveres¹¹⁴.

En la Revista Minera, el ingeniero del distrito de Huelva, Ceferino

¹⁰⁶ El Liberal, El Socialista 17/X-5/XI. REAL VALDÉS, PEDRO: *El desastre del Pozo Alicia, ochenta años después*. Diputación de Huelva, Huelva, 1998.

¹⁰⁷ Juzgado de Minas De Riotinto, Rº de Defunciones, Tº42, Fº 297, de 52 años, falleció "hace cuarenta y ocho horas aproximadamente", en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos.

¹⁰⁸ *Ibidem*, Fº 294, de 43 años, fallece el 3 de noviembre de 1913, a las 18,50 horas en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos.

¹⁰⁹ *Ibidem*, Fº 298, de 42 años, falleció "hace cuarenta y ocho horas aproximadamente" en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos

¹¹⁰ *Ibidem*, Fº 299, de 35 años, falleció "hace cuarenta y ocho horas aproximadamente" en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos.

¹¹¹ *Ibidem*, Fº 296, de 50 años, falleció "hace cuarenta y ocho horas aproximadamente" en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos.

¹¹² *Ibidem*, Fº 295, de 47 años, fallece el 3 de noviembre de 1913, a las 18,50 horas en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos.

¹¹³ *Ibidem*, Fº 293, de 51 años, fallece el 3 de noviembre de 1913, a las 18,50 horas en la Contramina de San Dionisio, por asfixia de gases carbónicos. Avery, pp. XXX-XXX y REAL VALDÉS, P.:OP. cit.

¹¹⁴ LP 4-XI-1913.

Avecilla, afirmaba que parecía que no se había provocado por la combustión de las piritas¹¹⁵.

Desde *El Socialista* se informaba del sentimiento de pésame de la asamblea del Sindicato en Nerva, que hizo responsable a la intransigencia del Director, y que además se ofrecieron 20 obreros para colaborar en la recuperación de los cadáveres¹¹⁶.

A la vez que la huelga, tiene lugar en esos momentos la campaña de las agrupaciones socialistas para las elecciones municipales del 9 de noviembre. La candidatura de Minas de Riotinto quedaba formada por: Manuel Sicilia Iglesias (obrero), José Marín González (albañil), Rafael Bautista Jiménez (obrero), Juan Vélez Caro (herrero), Francisco Ojeda Mallofret (ajustador), José Santos Gutiérrez (barrenero), Juan Herrera Casas (albañil), José Esteve Fernández (barrenero), Fidel Rodríguez Sánchez (víero)¹¹⁷.

*El Radical*¹¹⁸, desde Riotinto, animaba a los obreros a participar en las elecciones, manifestando cómo la compañía y la prensa burguesa, así como los elementos sindicalistas, veían tras la huelga una ambición política; pero los obreros pensaban cambiar los municipios votando sus candidaturas, participando en la lucha electoral, que era un arma para lograr el triunfo de la huelga y conseguir que los políticos que están al servicio de la compañía desaparezcan de los municipios y que los nuevos “puedan manifestar públicamente que deben sus cargos a la elección del pueblo”.

Mientras la huelga continuaba en Riotinto, *El Socialista* comenzaba a resaltar noticias sobre la misma. En principio hablaba de su continuidad sin alteraciones de orden ni cambio alguno. Se informaba de la reunión mantenida con el gobernador de Huelva por Egocheaga y Lunar, que habían protestado de la pasividad del gobierno. También propagaba el anuncio del Comité Nacional de la Federación Minera de que, si en la semana en curso no se solucionaba la cuestión, plantearía un paro general del sector. También reseñaba que no cesaba de llegar guardia civil. Se detallaba que se

115 ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR de INGENIEROS de MINAS (ETSIM)-Biblioteca, Revista Minera Metalúrgica y de Industria, nº XI-1913., pp. 544-545 y 565-566.

116 ES 6-XI-1913.

117 AFRT, L° 1838-12 y 47.3, Hoja Volante (HV) de la Agrupación Socialista de Minas de Riotinto, 25-X-1913. En el programa se destacaba el acabar con la intervención de las compañías en los municipios, la supresión de los consumos pasando el pago de esos rendimientos a los grandes contribuyentes, obligar a las compañías y a los propietarios a que instalen “waterclosets higiénicos” dentro de las casas, mejorar el servicio de aguas, aumentar el número de escuelas y mejorar el sistema pedagógico. Esta intervención implicaba la de los propios juzgados municipales y otras instituciones municipales “coaccionadas por la compañía”.

118 *El Radical* 14-III-1913: *La Cuestión de Riotinto: La huelga y la política*.

había reunido más de 5.000 pesetas de donativos y de que los comerciantes de Huelva ofrecían 50 Ptas. cada uno en comestibles y que los donativos continuaban recibándose de toda España en la redacción de *El Socialista*¹¹⁹.

Entretanto, una vez resuelto el problema del nuevo Presidente del Consejo de Ministros con el nombramiento de Eduardo Dato y el anuncio de la retirada de Maura de la política, la anterior situación favorable para el sindicato se tornaba adversa, ya que la Conjunción y los socialistas retirarían el apoyo a la huelga, dada la gravedad de la situación con la introducción del sabotaje en el Pozo Alicia, siempre negado por los obreros. ¿Puede estar en este cambio de situación política la razón del optimismo en el ministro de Gobernación, Sánchez Guerra, y en el propio Dato en sus declaraciones oficiales desde el 12 de noviembre? Puede que totalmente no, pues hay que tener en cuenta que desde días antes Dato entabla conversaciones con Browning, al que conocía perfectamente, y con representantes de los obreros que viajan a Madrid, pero seguramente el estado de la cuestión debió influir en parte. Desde luego, si nos atenemos a las actas del C.N. de la UGT, podemos comprobar cómo desde la sesión del 23 de octubre no se vuelve a tocar el tema hasta la del 6 de noviembre, cuando la huelga se halla en plena virulencia, pero también cuando el peligro de la llegada de Maura ya había sido conjurado. En esta sesión se produce una dura intervención de Díaz acusando a la Unión de que “ha estado cruzada de brazos” en una huelga de “tanta importancia”. Barrio en su réplica afirma que no hay motivos para una huelga general. Se dividen las opiniones a favor y en contra de una huelga general a escala nacional. Finalmente se vota una circular a las secciones para que envíen ayuda a los huelguistas de Riotinto, evitando cualquier referencia a la huelga general. Realmente la ayuda material era necesaria, en la cuenca se estaba llegando a los límites de la miseria tanto por la falta de recursos de los huelguistas, como por las dificultades de abastecimiento normal ya que el ferrocarril se encontraba en manos de la Compañía¹²⁰.

Ante esta situación, Egocheaga, y con él el Sindicato, decidían entrar en conversaciones con la Compañía. Ésta, finalmente, había cedido también a las presiones por parte del Gobierno en el sentido de comenzar el diálogo. Las peticiones de los obreros eran las siguientes: admisión de despedidos, jornada de ocho horas en todos los servicios, abolición de los contratistas,

119 ES 29-X-1913.

120 F.P.I. ACTAS ACTA 6-XI-13 F.224

aumento general del 25% en los salarios y un salario mínimo de 4 pesetas, entre las de carácter más laboral; le seguían otras relativas al retiro, pensión y supresión de la cuota del servicio médico, fórmula de acceso a la plantilla fija, reglamento de régimen interior, buen trato de jefes y capataces y una última sobre seguridad en el trabajo.

Estas peticiones fueron publicadas por Egocheaga en *El Socialista* de esos días como respuesta al Ministro de Gobernación que achacaba lo difícil de la solución “por no concretar los obreros sus peticiones”. Todas ellas fueron contestadas negativamente por la Compañía.

El diálogo se presentaba bastante complicado. A los huelguistas de la cuenca hay que sumar los empleados de Huelva y los de la línea del ferrocarril, quienes también pretendían ciertas reivindicaciones. El Director viajaba a Madrid para conferenciar con el gobierno sobre una posible solución. Comienzan a aparecer las muestras de solidaridad, que diariamente se insertan en *El Socialista*.

El Gobernador continúa sus gestiones ante la Comisión y la empresa, que no respondía a las bases presentadas a ambas partes por aquel. Incluso se refiere en la prensa un intento de envenenar a la Comisión¹²¹. En estas gestiones con el Gobernador intervienen Egocheaga y Félix Lunar. El gobernador llega a afirmarles la escasa voluntad del gobierno para que la huelga se solucione(j). La popularidad de la huelga es un hecho constatado: un comerciante de harina regala varias toneladas, los comerciantes de Huelva envían cada día 50 ptas. en géneros gratis, en el Teatro Mora de Huelva se organizan actos para recaudar fondos para los hijos de los huelguistas, dos sacerdotes onubenses, Andivia y R. de la Habba, recogen donativos en la calle, etc. Es muy probable que la huelga, a nivel popular, adquiriera unos tintes xenófobos por la presencia de los ingleses en situación colonial¹²², como reconocería el Informe de la Comisión del IRS.

Respecto a la actitud gubernamental, son continuas las quejas de inhibición y de que el gobierno sólo se limitaba a concentrar fuerzas. Esta concentración es tal que 200 Guardias Civiles tienen que ser alojados en el salón de sesiones del Ayuntamiento nervense y otros tantos en la escuela de niñas de Zalamea. Este Ayuntamiento se ve obligado a invertir alguna cantidad en la compra de camas y utensilios para las fuerzas

121 ES 28-X

122 L P X-1913.

concentradas en El Campillo, además de hacer frente a los gastos que éstas hacen en el Almacén n.º 2 de la Compañía¹²³. Esto no deja de ser paradójico por el hecho de ser la Compañía la que obtenga beneficios de la estancia de unas fuerzas que vienen a resolver los problemas de orden público y vigilancia de sus propiedades, pero para su mantenimiento se dirigen a sus propios establecimientos donde realizar las compras necesarias.

El gobernador consigue que la Comisión acepte unas bases de partida sobre las que pactar, pero habría que esperar la respuesta del Director. La intransigencia de la empresa en el inicio de las primeras negociaciones se observa en el hecho de proponer una regulación de las contrataciones que suponía el despido de 2.000 obreros y el desahucio de los huelguistas que viviesen en casas de la compañía. Los comerciantes de Huelva también inician gestiones para la solución de esta huelga. Dato reconocía que los obreros se mostraban muy juiciosos en sus peticiones y que hablaría con la compañía, aunque también afirmaba que había una serie de agitadores que excitaban a los obreros¹²⁴.

El 4 de noviembre el PSOE convocaba un mitin multitudinario en el Lux-Eden de Madrid en solidaridad con los obreros de Riotinto. Fue presidido por Manuel Cordero e intervinieron como oradores Manuel Núñez de Arenas, Julián Besteiro, Mariano García Cortés y Pablo Iglesias. El motivo de la convocatoria fue la protesta por la actitud del Gobierno en el conflicto de Riotinto¹²⁵.

Continúan las negociaciones entre ambos bandos. La R.T.C.L. mantenía su intransigencia y manifestaba su propósito de hacer la referida regulación de la plantilla con el despido de 2.500 a 3.000 obreros. Apoyaba su proposición en el incendio del Pozo Alicia, aunque esto ya la había manifestado en octubre cuando el pozo estaba intacto. Por el contrario, la Comisión de Huelga entregó al gobernador sus conclusiones en las que se rebajaban sus pretensiones, como en la jornada que pasaba a ser de 8,30 horas, aumento de un real en los salarios, en lugar del general del 25%, y respecto a la obligación de los contratistas, se quedaba en dejar a los obreros en libertad de trabajar con ellos o no. Por otra parte, los comerciantes habían agotado ya su cupo de crédito y trataban de conseguir, conjuntamente con la Comisión, la forma de traer géneros a la zona¹²⁶.

123 (A)rchivo (M)unicipal de (Z)alamea, Actas 1913.

124 ELS y LP 5-XI-1913 y ES 27-X y 6-XI-1913.

125 ES 5-XI-1913.

126 ES 6-XI-1913.

Mientras el gobierno informaba de la “normalidad” en Riotinto, llegaba a la zona un escuadrón de caballería del regimiento de Alfonso XII (82 números) y la sección de Valverde se manifestaba a favor del mantenimiento del paro en un mitin¹²⁷.

La Comisión de Huelga trataba que el gobierno resolviera la cuestión con el Consejo de Londres¹²⁸. Se decía que la única pretensión de Browning era deshacer la organización a costa de lo que fuera, “aunque tenga que tirar unos pocos de millones”¹²⁹.

A la vez que comenzaba la negociación, la RTCL ofrecía la reanudación de sus trabajos cuando tuviera personal suficiente, abriendo listas en Riotinto y Huelva para recoger los datos de los obreros. Trataba con ello de ofrecer trabajo a los que quisieran en el momento en que se iniciaran las faenas¹³⁰. De esta forma parece que iniciaba sus funciones la Agencia de Trabajo o Personal (*Labour Agency*), cuya creación sería la respuesta de la RTCL a los conflictos planteados por los obreros y sus representantes, pues a partir de su puesta en funcionamiento todos los obreros pasaban a ser considerados como de “nuevo ingreso” y eran obligados a pasar por dicha Agencia, lo que significaba que debían pedir “el volante” y pasar la revisión médica. Con ello perdían cualquier tipo de privilegio en sus relaciones con la empresa por razón de nacimiento, antigüedad o relaciones personales¹³¹.

Facundo Perezagua llegaba de nuevo a la zona¹³² y acompañaba en las negociaciones a los obreros¹³³. En estos días aparecían unas impresiones optimistas de un próximo arreglo, lo que parece que podía depender de la actitud de los obreros, por lo que el gobernador civil prometía que “todos serán readmitidos aunque poco a poco”¹³⁴.

Además la Comisión había realizado una serie de negociaciones de cuyo resultado daba cuenta a la asamblea y publicaba sus últimas preten-

127 ES 8/9-XI-1913.

128 ES 10-XI-1913, publicaba casi las mismas bases de arreglo propuestas por la asamblea de los obreros reseñada en este mismo número.

129 ES 8 y 11-XI-1913.

130 LP 10-XI-1913.

131 Sobre el funcionamiento de la Agencia véase ARENAS POSADAS, C.: *Empresa, mercados, mina y mineros. Río Tinto, 1873-19136*. Universidad de Huelva. Huelva, 1999, p. 130. pp. 130 y ss. y también GIL VARÓN, ob. cit.

132 LP 7-XI-1913.

133 LP 11-XI-1913.

134 EL 11/13-XI-1913.

siones en el *Diario de la Huelga*¹³⁵: ocho horas y media de jornada en todos los departamentos, en tráfico y tracción se negociaría con los jefes el nuevo horario de acuerdo con los servicios; libertad de trabajar o no con los contratistas y que las pensiones se pusieran en funcionamiento desde primeros de año; las compañerías tendrían los mismos medios y precio por tonelada que los contratistas; salario mínimo en libreta de 3 Ptas., entrega a cada obrero de un ejemplar del Reglamento de la Compañía, el servicio médico dependerá de los obreros si lo decidiera el próximo plebiscito; que el obrero pudiera ser acompañado de otro cuando fuera a hacer su queja o reclamación ante jefes o dirección. Todas ellas aceptadas por la compañía, pero quedaban pendientes de aceptación la del aumento a los niños barcaleadores de 0,25 en su jornal y que todos los obreros que estuvieran entre 13 y 17 reales tuvieran un aumento de un real, aunque eran rechazadas de plano por la compañía la admisión de todos los despedidos por cuestiones sociales, un jornal mínimo de 0,50 Ptas. en las compañerías y la readmisión de los huelguistas en su anterior puesto en el plazo de un mes.

Egocheaga manifestó su confianza en la compañía(;) ¹³⁶, aunque sobre el aumento para los jornales entre 3 y 4 Ptas. propuso autorizar su arreglo a una Comisión Arbitral. En la misma asamblea se recibió la noticia de la aceptación por la compañía de las bases y se anunció que los trabajos comenzarían el lunes siguiente, de forma que Perezagua y Moreno negociarían con la sección de Huelva para ultimar el acuerdo. Perezagua felicitó a los huelguistas por el triunfo, aplaudió a la Comisión de Huelga y reconoció parte en el triunfo para la Federación Minera. Además se leyeron telegramas de adhesión recibidos de El Socialista, Escuela Nueva, Escuela Societaria, Casa del Pueblo de Madrid y Juventudes Socialistas. La asamblea mantuvo todas las peticiones pendientes y rechazadas por la empresa, dando un plazo de tres días para su respuesta y amenazaba con cerrar los comercios de la zona y pedir el paro general de las organizaciones obreras de España por solidaridad.

En principio, parece que fueron aceptadas por la Compañía, excepto la admisión de despedidos, pues mantenía la posibilidad de hacer 2.000 despidos en 8 meses¹³⁷. A partir de este momento se observa enorme con-

135 AFRT, L° 1838-15, DH, S/D, de 12-XI-1913 y ES 10-XI-1913.

136 Afirmó que "desconfiar de que la compañía cumpla los compromisos que adquiere es como desconfiar de vosotros mismos" (sic).

137 E. S. 12-XI-1913.

fusión, de tal forma que al día siguiente se produce, según un informe del jefe de las fuerzas, un motín de unas 7.000 personas. Incluso esta confusión llega hasta Madrid, pues, mientras Dato y Sánchez Guerra dan impresiones optimistas, se informa seguidamente de la partida hacia Riotinto de más fuerzas militares: un escuadrón de caballería¹³⁸.

De todas formas el 13 se celebra una nueva asamblea en Nerva en la que se aceptaban las bases acordadas, no sin cierta dificultad, sobre todo por la negativa de “elementos sindicalistas”. Todas las noticias de la prensa manejadas en nuestra investigación permiten confirmar la veracidad de las afirmaciones de Lunar sobre la estrategia de Browning. Aunque, en general, en actos públicos, telegramas y prensa, la solución de la huelga se consideraba un triunfo, si se compara la situación y peticiones de partida, esta consideración tan optimista no es tan evidente. Pero mientras esto ocurría en las secciones del sindicato en la cuenca, en Huelva la sección correspondiente se negaba a aceptar las citadas bases por desconfiar de la compañía y acordaron proseguir la huelga. Se achacaba esta oposición a elementos lerrouxistas y sindicalistas. De esta forma, los líderes del sindicato, que estaban en la cuenca, tienen que marchar a la capital para aplacar los ánimos en una nueva asamblea en Huelva el día siguiente. Después de varias indecisiones, se aprobaba la vuelta al trabajo¹³⁹.

En la asamblea que tuvo lugar en Nerva el domingo 16 de noviembre se aprobó volver al trabajo desde el martes siguiente y se acordó que, si el 31 de diciembre la Compañía no había cumplido con lo pactado, se volvería a declarar la huelga general. De esta forma la huelga se consideraba totalmente finalizada en la mina¹⁴⁰. Ese mismo día, horas después, tenía lugar un mitin en Huelva en el que, gracias a diversas medidas de seguridad en los accesos al mismo, se lograría aprobar la vuelta al trabajo, aunque con dificultades, enfrentamientos e insultos, sobre todo contra Egocheaga y Bascuñana. De esta forma el día 18 se comenzaban los primeros trabajos en Huelva y mina y por la tarde se firmaban los acuerdos entre ambos en el Gobierno Civil¹⁴¹, pese a las dificultades de última hora por parte de la compañía¹⁴².

138 E. S. 13-XI-1913.

139 ES y LP. 14-XI

140 LP 17-XI-1913.

141 LP 17 y 18-XI-1913y ES 17/18-XI-1913.

142 EL y ES 19-XI-1913.

La vuelta al trabajo proseguiría su ritmo, pese a algunas dificultades, sobre todo en la propia Huelva, donde se produjeron ciertos problemas de orden público y las fuerzas tuvieron que patrullar e impedir la formación de grupos en las calles; los comercios de la calle Concepción cerraban y no había periódicos por huelga de tipógrafos, dando lugar a varias cargas de la guardia civil. El Sindicato aconsejaba en una hoja la vuelta al trabajo y se esperaba un tren especial con fuerzas de orden público y del ejército, cuando en la mina trabajaban ya oficialmente 5.000 obreros¹⁴³.

Las repercusiones de esta huelga para el sindicato de Riotinto fueron realmente negativas. Pese a las iniciales declaraciones bastante triunfalistas y a que en las elecciones municipales se avanzó considerablemente en votos y concejales, podemos afirmar que las consecuencias de la huelga no fueron tan positivas como en un principio parecían. Después de 34 días de huelga, la vuelta al trabajo, una vez firmadas las bases por Mr. Browning, comenzó a realizarse paulatinamente.

No se podía observar si los despedidos por cuestiones de la huelga u otras represalias eran readmitidos. Por otra parte, la mayoría de las bases comenzaban a regir desde el 1º de enero o más tarde aún.

Tampoco la decisión de volver al trabajo fue aceptada de buen grado por los anarquistas. Éstos, ante el triunfo de los socialistas en las municipales y la presentación en marzo siguiente de Egocheaga como candidato a diputado por el distrito de Valverde, insistieron en la acusación de utilización política del movimiento sindical.

Este aspecto se puede ver en las hojas que circulan contra Egocheaga.

Pero incluso se llega a producir una división interna del propio sindicato, como se puede ver en la hoja del 18 de diciembre firmada por Bascuñana y por la que reconoce “que entre el compañero Egocheaga y el Presidente del Sindicato existen rencillas personales...”¹⁴⁴.

Todas estas cuestiones conducen al Sindicato a un proceso de auto-crítica, pese a la puesta en marcha del servicio médico, que conducirá de hecho a una reorganización como también se puede ver por las hojas de 6 de mayo, 28 de agosto y 4 de septiembre¹⁴⁵. En ellas, además de aspectos

143 EL 20/21-XI-1913.

144 AFRT, Lº 1838-34, HV “A los Obreros que integran el Sindicato de Riotinto” de 17-XII-1913., firmada por el Presidente del Sindicato: Francisco Bascuñana.

145 AFRT, Lº 1838-60.13: Reorganización sindical. RT, 28-VIII-1914. AFRT, Lº 1838-60.14: El domingo 30 asamblea en Nerva. Nerva, 28-VIII-1914.

puramente administrativos como el cobro de cuotas, se trata de una verdadera reorganización la reclamada, según la misma hoja, y se considera la organización como “sitiada” viviendo un momento crítico, lo que se achaca a los problemas derivados de la crisis de trabajo, paralela a la guerra europea¹⁴⁶, problemas a los que Félix Lunar hace referencia en su obra.

Previamente hay que hacer notar, si seguimos el hilo de la narración de Félix Lunar, que el 2 de diciembre se aprobó en una asamblea celebrada en Nerva el viaje de éste con Egocheaga a Madrid, sólo que el motivo del viaje, más que la organización de la mutualidad médica, fue el estudio con una comisión arbitral del aumento de los salarios y la visita a Dato. Todo ello nos lo cuenta Félix Lunar en su obra. Nos limitamos a detallar que esta visita a Dato tiene lugar el 9 de diciembre, quedando constituida la Comisión Arbitral por tres representantes de la empresa, los obreros y el gobierno respectivamente y que debería decidir a primeros de año sobre el aumento de los salarios¹⁴⁷.

Pero llegó el 1 de enero de 1914 y, según los datos que tenemos hasta ahora, la compañía incumple el laudo firmado en noviembre. Así, tenemos que el 2 de enero hay 10.000 obreros en paro. Pero según *El Liberal de Sevilla* “esto no es una huelga, es un lock-out”¹⁴⁸. Efectivamente, según el correspondiente de *El Socialista*, el día antes de entrar en vigor las bases acordadas en noviembre la empresa ordenó vaciar los vagones; parece que aprendió la lección de octubre anterior y amenazaría lluvia, “instaló dormitorios en las oficinas y pidió fuerzas de la guardia civil” y publicó el horario de trabajo, que no era el acordado en noviembre. Nuevamente el paro es total¹⁴⁹. Mientras tanto, el gobierno acelera los trabajos de la Comisión Arbitral y pide el envío a Madrid de los representantes obreros; éstos delegan en la Casa del Pueblo de Madrid, que envía a Manuel Núñez de Arenas, Luis Fernández, Mulas y Agustín Marcos Escudero. Los tres eran de la Escuela Societaria y amigos de Egocheaga, los dos últimos habrían venido previamente a Riotinto, llamados por aquél para que le ayudaran en las labores de organización como señala Félix Lunar en su obra. De esta forma respondían a las acusaciones del gobierno de que la huelga estaba motivada por la negativa

146 E. S. 24 y 28-VIII.

147 E. S. 10-XII.

148 E. L. 5/1/1914.

149 E. S. 4/1/1914.

del sindicato a que la Comisión se reuniera en Madrid y no en Huelva¹⁵⁰. La UGT llegó a ocuparse ampliamente del conflicto y el mismo Pablo Iglesias llega a entrevistarse con Dato, dada la gravedad del asunto¹⁵¹.

Hay que destacar cómo después del traslado del jefe de la guardia civil en la zona, tras su sustitución por el Teniente Espejo, se producen cargas de estas fuerzas y las primeras protestas de los obreros por su actuación, cosa que no había ocurrido prácticamente hasta entonces.

La Comisión se reúne hasta el 25 de enero, fecha en la que se firmaría el laudo de obligado cumplimiento y en el que se reconoce lo acordado el 18 de noviembre anterior. El 26 comienzan las incorporaciones al trabajo, aunque no dejarían de producirse paros parciales durante el mes de febrero por incumplimiento de lo firmado. Estas acusaciones obligarían al gobierno al envío de un representante, Leopoldo Palacios, para hacer cumplir dicho laudo. Con su llegada terminan los paros y la agitación. De todas formas, la firma del acuerdo y el arreglo de la situación exigieron la llegada a Madrid del Presidente del Consejo de la RTCL y dos vocales, lo que no dice mucho en favor de las dotes de negociador de Mr. Browning.

En relación con Félix Lunar, tenemos constancia de su detención, junto con Antonio Vázquez y Rafael Ramos, el 15 de enero por la publicación de una hoja. Parece que en esta fechas, pese a las buenas palabras y promesas de Dato en Madrid, se ejerce una mayor represión sobre la organización obrera desde el Gobierno Civil de Huelva y los Ayuntamientos, mediante la prohibición de asambleas y la clausura de locales como los de Huelva, Zalamea y Nerva¹⁵².

La firma del laudo fue acogida como un triunfo de la organización obrera, sobre todo porque se impuso a la Compañía el reconocimiento del Sindicato: "ha sido un triunfo enorme"¹⁵³. Pero a los pocos días, como ya hemos indicado, comienzan las denuncias de incumplimiento y de represalias.

Pero ya el conflicto se había dado por acabado. La comisión de Huelga presentó su dimisión en la asamblea del 15 de febrero. Entretanto, Egocheaga anunciaba su candidatura a Diputado a Cortes por el distrito de Valverde para las elecciones de marzo. Este hecho supuso, en unión de los referidos anteriormente, una tremenda ruptura con las restantes or-

150 E. L. 5/1/1914.

151 E. S. 10-I-1914.

152 E. S. 16-I-1914 y EN 18-I-1914.

153 E. S. 26 y 27-I-1914.

ganizaciones republicanas e incluso con otros miembros del Comité de Huelga y el inicio de una campaña de desprestigio del sindicato desde varios sectores, entre ellos la propia Compañía, especialmente.

Desde el C.N. de la UGT tampoco se vio el hecho como positivo. El apoyo ofrecido en la segunda fase de la huelga por el mismo Pablo Iglesias personalmente va a desaparecer. Egocheaga es detenido y desterrado por unos meses, aunque desde Huelva dirigirá una serie de acciones, que sólo conducirían a que el muro que les separaba del resto de las organizaciones obreras fuera cada vez mayor. Así, en las actas del C.N. de la UGT de ese año encontramos continuas referencias a Riotinto; en una de ellas se quejan del abandono de la prensa y de los órganos directivos, mientras que el C.N. por boca de Pablo Iglesias responde que ellos no les informan desde Riotinto. En otra piden que vaya Iglesias y que se organicen campañas de ruido. Se llega en algunos momentos a unas relaciones tensas y llenas de reproches recíprocos¹⁵⁴. En el nuevo planteamiento que hacen con vistas a la reorganización pretenden utilizar el sabotaje general contra la producción como arma contra la Compañía. Esto era desautorizado por el C.N., especialmente por Pablo Iglesias, lo que en principio fue acogido de buen grado, pero en otra comunicación al C.N. afirmaban haberse aprobado en un congreso provincial el empleo del sabotaje desde el 1 de julio¹⁵⁵.

4. Los años oscuros, 1914-1917

El período que va de 1914 a 1920 lo denomina Gil Varón como “los años amargos”. Desde el estado actual de mis modestas investigaciones, prefiero llamarlos “oscuros”, entre otras cosas por la escasa documentación con la que, de momento, me he encontrado, si se tiene en cuenta la desaparición de parte de la misma en los antiguos archivos de la Oficina de Personal, cuya ordenación y catalogación por la Fundación Riotinto, así como su recuperación, es digna de todo encomio. Esta tarea parece que va dando sus frutos y gracias a su labor cotidiana mucha de la documentación que se hallaba desaparecida está apareciendo afortunadamente.

Ya se ha dejado entrever cómo la organización sindical minera de la cuenca y la de la propia capital de la provincia sufren un proceso de de-

154 F.P.I. Actas... 2 y 8-IV/1914, por ejemplo.

155 *Ibidem* 23-IV y 7 y 28-V.

terio con la huelga de 1913-1914. Hasta tal punto ésta fue una huelga perdida que en determinados momentos de 1919 ¡se pedirá que entren en vigor las bases acordadas en noviembre de 1913!

Parece que el servicio médico del sindicato no resultó todo lo eficaz que se pretendió; el mismo Félix informa de las grandes dificultades por las que pasaría; igualmente ocurría con el farmacéutico, que sería denunciado por la Organización Colegiada Provincial.

En el proceso de reorganización del sindicato, se llega a la formación de otro nuevo, que no es aceptado por el Gobierno Civil por no haber desaparecido el anterior, fundado por Bascuñana, y no podían existir dos sociedades iguales¹⁵⁶. Este hecho es aprovechado por las autoridades locales y provinciales que cierran el local y se apoderan de los “libros administrativos” (sic). De esta forma, el sindicato de Nerva es clausurado en virtud del proceso seguido contra Pelegino y Carrasco, mientras Egocheaga se encontraba preso en Huelva. Cuando vuelve lo hace dispuesto a reorganizar el Sindicato. Se convoca un congreso extraordinario a fines de noviembre; los ataques al sindicato, unidos a la gran crisis de trabajo, junto a la creación de la Agencia y el Cuerpo de Guardiñas por la Empresa, darán al traste con esos intentos¹⁵⁷.

En este proceso de casi descomposición de la organización influiría notablemente el enfrentamiento del sector de la Escuela Societaria con los órganos de dirección de UGT y P.S.O.E. Fruto de este enfrentamiento serán los ataques que reciba Egocheaga también desde órganos obreros como *La Unión Ferroviaria*, influenciada por V. Barrio y la Federación Ferroviaria, y desde *La Lucha de Clases* de Andres Saborit. De todo ello se quejarán al C.N., que prácticamente daría largas al asunto¹⁵⁸. Otra prueba de este enfrentamiento es el hecho de que Egocheaga tenga que ser defendido por Eduardo Barriobero, y no por alguien del Comité, en los diferentes procesos que se siguen contra él hasta 1917.

En el XI Congreso de la UGT (junio-1914) se produce un grave enfrentamiento entre el Sindicato de Río Tinto y el Comité Nacional de la UGT, del que el primero salió en una situación delicada. Se llegó a deliberar sobre su representación, aunque sería aceptada finalmente. Se debatió sobre Ríotinto y se dio cuenta del procesamiento de sus delegados y de la necesidad de ausentarse al haberse declarado una nueva huelga en la zona, pero

156 *Ibidem* 18-VI. 1914.

157 G.V. op. cit. p. 155-156.

158 F.P.I. Actas... 27-IX-14.

se censuró la táctica del Sindicato y se condenó el sabotaje. Su defensa la ejerció Fernández Mulas, afirmando que se quería hacer causa común con la compañía, que el Sindicato de Río Tinto haría su congreso para ver qué táctica seguiría y que permanecería en la UGT¹⁵⁹.

Los representantes de Riotinto dieron cuenta de las gestiones realizadas ante el Congreso de la UGT en una asamblea celebrada en Nerva, por cuyo contenido se desprende que el Sindicato debió ser vapuleado en Madrid, pues el Comité Nacional de la UGT, decían, sólo se había acordado de los trabajadores de Riotinto para censurarlos, y no para ayudarlos, “cuando necesitábamos la ayuda de todas las organizaciones de España”¹⁶⁰. Incluso Perezagua se retiró del Congreso al negársele la palabra en su favor. Según los de Riotinto, se quería convertir a la UGT “en instrumento de la política republicana”, cuando los republicanos son “tan malos como los propios monárquicos”, cuando la UGT “no debe tener matiz político” (¡)¹⁶¹. Por eso, de forma incoherente, atacaban a Pablo Iglesias y a Largo Caballero por una multiplicidad de cargos que no les permitían atender a la UGT y por eso no habían actuado con acierto en lo Riotinto. Egocheaga pidió un voto de confianza de los trabajadores, en contra del que le había negado la UGT, ofreciendo su dimisión, ante los gritos en contra del público. A continuación Agustín Marcos acusó a los dirigentes de la Unión Ferroviaria por su política sindical en los últimos meses (huelgas de 1911 y 1912, así como por sus problemas de afiliación). Se reafirmaba en las críticas a Iglesias y al Comité Nacional de la UGT, llegando a afirmar que los trabajadores debían arrinconar a los que se han gastado ya en la lucha, a “los decrepitos, para que no estorben las ansias de renovación de los espíritus jóvenes y fuertes” (¡).

Martín Moreno denunciaba que en este congreso se pudo ver también el enfrentamiento entre Llaneza y Egocheaga, por la dirección de la Federación de Mineros. De todas formas se mantenía la fe en la UGT y prometían

159 EL 23/25-VI-1914.

160 Acusaba al CN de haber enviado una circular criticando “la táctica que se seguía en RT” y que la declaración del sabotaje volvió loco a los directores de las organizaciones obreras que “decían que nuestra táctica era revolucionaria”: “para vergüenza de la UGT, que es la organización más reaccionaria que tenemos”. Añadían que el congreso había sido “amañado ... para ver si en él se podía sepultar a los compañeros que dirigimos RT”, que aunque se presentó una proposición “pidiendo nuestra cabeza” (¿expulsión?), la hubieron de retirar por vergüenza de sus proponentes y sólo se propuso aprobar la conducta del CN, lo que suponía que “implícitamente se desautorizaba la conducta de los de RT”. Tachaba a los dirigentes de UGT de “caciques”, esa hostilidad provenía según él en la separación de la Unión Ferroviaria, mientras hacía diversas acusaciones más, llegando a calificar a Besteiro como de “un catedrático de la Universidad Central que debería estar barriendo las calles de Madrid”. AFRT 1863-39-9, de 30-VI-1914.

161 No recordaba Egocheaga su intento de llegar a diputado por el distrito de Valverde.

que, pese a todo, “el Sindicato de Río Tinto no saldrá nunca de la UGT”. Egocheaga afirmaba que la UGT no tenía autoridad para juzgar la conducta del Sindicato de Río Tinto y pidió autorización a la asamblea para hacer un llamamiento a las organizaciones que estén fuera de la UGT para que se integren en ella y así se pueda rejuvenecer y se limpie de “reaccionarismo”.

Desde La Provincia se contraponía esta actitud de Egocheaga, exaltando el sabotaje como arma e institución sagrada, a la de la UGT abominando de ella y predicando mesura y la discusión serena entre capital y trabajo¹⁶². Estamos pues ante la dialéctica moderación y gradualismo ugetista con respecto a las tesis revolucionarias.

Esta delicada posición del Sindicato era aprovechada por algunos de sus enemigos para intentar desacreditar a los dirigentes locales del Sindicato. Así, el grupo *Varios Compañeros* publicaba una hoja en la que se insertaban opiniones recogidas de diferentes medios de comunicación sobre el congreso ugetista y en el que la cuestión de Riotinto había gozado de gran protagonismo en un amplio debate con la intervención de Llaneza, que calificó de descabellada la organización onubense y pidió que Egocheaga fuera relevado de sus cargos. Otros, como Barrio, afirmaron que la Unión era contraria al sabotaje y que no se iba contra los obreros sino contra sus dirigentes. También Largo Caballero se manifestó contrario a las acusaciones de abandono por la UGT del movimiento de Riotinto y que el sabotaje perjudicaba tanto o más a los obreros que a la compañía. Daniel Anguiano arremetió “fogosamente” contra Egocheaga, hasta tacharlo de desequilibrado mental mientras que Llaneza negaba el conocimiento del mundo y la psicología de los mineros al propio Egocheaga Torralba Pecci achacaba a los intereses particulares de Egocheaga toda las cuestiones surgidas. Para finalizar con las palabras de Mula en las que afirmaba que se fue al sabotaje porque el Sindicato se encontraba sin cuotas¹⁶³.

En estas fechas la sección de Huelva del Sindicato de Riotinto estaba prácticamente desaparecida y desde Riotinto se animaba a su reorganización. De hecho la participación de los obreros y la sección de Huelva en el movimiento de junio había sido casi inexistente. Desde Riotinto se acusaba a Bascañana de acabar con la organización en medio año: “os lanzó al abismo... permitiendo que os estrellaseis contra los escollos de

162 LP I-VII-1914.

163 AFRT, L° 1838-58.13: Compañeros, leed España Nueva, El Socialista y ABC de Madrid. Varios compañeros. Riotinto, 27-VI-1914.

la odiosa Compañía de Río Tinto, abriendo de paso el surco para enterrar a toda la organización sindical huelvana”, por lo que llamaban a su reorganización¹⁶⁴. Algo parecido había ocurrido con los obreros de la línea del ferrocarril¹⁶⁵.

La situación socioeconómica no era muy favorable para acción sindical. Hay que tener presente que al estallar la guerra se cerraron todos los mercados continentales de la compañía. De esta forma, en 1915 se redujo la jornada semanal a cuatro días y a veces incluso a tres, aunque la empresa, dada la escasez y el aumento de los precios, pudo mantener los beneficios. Así, en 1916 se vuelve a restaurar la jornada semanal completa y se llegarán a solicitar frecuentes aumentos salariales apoyados por continuos paros cortos en varios departamentos¹⁶⁶. En la prensa de la época encontramos continuas referencias a la crisis de trabajo; en marzo de 1914 hay 8.000 parados por el cierre de varias minas en la zona¹⁶⁷. Igualmente se puede observar este problema si acudimos a las actas municipales de Nerva y Zalamea, donde aparecen continuas peticiones de obras y carreteras, el reparto de raciones de pan y carne en las fiestas, aumento del número de socorros, etc., en relación con el problema de las subsistencias.

Idéntica situación tenemos en 1915. Tanto el ayuntamiento nervense como el zalameño hacen gestiones ante el gobernador para realización de obras públicas, con el fin de mitigar el paro y las crisis de trabajo en la que se hallaba inmersa la zona. No deja de resultar curioso cómo la R.T.C.L. acude como contratista a la subasta de uno de los tramos de la carretera de Zalamea a Aracena, por el Campillo, y la gana. Este hecho es interpretado por el grupo socialista de Zalamea como una forma más de reprimir a la organización sindical, evitando que puedan encontrar trabajo en otras tareas y empresas sus afiliados y afectos despedidos por la compañía¹⁶⁸. Aunque también es necesario resaltar que Browning aceptó la ejecución de estas obras, admitiendo que el pago lo recibiría cuando se aprobasen los presupuestos del Estado del año siguiente¹⁶⁹.

164 AFRT, L° 1838-58.9: El Sindicato de Río Tinto, a los obreros de la sección de Huelva. Río Tinto 18-VI-1914.

165 AFRT, L° 1838-58.5: Sindicato de Río-Tinto. A todo el personal de la línea. El Comité, Nerva, 21-VI-1914.

166 AVERY op. cit. p. 289 y ss.

167 EL 13-VIII-14.

168 A.M.Z. Actas 1915.

169 A. Rioja op. cit. p. 20.

El panorama de la situación política en la provincia es igualmente complejo, de modo que tenemos una grave crisis en el partido conservador dentro del ámbito provincial. A finales de abril de 1914 dimitía como jefe de este grupo Burgos y Mazo, le sustituiría Sánchez-Dalp, que también cesaría en julio de 1915, mientras que Tejero y González Vizcaíno no era aceptado como tal por uno de los grupos dirigidos por Martín Vázquez, que también dimitiría de su jefatura local en Huelva¹⁷⁰. En el bando liberal no se producían importantes fisuras en esos momentos y se presentaba unido y cohesionado hasta admitir en sus filas a las huestes de Tejero, que abandonaron el campo conservador. Por otra parte, radicales, republicanos y socialistas, en el campo de la Conjunción onubense, se encontraban igualmente enfrentados por causa de la intención de Egocheaga, contra el criterio del C.N. de PSOE y el de la UGT, de pretender acceder al escaño en las Cortes por el distrito de Valverde, donde sería finalmente elegido dos años después (febrero de 1918) el republicano Eduardo Barriobero con el apoyo de Lunar y de la agrupación socialista de Huelva en el ámbito del pacto conjuncionista, tras el fracaso en la convocatoria de marzo de 1916.

A nivel nacional, la neutralidad a ultranza declarada por Dato era contestada por los liberales, sobre todo por Romanones con sus *Neutralidades que matan*. Esta posición claramente aliadófila, y la carestía galopante, consecuencia del inicio de la guerra, dará el triunfo en las elecciones municipales a éstos, lo que llevará al Conde de Romanones a presidir el Consejo de Ministros el 9 de diciembre de 1915, con su consiguiente victoria electoral de marzo siguiente.

A nivel local, tenemos durante estos años un notable avance en el número de votos de las candidaturas socialistas. Este incremento de votos se tradujo en un mayor número de concejales de este signo en toda la cuenca minera.

De la actividad sindical entre 1915 hasta agosto de 1917, tenemos que decir que fue escasa y fragmentaria, sobre todo si comparamos con los años inmediatamente anteriores o con otras zonas del país. La razón de ello estriba, primeramente, en la situación económica y de crisis de trabajo. En las actas de los Ayuntamientos de Nerva y Zalamea son constantes los repartos de socorro y de pan y carne entre los pobres de la localidad con motivo de las fiestas locales, además de las continuas peticiones de fondos para realizar obras públicas que den trabajo y sustento a las numerosas familias de obreros. En segundo lugar, tenemos el agotamiento de las fuerzas sin-

170 El Liberal... I-V-14 y I4/19-VII-14.

dicales y de la capacidad de enfrentamiento con la poderosa empresa, que siempre lograba, ya por influencia ya por agotamiento, salir victoriosa de las huelgas, y mucho más con la introducción de la Agencia de Trabajo y el reconocimiento médico imprescindible para trabajar en las distintas explotaciones de la RTCL. Esta oficina constituía un tupido filtro para evitar el dar trabajo a elementos afectos a las organizaciones sindicales o a elementos conflictivos por una u otra causa. Finalmente, la debilidad manifiesta de la organización sindical que se debatía entre los enfrentamientos con Bascuñana y sus seguidores, con apoyo del C.N. de la UGT, los “sindicalistas” (anarquistas), cada vez con mayor presencia en la cuenca, y la falta de apoyo por el C.N., que, no aceptando los problemas económicos del Sindicato, exigía el pago de las cuotas, sin condonación de la deuda, por problemas administrativos y de contabilidad. Este hecho es largamente debatido en varias sesiones del Comité, admitiendo finalmente el pago de los de Nerva para dejar claro su deseo de pertenecer a la Unión¹⁷¹.

Probablemente, este asunto sería una prueba más de la falta de capacidad administrativa de Egocheaga, criticada continuamente por Félix Lunar. El propio Servicio Médico resultó un fracaso, pues mientras a la R.T.C.L. se cotizaba una peseta mensual por éste, en el sindicato había que cotizar dos, a pesar de no tener instalaciones ni instrumental tan avanzado como el de los ingleses en el hospital de la Compañía.

Otra dificultad para la lucha sindical lo constituía también el mayor número de fuerzas de represión y de vigilancia y control de los obreros. Nos referimos con ello a dos aspectos: por una parte, el mayor número de fuerzas de orden, sobre todo de guardia civil, que se constata continuamente por los pagos que deben hacer los ayuntamientos de la zona, principalmente en el de Zalamea, en el que se aumenta la dotación de Guardia civil hasta el extremo de ser necesaria la construcción de un nuevo cuartel. Algo parecido ocurrió en Huelva unos años más tarde con la construcción del cuartel para las fuerzas del Regimiento Soria 9, que ha sido utilizado hasta hace unos años y en cuyo lugar se encuentran hoy las instalaciones de la Universidad de Huelva. Las mismas relaciones de los obreros con estas fuerzas también cambian de sentido, pues hasta esos años, pese al número e intensidad de las huelgas, éstas se caracterizaban por la ausencia de tensiones; mientras que desde la del 1913, se producen cargas, alborotos y tensiones. De ello es prueba el encuentro que tiene lugar con el Teniente

171 F.P.I. C.N. U.G.T. Actas III-IV/1915.

Cano, ya que sabemos que el oficial abofeteó a Félix y a Granados, Director de "Vida Obrera". Tras la correspondiente denuncia, según parece, con la intervención de Pablo Iglesias ante Dato, que acabó con el traslado del teniente¹⁷². Por otra parte, la Compañía aumentó el número de vigilantes jurados, para crear un cuerpo de guardiñas y de guardas de casas, que ejercerá un perfecto control de los movimientos de los obreros, lo que, unido al filtro que constituía la Agencia, le permitió un debilitamiento de la actividad sindical, junto con corrientes de opinión contrarias a la organización. Todo ello, a la vez que diversas prohibiciones de reuniones y asambleas a lo largo de estos años, nos da una idea del clima de persecución y de dificultades políticas con las que debía enfrentarse el sindicato onubense.

La situación económica responde a un cuadro general que queda firmemente encorsetado por las consecuencias para nuestro país de la Gran Guerra. En 1915 sus efectos sobre el mercado son sentidos ya plenamente. Coyunturalmente fue una época en la que se hicieron grandes negocios y se crearon nuevas fortunas. Pero esta circunstancia favorable no fue aprovechada para realizar los cambios económicos estructurales necesarios. Aunque se consigue que gran parte de los ferrocarriles pasen definitivamente a manos españolas, se creen algunas empresas de servicios públicos, los grandes bancos y algunas otras empresas, además de mejorar el equipamiento industrial del norte del país y la liberación de la deuda exterior, se asiste en esta época a una etapa de acumulación capitalista e inflación, que dio lugar a un encarecimiento de la vida de los asalariados por existir un desfase entre los índices de aumento de los precios con los salarios¹⁷³. A esto se uniría, cuando acabe la guerra en 1919 y se produzca la consiguiente pérdida de los mercados ocasionales, una nueva crisis de empleo, que se dejará sentir especialmente en nuestra zona.

Los efectos negativos de la guerra sobre precios y salarios serán los que dominen las campañas en la prensa de las organizaciones obreras, UGT y CNT, y darán lugar también a numerosas huelgas, manifestaciones y protestas, pero sobre todo a la firma de un pacto UGT-CNT y a una campaña de mítines que conducirá a la huelga general de 24 horas del 18 de diciembre de 1916. Ésta fue seguida unánimemente, especialmente en Andalucía y concretamente en sus centros mineros, excepto en la cuenca de Riotinto¹⁷⁴. Ello puede resultar una prueba más de las dificul-

172 FPI. C.N. U.G.T. Actas 7-VI/1914.

173 TUÑÓN op. cit. T. II, p. 71.

174 A. M^º. CALERO op. cit. p. 48.

tades que atravesaba la organización. De hecho, los procesos serán continuos, pero más por las opiniones vertidas en los dos periódicos de la organización, “Vida Obrera” y “La Chinche”, que harán que sus sucesivos directores y colaboradores: Marcos Escudero, Alonso Granados, Félix Lunar, Egocheaga o Antonio Serrano, sean continuamente desterrados de la cuenca.

Es en estos años cuando tiene lugar un suceso en la cuenca que nos indica cómo las relaciones entre la Empresa y los obreros se han deteriorado: el asesinato de Mr. Lindon por un obrero al ir a pedirle, el 16 de mayo de 1915, que le admitiera de nuevo, pues había sido despedido por pertenecer a centros societarios después de las huelgas de 1913 y 1914. Ante la insistencia y estado de absoluta necesidad en que se encontraba, aquél le respondió que *comiera carnes del sindicato*, iniciándose un forcejeo en el que Lindon muere. Entre el 15 y el 18 de enero de 1917 tenía lugar el juicio contra José Márquez Domínguez por este hecho, por el que sería condenado a 12 años y un día de prisión mayor y pago de costas y accesorias y una indemnización de tres mil pesetas a la familia. Barriobero sería el abogado defensor¹⁷⁵.

5. La huelga general en 1917

Fruto del pacto UGT-CNT de junio de 1916 y ante el éxito de la huelga de 24 horas de diciembre, el Comité Directivo del pacto decidió la convocatoria de una huelga general para el 25 de marzo, pero el problema de la Asamblea de Parlamentarios y el de las Juntas de Defensa la impidieron. A pesar de ello, su convocatoria en agosto fue prematura y en gran parte provocada por el Gobierno. Tuvo en Andalucía menos eco del esperado, pero en Riotinto fue de una mayor importancia, tanto por el número de huelguistas como por los incidentes con la guardia civil, que de hecho le dieron una mayor resonancia; de no ser por esto, probablemente, dada la escasa fuerza del sindicato, pese al número de huelguistas, no hubiera tenido tanta relevancia.

Es el propio Félix Lunar el que nos da una idea de la menor fuerza del sindicato. Poco a poco ha sido descabezado (p. 212-213), pues los diferentes dirigentes van siendo desterrados por medio de distintos procesos. Primero lo fue Agustín Marcos, por injurias a través de “La Chinche”, luego

¹⁷⁵ APH Libro de Sentencias, sección segunda de 18-1-1917 y LP 16/18-1-1917.

Antonio Serrano por una hoja en la que llama a Mr. Browning algunas cosas, el propio Félix Lunar es objeto de unos procesos por los mismos delitos en los que se salva de la deportación, como él mismo afirma.

Más adelante (p. 217) afirma que “en Riotinto no teníamos nada que hacer”, en relación con la huelga general; “...sin el respaldo del resto de España, hubiese sido por nuestra parte un suicidio estéril”. De hecho hay una manifiesta falta de confianza en la organización cuando el paro no se lanza hasta dos días después que en el resto de España.

A pesar de todas estas dificultades, la huelga se convoca para el 15, en lugar del 13 como en el resto del país, lo que prueba que debía haber problemas de aislamiento y de información sobre la marcha de los acontecimientos. ¿Hasta ese punto ha llegado el abandono por parte de las organizaciones obreras? De todas formas la concentración de fuerzas en la zona era numerosa desde hacía tiempo, si seguimos las actas de los propios ayuntamientos.

Según el propio Lunar, hubo bastante falta de coordinación: “cuando se quiso dar marcha atrás en la organización y las órdenes no llegaron o no se cumplieron”, parece que de hecho hubo amenazas y coacciones¹⁷⁶, pero hasta ahora no hemos podido documentarlo. De todas formas, si se tiene en cuenta el estado general de concienciación del proletariado (Juntas Militares, Asamblea de Parlamentarios, Revolución Rusa, crisis económica, etc...) en estas fechas, no podemos extrañarnos de los deseos de ir a esta huelga general en la cuenca. Pero, respecto de ese carácter de “revolucionario”, que se le pretendió dar en un primer momento, podemos decir que faltó la intención de forzar a la corona a un cambio de régimen. No hubo realmente un verdadero intento de asaltar el poder.

El informe leído por Barriobero en la sesión del Congreso¹⁷⁷ nos revela la asistencia de 15.000 huelguistas, diez muertos, aunque sólo da los nombres de seis, y más de 500 heridos, de ellos una treintena atendidos en el hospital de la Compañía. En su inicio fue pacífica y ordenada, pues hasta se apagaron los hornos de la fundición antes del paro, para no causar pérdidas a la compañía, y los obreros no utilizaron la dinamita, pese a tener a su disposición doscientas toneladas, según Barriobero.

El día quince no hubo incidentes, pero el dieciséis se produjo un tiroteo de la guardia civil sobre un grupo de esquiroleros, que eran custodiados

¹⁷⁶ G.V. Seis ..., p. 160.

¹⁷⁷ Congreso de los Diputados. Diario de Sesiones I/VI/1918.

por el ejército y atacados por manifestantes, por lo que al huir de éstos fueron confundidos con sabotadores por los guardias, quienes les dispararon masivamente, lo que causó el terror en las calles de Nerva, pese a los intentos de contención de los militares sobre la guardia civil. Además fue tiroteada la casa y la clínica del Sindicato¹⁷⁸, donde vivía Lunar y su familia, cuando estaban allí unas cuarenta personas, que tuvieron que ser custodiadas a su regreso por fuerzas del ejército.

Los fallecidos fueron Antonio Ruiz Ato¹⁷⁹, Aquilino Lagares García¹⁸⁰ y Secundino Matamoros¹⁸¹ en Nerva, Carlos Ortiz López¹⁸², Patricio López Ortiz¹⁸³, Antonio Domínguez Romero¹⁸⁴ y Manuel Rodríguez Gómez¹⁸⁵ en Minas de Riotinto, según el informe de Barriobero, a los que había que añadir el de Carlos Ruiz López que añade FL y no hemos podido documentar aún. Además en El Campillo fallecería el 17 de agosto, también a causa de “lesiones por arma de fuego”, según autopsia del cadáver, Emilia Velasco Llano¹⁸⁶.

Por otra parte tenemos otro testimonio, más cercano a los intereses de la compañía y del gobierno: el de Segundo Masero Zapata¹⁸⁷, quien reconoce su enfrentamiento el quince de agosto, junto al teniente de la guardia civil Román Rodríguez, ante los huelguistas en la fundición a los que pudo impedir la destrucción y el paro de la misma con el auxilio de varios guar-

178 Ibidem, además de la descripción que hace el mismo FL en esta obra.

179 Juzgado Municipal de Nerva, R° Civil, L° 48, F° 77, de 58 años, falleció el 17 de agosto, en la carretera que conduce al matadero de esta villa, a causa de hemorragia cerebral.

180 Ibidem, F° 75, de 49 años, falleció el 17 de agosto, en la Casa de Socorro a causa de derrame peritoneal

181 Ibidem, F° 78, de 47 años, falleció el 17 de agosto, en la Casa de Socorro a causa de hemorragia pulmonar interna

182 Juzgado Municipal de Minas de Riotinto, R° Civil, L° 46, F° 180, de 19 años, falleció a las 17 y 40 horas del 18 de agosto, en el hospital de estas minas a causa de peritonitis.

183 Ibidem, F° 178, de 31 años, falleció a las 18 y 30 horas aproximadamente” el 17 de agosto de 1917, en el hospital de estas minas por peritonitis.

184 Ibidem, L° 46, F° 179, de 52 años, falleció el 17 de agosto, en el Hospital de estas minas a causa de hemorragia interna pulmonar.

185 Ibidem, L° 48, F° 178, de 31 años, falleció el 17 de agosto, en la Casa de Socorro a causa de derrame general.

186 Juzgado Municipal de Zalamea la Real, R° Civil, Defunciones, T° 45, F° 21, de 58 años. Cuando se levanta el acta hace más de 32 horas que había fallecido. De este acta de defunción no hay testigos presenciales por lo que sólo firmaban el juez (Bruno Bolaños Bolaños) y el secretario (Fededrico Naranjo Ramos) del juzgado de Zalamea.

187 ARTZ, B2C SMZ H2: BREVE COMPEDIO DE LOS SERVICIOS PRESTADOS POR DON SEGUNDO MASERO ZAPATA A LA COMPAÑÍA RIO-TINTO LIMITADA, Minas de Rio Tinto, 20-X-1917, p. 754-760. Masero Zapata, empleado de la RTCL desde 1886, distinguiéndose como acérrimo defensor de la compañía en la cuestión de los humos y llegando hasta capataz mayor de planilla con sueldo de 10.000 reales anuales, hasta 1905, fecha en la que pasa a desempeñar en la empresa el cargo de jefe del Departamento de Guardas y en el municipio: concejal, alcalde en 1902.

días civiles y después de algunos disparos¹⁸⁸. El dieciséis el propio Masero protagoniza un enfrentamiento con huelguistas de El Campillo, que habían detenido un tren, y consiguió su rescate con la ayuda de treinta soldados y un teniente, seis guardias civiles y varios guardas de la compañía, no obstante los disparos de los soldados acabarían con la vida de una mujer (Emilia Velasco, ya referida), produjeron cuatro o seis heridos y se hicieron nueve detenciones, a la vez que recuerda cómo aquella misma tarde se produjeron en Nerva ocho muertos y más de veinte heridos.

El mismo Lunar señala cómo el día diecisiete sólo se veían militares por las calles de Nerva y constituyó un día de luto. Se reprodujo durante la madrugada el tiroteo del día anterior, con especial saña contra la casa y clínica del Sindicato, que fue casi totalmente destrozada. Ese día se produjeron cuatro muertos, según informaba el presidente de la Audiencia de Huelva por telegrama al Ministro de Gracia y Justicia, Burgos y Mazo¹⁸⁹.

Barriobero¹⁹⁰ aseguraba que había habido más de treinta heridos graves por armas de fuego, aunque cifraba los heridos leves en unos quinientos, como el guardia civil Franco Rejano y el soldado Pedro Martínez González¹⁹¹, muchos de los cuales no se curaron en clínica alguna, para evitar su inmediata detención, y se ocultaron como pudieron¹⁹². Por otra parte, afirmaba que el número de detenidos de forma alevosa podría haber llegado a ciento cincuenta. Además denunciaba cómo estas detenciones habían sido aprovechadas para sustituir a los concejales socialistas por interinos¹⁹³.

Las listas de detenidos, con todo tipo de detalles, son continuas a partir del mes de septiembre y permiten deducir un perfecto entendimiento entre la compañía y el juzgado militar, que se estableció en la zona exclusi-

188 En clara contradicción con el informe de Barriobero en el Congreso.

189 BURGOS Y MAZO, M.: Páginas históricas de 1917. Casa editorial de M. Núñez Samper, p.244.

190 ACD-DSs, n° , sesión de I-VI-1918, pp. 1.346- 1.353.

191 Estos sucesos, de forma más sucinta, son también relatados en el discurso de Julián Besteiro en el Parlamento: ACCIÓN DE LA MINORÍA SOCIALISTA: La huelga de agosto en el Parlamento. Madrid, establecimiento tipográfico de Felipe Peña Cruz, 1918, pp. 185-187. Besteiro tildaba la acción de la guardia civil como "una verdadera cacería en que cayeron muchas gentes: un anciano de setenta y un años y una anciana, propietaria del Campillo, de la misma edad". También denunciaba la existencia de muchos heridos, "aun a distancia de 800 metros, que no tenían ninguna parte en la huelga".

192 Como se cita en el expediente de Antonio Estévez Zorrero, "socialista y jugador", según informaba a la Agencia el guarda de casas de El Valle, cuyo su padre político "esta herido oculto" (AFRT, L° 1818-29.20 de 27-VIII-1917).

193 GIL Varón ("Las Lucha Obreras en Río Tinto" en Seis estudios del Proletariado andaluz, Córdoba, 1986) señala como autor de este informe a Félix Lunar, aunque Barriobero no lo cita y afirma expresamente que los datos son producto de sus visitas a la zona, respondiendo a una interrupción del Ministro de Estado en la misma sesión. ACD-DSs, sesión de I-VI-1918, p. 1351.

vamente. Así, en el 22 de agosto tenemos una relación con ochenta detenidos, otra con 22 encarcelados y unos días después la lista llega a 246 detenidos que pasaban a la cárcel de Riotinto, para lo cual hubo que habilitar la escuela de Don Julio, entre otras dependencias¹⁹⁴.

La Casa del Pueblo fue clausurada y los concejales socialistas suspendidos. A partir del 21 comenzó a funcionar un Tribunal Militar. Se realizaron juicios hasta octubre y el Sindicato desapareció prácticamente de la zona¹⁹⁵. Igualmente serían clausurados las secciones del Sindicato y los Centros Republicanos, que no volvería a abrir hasta diciembre siguiente.

Después de todas estas detenciones, los concejales socialistas fueron puestos en libertad. Si seguimos a Antonio Rioja¹⁹⁶, vemos nuevamente un pequeño trueque de fechas por Félix Lunar, ya que en lugar del 7 de diciembre resultan repuestos estos concejales socialistas en la sesión del 19 de noviembre¹⁹⁷. Pero a partir de entonces se hace ostensible un clima de tensión política que se reflejará en las actas municipales¹⁹⁸.

El clima de represión será aprovechado por la Empresa para realizar los correspondientes despidos de los elementos más señalados en la huelga. No deja de ser significativo que en 1917 el número de bajas definitivas sea de 1547, de las que 711 serán de Nerva, sólo superadas por las bajas de 1920¹⁹⁹. Todo ello llevará a la realización de una enorme manifestación el 23 de noviembre para pedir la readmisión de los despedidos y la libertad de los presos y por la amnistía de los miembros del Comité de Huelga detenidos en Cartagena²⁰⁰.

Las elecciones municipales de noviembre darían la victoria en Nerva a la Agrupación Socialista con mayoría suficiente como para hacerse con la alcaldía, de forma que el 13 de diciembre de 1917 tomaba pose-

194 AFRT, 1818-31 y 35: Entre estos detenidos y encarcelados en Riotinto figuraban concejales de Riotinto, como Manuel Sicilia Iglesias y Juan Vélez Caro, mientras que el concejal de Riotinto José Santos Gutiérrez lo sería en Nerva, o Manuel González Velásquez; concejales de Nerva como José Díaz del Real, Rafael Pelegino Rodríguez, Félix Lunar, Feliciano López Cabrera, Manuel Vázquez Getrera y Manuel Pérez Mendoza, o Francisco Román Páez, que sería detenido en Calañas, además de otros muchos más.

195 G.V. *Ibidem*.

196 *Las luchas Sociales...* en Nervae n.º 7, Noviembre-Diciembre 1985, pp. 15-16.

197 A.M.N. Actas Igjo. n.º 11.

198 A. RIOJA, *Ibidem*.

199 G.V, *op. cit.* p. 162.

200 ELS 21-XII-1917. Se refiere al comité de Madrid encargado de la organización de la huelga a escala nacional.

sión el socialista José Díaz del Real, como nuevo alcalde de Nerva²⁰¹, según Félix Lunar la primera alcaldía socialista de España, aunque creo que la de Encinasola fue anterior a ésta.

Félix Lunar formará parte de esta corporación, como en la anterior, pero ahora son otras las circunstancias. Otros concejales socialistas en Zalamea eran Luis Cayetano León Cornejo (maestro)²⁰², Luis Gallardo Mora (empleado), José Guerrero Rodríguez (comerciante) y Antonio Vázquez Gómez (minero). No se trata de ejercer la oposición, sino de llevar el peso del gobierno municipal en unas circunstancias bien diferentes de las anteriores corporaciones en las que los alcaldes, eran nombrados del Real Orden, cuando se presentaba algún problema para la compañía. Hasta ahora las relaciones del Ayuntamiento con la aquella no presentaban grandes problemas: generalmente el alcalde formaba parte de la misma como empleado de más o menos nivel (Masero Zapata, Barranco Wert y otros), que, a cambio de cierta obediencia, recibía favores que repercutían positivamente en la administración municipal. Ahora, la corporación, mayoritariamente socialista estaba frente a la compañía. Por otra parte, se continúa con la crisis económica generada por la Guerra Europea y la crisis de trabajo consiguiente, de la que son fiel reflejo las mismas actas municipales en las que, además de las quejas populares y de los concejales, se pueden seguir las gestiones de los municipios de la época ante las autoridades provinciales para conseguir obras, fondos y empleos que remedien la crisis.

La victoria en estas elecciones municipales permitirá, junto con la llegada de nuevo de Egocheaga, después de varios meses de destierro, la reconstrucción de la organización sindical socialista. Esta vez aparece con el nombre de "Sindicato Minero Nuevo Riotinto" en diciembre de 1917.

Efectivamente, en enero de 1919 una Comisión revisora de cuotas del Sindicato dictaminaba²⁰³ sobre algunos extremos que habían surgido anteriormente tanto de carácter económico como institucional. Según el dictamen de esta Comisión, desde el 15 de agosto de 1917 el Sindicato de Riotinto no había tenido ninguna actividad; por esas fechas el centro fue clausurado, su vida corporativa suspendida y sus dirigentes encarcelados y en diciembre de ese mismo año aparecía el Nuevo Sindicato de Riotin-

201 LP 13-XII-1917.

202 Sería asesinado el 25 de agosto de 1936, cuando ejercía como maestro.

203 AFRT, Lgio. 1838-90.2.- El informe de la Comisión. Nerva, 14-I-1919 La Comisión.

to o Sindicato Nuevo Riotinto²⁰⁴, pero ya en este momento se halla fuera del control de los elementos ugetistas y socialistas, como reconocerán los propios dirigentes de este signo cuando informan sobre la huelga de 1920, quienes afirmaban que el Sindicato socialista llegó a tener diez o doce mil afiliados en otro tiempo, pero al comenzar esta huelga estaba casi disuelto, reducido a unos cuantos²⁰⁵.

Durante 1918 intervendrá activamente en la realización de diversos paros parciales, sobre todo el conocido como “conflicto del carbón”; fundamentalmente por reclamaciones de higiene laboral, relacionadas con las emanaciones de gases de la fundición. Los tiempos no estaban para reclamaciones de otro tipo ante una empresa que había demostrado ignorar a las organizaciones hasta lo extremo. Así, en unas reclamaciones generales que se establecen en una asamblea en Nerva, el 1 de septiembre de 1918, se piden algunas de la bases aprobadas en noviembre de 1913, el reconocimiento oficial del Sindicato Minero, aumentos salariales de dos pesetas a los que ganen más de cuatro y del 50% a los que no lleguen a dicha cantidad²⁰⁶. Como afirma Gil Varón²⁰⁷, “estas reclamaciones durarán dos años”, y su consecución vendrá como mera concesión después de la terrible huelga de 1920. Nuevamente aparece la eterna debilidad a la que parece estar condenado el movimiento obrero en la cuenca. Ésta resulta producto de la aparición de otras fuerzas sindicales, con la consiguiente fragmentación de las minas, que desde 1910 habían estado aglutinadas por el Sindicato Minero de filiación ugetista. Se trata de los anarquistas, por una parte, encuadrados en la CNT y contrarios a la lucha política, pese a las corrientes de unidad de acción de sus principales dirigentes nacionales, y más partidarios de la acción directa, como lo prueba el hecho de los numerosos procesos en estas fechas por tenencia de explosivos; y del Sindicato Católico²⁰⁸, por otra, que aparece por entonces en la cuenca, aunque tendrá una vida efímera; además de la aparición, también, de un

²⁰⁴ Como tal presentó su reglamento en el Registro de Asociaciones del Gobierno Civil en 22-I-1918, que fue aprobado el 3-II, como es lógico el domicilio seguía siendo la calle Gallego Díaz nº 4 (AHPH, L° R° AA, f. 50).

²⁰⁵ AFPI, FOT. 31, Memoria y orden del día del XV de la UGT de noviembre de 1922, pp. 20-23, este informe aparecía también en El Socialista de VI-23.

²⁰⁶ Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas-Biblioteca, Revista Minera Metalúrgica e Industrial, nº IX-X-1918, pp. 445 y 446; LP 2-IX-1918 y AFRT L° 1838-89.6.- *A los trabajadores de RT y Organizaciones obreras de toda España*. Por la Comisión de reclamaciones generales Egocheaga. Nerva, 5-IX-1918.

²⁰⁷ op. cit. p. 160.

²⁰⁸ Efectivamente presenta sus reglamento en el Gobierno Civil el 8-II-1919 y se aprueban el 6-III, AHPH, L° R° AA., f. 56.

cierto corporativismo de carácter gremialista, como el caso de los empleados (oficinistas, capataces, guardas y, en general, trabajadores en puestos no relacionados con la extracción, laboreo o tráfico de mineral), encuadrados en el “Sindicato Provincial de obreros de Riotinto”, apoyados todos, lógicamente, por la Dirección en una política de “divide y vencerás”.

En cuanto a las condiciones de vida en esta época tenemos que tener presente que mientras se solicitaba en 1918, con las reclamaciones generales, unos aumentos en torno a jornales de cuatro pesetas, en el resto del país se están pagando unos jornales promedio a nivel nacional para picadores de 8,75 ptas, 7'85 a entibadores, 6'05 a vagoneros y peones²⁰⁹, mientras los equivalentes en Riotinto no alcanzaban estas cantidades ni en 1920: 6'50, 7'25 y 5'25 respectivamente²¹⁰. Podríamos entrar en la cuestión de los precios, pero ni es suficiente aún la documentación que hemos manejado, ni los datos, después de los anteriores, pueden esclarecer más la cuestión; comparativamente el obrero de Riotinto se encuentra en peores circunstancias en cuanto a condiciones de vida.

En cuanto a actividad sindical, durante 1919 y comienzos de 1920 tenemos constancia de varios paros parciales. Como el intentado en enero, con una gran asamblea en Nerva más de 5.000 asistentes, en la que se aprobó ir a la huelga general si no se concedían las dos pesetas de aumento, pero la fuerza del sindicato era escasa. En algún momento tenemos de nuevo a Egocheaga presidiendo la asamblea²¹¹.

Pero Egocheaga, entretanto, se había marchado a Sevilla donde al poco tiempo se hallaba plenamente integrado en la agrupación socialista, en la que iniciaría una carrera política a la que no había podido acceder en Huelva. Así se haría con la secretaría de la Casa del Pueblo en noviembre con el apoyo de Rodríguez Cardenal. No obstante su llegada supuso a esta sociedad una importante revitalización, atrayéndose a la Casa del Pueblo un gran número de sociedades obreras. Su actividad gozaría de gran protagonismo durante el “conflicto del carbón” a fines de 1917, cuando fue detenido y participó en el mitin del 12 de diciembre, cuando las perspectivas de los socialistas y ugetistas sevillanos eran muy importantes. Pero el acercamiento a los republicanos, con la intención de llegar a alianzas políticas de hondo calado para las elecciones de febrero de 1918, lo que había ocurrido

209 M. F. ROMEU “Las clases trabajadoras en España”, Madrid 1970.

210 RIO-TINTO COMPANY LD.: “Nomenclator de los distintos oficios...” Enero 1920.

211 A.H.N. 57 A/19.2.

unos años antes en Huelva con el propio Egocheaga, haría desaparecer tales expectativas y llevaría a la agrupación socialista sevillana al borde de su desaparición²¹². Llegaría a ser elegido delegado de la agrupación socialista sevillana en el Congreso extraordinario del PSOE de diciembre de 1919, manifestándose claramente como tercerista²¹³.

En marzo de 1919 tenemos en la R.T.C.L. una huelga, que amenaza con convertirse en revolucionaria, según el gobernador manifestaba al ministro de la Gobernación, por diferentes despidos, produciéndose coacciones y piquetes. Pide por ello fuerzas del ejército por no poder disponer de la guardia civil que tiene en otras minas de la provincia. Se suspenden las garantías constitucionales en toda la provincia²¹⁴.

Los ferroviarios, mecánicos y otro personal se ponen en huelga desde el 1 de octubre de 1919 por el abono de las horas que sobrepasen las ocho de la jornada ordinaria. A este paro se unen los obreros de Peña de Hierro y, posiblemente, los de Tharsis y Zafra. Esto hace que se produzca una inmediata concentración de la guardia civil. El número de huelguistas llega a 1.200, a los que se unen los de los talleres de Huelva. Persistía el desarrollo de esta huelga parcial en Riotinto para el 1º de noviembre tener casi toda la mina paralizada y continuaba extendiéndose a otros departamentos. Finalmente, al estar suspendidas las garantías constitucionales y con la detención y destierro de algunos de los "cabecillas", el 7 de noviembre se daba por terminada la huelga sin conseguir el reconocimiento de la jornada de ocho horas por la Compañía. Por el contrario, en Huelva el acuerdo no llega hasta el 20 siguiente. Por los telegramas cruzados entre el gobernador y el ministro se puede intuir una grave alteración del orden, llegándose al tiroteo de trenes, detenciones, etc...²¹⁵, que nos pone en relación con la importancia que va teniendo el movimiento anarquista y la teoría de la acción directa. Ello les permitirá ser los directores de la gran huelga del año siguiente.

De hecho, todo este movimiento coincide con diferentes huelgas y paros en todos los sectores de la producción provincial. Éstos están en perfecta relación con el crecimiento de la actividad del movimiento obrero en

212 GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, A.: *Los orígenes del socialismo en Sevilla 1900-1923*. Sevilla, 1996. Egocheaga, señala GF, llegó a ser candidato en las elecciones por el distrito de Utrera, pero se retiró por sus escasas posibilidades, pp. 194-201.

213 ES de 9-XII-1919, cf. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, A.: *Los orígenes del socialismo...* p. 234, citando.

214 A.H.N. 57A/19,1.

215 A.H.N. 57A/19,2.

toda España y harán de este año el de mayor número de conflictos obreros, con huelgas cada vez más prolongadas y unas organizaciones cada vez más nutridas en busca de la consecución de la jornada de ocho horas efectivas, implantada en abril por el Gobierno de Romanones, e intentando paliar la brutal subida de los precios con unos salarios mayores²¹⁶.

Siguiendo esta misma tónica, comenzará 1920 con una serie de paros también de carácter parcial o sectorial en las instalaciones de la RTCL. En la Fundición, tenemos un paro desde el 12 de diciembre, que dura hasta marzo, entrándose al trabajo con la aceptación de las propuestas de la compañía. En todos los departamentos de Huelva desde el 28 de marzo al 18 de abril, hay otra huelga, pero esta vez se produce una salida realmente negociada que benefició a ambas partes. No sería así con las peticiones que se elevan a la Empresa de subidas de jornales por oficios, a las que la dirección responde dando largas, lo que conducirá a la gran huelga de 1920.

LA MARCHA DE FÉLIX LUNAR

Las tensiones y divisiones que se dan en el seno del movimiento socialista en España y que conducirán a su división con la aparición del Partido Comunista tendrán su reflejo en la Agrupación Socialista de Nerva. De ahí que se produzcan los tremendos enfrentamientos de Félix Lunar con el alcalde socialista, José Díaz del Real. Este enfrentamiento, que sorpresivamente intentará resolver E. Barriobero y no algún miembro de los órganos de dirección del PSOE, acabará con los dos dirigentes socialistas fuera de la cuenca y con la pérdida de la mayoría municipal en las siguientes elecciones del 8 de febrero de 1920. La situación debió resultar insostenible y el 11 de mayo Félix Lunar tomará el camino del exilio. Unos meses después tendrá lugar la huelga más importante de la zona en muchos años. Para entonces FL ya no estará y por lo tanto debe ser objeto de otro trabajo.

José Juan de Paz Sánchez

216 TUÑÓN: *El movimiento obrero...* Tº II, pp. 124-125.

INICIOS DEL SINDICALISMO MINERO “HUELGA DE 1913”

*Juan Manuel Pérez López
Archivero Fundación Río Tinto*

En el periodo que va desde 1873 hasta 1909, la Cuenca había estado abandonada a su suerte, no se había producido ningún interés especial por ninguno de los numerosos grupos políticos que buscaban un hueco en la España de la Restauración, estos estaban preocupados por conquistar la zona de influencias, referente al mundo obrero, en Asturias, Vascongadas y Cataluña.

En este ambiente de indefensión permitieron que la “Compañía” creara su **“enclave minero”** como colonia y fuera centro nuclear del que dependía toda la vida política, económica y social de la provincia de Huelva.

Como consecuencia se va a producir un rechazo por parte de los obreros de la organización del trabajo que la compañía quiere instaurar para rentabilizar al máximo el mercado de trabajo, traducido a una oposición frontal al modelo de contratación por “contratistas”.

Si tuviéramos que escoger el periodo más representativo de los movimientos obreros en la Cuenca Minera, tendríamos que acercarnos en especial, a los años que van desde 1913 a 1920. Es sin duda en estos años cuando los mineros de Río Tinto tomaron realmente conciencia de clase, ya predicada por Marx desde 1847, en su “Manifiesto Comunista” inspirado por Engels que representaba la primera sistematización de la doctrina del socialismo moderno.

Este “materialismo histórico”, traducido en la lucha de clases, va a cobrar fuerza en Riotinto, a partir de 1913, con la llegada de ideólogos como

Eladio Fernández Egocheaga, cuando se atrevieron a organizar a los mineros y establecer el asociacionismo obrero como instrumento de lucha contra la poderosa empresa británica que explotaba las minas, la Rio Tinto Company Limited .

La huelga como instrumento de acción colectiva del minero, está directamente ligada a la aparición del sindicalismo en Riotinto, fundamentalmente a partir de 1912 con la creación del Sindicato Minero, que va a determinar a su vez una persecución societaria por parte de la dirección de la compañía.

El primer movimiento laboral del que tenemos noticias¹, fue **la huelga de 1900**. Esta huelga fue planteada por los llenadores de la Corta Filón Norte que solicitaron mejoras de jornal y no más despidos, como consecuencia de la introducción de los primeros compresores de aire comprimido para la perforación de barrenos. La empresa no les concedió ninguna de sus peticiones por lo que se produjo la movilización de los llenadores de Corta Filón Norte, solidariamente se sumaron al paro los llenadores de Corta del Lago y Corta Dehesa, convirtiéndose así, en una huelga general del Departamento de Cortas, donde trabajaban entonces unos 3.000 operarios aproximadamente.

Se sucedieron numerosas huelgas: **1901, 1903, 1906, 1908**, etc., para reivindicar mejoras sociales y laborales y sobre todo mejoras de jornal, como consecuencia de estas huelgas y a pesar de la falta de mano de obra, la empresa respondía con la represión y el despido, más aun cuando desde el mismo gobierno central presidido en 1907 por Maura, jefe del partido Conservador, se practicaba una política de represión contra los movimientos sociales, hasta la llegada de la ley reguladora del derecho de huelga promulgada el 27 de Abril de 1909.

Las huelgas hasta bien entrado el siglo XX, habían sido consideradas ilegales habiéndose olvidado los preceptos de la ley de 30 de Junio de 1887, sobre dicha materia. Tal es así que el Gobierno aconseja el reconocimiento de los Sindicatos en el Real Decreto de 10 de Agosto de 1916.

A estas circunstancias tan adversas para el movimiento social hay que añadir la “desunión” en estos primeros años de siglo, tanto de los obreros como de los partidos y sindicatos de izquierdas, sobre todo a escala comarcal; es significativo que Pablo Iglesias no bajase a Andalucía hasta Agosto de 1913, para efectuar campañas societarias, tanto en la Cuenca Minera como en Huelva y propagar los principios ideológicos de la lucha obrera; si bien es verdad

¹ AFRT- Leg.1838.

que mantenía correspondencia con los líderes locales a través de periódicos como “El Socialista”.

A pesar de estas dificultades de organización del elemento obrero en la Cuenca se empiezan a movilizar los resortes necesarios para que la cuenca minera en los años veinte sea un hervidero de partidos políticos, sindicatos, comités, etc., que luchen al lado del trabajador y contra el poder preestablecido por la compañía, no sin las típicas disputas internas.

A partir de 1912 con la constitución del Sindicato de Minas de Rio Tinto, adscrito a la Federación Nacional de Ferroviarios², el “movimiento obrero” va a estar perfectamente organizado y dirigido por los órganos de representación obrera, y serán un instrumento de acción colectiva que luche por los derechos y mejoras de los trabajadores frente a la Rio Tinto Company Limited. Es decir que la huelga como mecanismo de presión para con la compañía, a partir de 1913, va a estar íntimamente ligada a la organización sindical.

La actitud de las distintas compañías mineras de la provincia de Huelva ante estas primeras huelgas es la misma, reaccionando en defensa de sus intereses patronales y no comprendiendo las nuevas formas de asociacionismo obrero, incluso se comunican entre ellos informando de las listas de obreros de “mala conducta o de propagandas avanzadas”³, para una vez localizados ser despedidos, con esto pretendían protegerse del trasiego de estos trabajadores huelguistas entre las distintas minas, y a la vez que se daba ejemplo a los demás trabajadores y presionaba para que no abandonaran su trabajo y sobre todo engordaban las filas de subsidiados por el sindicato de Calañas, restando alivios para los demás.

El paternalismo impuesto por la compañía de Rio Tinto, traducido en lo que ésta llamaba “Welfare social” y consistente en la obtención de servicios gratuitos, o subvencionados, en materia médica, alimenticia, deportiva, recreativas, sociales, etc., era entendido por los trabajadores de Rio Tinto, más que como mejoras, como un control patronal, y desde un principio pretendieron mejores salarios, que les permitiesen libremente contratar particularmente estos servicios.

El primer conflicto serio, va a surgir, cuando los obreros de Riotinto, a través del Sindicato Minero, van a cuestionar la forma de organización del

2 26-11-1912. Borrador del Reglamento orgánico de la Sección de Nerva. AFRT-Legajo 1863.

3 Carta de Henry Collins, director de The Huelva Copper and Sulphur Mines Limited dirigida a Victor Prevost, director de Sociedad Francesa de Piritas de Huelva. 25-04-1913. refiriéndose a la huelga del Perrunal de ese mismo año. ARCHIVO SFPH. Leg. s/d

trabajo por parte de la Compañía, ya no se trata de pedir mejoras puntuales de sus salarios y puestos de trabajo, sino de atacar las bases de la organización científica del trabajo impuesto por la compañía, consistente en la aplicación de la “minería de enclave”, introduciendo tecnología extranjera y racionalidad económica, con una cierta independencia de las directrices tanto políticas como económicas nacionales, y lo que era peor para los obreros, que este sistema económico estaba teniendo también su correlato en el ámbito social.

El recién creado sindicato, una vez unido a la Federación Nacional de Mineros por votación en la asamblea general celebrada en la plaza de toros de Nerva, el día 31 de Agosto de 1913, en presencia de Pablo Iglesias, cuanta en la sección de Nerva, con la suscripción de más de 6.000 afiliados. Nerva se convierte en el centro político, social y sindical de la Cuenca Minera. En la plaza de toros, propiedad de los hermanos Hernández; hablaron líderes, según F. Lunar como: *“...Vicente Barrio, presidente de la Unión Ferroviaria Española; Eladio Fernández Egocheaga, nuestro futuro jefe; Agustín Marcos Escudero, Luís Fernández Mula, Pablo Iglesias, el Abuelo; Teodomiro Menéndez, Facundo Perezagua, Manuel Llana, Mariano García Cortés, Francisco Bascuñana, Eusebio Carbó, Manolo Barrios, Eduardo Barriobero... Además de unos espontáneos de menor cuantía...”* (LUNAR 2001).

Este entusiasmo general provocado por la recién nacida organización sindical así como las malas condiciones de vida del obrero de la cuenca minera, que con un jornal de 3,75 ptas. a comienzos de 1913 no tenía para cubrir las necesidades básicas más elementales, conllevaron a la huelga general de 1913, con la oposición explícita de todo el Socialismo español.

Se inicia ante la persistencia de la compañía de no colocar a muchos de los despedidos con motivo de los paros anteriores, fundamentalmente en los departamentos de Filón Norte y San Dionisio.

En un pasquín de 29 de Abril de 1913⁴, firmado todavía por Francisco Bascuñana, como secretario del comité provincial de la FEDERACIÓN NACIONAL DE FERROVIARIOS, al no haberse producido aún la irrupción de los representantes locales del Sindicato Minero, se puede leer las siguientes frases, refiriéndose a la compañía: *“... provocaciones con el despido de tantos compañeros, alegando no tener ocupaciones, para acto seguido admitir a nuevos trabajadores...”* o *“ la huelga general es inevitable y por eso es preciso que os preparéis para la lucha”*.

4 “A los obreros del Sindicato de Río Tinto y al público en general” AFRT-Leg.1838.

En este mismo pasquín podemos observar que, a pesar de que la mayoría de los obreros asociados al recién creado sindicato no son ferroviarios, el Comité sigue haciendo hincapié en este sentido para fortalecer y legitimar la Asociación ferroviaria: “... cumplamos como buenos **ferroviarios**,... hay que pagar desde la presente semana 1 peseta para atender a los gastos de la huelga”. Pero, al principio, fueron muchos los pequeños comerciantes, sobre todo los modestos tenderos de Nerva, que se afiliaron al sindicato, produciéndose boicot tanto al empresario del Teatro Victoria como al almacén de la Compañía de Rio Tinto en Nerva⁵.

Esta contradicción asociativa, va a ser precisamente uno de los argumentos esgrimido por el director W. Browning, director general de la compañía para no reconocer legalmente la asociación. Desde un principio se desprende el descontento obrero por la persecución societaria a que es sometido. En el periódico local “La Frontera”⁶, editado por Manuel Navarro, miembro organizador del Sindicato Minero y antiguo trabajador de la Compañía, y desde que fue despedido, enemigo natural de ésta, se acusa a la Compañía de ejercer una “plutocracia minera”, ejerciendo represalias para vengarse de los iniciadores de la Asociación Obrera. Y va más allá diciendo “que la Compañía ha cesado a 200 obreros para ensañarse con la Asociación”.

En el ámbito estrictamente laboral, la compañía se niega a conceder las 11 peticiones⁷, formuladas en la Asamblea General celebrada en Nerva el 29 de Junio, origen de este conflicto. Después serían rebajadas por el propio Sindicato.

El 16 de Octubre comienza la huelga, ya a las 22,00 del día anterior empezaron paulatinamente los paros en los diferentes departamentos, empezando por Contramina y Cortas; la huelga se fue extendiendo a las Fundiciones que pararon a las 24,00 horas, llegando los paros a las Cementaciones, Bombas, Central Eléctrica, Subestaciones, Tráfico, etc.⁸.

5 “La Provincia”. 8-05-1913.

6 La Frontera. 30-04-1914. AFRT-Leg. 1838

7 Pasquín “Diario de la Huelga. Día 16” de la Comisión de Huelga. 16-10-1913. AFRT Legajo 1838. Las 11 peticiones eran: Admisión de los despedidos por conflictos laborales, Jornada de 8 horas, Abolición de todos los Contratistas, Aumento de jornal de un 25% en todos los salarios, jornal mínimo en libreta de 4 pesetas, retiro a los 25 años de servicio y 55 años de edad con el 50% del salario y a los 30 años de servicio y 60 años de edad con el 75%, Con un año de servicio la compañía consideraría al personal fijo con todos los derechos, la compañía proveerá del título correspondiente y reglamento interior a todos sus empleados, suspensión del 1% para médico y botica, dejando a los obreros en libertad para que establezcan una Mutualidad Médico-Farmacéutica, que los jefes y encargados empleen con sus obreros buen trato, que todos los departamentos de peligro tengan aparatos de seguridad que garanticen la vida del obrero.

8 Id. Id.

Desde un primer momento se pudo adivinar que esta huelga tenía un carácter societario mayor que las anteriores, en este mismo pasquín se mandan consigna a los asociados para que todo lo concerniente a la huelga se haga a través del Comité creado para tal fin que la empresa no reconocía. El Comité de huelga iba a estar constituido por un representante de cada sección⁹, creada en cada unos de los pueblos y en la propia capital. Decidieron publicar diariamente una hoja informativa, que editaban, sobre todo al principio, dos tipografías, “La Moderna” de Riotinto, y “Gutenberg”, de Nerva, para estar en contacto permanente con los afiliados.

Pero el tiempo transcurría y la situación se volvía insostenible, por lo que Egocheaga cedió un poco en sus planteamientos radicales, comenzando un dialogo con la compañía que permitió un cierto acercamiento con la Confederación Nacional de U.G.T., interesada en mejorar su imagen para con los trabajadores de Riotinto de cara a las elecciones (CASTRO, 1989- pag.112), posibilitando, a su vez la visita de jóvenes sindicalistas del socialismo español a la Cuenca.

Como consecuencia de la intransigencia de Browning y la desesperación de los obreros se empezarán a producir sabotajes contra las instalaciones de la empresa minera, como el levantamiento de vías o el lamentable suceso del incendio del Pozo Alicia, (REAL, 1995), que conlleva desde entonces la presencia masiva de la Guardia Civil e incluso del ejército con la llegada del Regimiento de Soria nº 24.

A este clima de crispación socio-laboral, habría que añadir la conciencia de la clase obrera de la necesidad de conquistar el poder político municipal, tradicionalmente detentado por la Compañía.

El poder político fue instrumentalizado por las compañías mineras en la provincia de Huelva, para defender y asegurar el poder económico, es decir para defender sus intereses económicos y empresariales. Y no sólo ciñéndose al ámbito municipal sino trasvasando las fronteras autonómicas e inmiscuyéndose en asuntos nacionales.

Por eso entiende que la formación de sindicatos provocaría movimientos reivindicativos que afectarían a las actividades industriales, debiendo controlar o mejor erradicar, toda organización societaria, aún teniéndose que apoyar para ello, en jueces, Gobernadores y Ayuntamientos (PEÑA, 1993).

Entre tanto, la huelga continua y el Comité de Huelga, o mejor dicho

⁹ Estaba constituido por E. F. Egocheaga, como Secretario general, Félix Lunar (sección de Nerva), Antonio Vázquez (sección de Zalamea), Martín Moreno (Sección de Riotinto), Rafael Ramos (Sección del Campillo), Manuel Buenafé (Sección de Huelva). También aparece José Mancha

Egocheaga, empieza a personalizar la lucha contra el director general de la Compañía en Riotinto, Walter James Browning, con calificativos como “... *negrero mayor del reino, único responsable de la actual ruina de Riotinto*”. Acusándolo de usar tácticas disuasorias, sin comunicar a Londres el verdadero estado de la cuestión. Más tarde incluso llegaría a decir; “ *yo he venido a Riotinto a que no triunfe el Director y no triunfará*”.

No obstante, en las negociaciones que se llevan a cabo, Mr Browning acepta, pero dejando claro que no ante el Comité de huelga, sino ante una Comisión mediadora¹⁰, reconociéndolo con la publicación de una hoja informativa¹¹, las siguientes bases para llegar a los acuerdos definitivos que solucionen el conflicto:

1.- A partir del 1 de enero de 1914, se trabajará en todos los departamentos, que ahora tengan una jornada superior la de ocho horas y media efectivas.

2.- En la misma fecha empezará a funcionar el nuevo horario y las nuevas condiciones de trabajo que el personal de Tráfico y Tracción acuerden con los jefes de los referidos servicios.

3.- A la vuelta al trabajo, los obreros que no quieran trabajar con los Contratistas, lo harán constar, para que desde esta fecha hasta 31 de Diciembre del año actual, sin más prórroga, pueda la Dirección facilitarles trabajo cuando lo haya, por Administración o Compañería, en Departamentos similares y dentro de los mismos oficios.

4.- Las Compañerías podrán utilizar los mismos medios mecánicos que los Contratistas, y para aquellas, será igual que para éstos el precio de la tonelada de arranque.

5.- Todos los niños que entren al servicio de la Compañía y cuenten de 16 años en adelante, ganarán un salario mínimo de 1,75 pesetas.

6.- El salario mínimo y jornal en libreta para todos los obreros de capacidad física que trabajen por Administración, será de tres pesetas.

7.- A partir de 1º de Enero de 1914, empezará a funcionar con carácter obligatorio, un Reglamento de pensiones para viejos e inválidos.

8.- La Compañía se compromete a entregar un ejemplar de su Reglamento a todos los obreros.

¹⁰ Hoja titulada: “ El Director ha firmado las bases”. 18-11-1913.AFRT- Leg.1838. La Comisión mediadora la forman, Florentín Gil, Julio Chic, Antonio Macías, José Saenz y Modesto Beltrán.

¹¹ “A los obreros de Riotinto”. 18-Noviembre-1913.AFRT-Leg.1838.

9.- El servicio Médico correrá a cargo de los obreros, desde 1º de Enero, si en el plebiscito que se va a hacer, la mayoría lo aprueba.

10.- Cuando un obrero necesite hacer alguna reclamación ante los jefes de servicio o ante el Directorio de los jefes principales, podrá nombrar para que le acompañe y defienda, otro obrero de su mismo departamento.

11.- El aumento de 1 real a los barcaleadores, las 3,50 en libreta para las compañerías y el real de aumento a los salarios de 12 reales hasta 17, se somete a una Comisión arbitral, compuesta por patronos, obreros y representantes del Gobierno, que dictaminará en 1º de enero de 1914. Que después analizaremos.

Los siguientes puntos, junto con la concesión de un salario en libreta de 3,50 pesetas para las compañerías, fueron los puntos más conflictivos, donde la Compañía no quería acceder:

12.- La Compañía admitirá a todos los despedidos por cuestiones sociales con anterioridad a la declaración de la huelga, comprobadas que sean sus causas; pero no serán admitidos los que hayan sido despedidos por faltas penadas por la Ley, vagos o insubordinados.

13.- Todos los huelguistas volverán a trabajar en el plazo improrrogable de mes y medio, que terminará el 31 de Diciembre del año actual y del modo siguiente:

1º) Entrará por rigurosa antigüedad.

2º) A los ocho días de trabajo el personal sobrante turnará hasta colocarse, y

3º) Se sobreentiende que hasta que no esté colocado el personal huelguista o sea hasta después del 31 de Diciembre no se admitirá personal nuevo.

Pero rápidamente se pudo comprobar, a pesar de haber firmado estas bases, que la Dirección de la empresa las interpretaba a su manera, o simplemente no estaba dispuesta a cumplirlas, e incluso en el primer día de la vuelta al trabajo comenzó a presionar a los trabajadores obligándoles a firmar documentos exigiendo *“la jornada de ocho horas sin descontar un minuto y sin dar tiempo para comer”*. *“Rebajando de categoría y salario y nombrando al personal por capricho y no por antigüedad, así como dejando en suspenso a encargados y capataces”*, por lo que el mismo 18 de Noviembre a últimas horas del día, de nuevo se inunda la cuenca minera con hojas de la Comisión de Huelga advirtiendo a los obreros que no entren a trabajar¹².

¹² Hoja: “La Comisión de huelga a la organización Obrera española. La última infamia de la compañía”. 18-11-1913. AFRT. Leg. 1838.

A pesar de todo y aún obteniendo menores resultados de los esperados, la organización obrera de Riotinto demostró que a partir de ahora el movimiento obrero iba a representar grandes perjuicios para la empresa y que la organización llevada a cabo iba a permitir más resistencia que hasta entonces. El paro duró oficialmente 34 días, secundándolo 16.000 trabajadores¹³, y perjudicando notablemente departamentos como Fundición, quedando cuajados los seis grandes hornos, y a las Cortas y Contramina. Se puso en funcionamiento las cajas de resistencias, financiadas por los Fondos Sociales (90.000 Ptas.), por los Casinos Obreros y comerciantes e industriales de Nerva (110.000 Ptas.), y por la solidaridad nacional e internacional (60.000 Ptas.), permitiendo repartir entre los huelguistas 260.000 pesetas.¹⁴

Pero la organización sindical se conceptuó como instrumento de protección para con la empresa, y además de establecer cuotas obligatorias de dos reales diarios para sostener a los parados forzosos y mantener el Sindicato, se buscó la ampliación de este, convirtiéndolo en Provincial, integrado por secciones mineras de toda la provincia, estando representadas en un Comité, haciendo una Caja Central para todas las secciones.

En contra de lo que la mayoría de autores opinan sobre los resultados de la huelga general de 1913, que generalmente consideran de escasos resultados; algunos creemos, que salvando la enorme diferencia de recursos que en esos momentos tenían, por una parte una gran empresa monopolista, cuarta productora de cobre del mundo¹⁵, con una organización laboral donde primaba sobre todo sus intereses económicos, y que influía en la mayor parte de las instituciones de la época, tanto en aspectos sociales, políticos como económicos, para asegurarse lo único que realmente le importaba, el reparto de dividendos y los beneficios empresariales; y por la otra una incipiente asociación obrera, que además, en un principio se separó de las directrices doctrinales generales del socialismo español y de las Federaciones Nacionales Obreras, adscritas en su mayoría a la UGT, y que tan sólo encontró ciertas simpatías a través de su secretario general, Facundo Perezagua, en la Federación Vasca, creemos que consiguieron bastantes logros particulares, que ya hemos podido comprobar a

13 Hoja: "U.G.T. Sindicato de Riotinto. A todas las organizaciones de España y del Extranjero". 29-11-1913. AFRT. Leg. 1838.

14 Id. Id. "Los 12 primeros días no hubo dietas de huelga, los 15 días siguientes se repartieron vales de 6 reales y los nueve restantes de peseta".

15 Detrás de la American S. & R.C°, Anaconda C°y Calumet & Hecla. de "The Copper Handbook" vol.IX. H.J. STEVENS. Michigan-USA. 1909.

lo largo de la comunicación, pero sobre todo sentó las bases futuras del sindicalismo moderno como instrumento organizativo de enfrentamiento laboral para con la Compañía y sobre todo, acuñó el espíritu reivindicativo minero, e impregnó al minero de Riotinto de cierto elitismo profesional, que va a perdurar hasta 1986, con la desactivación general de la minería metálica.

En resumen, los mineros de Riotinto, consiguieron mantener en jaque, a partir de esta huelga y en adelante, a la gran compañía de Rio Tinto, a pesar de sus influencias socio-políticas y económicas, que el servicio médico pasara a depender del Sindicato, interviniendo éste en numerosas cuestiones como en los precios del Economato, llegando a propugnar un Economato laboral apoyado por numerosos comercios locales de Nerva, inundaron los Ayuntamientos de concejales socialistas. Calero llegó a interpretar que, *“por primera y única vez, todo salió como estaba previsto por los obreros...”* (Calero, 1976, Pág.58).

Aún siendo efímero el triunfo, ya que la compañía no cumplió los acuerdos o los interpretó a su manera, la huelga de 1913 representó el despertar del movimiento social ya organizado, con sus altibajos, será el inicio de una larga lucha *“contra el capital”*, que va a durar hasta julio de 1936, cuando se cortó de raíz todos los movimientos sociales.

El despido de trabajadores, en términos generales, no fue como consecuencia de la huelga, sino por la situación mundial entre 1914 y 1920, por la gran guerra (PÉREZ 1997 pp. 91-125), que va a producir una recesión general en cuanto a la economía europea.

Esta crisis económica conlleva a su vez una pérdida de los mercados en los grandes países exportadores, que para proteger sus intereses se verán forzados a reducir la producción y las plantillas, como medidas de protección de sus precios. Este es el caso de la Rio Tinto Company Limited donde se producirá un descenso continuado de su plantilla desde 1915, año que marcará el cenit en cuanto al número de trabajadores de la compañía con 14.484 operarios¹⁶, si bien es verdad que el descenso brusco del número de trabajadores, se producirá en la post-guerra.

Esto quiere decir que la compañía tenía perfectamente contemplado el descenso de la plantilla, y las huelgas son más bien consecuencias de esta política de despido. Aunque no es menos cierto que la compañía efectúa despidos como represalias después de cada una de las huelgas.

16 Archivo Fundación R.T. Oficina de Registro del Personal. Leg.1805.

BIBLIOGRAFÍA:

CALERO, Antonio M^a. (1976) "Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)" Siglo XXI Editores. Madrid.

CASTRO DE ISIDRO, F. (1989) "Entre cobre y oro. Radicales y socialistas en la huelga general de Riotinto" Historia social n^o5. Madrid.

CONSEJO DE MINERIA. (1916) "Memoria sobre el aprovechamiento industrial de los yacimientos de pirita ferro-cobrizada de la provincia de Huelva". Tip. A. De Ángel Alcoy. Madrid.

EGOCHEAGA, E. F. (1914) "El derecho a la guerra. 1^a parte: La guerra capitalista" 1^a Edición.. Tip. La Moderna. Riotinto.

EGOCHEAGA, E. F. (1914) "La guerra proletaria" 1^a Edición. Imp. La Moderna. Riotinto.

I.R.S. (1913) Memoria de la Comisión del Instituto de Reformas Sociales para estudiar las condiciones de trabajo en las minas de Riotinto. Madrid.

LUNAR, F. "A cielo abierto" (1956, 1^a edición México). De Riotinto a Norteamérica." Asociación Senabra. 2001.

PEÑA GUERRERO, M. A. (1993) "Caciquismo y poder empresarial. El papel político de las compañías mineras en la provincia de Huelva (1898-1923). Cádiz. Separata de la revista "Trocadero".

PEÑA GUERRERO, M. A. (2000). Fuentes para la Historia. Dir. Remedios Rey de las Peñas.

PÉREZ LÓPEZ, J. M. (1994) "Las calcinaciones al aire libre: Las telas. Los conflictos sociales de febrero de 1888. Causas y consecuencias". Fundación Riotinto, Huelva.

PÉREZ LÓPEZ, J. M. (1997) "Crisis de empleo en las minas de Riotinto. (1914-1920)" Revista de investigación: *Aestuaría*. Diputación Provincial de Huelva. Año V n^o 5.

FÉLIX LUNAR

A CIELO ABIERTO
DE RIOTINTO A NORTEAMÉRICA

RETRATO DEL AUTOR
POR

ALFONSO CAMÍN

MÉXICO, 1956

Corrección y revisión de
Sebastián Díaz Carlos

*A mis hijos Antonio, Cristina y Félix,
con todo cariño.*

El Autor

Retrato del Autor

FÉLIX LUNAR

I

*Este que veis, parejo del roble y de la encina,
ayer serbal florido y hoy púrpura la serba,
que el castellano acento con lo andaluz conserva
después de tantos años de alción y golondrina:*

*el pan a cielo abierto sobre desmonte y mina,
fue contra los ingleses en Riotinto y Nerva
la voz, la voz y el pulso para la carne sierva
que en rebelión de brazos y en explosión culmina.*

*En medio de este mundo cobarde y movedizo,
ama las libertades, odia al vulgar ceporro
que convirtió la patria de Riego en un chamizo.*

*Alienta, vive y muere con la intención gitana
de esclavar las manos al Cristo del Cachorro
y de colgar a Judas del Puente de Triana.*

II

*Alta Sierra Morena. Nació entre los canchales
donde soñó el Quijote con damas de alto brillo,
pule Genés las armas, las vela "El Tempranillo"
y cruza sobre un potro la sombra de "El Pernaes".*

*La caza sobre el soto, Risueños manantiales,
las mozas con el cántaro, la fuente en el sotillo;
arroyos al Guadiana con son de fandanguillo
y a Portugal las nubes como águilas caudales.*

*Su voz de risco y honda se ejercitó en la sierra,
Quijote de las cumbres bajó a la tierra llana;
combate a los Gigantes, se aburre, se destierra.*

*Hoy vive en California su dignidad serrana.
Lo mismo que el Guadiana parece que se entierra
para brotar más ancho, lo mismo que el Guadiana.*

Alfonso CAMÍN
México 1956

PALABRAS PRELIMINARES

Trazados estos relatos siguiendo el hilo de la memoria, sin ningún género de pretensiones y ajustándome en cuanto es posible a la realidad de las cosas, puede ser que algún lector, si los tengo, encuentre aquí actitudes y palabras disonantes para personas e ideas.

Puedo asegurar, con toda sinceridad, que ni para los nombres ni para las ideas, en el campo de la extrema izquierda social, sentí nunca, ni siento hoy, animadversión alguna.

No es mía la culpa de que la cosas sean como son.

O como yo las he visto.

F.L.

SALUTACIÓN

Amado Teótimo:

Si eres un mimado por la fortuna, que al arribo a la vida caíste en cuna dorada; si sólo a través de ficciones literarias o desde la cumbre de los privilegios que la posesión de la riqueza ofrece, conoces las miserias del mundo, no leas esto. No podrás comprender muchas cosas que, por inverosímiles, te parecerán descabelladas; otras muchas te molestarán, porque juzgadas desde tu posición social te parecerán injustas.

Si eres un espíritu selecto, enamorado de las ciencias y las artes, no sigas leyendo. Ni arte ni ciencia encontrarás en el trabajo de quien vivió siempre al margen de la ciencia y del arte. Y las rudas razones, sólo los hombres rudos las entienden.

Si eres un hijo del terruño, te será familiar el flagelo de la miseria y más de una vez, por indocto, habrás sufrido en la faz, como un latigazo, el desprecio de esos que son precisamente los culpables de tu ignorancia. Aún en el caso hipotético de que sepas leer, no leas. Reconcentra el pensamiento en tu vida pasada, deslía el ovillo de tus recuerdos y allí encontrarás esta historia. El que la escribe es tu hermano.

I

LA INFANCIA

Ya lo digo antes: al disponerme a escribir estos relatos autobiográficos, me propongo ajustarme a la verdad escueta, en cuanto sea posible. Claro que, tratándose de una historia que se desarrolla a lo largo de casi ochenta años, fatalmente han de quedar *lagunas*. No es posible, ni necesario, acordarse de todo. Y algunas cosas de que me acuerde, no querré contarlas.

Naturalmente, todas las historias deben principiar por el *principio*. Y el principio de mi historia, es el día en que nací. Ese acontecimiento, el más importante en mi vida, sin lugar a dudas, ocurrió el día 20 de Noviembre de 1878 (¡Ya ha llovido!), en Aroche, pueblecito de la provincia de Huelva, España, y en una casa ubicada en la calle Tropiezos.

Ese nombre lo creo un presagio. Desde entonces no he dejado de tropezar en la vida.

No tengo memoria de haber usado el biberón o la botella. Apostaría que no los usé. En aquel tiempo y lugar, dichos artefactos eran desconocidos.

Mis padres, humildísimos labriegos, pasaban en el campo la mayor parte de su existencia. Sólo acuciados por la necesidad iban al pueblo, de tiempo en tiempo.

La primera escena que se proyecta en la pantalla de mis recuerdos, es

una de estas ocasiones en que, teniendo mi padre que ir al pueblo, hube yo de acompañarle, no sé por qué.

Hacíamos el viaje con un borriquillo, para quien el solo aparejo era suficiente carga. Y como yo iba en brazos de mi amantísimo padre y el borriquito habría seguramente protestado de tener que cargar con los dos, mi padre me acomodó a mí sobre el aparejo, y bien atado. Así hicimos el viaje.

En el camino encontramos algunos convecinos que al ver mi gentil apostura me tiraban piropos, por mí devueltos con un ademán de soberano desprecio.

Al entrar en el pueblo, por la calle Tropiezos... ¡allí fue Troya! Las vecinas, naturalmente conocidas, al divisar mi arrogante porte, reían a mandíbula batiente y le gritaban a mi padre:

-¡Eugenio, cuidado con la carga!

Mi padre, riendo también, les contestaba:

-No hay peligro. Es buen jinete.

Yo aún no tenía la menor noticia de Don Quijote, pero si en aquellos momentos llego a tener una lanza y facultades para esgrimirla, seguro estoy de que les hago pagar cara su burla a las entrometidas.

Por lo demás, en aquellos tiempos, el mundo para mí era la choza donde vivían mis padres. Lo demás no existía.

En un lugar cercano a nuestra vivienda, habitaba otro matrimonio de labriegos. Tenían un hijo único. Pablitos, que era tonto de remate. Ya grandullón, entre los catorce o los dieciséis años, estaba muy desarrollado, como el que crece sin conocimiento. Por causas difíciles de explicar, y por iniciativa propia, tomó Pablitos a su cargo la custodia de mi *importante* persona. Todas las mañanas, al salir de la cama se venía a la choza de mis padres y, durante la jornada, me seguía por todos aquellos andurriales. Y ¡guay del animal o de la persona que tratase de acercarse a mí! Había de vérselas con Pablitos. Dio motivo a muchas escenas cómicas, cuando llegaba alguna visita que intentaba acariciarme. No importa quién fuese ella, la aprobación de Pablitos era indispensable.

¡Pobre Pablitos! El tiempo nos despistó. En el limbo volveremos a encontrarnos.

En la calle Tropiezos vivía también tía María la Mejía.

En aquel pueblo y en aquel tiempo, eran “tíos” o “tías” todas las personas mayores, ajenas a la familia. Los familiares, en cualquier grado de parentesco, eran todos “hermanos”. Conocidos o no, los ajenos a la familia todos eran “tíos”.

La tía Mejía no era de nuestra familia, pero me quería a mí con amor de madre. Estando yo en el pueblo, había que ir a buscarme en casa de tía María. Ella tenía tres hijas. Ningún varón. Y, estando yo allí, era el amo del cotarro.

Un genio fuerte y *un alma de Dios*, esto era tía Mejía. Si se molestaba, echaba más ternos que un carretero. Por cualquier cosa que se extraviase dentro de la casa, le ataba los testículos (ella lo decía más gráficamente) al mismo Diabolo. El procedimiento consistía en hacer una cruz con dos objetos cualesquiera y poner un peso encima. ¡Infalible! ¡El Diabolo soltaba prenda al minuto!

La calle Tropiezos tiene, por allí, salida al campo. A pocos metros de distancia de la casa de la Mejía, desemboca en el puente de Los Pelambres, tendido sobre el Arroyo de la Villa. Es una soberbia obra de mampostería, de las que por allí llaman “de moros”. Tiene más que regular altura y, seguramente, más de doscientos metros de largo¹. Un ojo solo.

A la salida del puente, por el lado opuesto al pueblo, tenían los Mejías un huertito. Estando yo en el pueblo, siempre que la tía María iba al huerto, cargaba conmigo. En una de estas ocasiones, al volver a casa, venía ella con algunos canastos de verduras a cuestas y no podía traerme en brazos, por lo que hube de seguirla por mi propio pie. Como mis pasos serían cortos y yo nunca fui amigo de las prisas, ella se desesperaba y a todo lo largo del puente venía gritando y largándome una serie de piropos que podrían figurar sin desdoro en cualquier colección “cañí”. A la mitad del puente, nos cruzamos con otra mujer del pueblo, que venía en sentido contrario, la que

¹ La distancia en el tiempo traiciona al autor, pues ni por asomo el Puente de Los Pelambres tiene doscientos metros. Podrá tener entre veinte o treinta metros y tampoco es de regular altura.

El Puente de Los Pelambres, es una construcción a las afueras de Aroche, construido en 1577 durante el reinado de Felipe II y debe su nombre a la existencia de manufacturas de curtidos de piel en el arroyo que salva.

al ver cómo me trataba, le dijo:

-¿Qué, María, este muchacho es tuyo?

-Qué ha de ser mío este... (aquí un piropo). ¡Ojalá lo fuera! ¡Si la madre quisiera, tres meonas que tengo en casa, se las daba por él!

En aquel tiempo, yo debía andar “rozando” los tres años.

Un día fui con mi madre al pueblo. Debió ser por Semana Santa, aunque allí era cuaresma todo el año. Y mi madre, como cristiana vieja, a la iglesia me llevó. Aquello fue para mí un acontecimiento.

La iglesia de Aroche es una soberbia estructura, hermana gemela del puente de Los Pelambres y de las murallas que circundan el pueblo.

Quedé deslumbrado y debí abrumar a mi madre con preguntas. Ella habrá satisfecho mi curiosidad como mejor pudo. Al salir de la iglesia, yo estaba henchido de orgullo y ardía en deseos de contar a mi padre las maravillas que había visto. A mi juicio, él no conocía nada de aquello. Ya en nuestra choza, en la primera oportunidad, sentado sobre los muslos de mi padre, principié a contarle mis experiencias.

Había estado con madre en la iglesia. La casa de Dios. Era una casa muy grande. Tenía muchas cosas bonitas: santos, candiles... y gente, ¡mu-cha gente! El cura, con el camisón fuera, estuvo en el altar, echando bendiciones. Luego, por una escalera, subió al...

Aquí me atasqué. Mi padre, comprendiendo mi apuro, me instó para que yo dijera adónde había subido el cura. Después de un rato de perplejidad, contesté resueltamente:

-¡En el pipote!

Mi padre soltó la carcajada. Yo comprendí que me había “colao” e inmediatamente rectifiqué:

-¡No, no, en el “trompico”!

Mi padre arreció en sus risas y yo quedé corrido.

Aunque le tiré dos tientos, no pude alcanzar al *púlpito*.

Era yo un rapazuelo ya y algunas veces iba a visitar a mis abuelos maternos, pastores de ovejas o cabras alternativamente.

Mi abuelo “Porta” (José López Blanco), apodo de toda la familia, que

me alcanzó a mí muchas veces, era un hombre de más que mediana estatura. Mucho nervio y mucho hueso, aunque escaso de carne. Magnífico tirador de escopeta y mejor catador de aguardiente.

No era extraño que saliese por la mañana de la majada con las borregas, al hombro su escopeta inseparable, y que pocas horas después viniese algún vecino a avisar a mi abuela Catalina que las ovejas estaban haciendo daño en algún sembrado y que el tío "Porta" no parecía. Entonces, mi abuela se hacía cargo de la piara.

Ocho días más tarde, se presentaba mi abuelo en la majada cantando un "fado" (era portugués), con la escopeta al hombro y acompañado de su perro, constituyendo una santa trinidad: mi abuelo, la escopeta y el perro, eran indivisibles, como las tres personas de las santas escrituras.

Había pasado la semana de holgorio en algún pueblo vecino, a cuatro o cinco leguas. Y hasta la próxima.

Buen cristiano, siempre que la religión no chocase con el aguardiente, cuando yo estaba con ellos y por las noches, me contaba muchos cuentos morales, según su moral y con el santo propósito de hacer de mí un hombre de bien.

¡Dios se lo haya tenido en cuenta, en su santa gloria!

Algunas veces, mi abuelo principiaba sus cuentos:

-Cuando yo era chiquito, así como tú...

Yo le miraba de soslayo y, con una sonrisa burlona en los labios, comentaba "in mente".

-¡Qué bromista es mi abuelo!

Porque, eso de que un hombre tan grandote hubiese sido alguna vez pequeño como yo, a mí no me entraba, ¡A otro perro con ese hueso! ¡Si se creería que yo era tonto!

En una ocasión me contó el cuento de un tío Juan que había vivido en aquel pueblo. Buen hombre en cuanto a sus relaciones sociales, pero irreligioso. Nunca iba a misa. Su mujer, la tía Josefa, muy buena cristiana, instaba a su marido para que fuese. Él siempre se disculpaba con sus quehaceres. No tenía tiempo. Era en temporada de gañanía, cuando los días son cortos y hay que madrugar para estar a tiempo en la besana. El tío Juan tenía ya preparada su pareja de mulos y estaba comiendo las migas. La tía Josefa insistió una vez más:

-Pero, Juan, ¿por qué no vas hoy a misa?

El hombre, acaso malhumorado, respondió:

-Déjame en paz, mujer. La misa me la como yo aquí con las migas.

Terminado el almuerzo, el tío Juan aparejó sus machos y salió para la besana, montado en uno de ellos y con el otro del diestro. Al llegar al Puente de Los Pelambres, aún de noche, encontró a un niño pequeñito.

-Pero, criatura, ¿qué haces por aquí a estas horas?

-Voy a tal lugar, adonde están mis padres. Pero tengo miedo.

-Bueno, yo voy por allí cerca. Ven, móntate aquí.

Le dio una mano y lo montó a la grupa. Al poco rato, el tío Juan sintió que el niño le apretaba demasiado la cintura.

-¡Caramba, niño, no aprietes tanto, que me haces mal!

-Te apretaré hasta que echas las migas y la misa por la boca.

¡Era el Diablo, que le castigaba!

Yo, muy quitado de la pena, le dije a mi abuelo:

-¡Oh, eso es mentira!

-¡No, hombre! ¿Cómo ha de ser mentira?

-Sí, es mentira -le repliqué- Si fuese verdad, el Diablo sería tonto en castigar a sus amigos. A ese hombre debió castigarlo Dios, pero no el Diablo.

Advertí que mi abuelo volvía la cara, ocultando una sonrisa. Luego, dijo:

-En adelante, me vas a contar los cuentos tú a mí.

De mi abuelo paterno, el tío Trinidad Lunar Marín, conservo en mi memoria una imagen muy difusa. Debía ser yo muy pequeñito cuando él murió. Era hombre de elevada estatura, magro, fuerte. En su tiempo sería sin duda un real mozo. Y de colmillo duro. Fue soldado y figuró en la escuadra de granaderos, selección de los mejores mozos.

En aquel tiempo, el mozo a quien faltase el colmillo superior derecho, estaba libre de quintas. No podía "roer el cartucho", lo que era indispensable para cargar el fusil. Entonces, éstos eran de chispa. Para cargarlos, había que romper el cartucho con los dientes, lo que requería mucho tiempo. Por eso se disparaba una sola vez y luego se cargaba a la bayoneta.

Mi abuelo Lunar estuvo en la primera guerra carlista, de 1833 al 40. Volvió al pueblo con ocho cicatrices en el cuerpo, de otros tantos balazos que recibió.

A mi abuela, Fortuosa Jara, la recuerdo mejor. Vivió dos o tres años más que mi abuelo. Era el reverso de mi abuela Catalina. Muy modosita. Muy poca cosa. Cero a la izquierda. La palabra más fuerte que recuerdo haberle oído era “¡Repacho!”

¡El resto!

Había llegado el tiempo de que yo pagase mi tributo a una sociedad ignorante y absurda, que lleva dos mil años esperando su redención del cielo. Cuando siente sed, en vez de buscar agua cavando un pozo, se pone de rodillas y la pide a Dios. Que, naturalmente, nunca la oye.

En aquel pueblo y en aquel tiempo (hace cuarenta y nueve años que salí de allí) el paludismo era endémico. Todos los niños, a la edad de tres o cuatro años, debían sufrirlo. Fatalmente. Pero aquello no alarmaba a nadie. Era natural.

Tanto, que ante un niño pequeño no se preguntaba nunca “¿cuántos años tiene?”, sino “¿pasó ya las cuartanas?”

Las cuartanas eran unas terribles fiebres palúdicas que dejaban a las criaturas deshechas. Llamábanlas así porque eran intermitentes: daban un día sí y otro no. Un día de fiebre y dos de descanso, tercianas; dos días fiebre y uno no, cuartanas. Duraban dos, tres o cuatro años. Según la voluntad de Dios. Los médicos eran impotentes. Yo fui bien favorecido. Las padecí cuatro años. Dos hermanas menores que yo, no tuvieron mejor suerte. A los siete años de edad, yo tenía la forma de un renacuajo. Sólo mostraba la barriga.

Cuando las cuartanas se apiadaron de mí y me abandonaron, en poco tiempo me repuse. Y mi padre pensó en la conveniencia de enseñarme a leer. En diferentes ocasiones le oí lamentarse, por su desgracia de no saber él.

-Haré un máximo esfuerzo porque mi hijo no se vea en mi triste caso.
Y lo hizo.

Un día, dispuso mi padre que me fuese al pueblo, para asistir a la escuela. Me acomodaron en casa de “hermana Dolores”, hermana menor de mi madre y con más hijos que una araña. Supongo que mis padres pagarían algo por mi pupilaje. No lo sé.

Como “en la escuela oficial no se aprendía nada”, me llevaron a una particular: la del tío Foro Barranca, pobre lisiado que no podía moverse de

una silla y, auxiliado por dos hijas mocitas que tenía, se dedicaba a “desanalfabetizar” arrapiezos, mediante una “perra chica” que teníamos que entregar todos los días, al entrar en clase.

A los sesenta días, se le acabó a mi padre el presupuesto de mi educación. Y fue forzoso retirarme de la escuela, con gran sentimiento de mi parte. Pero era fatal, como las calenturas palúdicas.

Mi padre trataba de consolarme, diciéndome que yo sabía ya bastante. Ahora él me compraría libros y podría seguir estudiando en casa. Hasta podría enseñarle a él.

Aquello de yo enseñar a mi padre, me cayó a mí muy hondo. Quizás alguna vez mi padre se arrepintiese de haberlo dicho. Tal lata le daba. El tiempo que estaba en la choza, no le dejaba tranquilo ni un momento:

-Mire, padre: a, b, c...

Mi padre repetía lo que yo iba leyendo, pero a buen seguro no miraba la cartilla. Él no podía suponer que llegaría a dominar la lectura a los treinta y pico años de edad. Pero mi machaqueo fue tal, que a las pocas semanas se dio cuenta de que iba conociendo las letras. Poco más tarde, llegó a leer la cartilla de corrido.

Por aquel tiempo fue mi padre a trabajar para tío Pedro Lobo, un labrador del mismo pueblo.

El tío Pedro Lobo tenía dos hijos: Rafael, algo mayor que yo, y Perico, algo más joven.

Rafael tenía la cabeza comprimida y alargada la frente. Le llamábamos “Cabeza Pipa” y “Cabeza Lavaera”.

A Perico, más amargo que la quina, un día su madre, la tía Felipa, riñéndole, le llamó “Larintún”. Y fue bastante. Desde entonces, siempre fue “Larintún, tres ochavos”.

La estancia de mis padres, en aquella finca², estaba cerca del cortijo de “los amos”. Por tal circunstancia, todos los días, desde temprano, andaba yo de correrías por aquellos campos, con “Cabeza Pipa” y “Larintún”. Si llegaba primero Rafael, me decía:

² Hoy día la finca se llama “Los Lobos”.

-Vamos a enfadar a mi Pedro.

Principiábamos a gritarle:

-“Larintún”, ¡tres ochavos!

Larintún era zurdo, pero su mano zurda parecía una honda. Nosotros buscábamos amparo en los troncos de las encinas.

Si encontrábamos primero a Pedro, el “toreo” era para “Cabeza Pipa”. Y ahí viene la nube de piedras. Y nosotros, al refugio de los troncos.

Pronto nos dejó “Cabeza Pipa”. Le llevaron a estudiar, aunque no a la escuela del tío Barranca.

Quedé solo con “Larintún”. Y entonces las pedreas eran para los pobres pajaritos. Éramos dos pequeños salvajes que, unas veces a pedradas y otras con trampas, asesinábamos a los inocentes pájaros. Dios nos perdonará estos crímenes.

Al fin y al cabo, él nos inspiraba.

Un día se presentó en la finca el tío Frasco Quisinovis (el tío Peñasco), montado en un borriquillo. Era padre del caporal de la finca, Marcelo Quisinovis. Viejo, pero fuerte, parecía un oso. El tío Lobo, que estaba a la puerta del cortijo, le saludó al llegar y le preguntó qué buscaba por allí.

-Caracho, Pedro, vengo a ver si me das un “cargujo” de leña. No tengo en casa una “tarama”³ y hace un frío del diablo.

-Sí, hombre -le dijo el tío Lobo-, vaya usted por ahí -señalando un rumbo- y encontrará a Eugenio -mi padre-. Él le señalará dónde puede usted arreglar su “cargujo”.

En efecto, el tío Peñasco siguió el rumbo indicado y yo le seguí a él. Pronto encontró a mi padre. Explicado el objeto de la visita, mi padre le buscó una encina y le señaló las ramas que podía cortar, reintegrándose a sus obligaciones. Yo seguí observando al tío Peñasco.

La encina era bajita y fácil de trabajar. Pero el tío Peñasco era muy viejo y demasiado torpe. Requirió sus hachas y subió a la encina. Apenas a dos o tres metros del suelo, resbala y se cae de cabeza.

La caída no fue grave porque, además de la poca altura, la tierra estaba blanda. Cuando pudo desembarazarse de unas matas en que había caído, con la cara descompuesta por la ira y rugiendo como una fiera, el tío Peñasco

3 En la edición original mejicana de 1956, aparece la palabra “trama”. En realidad es la palabra arochena y de toda nuestra sierra, “tarama”, que es como en el pueblo se designa a una rama fina y larga, o a la leña más menuda del producto de la poda de las encinas.

agarra dos piedras y, rechinando los dientes, las dispara contra la encina.

Yo corrí a contárselo a mi padre, que lo celebró grandemente.

¡Y aún hoy me río!

Después de la marcha de “Cabeza Pipa”, quedamos dueños del campo “Larintún” y yo. Hacíamos diablura y media.

La finca del tío Pedro está situada al Norte del pueblo y a una legua corta de distancia. Por la parte Sur, y a todo lo largo de la finca, le hace linde la Rivera de Chanzas. Por el Norte, el barranco de Arochete.

Según es fama, el agua del Arochete es muy buena para lavar. Y las lavanderas de aquel pueblo, pobres mujeres viejas y viudas, generalmente, obligadas a dedicarse a tan ingrata labor para ganar unos míseros centavos al día, so pretexto de que el agua es mejor y que se ahorran algo de jabón, tenían allí establecido su tren de faena. Donde quiera que el barranco forma un remanso, estaba acondicionado por ambas orillas con grandes piedras planas, que las mismas mujeres buscaban por el campo. Junto a dichas piedras, y de rodillas, las mujeres realizaban su labor.

Para llegar hasta Arochete, tenían que hacer más de una hora de mal camino. Atravesar la Rivera de Chanzas y seguir a través del campo del tío Lobo, era todavía un buen trecho. La Rivera de Chanzas no es muy caudalosa, sobre todo en verano. En invierno, algunas veces, “se le hinchaban las narices”. Los puentes no se habían inventado aún.

En el lugar más apropiado, las mujeres habían dispuesto una pasada, con piedras recogidas en el campo y colocadas en la corriente, de forma que, sobresaliendo un poco del agua, podían pasar sobre ellas, sin mojarse. Por las mañanas, durante dos horas, se veían venir del pueblo grupos de mujeres con grandes bultos de ropa sucia en la cabeza. En Arochete pasaban el día. Y por la tarde, con las ropas limpias y secas en idénticos bultos, regresaban al pueblo.

A “Larintún” y a mí se nos ocurrió hacerles una trastada. Una tarde, antes de que las mujeres retornasen, nos fuimos a la Rivera y, removiendo unas piedras del centro de la corriente, las dejamos en forma que al pisarlas perdiesen estabilidad. Y nos escondimos en unas matas, a esperar el resultado.

No tardó en asomar el primer grupo. Venían alegres y confiadas, marchando por la veredita en fila de a una. Y en el mismo orden entraron

en las pasaderas. Cuando la que iba delante pisó la piedra falsa, dio el batacazo en mitad de la corriente. La que la seguía, por el susto o la sorpresa, cayó también al agua.

Enorme confusión y algarabía. Pasados los primeros momentos, unas se lamentaban y se reían otras. Supusieron que había sido un accidente casual. Y arreglaron otra vez las piedras.

A la mañana siguiente, pasaron sin novedad. Pero por la tarde, cayó otra al agua. Sospecharon y no volvieron a pisar las piedras. Desde Aroche venían con los zapatos en la mano. Pasaban la rivera y al otro lado se calzaban.

Nosotros ideamos otra treta. Antes de llegar al agua, el camino hacía un poquito de pendiente. En aquella laderita, cavamos un agujero regularmente hondo, lo tapamos con palitos endebles y lo recubrimos con hojarasca y arena, quedando perfectamente disimulado, tras lo cual nos retiramos a nuestro escondite.

Apareció el primer grupo. La que venía delante, pisó la trampa, dio con las posas en el suelo y el bulto que traía en la cabeza rodó a favor de la pendiente y fue al agua.

Aquí fue Troya. La mayor parte eran mujeres de pelo en pecho. Si nos descubren, seguro que yo no lo contara. Y tejieron una magnífica guirnalda de flores para nuestras respectivas familias.

No pisaron más la veredita.

Nosotros insistimos, haciendo la trampa lejos de la Rivera, en mitad de la vega de los nogales. Terminada nuestra faena, volvimos a ganar el escondrijo.

No tardó en presentarse en la escena José "El Gallo". No era el torero célebre y malogrado. Era hijo del mayoral de los puercos de la finca. Por lo tanto, bien conocido nuestro. Simplón, grandote, de veintiocho o treinta años y soltero. Venía tan quitado de la pena. Pisó la trampa y dio el batacazo. Se incorporó rápidamente, miró en todas direcciones, no vio a nadie, limpió el agujero con las manos, lo volvió a tapar como estaba y siguió su camino.

Poco después, apareció un vejete con un borriquillo cargado de leña. El pobre animal, que venía delante, cayó en la trampa. El viejo echaba pesates contra el burro, que se había caído en lo más llano. Le dio una buena tanda de palos. Inútil. El burro no se levantó. Tuvo que quitarle la carga. Entonces vio el viejo la causa de la caída. Si nos descubre, nos desuella. Sin dejar de jurar, arregló nuevamente la carga y se marchó. Nosotros volvimos

a armar nuevamente la trampa y regresamos al escondite.

No tardó en aparecer por el mismo camino el tío Pedro Tejero sobre un brioso caballo.

El tío Tejero era colono de una finca inmediata⁴, y hermano de la madre de "Larintún". Cuando éste vio venir al "hermano" Pedro, corrió como un loco a ponérsele delante. Así le libró del batacazo, que pudo tener graves consecuencias. Contamos al tío Tejero lo ocurrido y se rió, pero nos hizo tapar el agujero y nos prometió una paliza si volvíamos a las andadas.

Terminando mi padre la temporada de trabajo con el tío Lobo, nos reintegramos al pueblo.

Ya no vivíamos en la calle Tropiezos. La casa donde yo nací, en calle Tropiezos, era propiedad de mi abuelo "Porta". Mi padre, deseoso siempre de tener casa propia, hizo construir una al extremo Sur del pueblo, en un paraje denominado El Retamal, y en la calle Peleas.

La casa la hizo el maestro Luciano Mejía, marido de la tía María; buen albañil, según fama, aunque analfabeto. Mi padre le auxiliaba en calidad de peón. Yo, a ratos, les estorbaba a los dos. Así salí de Tropiezos y entré en Peleas.

Como andaba vagabundeando por el pueblo un domingo de doctrina, tropecé con los niños de la escuela, que iban a misa, y me uní a ellos. No tenía ya aquello para mí mucha importancia. Ya no tropezaba en el "trompico".

Al salir de la iglesia, seguí mis correrías. En la plaza pública, para comodidad de los paseantes, había unos poyos de mampostería, con baranda de hierro como respaldo. Allí me puse yo a hacer ejercicios de acrobacia, saltando por encima de la baranda. En uno de estos saltos, caí de cabeza y me rompí el antebrazo izquierdo cerca de la muñeca.

Caí en la puerta de un establecimiento de bebidas, propiedad de las hermanas Simonas, en el momento que una de ellas salía a la calle para tirar unas aguas sucias. En aquel tiempo, posiblemente hoy también, las aguas sucias se tiraban a la calle, algunas veces desde los balcones y sin decir agua va. De ahí el cantar que dice:

⁴ La finca es "Los Llanos de la Belleza".

*“No dijiste “agua va”
por la ventana la echaste.
No tuviste caridad
y todito me mojaste”.*

Aquella buena señora me recogió. Pronto vino un médico. Las Simonas rompieron una guitarra y una sábana y me entablillaron el brazo. Algún rapazuelo que me conocía, corrió a avisar a mis padres. Cuando llegaron, ya estaba todo listo. Aquello no fue nada para mí. Al día siguiente, andaba respingando, con mi brazo en cabestrillo.

Tres días después, jugaba yo al “registro” con otros arrapiezos de mi tanda en el mismo lugar, frente a la casa de las Simonas. Los “registros” eran unos cartones que estaban muy de moda. Los quitábamos de las tapas de las cajas de cerillos, de reciente aparición, donde venían pintadas ingeniosas caricaturas. Antes, los cerillos se vendían sueltos. Treinta por un cuarto, moneda de cobre equivalente a tres céntimos de peseta. Los “registros” los tirábamos contra la pared, desde una raya marcada en la calle, y aquél de ellos que cayese en mejor posición ganaba la partida.

En la pared contra la que tirábamos los “registros”, había una ventana con rejas. Andaba por allí otro socio, de la misma calaña, Santiago Muñiz Macías, que por estar disgustado conmigo no tomaba parte en el juego. Pero, colgándose de la reja y dejándose balancear, dificultaba la jugada. Yo era algo mayor que él y lo dominaba. Le mandé que se quitase de allí. No me hizo caso. Le di un “soplamos” y se fue llorando a un grupo de hombres que había en la plaza, donde estaba su padre.

Seguro, el padre le aconsejó. Poco después, volvió al mismo sitio. Le reñí de nuevo. Me contestó mal. Fui hacia él, corrió y, agarrando una piedra de la calle, la disparó contra mí y me rompió el brazo derecho. Las mismas hermanas Simonas volvieron a recogerme y de allí salí con los dos brazos en cabestrillo.

Años después, y lejos de Aroche, encontré de nuevo a Santiago Muñiz Macías y fuimos buenos amigos. Era una bellísima persona.

¿Qué será de él en la hora presente?

Había yo conquistado una gran popularidad en todo El Retamal. Era el único niño del barrio, que sabía leer. Tenía una buena colección de

“romances de ciego”, de los que corría gran profusión en España: “Diego Corrientes”, “Juan Palomo”, “José María el Tempranillo”, “Los Pajaritos”, “La Niña de los Seis Años”, “El Ganso de la Catedral”, “Tío Currito el Enamorado y Pepito el Valentón” y... siguen los ceros.

Fueron mis únicos libros de texto. Los guardaba como oro en paño. Podía recitarlos todos de memoria. Algunas veces mi madre, sentada a la resolana con las comadres del barrio, zurciendo los trapos, me llamaba para que les dijese un romance. Yo, muy orondo, les mostraba la lista para que escogiesen. Los recitaba como un papagayo y me ganaba una ovación:

- ¡Ah, qué niño más listo!

En la calle Peleas vivía también el tío Meregildo, oriundo del Norte de España. Hacía muchos años que había caído por la comarca, como carabinero. Alcanzó la edad del retiro y allí se quedó. Era muy notable. Yo le conocí ya viejito. Tenía un borriquillo de mala muerte, un magnífico podenco conejero, un hurón y unas redes. Eran sus herramientas de trabajo. Todos los días salía al campo y siempre volvía con caza. Nunca peló el rabo a su burro. Si algún vecino se lo hacía notar, respondía:

-Déjalo, caracho. Cuando Dios se lo ha dado largo, es que lo necesita.

Tenía dos hijas casaderas: Gregoria y Consuelo, y las dos andaban ya con novio. Cuando éstos las visitaban por las noches y el tío Meregildo juzgaba que los muchachos se excedían algunos minutos de la hora oficial, les decía a sus hijas:

-Gregoria, Consuelo, ¡a la cama, que los muchachos querrán irse!

Un nuevo “hermano” se nos presentó en la casa: Juan “Gonsales y Gonsales”.

Años antes, una hermana de mi abuela Catalina, la hermana Francisca, había salido del pueblo huyendo del hambre, refugiándose en las minas de Tharsis. Era casada, y con una parvada de hijos. Entre ellos una hembra, Victoriana, bastante agraciada ciertamente. Allí la conoció Juan “Gonsales y Gonsales” y se casaron.

En viaje de novios, vinieron a Aroche. Y, como prima hermana de mi madre, se hospedó en nuestra casa con su marido. Juan “Gonsales” era jefe en los talleres de la mina de Tharsis, lo que le daba una situación de privilegio.

Estuvieron en nuestra casa dos semanas y se encariñaron conmigo. Al marcharse, quisieron llevarme con ellos. Yo en el pueblo no tenía ningún porvenir. Con ellos, podía ser un mecánico. Mis padres no tendrían que ocuparse de mí para nada. Y el día que yo llegase a ganar un jornal, los "Gonsales" no me retendrían parte alguna del mismo; lo enviarían íntegro a mis padres.

Respuesta de éstos:

-¡Imposible! ¿Cómo podremos nosotros pasar ni un mes sin ver al muchacho? ¡Imposible!

No fue la única vez que el cariño de mis padres obstaculizó mi porvenir.

¡Dicho sea sin reproche para su venerada memoria!

Un día me dijo mi padre:

-Ve a casa de Juan "Católico", que ya tendrá hechos unos zapatos que le encargué para ti.

El tío Juan "Católico" era el zapatero de la familia. Y los zapatos salidos de sus manos serían los primeros que yo me iba a poner. Figúrense mi alegría.

El tío "Católico" me había hecho unos zapatos a prueba de tropezones. De becerro fuerte, suelas dobles, tachuelas de ala de mosca, cuerdas del mismo material y horma derecha. Más bien "botos" que zapatos, eran de cuello alto y estaban amarrados entre sí con sus propias correas. Me los eché al hombro y salí tan campante.

Para llegar a mi casa, tenía que pasar por el Portillo de San Juan, lugar donde ha sido perforada la muralla para prolongar la calle. En el hueco debajo de la muralla, me senté a probarme mis zapatos. Allí se inicia la calle, con una pendiente bastante pronunciada y empedrada de rollos.

Al ponerme de pie, los zapatos se dispararon calle abajo y yo los seguí dando tumbos. Por poco no necesito otra vez el auxilio de las Simonas. A gatas gané de nuevo el portillo y me quité los zapatos. Menos mal que la calle Peleas era llana y con firme de tierra, lo que me ofreció una magnífica pista para entrenarme.

II

LA ADOLESCENCIA

Realmente, mi primer par de zapatos fue el hito que marcó la división entre mi niñez y mi adolescencia.

Inmediatamente, mi amantísimo padre me hizo saber la necesidad de que yo principiase a ganar algo. De momento, había que pagar los zapatos.

Y me fui al campo a guardar becerros con el tío Pedro Tejero, el “hermano” de “Larintún”. Mi primer amo, quien me daba la comida y treinta reales al mes. ¡Adiós mis “registros” y canicas, mis trompos y mis romances! Allí perdí mi pista de todo ello y comencé a tener noción del tiempo; a comprender que los hombres nacen pequeñitos y van creciendo. Deseaba tener veinte años, para ser hombre.

Pero el tiempo no tenía en cuenta mis deseos. Caminaba como reloj de presidiario. El hombre camina cuesta arriba en el tiempo, hasta ganar la altura de los cincuenta años. Allí inicia la bajada, y el tiempo vuela.

Desde los ocho a los dieciocho, cuando ya me consideré hombre, fueron los años más largos de mi vida. Terminé con el tío Tejero y fui a otra parte. Guardé chivos y cabras, borregos y carneros, guarros y marranos. No guardé gansos como el amigo Sancho Panza. Contar las peripecias de mi vida en estos años, sería el cuento de nunca acabar.

En una ocasión, cuando guardaba puercos con mi “hermano” Miguel Garnacho, primo hermano de mi padre, nos sorprendió una terrible tormenta, yendo de tránsito en plena Sierra Morena. El lugar era abrupto, el camino estrecho, la tormenta arrojaba agua a cántaros y granizo como pe-

druscos. La piara la constituían unos doscientos marranos y no podíamos dominarlos.

El frío cortaba. Ningún amparo. En medio de aquella tremenda barahúnda, mi “hermano” Miguel empezó a gritarme:

-Deja tú los puercos que se los lleve el diablo y arranca ahí monte para hacer candela.

-¿Cómo podemos hacer candela con leña verde y mojada?

-Yo puedo. Arranca ahí matas.

Tuve que obedecer. No arranqué muchas matas, pero di bastantes tumbos por aquella ladera y renegué del “hermano” Miguel, por estúpido. La tormenta duró unos quince minutos y pudimos reanudar nuestro camino, sin hacer candela. Después he comprendido que aquel hombre temió que yo me arreciese. Y procuraba que yo conservase el calor, trabajando.

¡Pobre “hermano” Miguel!

Hace más de sesenta años que no tengo de él noticias...

Después de rodar varios años por las cumbres de Sierra Morena, fui a terminar mi vida pastoril a La Contienda, una vasta extensión de tierras realengas, pertenecientes al pueblo donde nació. Todos los vecinos de aquel pueblo tienen -o tenían- facultad para establecerse con su propio hato en cualquier lugar que no esté ocupado previamente.

Allí se refugió mi abuelo materno, el tío “Porta”, en las postrimerías de su vida, con una puntita de cabras de su propiedad. La guarda de las cabras la confió siempre al cuidado de algún nieto de los muchos que tenía. Él se ocupaba de las colmenas, de algún poco de senara, y de cazar, su afición predilecta.

En una ocasión, me tocó a mí guardar las cabras. Mi abuelo había estacionado su majada en “El Enjambradero”, a orillas del río Multigón⁵. A la choza de mi abuelo venía con frecuencia el tío José María “El Guapo”. Era éste de Cumbres Mayores, pueblo inmediato⁶. Se dedicaba a hacer carbón de chispas⁷, que los herreros utilizan en las fraguas. Traía dos borriquillos y llegaba por la tarde; dormía en nuestra choza y a la mañana siguiente, en

5 En realidad es el “Mortigón”.

6 Cumbres Mayores no es pueblo inmediato, el pueblo inmediato que se llama Cumbres es Cumbre de San Bartolomé.

7 El carbón de chispa, se hace con cepas de brezo.

tres o cuatro horas, preparaba sus cargas. Por allí abunda el brezo, que es la leña utilizada al efecto. Cargaba sus borriquillos y... hasta el día siguiente.

Era campechano y pronto fuimos amigos. Aunque le llamaban "Guapo", en verdad él no hacía honor a su apodo. No tenía ningún parentesco con Adonis. Como yo ya tenía confianza con él, una noche, sentados al amor de la lumbre, me permití preguntarle:

-¿Por qué, siendo usted tan feo, le llaman guapo?

El hombre soltó la carcajada y contestó:

-Te lo voy a decir.

Y me refirió el siguiente cuento o historia. No sé....

-Hace muchos años, antes de yo venir al mundo, en mi pueblo se presentaba por las noches un fantasma. Aparecía en determinados lugares, a las diez de la noche, haciendo extraños ruidos. Las gentes, atemorizadas, se recluían en sus casas. Nadie se atrevía a salir a la calle. Un ascendiente mío, que no era muy asustadizo, quiso saber qué era aquello y una noche le salió al camino. El fantasma, al verse provocado, arreció en sus ruidos. Y con un gran cuchillo atacó a mi pariente. Éste iba prevenido con una pistola, disparó y el fantasma dio el tumbo en mitad de la calle. Acudió gente, intervinieron las autoridades y se aclaró el misterio. Era el secretario del Juzgado, que por ese procedimiento retiraba a la gente de la calle para que no lo viesan entrar en casa de su querida. Por aquella "guapeza", mi pariente conquistó el sobrenombre que heredamos toda la familia.

Por aquella época se presentaron una tarde, en nuestra choza, otros cumbreños, paisanos de "El Guapo". Al parecer, eran también conocidos de mis abuelos. Cazadores ambos, no traían escopetas ni perros. Cazaban perdices a lazo. Nunca había oído yo hablar de ese género de caza y de mil amores los hubiese seguido al día siguiente. Pero mi abuelo me señaló el pastoreo de las cabras. No podría ir hacia donde aquellos hombres iban a poner las cuerdas. Las cabras las romperían. Con todo el dolor de mi alma, tomé otro rumbo, aunque no muy desviado. Todo el día estuve más pendiente de las perdices que de las cabras.

Cuando por la tarde llegué a la majada, quedé asombrado. Los cumbreños tenían allí ¡cincuenta y cuatro! hermosas perdices vivas y enjauladas. ¡Un acontecimiento extraordinario para mí! Tuvieron que regalarme cuerdas y enseñarme a usarlas. Al otro día era yo cazador de perdices a lazo.

A todo esto, yo no había perdido mi afición a la lectura. Pero transcurrían los años sin ver un papel ni de estraza⁸.

Cerca de nuestra majada, en la orilla del río Multigón, había una antigua explotación minera. Era una galería de dos metros por dos, y se adentraba bastante en las entrañas del monte. Cerca de la entrada se veía un “vacie” del material sacado de aquellos trabajos. Era todo grafito muy limpio. De cualquiera de aquellas piedras, con la navaja se hacía un buen lápiz. Seguramente los mineros buscaran otros minerales. Aquello estaba abandonado.

Ya tenía yo un buen surtido de lápices. Y en pizarras, que por allí abundan, y de magnífica calidad, siempre estaba escribiendo o dibujando algo. Mi abuelo se burlaba de mi escritura. Aquellos garabatos, ¿qué podían significar? Cuando diseñaba cabras, perros o conejos, eso sí lo entendía y me aplaudía. Su nieto iba a ser un artista, pero los garabatos...

Un día sacó el librito de papel de fumar y me dijo:

-Vamos a ver, escribe aquí: “La perra de mi abuelo se llama Ardila. Él tiene doscientas cabras en su piara”.

Guardó su librito cuidadosamente, tras de haber yo escrito en él aquellas frases, se echó la escopeta al hombro y salió. Aquella noche, contó con admiración su experiencia. Había buscado a uno que sabía leer. Y ¡caracho!, aquel hombre había leído justamente lo que él me mandó escribir a mí.

Llegó el momento de abandonar las cabras. Ya era yo grande: andaría entre los doce y trece años. Tenía que incorporarme a la legión innúmero del trabajo.

¡Adiós, Contienda! ¡Cuántos recuerdos dejo en tus rugosos lomos! ¡Cómo me agradaría dar hoy un vistazo por aquellos parajes! ¡Rivera de Ardila, Multigón, Enjambradero, Ejido de la Sarna, Atalaya⁹, Fuente del Heredero, Valdesolteya!¹⁰

⁸ Papel áspero y basto, sin blanquear y que generalmente se usaba en los comercios para envolver alimentos.

⁹ Sin duda es el Pico de la Atalaya, uno de los Picos de Aroche, que en concreto forma linde con La Contienda. Pero ese es su nombre en Aroche, pues en la cartografía oficial aparece como Pico Aroche, de 714 metros.

¹⁰ Es el “Barranco de Valdesortella”

Cambio completo en el escenario de mi vida. Salí de las montañas y entré en Los Montaraces.

En aquel pueblo, y sospecho que en la mayor parte de España, los jóvenes que comienzan a asomarse a la vida son unos pequeños salvajes, aunque sin taparrabo ni plumas en la cabeza, que bien podrían llevarlas, puesto que no la tienen ocupada con ninguna otra cosa.

Yo hacía como los demás: hombrrear. Había que emborracharse y armar camorra, con pretexto o sin él, para imitar a los hombres.

Principié a trabajar con mi padre en la huerta. Pronto fui un técnico en aquellas actividades. Si hubiese existido por allí el campeonato del azadón, yo hubiese pugnado a él, con probabilidades de éxito.

Rebasé la huerta y salí al campo. Y -discúlpese el autopiropo- lo mismo en la gañanía que en la recolección o cualquiera otra labor requerida por la agricultura, siempre ocupé mi sitio. Cosa no fácil en aquel pueblo y en aquel tiempo.

Posiblemente hoy es igual: los trabajadores, el domingo por la mañana, se hacían presentes en la plaza pública como otra mercancía cualquiera. Llegaban los labradores, los "amos" y cada uno de éstos escogía los hombres de que precisaba. Los trabajos eran por semana y el contrato no podía ser más simple.

-¿Quieres venir a trabajar?

-Sí.

-El lunes, a tal lugar.

Está todo dicho. El lunes se presenta la cuadrilla en el campo, con su equipo al hombro. Mantas, provisiones de boca, herramientas, etc. El trabajador ha de ir prevenido de cuanto pueda necesitar durante la semana para cumplir su misión. No es extraño que alguno lleve un borriquillo. Los menos.

Cuando el lunes por la mañana se reúne la cuadrilla en el campo -seis, ocho, diez, los que sean- se inspeccionan mutuamente, buscando al más endeble. Y sobre él cargan todos hasta obligarlo a que tenga que irse sin terminar la semana. Es una gala para los demás.

No es extraño que el hombre que se ve tan absurda e injustamente tratado, le dé en la cabeza, con la herramienta que tenga en la mano, al primero que halle delante, y que sean dos los que tengan que irse.

Las labores del campo son rudas, fatigosas, mal consideradas y peor retribuidas. Los trabajadores, por su ignorancia supina, las agravan notablemente. Antes que auxiliarse unos a otros, como sería razonable, se hosti-

gan, en beneficio de quien los explota a todos.

Yo sufrí esa prueba y la vencí. Principié a trabajar cuando era un niño. He rebasado los 76 años de edad, con la herramienta en la mano. Ni en España ni en América me han “corrido” jamás de ningún trabajo. Mi último puesto lo he desempeñado por veintiséis años seguidos. Pudiera ser un “record”.

Ya dejo dicho la forma de estipular el contrato de trabajo. El trabajador, durante la semana, nunca sabía lo que estaba ganando. El sábado por la tarde, el manijero da la orden de paro con dos o tres horas de tiempo para llegar al pueblo a la hora de terminar la jornada: la puesta del sol.

No es raro que cuando el trabajador llegue a su casa no encuentre nada para cenar. Máxime cuando ya el lunes, cuando salió, no dejó nada. Pero ¿qué remedio?

El domingo por la mañana, va a ver al “amo”, por la cuenta. Pero el “amo” no puede pagarle. No sabe a cómo están los jornales. Por la tarde, cuando vea a los otros “amos” y se entere, le pagará. A las diez de la mañana, el “amo” sale de su casa, bien desayunado, y va al casino. Allí se reúne con los demás “amos”. Y entre sorbos de café, aromas de tabacos y libaciones de alcohol, barajan los jornales:

-¿A cómo pagamos a la gente?

-Yo creo que está bien a seis reales.

-¡Seis reales! Una peseta es bastante!

-¡Bah! ¡Cuanto más se les dé, más grande es la borrachera! ¡La mayoría, cuando vayan esta noche a casa, no llevan una perra!

Lo peor, que era verdad.

Un estudio demostrativo de cómo viven los obreros en muchas regiones de España, especialmente en Extremadura y Andalucía, habría que pedírselo a Einstein. Y fracasaría.

No creo en la posibilidad de demostrar en forma convincente cómo una familia de seis u ocho personas puede vivir con un salario de dos reales y medio al día. Esto es: ¡con doce centavos y medio! No hablo por oídas. Lo he ganado yo y era general en temporada de gañanía. El “amo” daba la

comida al trabajador. Y, además, dos reales y medio diarios.

Mis andanzas en aquel terreno, de cortijo en cortijo, son muy latas. Trabajé en El Álamo, La Coronela, Maribarba, Los Benitos, Los Llanos, La Corteganesa, Los Milanos, Tapias, El Semedero, Las Vilanas, Los Madroños, Santa Clara, Troncas, Umbrizos, El Carmen, Portonoal, Montes Blancos, Las Zafras, Torreón, La Castellana, Los Rasos, Las Peñas, La Portilla, La Serrana, La Contienda, Zaucito, La Pava, etc¹¹.

De todos estos lugares tengo recuerdos. Muy especiales, de “Mari-Blanca”. En Troncas hice mi “debut” como “morero”, encargado de las bestias, para portear el grano, a las órdenes del tío Rafael Tejero, otro “hermano” de “Larintún”.

Era yo verdaderamente un niño. No pasaría de los dieciséis años. Sin embargo, cargaba en los caballos los costales de trigo de dos fanegas y media.

El tío Tejero tenía varias hijas: una de mi edad aproximada, Marcelina. Bonita, ciertamente.

Era costumbre inveterada, al llegar el morero con las cargas de grano, obsequiarle el café, con alguna fruta de sartén, que allí las hacían muy ricas. Yo, café lo había tomado muy pocas veces; con leche, nunca. Y sólo el verlo me ponía los pelos de punta.

La primera mañana que llegué al cortijo con dos cargas de trigo, al terminar de vaciar los costales, la Marcelina me dice:

-Anda, Félix, ahí tienes el café.

Miro para la mesa y, en efecto, allí estaba el café ¡servido con leche! El conflicto era tremendo. ¿Cómo decirle a aquella muchacha que el café no me gustaba? Lo tomaría aunque fuese veneno. En una decisión heroica, cerré los ojos y lo tragué.

¡Ah! ¡Y estaba bueno!

Ya dije que había tomado café muy pocas veces. Nunca con leche. Mi santa madre, que hubiese sido un gran ministro de Hacienda, siempre tenía en la choza café y azúcar en reserva. Lo compraba por junto. Una perra gorda de cada vez. Y se usaba como medicina. Si no había enfermedad, no había café.

¹¹ De los nombres de las fincas que aparecen, no se conoce en Aroche ninguna llamada Los Milanos. En cuanto a Las Vilanas, así aparece denominada en el Catastro del Marqués de la Ensenada, ocurre que bastante gente las denomina Las Milanos. En cuanto a Portonoal, (en el Catastro del Marqués de La Ensenada aparece como “Puerto de Nodar”), se le llama de varias formas, como Puerto Nogal o Puertonodal, pero para todos en Aroche es Portonoá.

También mi madre, en el campo, siempre tenía gallinas. Si yo o una de mis hermanas rompíamos un huevo, nos valía una paliza. De los huevos que todas las semanas venía a recoger el recovero, salían el tabaco que fumaba mi padre, el jabón que se gastaba en la familia, el café y el azúcar.

Yo estaba incorporado, de rondón, en la categoría de persona mayor. Mis romances de ciego fueron dados al olvido. Otros romances me agradaban más. A “La Niña de los Seis Años”, prefería las de quince. Mi primera novia formal, María Frutos¹², era una mocetona de mi edad, con probabilidad de llegar a los catorce años buena moza y guapa.

La visitaba con todas las de la ley. Vivía en un barrio donde yo no era conocido. Mis visitas eran de noche. Y como el alumbrado público brillaba por su ausencia, las comadres del barrio no me conocían. Mi presunta suegra, la tía Dolores Charneco, seguramente entendida con las vecinas, en cuanto yo entraba, salía ella. Volvía pronto. Y, dos minutos después, una vecina llegaba a la puerta:

-Tía Dolores, ¿me hace el favor de una hebrita de hilo?

-Sí, entra.

A la recién llegada la sorprendía mi presencia y saludaba ceremoniosamente. Después, la explicación al caso:

-Mire usted, al desnudar a mi Juanito para acostarlo, advertí que le faltaba un botón en los pantalones. Y no tengo en casa ni pizca de hilo. Y me dije: “voy a ver a tía Dolores”. ¡Los niños son tan traviesos!

En todo esto, no apartaba los ojos de mí. Diez minutos y se marchaba. A la noche siguiente se repetía la escena con otra vecina. De este modo la tía Dolores me presentó a todo el barrio.

Yo, cuando la tía Dolores salía, le gastaba algunas bromas a la hija. Y ella, que seguramente estaba en el secreto, se reía.

Fue unos meses. Los azares de la vida nos apartaron y se acabó el noviazgo. Siguió a María Frutos, por orden cronológico, María Salguero. Y a ésta, Gregoria Díaz, Lorenza Sánchez, Amalia la Cana, Segunda la Quintina, María Pendo, Leopoldina Blanco, Laureana Cuaresma, Victoria Mejía y Ceferina Rivas. Esta última sería mi humilde y querida compañera, la madre de mis hijos.

¹² En Aroche no existe el apellido Frutos. Con toda seguridad es Fructos que es netamente arocheno.

En todas partes fui bien recibido. Mejor aún donde peor me trataron: en casa de mi novia Laureana, la muchacha más bonita que había en el pueblo. Su madre, la tía Teodomira, era la corrección hecha mujer. Pero a mí para yerno no me quería, ni al lado del aire. Cuando yo iba a visitar a la hija, la vieja se deshacía en atenciones. Sus palabras rezumaban miel. Me ofrecía el mejor lugar de la casa. Me obsequiaba con cuanto tenía, me abrumaba con palabrería necia. Todo menos dejarme cambiar una palabra con la hija. Eso, ¡imposible! Llegué a desesperarme. Dejaba pasar las semanas sin ir a ver a mi novia. Cuando volvía, la tía Teodornira me daba la gran regañada: yo no las quería ya, yo era muy orgulloso, me vendía muy caro... Yo, que nunca sufrí impertinencias, hoy mismo no me explico cómo aguanté a aquella mujer.

Y triunfó en sus propósitos.

En aquel pueblo y en aquel tiempo, había una parvada de tontos más que regular. Unos, "a nativitate"; otros, de conveniencia. Desde entonces tengo mis barruntos de que no soy muy tonto. Nunca vi un tonto que trabaje. Yo he trabajado toda mi vida.

Entre los de la primera categoría, estaba Bartolo, un hombrachón de más de mediana estatura, y fuerte. Cuando yo le conocí, andaría en los cincuenta años. Nunca se le vieron zapatos en los pies, que eran enormes, como desarrollados a plena libertad y crecidos "sin conocimiento".

No obstante, él se había agenciado unos chanclos, que usaba para entrar de noche en la huerta y robar fruta. Ellos lo ponían a cubierto de toda sospecha. Al ver las pisadas, nadie podía sospechar que Bartolo era el ladrón.

Aunque vivía con sus padres, él llevaba una vida completamente independiente. Cuando le parecía, salía al campo, haciendo un recorrido por los cortijos. Llegaba muy cortés, saludaba afable y comedido. Su voz no se alejaba más de dos o tres metros de sus labios. Nunca pedía nada. Si pasados unos momentos nadie le ofrecía algo, se retiraba con igual corrección:

-Usted lo pase bien.

Casi nunca perdía el viaje.

Algunos labradores que le conocían, desde lejos le gritaban al verle llegar:

-¡Caramba, Bartolo, en bendita hora llegas! Un pícaro zagal que tenía guardando los guarros, se me ha marchado. Vas a quedarte aquí mientras busco otro.

En el momento, Bartolo daba la vuelta:

-No puedo trabajar. Me duele el pecho. Usted lo pase bien.

Ya no quería limosna. Ni oía más razones.

Otro tonto notable era Goro, también grandote y de la edad de Bartolo, y siempre también “a casco limpio”. Los domingos, cuando la plaza estaba llena de gente y nunca faltaban tontos, Goro andaba por entre los grupos, informando:

-¡Eh! Aquél -señalando a su colega- es tonto. No le hagan caso.

Y daba la vuelta completa.

Ante las muchachas, se le caía la baba. Pero si alguien, con sutileza, conseguía encerrarlo en una habitación con una mujer y cerraba la puerta, Goro bramaba como un toro. Y si no tiraba la puerta, salía por el techo.

También andaba por allí Pepito. Este era viejo, enclenque y medio inútil de los cuatro remos. Pero sus brazos torcidos parecían hondas, disparando piedras. Se llamaba José. Y el llamarle Pepe era para él el mayor insulto. Se pasaba días enteros corriendo y apedreando a los muchachos por todo el pueblo. A pesar de lo viejo, le vi algunas veces con un canasto de pan en la cabeza, vendiendo por las calles. Si cuando más tranquilo iba, desde cualquier esquina oía el grito de “¡Pepito!”, tiraba el canasto con el pan ¡Y ahí van piedras!

No era extraño que al regresar encontrase los panes regados por la calle, en poder de los perros y los puercos.

A estas alturas, el tiempo para mí no existía. Lo había rebasado. Así como, tres o cuatro años antes, su tardo andar me desesperaba, ansioso de llegar sin saber adónde, ahora no me importaba. Disfrutaba de esa inconsciente euforia que dan los dieciocho años, pletóricos de salud y vida. Si alguien me hubiera hablado del mañana, me habría encogido de hombros. ¿Qué podía importarme el mañana, siendo dueño del hoy?

El escaso tiempo de que podía disponer, lo derrochaba en absurdas diversiones con amigos y amigas, tan irresponsables como yo.

En esta torpe barahúnda, me sorprende la hora de ir a servir al Rey. El 12 de Febrero de 1897¹³, sufrí el sorteo de quintas. Esta quinta fue extraordinaria. En plena guerra de Cuba, había gran demanda de carne de cañón.

13 Debe de ser en realidad 1898, pues más adelante dice textualmente “El 14 de Octubre del mismo año, salí de Cádiz con destino a mi terruño”, y está hablando del mismo año que se incorporó al ejército, que es además el mismo que vuelve para casa por terminar la guerra de Cuba, que como se sabe fue en 1898.

Aquel año se celebraron dos quintas. En la que me tocó figurar a mí, entramos en sorteo ochenta y siete mozos. Yo obtuve en el sorteo el número 84. Por esta circunstancia, fui llamado a filas en el último reemplazo.

A fines de Junio del mismo año, salimos del pueblo los postreros nueve mozos útiles que quedábamos. Era mi primera salida al mundo, y de un tremendo dramatismo. La primera vez también que vi llorar a mi padre.

Naturalmente, no sabíamos adónde íbamos. Desde el mismo pueblo salimos custodiados por un agente autorizado del Gobierno. En la estación de Almonaster-Cortegana, se nos incorporaron dos reclutas más, que procedían del Rosal de la Frontera. No nos conocíamos, pero venían recomendados a mí, porque uno de ellos era novio de una prima hermana mía.

Nos juntamos once, y yo era el único que sabía leer. Ni qué decir que desde el momento quedé instituido secretario honorario de todos.

En la zona de Huelva fuimos destinados todos al segundo batallón del regimiento de Pavía, número 48, de guarnición en Cádiz.

En aquellos momentos, todos los primeros batallones de los regimientos estaban en Cuba. En Cádiz, a la sazón había dos batallones: el segundo de Álava, alojado en el cuartel de Santa Elena, y el segundo de Pavía, en San Roque. Me dieron plaza en la quinta compañía. Y allí tropecé de nuevo.

El año de 1886¹⁴, en las minas de Riotinto, con motivo de la forma criminal de explotación de aquella Compañía extranjera, que asoló todos los campos con los humos de sus calcinaciones en muchas leguas a la redonda, se organizó una manifestación pacífica, de todos los pueblos vecinos, pidiendo la intervención del Gobierno.

Y el Gobierno intervino, enviando a Riotinto el segundo batallón de Pavía, de guarnición entonces en Sevilla. Los pueblos, en actitud pacífica, estaban reunidos en la plaza. Los soldados, por órdenes de sus jefes, hicieron fuego contra la manifestación y dejaron la plaza sembrada de cadáveres. Jamás se supo el número de muertos. Según testigos presenciales, fueron muchos cientos.

Con motivo de estos sucesos, se instruyó proceso al batallón. Los jefes salieron libres, pero los soldados fueron condenados a reclusión en su cuartel, privándolos de las horas de paseo.

Doce años después¹⁵, fui yo a ese batallón, que aún estaba sujeto a condena. Y la sufrí. ¡Cosas de España!

¹⁴ Otra vez la distancia en el tiempo traiciona la memoria del autor. La célebre matanza ocurrió el 4 de Febrero de 1888.

¹⁵ El cálculo de años tampoco puede ser el correcto, pues si el "Año de los Humos o de los Tiros" fue en 1888, si se le suman doce años más, da la fecha de 1900 fecha en la que ya había terminado la guerra.

Allí nos estuvieron disciplinando. Y al terminar la instrucción, cuando estábamos con el pie en el estribo, para embarcar rumbo a Cuba, terminó la guerra.

¡Gracias a los yanquis!

Y como yo y toda la patulea que fue conmigo éramos excedentes de cupo, nos mandaron a casa. El 14 de Octubre del mismo año, salí de Cádiz con destino a mi terruño.

III

LA JUVENTUD

Mi campaña militar, por lo efímera y anodina, no merece mención. Pasé la instrucción sin pena ni gloria, aunque conservando la virginidad de mi cara, que no es poco. Hice mi primera guardia, en prevención. Dos más, en el castillo de Santa Catalina, presidio militar. Y dormí una noche en el calabozo, sin más consecuencias.

En Cádiz vi mi primera corrida de toros. Y la última.

En la época en que fui soldado, también mi familia salió del pueblo, aunque no en plan de turismo. Fueron a la "tierra llana", a trabajar en la recolección de la uva. Llegaron a Bollullos del Condado, a diecisiete leguas de Aroche, lo que significa tres largos días de camino, un pie tras otro.

En Bollullos encontraron acomodo con Don Federico Moyano, dueño de viñas y hombre de gran nombradía en toda la tierra llana, como veterinario.

Como en mi familia nadie sabía escribir, Don Federico fue el intermediario en mi correspondencia con mis padres. A través de nuestro trato epistolar, pronto fuimos amigos. En las últimas cartas que nos cruzamos, siempre me encarecía que el año próximo acompañase a mis padres. Tenía interés en conocerme.

Y fui. Y nos conocimos. Y nunca tuve oportunidad de pagar a aquel hombre las deferencias que conmigo tuvo. Murió antes de yo salir de España. Su gratísima memoria morirá en mí cuando yo muera.

El mismo día que salí de Cádiz, salió mi familia de Bollullos. Llegué al pueblo un día antes que ellos. Cuestión de locomoción. Yo viajé en tren. Ellos, en alpargatas.

Como era en la última quincena de Octubre, cuando la temporada de gañanía está mediada, no tenía muchas oportunidades de poder trabajar. A los pocos días de mi llegada, encontré a un paisano que también venía de la tierra llana. Al saludarnos y saber que yo no trabajaba, me dijo:

-Si quieres, ahora mismo puedes irte a "Juana Blanca". Acabo de pasar por allá y el "amo", que es mi amigo, me dio el encargo de mandarle un hombre. Tiene una yunta parada.

Yo no conocía el terreno. Le pedí informes e inmediatamente salí con mis mantas al hombro. Debía pasar cerca de "El Hurón", aldehuela perdida en la fragosidad de la sierra. Al pasar un arroyo por donde había un pequeño huerto, vi a tres personas que trabajaban allí y me acerqué a pedir informes.

Eran un hombre y una mujer, viejos. Y una muchachita joven. Estaban sembrando cebada con sacho. Desde la pared saludé y pregunté cómo ir a "Juana Blanca". La vieja me atendió:

-¿Va usted a "Juana Blanca"?

-Voy a trabajar con Mateo el de tío Emeterio.

-Deje ahí las mantas y salte para acá. Mateo es mi hijo. Le sobra tiempo para llegar allá. Ayúdenos a sembrar esto.

Y me entregó el sacho que tenía en la mano.

Y allí debuté después de mi campaña de soldado. El sacho era mi herramienta favorita. Me coloqué entre el viejo y la joven y no los eché del huerto por culpa de la pared. En diez minutos terminé lo que a ellos les habría llevado toda la tarde. Se hacían cruces.

Antes de la noche llegué a "Juana Blanca". Me recibió Mateo como a un enviado del cielo. Y aquella misma noche me encargó el cuidado de los bueyes.

Mateo fue un buen "amo" para mí. Y al terminar la temporada noté que sentía nuestra separación. Yo también sentí alejarme de su hija María del Carmen, la joven del huerto.

Concluida mi estancia en "Juana Blanca", me reintegré con mi gente. Era la misma con quien yo había convivido desde que principié a caminar

por la vida. Sin embargo, me sentía extraño entre ellos. Consideraba, y sigo considerando, que eran los mismos. Luego debía ser yo quien había cambiado.

Era innegable que al romper las fronteras de aquel pueblo y asomarme por primera vez al mundo, siquiera fuese por estrecho agujero, había sufrido una honda transformación mi espíritu. Ya no me satisfacía el insulso hablar de la otoñada o del probable cambio de la temperatura. Sentía vehementes deseos de saber, pero carecía en absoluto de medios.

En aquel pueblo había oído hablar algunas veces de periódicos. Sobre todo, en una ocasión que un vecino tuvo dificultades con la justicia y lo condenaron a cadena perpetua. Se llamaba Miguel Canardo¹⁶. El día que llegó al pueblo la noticia de sentencia, oí decir a tía José la Merina, hablando con otra vecina:

- ¡Ay, querida, dicen los *pedróricos* que al pobrecito de “Canario” le salió *la perfeta!*

Rigurosamente verídico.

Ver periódicos, no hago memoria de haberlos visto nunca hasta que estuve en Cádiz. Pero seguramente irían algunos al pueblo. Pocos. Y no se vendían por las calles. Un día le dije a Golia, cartero oficial, si podía traerme un periódico los sábados. Dijo que sí, y todas las semanas me traía un número de “El Correo de Andalucía”, de Sevilla. Lo recibía a hurtadillas y me escondía para leerlo. Mis amigos se burlaban porque *gastaba* periódico. “El Correo” era un periódico “carca”, pero era lo mejor que yo conocía y me sirvió de acicate para desear más.

Había en el pueblo un Casino Republicano. Pero aquello era cosa de “tirillas”: zapateros, albañiles, carpinteros, sastres y corchotaponeros. Gente de campo ¡ni por pienso!

Pero había periódicos. Allí fui yo. No las tenía todas conmigo de que me admitiesen. Un día llegué al conserje, el tío Sebastián Rodríguez (a) Chamizo, y solicité mi ingreso. Fui admitido. Pagué mi cuota, cincuenta céntimos por mes, y me entregaron mi carnet de socio.

Desde aquel momento, estando en el pueblo, se me podía encontrar en casa de mi novia o en el Casino Republicano.

Allí vi por vez primera “El Liberal” de Sevilla, “El País”, “España Nueva” y “El Liberal” de Madrid. En el Casino Republicano era yo tan

¹⁶ En la versión original, aparece “Canardo”, aunque bien es verdad, que unos renglones más adelante aparece “Canario”. En Aroche, nunca ha existido el apellido “Canardo”, pero tampoco el de “Canario”, aunque este último existe como “nombrete” o apodo de una conocida familia de transportistas locales, por lo que podría tratarse de algún antepasado de ellos.

conocido como si hubiese venido de las Batuecas. Siempre llegaba solo. Agarraba el primer periódico que veía libre, me sentaba aparte y, si tenía diez céntimos, pedía café.

No tardé en notar que todos aquellos muchachos me veían con simpatía y respeto. Rara vez cambiábamos alguna palabra.

Un día me dijo mi padre:

-Cuando eras pequeño, me enseñaste a leer. Ahora es necesario que me enseñes a escribir. Me ofrecen un empleo de guarda jurado. Y, por lo menos, necesito firmar la credencial.

-Nada más fácil- le contesté.

Le dibujé su nombre en un papel, con letras bien claras.

-Copie usted esto, hasta que pueda hacerlo de memoria. Es todo.

Pronto lo hizo y firmó su credencial, que le sirvió por diecisiete años.

La finca adonde fue mi padre de guarda, era bastante extensa. Propiedad de Doña Carmen, Condesa del Álamo. El Álamo era el nombre de la finca. Y Doña Carmen regaló ésta a un sobrino. Don Manuel Losada Sánchez, Conde de Bagaes¹⁷. El Conde era de mi edad: veintidós años en 1900. ¡Ya ha llovido algo!

Inmediatamente yo fui a trabajar a “El Álamo”.

El Conde puso allí de administrador a un extremeño, mayoral de puercos, por más de veinte años: Don Celestino Corchado, bellísima persona que en escritura estaba a la par con mi padre. Siempre que recibía carta del Conde, tenía que ir en mi busca para que se la leyese.

Por temporadas, venían allí algunos hombres a trabajar. Y entonces yo me incorporaba a la cuadrilla. En una ocasión estábamos desmontando un campo una cuadrilla de dieciocho hombres. Principiaban a llegar por allí los primeros ecos del movimiento social del mundo. En Barcelona había

¹⁷ El autor equivoca el parentesco entre ambos, aunque más adelante refleja la verdadera relación familiar, madre-hijo, entre los dos. La Condesa del Álamo, era D^o. María del Carmen Sánchez Arjona y Boza, natural de Villa Franca de los Barros (Badajoz), bautizada en su iglesia el 30 de Noviembre de 1846. Heredó el Condado del Álamo de su madre D^o. Josefa María Boza y Parreño, Parreño y Boza. Casó en Sevilla el 9 de Noviembre de 1873 con D. Bernardo Losada y Pastor, Conde de Bagaes. Y su hijo primogénito, que no su sobrino, fue D. Manuel Losada y Sánchez Arjona, bautizado en Sevilla el 27 de Agosto de 1878, efectivamente de la misma edad que el autor. Era Conde de Bagaes y del Álamo, heredado de sus padres, y además, Conde del Palancar y Vizconde de Guadalupe, obtenido por Real Carta de sucesión de 1916.

huelgas y luchas sociales. Yo era de los mejor enterados. Mi fuente de información era el Casino Republicano.

-Y ¿por qué no nos asociamos nosotros?

-Yo estoy dispuesto.

-Pues yo, aunque me deje del tabaco para pagar la cuota.

Todos nos manifestamos conformes.

-Yo me informaré- les dije.

Y en ello quedamos. El próximo sábado, en el Centro Republicano, abordé a Jenaro Esteve, joven corchotaponero, regularmente preparado en lo que a cultura se refiere. Era nieto del tío Meregildo. Le pareció bien la idea y se puso a nuestras órdenes. A la semana siguiente quedó constituida la Sociedad "El Alba", con dieciocho montaraces y un corchotaponero.

Treinta y cuatro años después, la asesinó Franco¹⁸.

Instalamos nuestro centro social en una posada, en la calle de la Corredera. La junta directiva quedó nombrada en la siguiente forma:

Presidente, Policarpo ¿Domínguez?, alias "Chiquenino".

Secretario: Jenaro Esteve.

Tesorero: Apolinar Domínguez.

A mí me señalaron plaza entre los vocales.

Pasaron dos o tres meses y éramos diecinueve. La gente empezaba a desalentarse. Yo compartía mis actividades entre el Centro Obrero y el Republicano. En el Centro Obrero, casi nunca había nada que hacer.

Llegó la Semana Santa. Y el Viernes Santo por la tarde, me entero de que han llegado a Cortegana, pueblo vecino, y en plan de visita a Don Miguel Lobo (nuestro presidente republicano), Don Francisco Liñán, joven y prestigioso médico, presidente a su vez del Partido Republicano corteganes, y José Morita, joven y destacado elemento del republicanismo, corchotaponero de oficio, lo que le acercaba a nuestro secretario Esteve.

Eran huéspedes de Don Miguel e inmediatamente me asaltó la idea de visitarlos. Yo no tenía ninguna confianza con Don Miguel. Él se había fijado algunas veces en mí, por lo extraño que yo resultaba en aquel medio. Pero quizás no habíamos cruzado nunca la palabra.

Me llegué a la botica de Don Miguel y, sin más preámbulo, planteé

¹⁸ Lo cual quiere decir que La Sociedad "El Alba" se debió fundar en 1902.

la cuestión:

-Aprovechando la oportunidad de la visita de estos señores, desearía, si es posible, que nos honren esta noche pronunciando algunas palabras en nuestro Centro.

-De mil amores -respondieron al unísono.

-¿Es buena hora las ocho?

-¡Magnífica! A las ocho estamos allí.

Salí disparado. En el Centro Obrero encontré cinco o seis compañeros. Les informé y los utilicé como correos.

-Tú, de tal calle a tal calle, de casa en casa, avisando a la gente que a las ocho tenemos conferencia aquí.

Los repartí por el pueblo. Y a las ocho el vecindario estaba en la calle de la Corredera. Con unas mesas improvisamos una tribuna, cerca de la puerta de la calle para que pudiese oír la gente que no cabía en el local.

A las ocho llegaron los oradores. La ovación que los recibió fue oída en todos los extremos del pueblo. El primero en ocupar la tribuna fue Morita. Un discurso de rabioso tono anarquista, estilo andaluz. Aquello no se había oído por allí nunca. La atmósfera empezó a calentarse. De ser posible, le habrían dado la oreja... del alcalde.

Le siguió Don Francisco Liñán. Más orador. Más elegante. Más científico. Y radicalísimo también. La gente ya no cabía en la calle. Trinaba.

Le tocó el turno a Don Miguel. Este era un tipo de cierta elegancia; su estatura, más que mediana y de muy correctas formas; barba republicana, negrísima y bien cuidada. Dominaba con su presencia.

-Queridos convecinos: os felicito y me felicito. Esta noche despierta el pueblo de Aroche de un sueño milenario. Que sepáis conservaros despiertos y sostener este entusiasmo y esta unión. Ello será el fundamento y garantía de vuestra redención. Y está en vuestras manos hacerlo. Ningún hombre, por poderoso que se considere, aislado tiene algún valor. La unión es la fuerza. Fijaos en el ejemplo que nos ofrece ese joven y maravilloso pueblo norteamericano, donde hay grandes compañías que constituyen esos enormes "trusts" y controlan desde ellos toda la vida de la nación. Esos "trusts" no son propiedad de ningún hombre. Son las consecuencias de la unión de muchos hombres que han asociado sus millones en defensa de sus particulares intereses. Vosotros no tenéis más capital que vuestras manos: asociadlas también y seréis respetados..."

Aquí llegaba el orador cuando se hizo presente en la escena el alcalde con todas las parejas de la guardia civil que había en el pueblo, suspendien-

do el acto e intimando a los oradores que se diesen presos.

-Estamos a vuestras órdenes, señor alcalde -dijo Don Miguel.

Se formó la de "Cristo es dios". Cien voces al unísono gritaron:

-¡Todos estamos presos!

Como era Viernes Santo, la guardia civil llevaba los fusiles a la funerala. Y, por la misma causa, los trabajadores no llevaban armas consigo. Creo que ello evitó una tragedia. Oí a muchos lamentarlo. Algunos de los más tranquilos nos metimos por entre los grupos, frenando las pasiones. Llegamos a la plaza. Los oradores no fueron a la cárcel. Entraron en la alcaldía. Pasados unos minutos, salió Don Miguel al balcón y exclamó:

-Queridos amigos: no encontramos en la ley ninguna disposición que hayamos infringido. Todo está resuelto favorablemente. Marchaos tranquilos a vuestras casas y pasad buenas noches.

La gente principió a retirarse. Muchos permanecieron en la plaza hasta que salieron los detenidos.

Al día siguiente, el Centro Obrero era un jubileo. Tuvimos que poner tres mesas en la posada y habilitar tres secretarios. Al siguiente domingo, por la noche, había ochocientos nombres inscritos en el libro de registro de la Sociedad: los trabajadores del pueblo.

En este tiempo, de hecho era yo quien llevaba la batuta, que no la pude dejar hasta que salí de aquel pueblo. Los labradores, al comienzo, tomaron la Sociedad por "choteo":

-¡Caracho, pues parece que los trabajadores se asocian!

-Sí, ¿eh? Y ¿quién es el jefe?

-El hijo de Eugenio.

-¡Ja, ja, ja!

Soltaban la risotada, pero no les duró mucho la risa. Cuando yo vi la organización hecha, me consagré a ella en cuerpo y alma. Los sábados y los domingos, el Centro estaba abarrotado de gente. Ya no vivíamos en la posada. Teníamos un local más amplio y apropiado. Yo, a pesar de mis nulas facultades de palabra, era un teatino predicando:

-Queridos amigos -les decía-, la Sociedad hemos de defenderla a todo trance. Y al primero que falte a su deber para con ella, le haremos la vida imposible en este pueblo. El carnet de asociado, debe llevarse siempre consigo. Y antes de prestar ningún servicio a nadie, se le pide el carnet. Yo os

prometo que si encuentro a mi padre en el camino, con un borrico cargado y caído, antes de prestarle ayuda le pediré el carnet. Y si no lo tiene, no lo ayudo. Y quiero que este sea el santo y seña para todos. A los compañeros, la máxima ayuda. Al que no quiera estar con nosotros, le negaremos el pan y la sal. Aquí no se ventilan intereses personales. Procuramos el bien de todos. Todos estamos por igual obligados a aportar nuestro grano de arena.

Mis razones eran el evangelio. No se discutían. Ya sabemos lo que vale un ojo en tierra de ciegos.

Pasados unos meses, busqué a tres viejitos del pueblo que, habiendo sido hombres de trabajo, estaban jubilados por su edad, y les dije:

-Queridos amigos, espero de ustedes un favor. Reconociendo vuestra competencia en la materia, deseo que me hagan una tarifa de salarios, relativos a los distintos trabajos que en este pueblo se ejecutan y que ustedes conocen perfectamente. Inspírense tan sólo en su experiencia y en su razón.

Y les expliqué mis propósitos.

-Amigo Lunar, lo haremos de grado, pero será inútil. Eso no lo van a aceptar los amos.

-No es cuenta de ellos. Es mía.

Me hicieron la tarifa. Se aprobó en la sociedad. Hice tres copias y una se colocó en un tablero, en nuestro Centro; otra la envié, con un oficio explicativo, al gobierno civil de la provincia; y otra tercera, al alcalde, para que su contenido lo hiciese saber al público, a los efectos consiguientes.

Hubo alguna resistencia por parte de los "amos". Pero nos impusimos y el triunfo fue nuestro.

Dejaron de reír.

La estulticia y el orgullo de aquellos patronos, les impulsó a declararnos la guerra. La aceptamos. Fue tarde para ellos. Los trabajadores, de un salto, habíamos ganado la cumbre y estábamos dispuestos a pelear. No teníamos que perder, si no era nuestra miseria. Los "amos" tenían sus capitales tendidos por el campo y a nuestro alcance. Los primeros que se significaron contra la Sociedad, no tardaron en tener motivos para arrepentirse. La violencia es lícita contra la injusticia.

El tío Pedro Tejero, el “hermano” de “Larintún”, alcalde “Peseta”, así llamado porque, siendo alcalde en el pueblo, pagó a peseta a los empleados municipales, era uno de nuestros más irreductibles enemigos. Una mañana, en una haza de trigo en flor que tenía frente al cortijo, amaneció un pedazo segado en forma de cruz. Él vio allí una horca trazada. Y se fue por los pernils. Inmediatamente reunió a la familia y amenazó con romper la crisma al primero a quien oyese una palabra contra la Sociedad. ¡Santo remedio!

El blanco de todos aquellos energúmenos era yo, en primer término. Pero yo trabajaba en El Álamo y allí no alcanzaba su baba. Nada me importaba aceptar la pelea cara a cara, como se lo demostré más adelante.

Una noche, en el Casino Republicano, se me acercó Bacala -así llamado porque parecía un bacalao, de puro seco; creo que se llamaba Estanislao. Era zapatero, algunos años mayor que yo, y no recuerdo que nunca antes hubiésemos cruzado la palabra.

-¿Conoces esto?- me dijo, mostrándome un periódico.

No lo conocía ni de referencias. Era “El Motín”, del incomparable Nakens. Desde aquel día, tuvo Bacala un amigo más. Otra noche, otro socio republicano me da “Las Dominicales”. Aquello de *dominicales* no me sonaba bien. Comenzaba a molestarme el incienso. Y allí había un tufillo a sacristía.

Pero yo leía todo y leí “Las Dominicales”. En aquel número venía el célebre artículo de Ramón Chies, su fundador y director hasta la muerte: “A una madre”. Aquel periódico lo conservé muchos años, hasta conseguir el artículo publicado en un folleto que aún conservo.

En otra ocasión, Bacala me dio unos números de “Tierra y Libertad”, de Federico Urales.

Por lo visto, era “de la cáscara amarga”.

Como mi fama de aficionado a la lectura se extendía, comenzaron algunos amigos a traerme libros.

-A ver si te gusta este libraco. Yo no sé qué es. Por allí andaba arrumbado por casa.

Así reuní un montón de mamotretos: “El mártir del Gólgota”, “María,

la Hija de un Jornalero”, “La Mujer Adúltera” y muchas más.

Como vivía en el campo con mis padres, por las noches después de cenar, a la luz de un infame candil de aceite de oliva me ponía a leer. Mi padre se colocaba a mi vera y no pestañeaba. Siempre nos quedábamos solos y más de una vez solté el libro para irme al trabajo. Al otro día, mi padre tenía un tema inagotable para charlar con los amigos: los episodios de mis lecturas y aquello era ciertísimo. ¿No estaba allí escrito?

Llegó el tiempo en que consideré necesario poner rancho aparte. Y el día 17 de Agosto de 1903, contraí matrimonio.

Como era en tiempo muerto, estuve una temporada sin trabajar. Menos mal que estaba en fondos. Después de liquidar la boda, aún me quedaron cuatro duros en el bolsillo. Aquella misma noche, como buenos amigos, los compartí con mi novia.

Me quedé a vivir en casa de mis suegros. Ellos tenían en renta un pequeño cercado a la salida del pueblo, donde había unas higueras. Y yo y mi mujer nos íbamos todos los días a guardar los higos.

En uno de estos días, estando nosotros muy quitados de la pena, aunque muy formalitos, sentados bajo una higuera, saltó un hombre la pared del cercado, con unas jáquimas al brazo. Al vernos, se sorprendió. Pronto se rehizo. Saludó y preguntó si habíamos visto unos mulos. Nosotros no habíamos visto nada.

-Los dejé anoche por aquí y ahora no puedo encontrarlos.

Salió disparado y fue a casa de mis suegros, a decirles que había visto a la hija en el cercado con un hombre.

-Seguro -respondió mi suegra- Con su hombre.

Terminada la luna de miel, me reintegré al trabajo, llevando a mi mujer al campo. La casa donde residían mis padres era amplia y allí nos señalaron habitación. Ya no leía yo tanto de noche.

En la temporada de montanera, se engordaban en aquella finca, todos los años, seiscientos o setecientos puercos. Yo tuve a mi cargo una piara de cincuenta, durante cinco años. Al terminar la montanera, a fines de Enero, empezaba la tala de las encinas. La cuadrilla de taladores éramos siempre

treinta y cinco hombres: diecisiete parejas y el manijero.

Yo no fumaba. Y cuando el manijero mandaba tabaco, todos los compañeros se reunían en grupos charlando, mientras se fumaban el cigarro. Yo, generalmente, me dejaba estar encima de las encinas, leyendo algún papel que casi nunca me faltaba. Un día me dice uno de los compañeros de trabajo:

-Hombre, te voy a traer un libro que tengo en casa.

Y me lo trajo. Era nada menos que "Las ruinas de Palmira", de Volney. Aquello fue para mí una revelación. Mi fe religiosa, que andaba tambaleando, dio el batacazo definitivo.

IV

LA MADUREZ

El día 4 de junio de 1904, a los nueve meses y dieciocho días de casado, hizo su arribo con toda felicidad mi primer heredero. Primer nieto en ambas familias. Fiesta general.

Llovieron los ofrecimientos de padrinos. Yo los iba descartando diplomáticamente. Tenía el propósito de no bautizar a mi hijo. Sólo en el caso de que la salud de mi mujer se viese comprometida, habría desistido de mi idea al respecto.

Esto era un “secreto de estado”, que sólo lo sabía yo y don Miguel Lobo. El mismo día en que nació mi hijo, fui por la noche a ver a Don Miguel.

-Señor, perdone. Mi ignorancia me impele a molestarlo.

-Ninguna molestia, muchacho. ¿Qué desea?

-Hoy ha nacido mi primer hijo. Deseo no bautizarlo, pero ignoro el trámite a seguir para legitimarlo sin incurrir en responsabilidad legal. Le pido un consejo.

-No tiene usted que hacer nada más que, en el término de setenta y dos horas de nacido, si es varón, presentarse a inscribirlo en el Juzgado Civil. Allí le tomarán las generales y le entregarán una papeleta que debe usted conservar. Esa papeleta es para entregarla al cura y éste hace el asiento en el archivo parroquial. Y una vez o dos al año, va a la sacristía un escribiente del Juzgado y copia las partidas del registro civil. Si usted no bautiza al niño, lo probable es que no se inscriba en ninguna parte. Y, con

esa papeleta, siempre probará usted que cumplió su deber. Es todo.

Afortunadamente, mi mujer no sintió siquiera dolor de cabeza. Al tercer día abandonó la cama. Pronto mi suegra, que me quería como a la hija, planteó la cuestión:

-¿Cómo se va a llamar el niño?

-No tengo predilección por ningún nombre. No quiero que lleve el mío ni el de mi padre ni el de mi suegro. Otro cualquiera.

-Y ¿cuándo lo vamos a bautizar?

-¿Qué prisa hay?

Pasaron ocho días. Mi suegra era un temperamento fuerte. En su casa, siempre había llevado ella los pantalones. Mi suegro era "un pobre hombre". Un día, sentados los cuatro, mi suegra, mi suegro, mi mujer y yo en amor y compañía, en la sala, mi suegra con la sonrisa en los labios y la cólera en el corazón, volvió a la carga:

-¿Cuándo vamos a bautizar el niño?

-Cualquier día -repliqué.

Como una furia se puso en pie y me dijo:

-¿Tú crees que yo no sé tus intenciones? Tú lo que quieres es no bautizarlo, pero el niño lo bautizo yo mañana.

Rugió mientras avanzaba hacia mí. Yo no despegué mis labios. Me levanté y salí a su encuentro. No sé qué habría hecho. Antes de encontrarnos, mi suegra dio un grito y cayó de espaldas. Figuraos la escena.

Mi mujer y mi suegro acudieron a ella. Yo quedé parado, a dos pasos de distancia.

Pronto reaccionó, hecha un mar de lágrimas. Mi suegro la reconvinó. ¿Por qué se metía ella en esos asuntos?

Entonces hablé yo para decir:

-Para bautizar a mi hijo, hay que pasar sobre mi cadáver. Y me retiré, trastornado.

Sentía la repercusión del disgusto en el estado de mi mujer. Hice cuanto me fue posible por atenuar el golpe. Allí no se volvió a hablar del asunto, ni casi de nada.

En el pueblo estalló la bomba. Al segundo o tercer día, se presentó mi padre en casa. Siempre me quiso con delirio y lo respeté siempre. Esta vez, tras los saludos de rigor, abordó pronto la cuestión:

-Vamos a ver, muchacho, ¿qué pasa con eso del niño?

-Querido padre, desearía que no hablásemos de ese asunto. Estoy en un estado de ánimo un tanto violento. Y eso debe tratarse con serenidad.

-De ninguna otra cosa tenemos que hablar. He venido exprofeso.

-Lo siento.

-Entonces, hemos terminado.

Se marchó.

Para aquel pueblo levítico, aquel caso “único en la historia del mundo” era intolerable. Había que expulsarme del pueblo. ¿Dónde se había visto cosa igual? Las beatas, esto es, todas las viejas, eran furias contra mí. Entre los hombres estaba el campo dividido. Algunos se sumaban a las beatas. La mayoría se encogían de hombros. Muchos se pusieron de mi parte:

-¿No es su hijo? Nadie tiene que meterse en sus asuntos.

Algunos intentaron imitarme. Ninguno lo consiguió.

Yo “era un héroe”.

Un día se me presentó en casa Sebastián (a) “Tres Orejas”. Venía de parte del cura Don Juan Galán Marín, unas trescientas libras de tripas. Que cuando tuviese tiempo y quisiese, fuese a verlo. Quería hablar conmigo.

-Dígale al señor cura que ahora no tengo tiempo. Y que no voy a querer nunca. Así es que no me espere.

Al rato volvió.

-El señor cura dice que no te molestes. Él sólo quiere hablar contigo del asunto del niño. Desea ser el padrino. Se bautizará con pila colgada, cosa que aquí no se vio nunca.

Le Contesté un exabrupto.

-Dígale al cura que se cuelgue la pila en salva sea la parte y que no me moleste más. Tiene, para verme, dos lugares: mi casa o el Juzgado. Si un día lo necesito a él, sabré dónde buscarlo.

No volvió.

Una semana después, volví yo al trabajo a “El Álamo”, con mi mujer y mi hijo. La casa de mis padres, que, dentro del estrechísimo marco de indigencia en que siempre se desenvuelven los trabajadores, era un remanso

de tranquilidad y cariño, hoy era un panorama desolado, como si hubiesen pasado por allí los cuatro jinetes del Apocalipsis borrando la risa de todos los labios y marcando el dolor en todos los rostros.

Mi padre rehuía mi presencia. Mi madre y mis hermanas no cesaban de llorar. A mi hijo, ángel inocente y motivo de la tragedia, contemplábanlo, (aunque lo adoraban) con ojos de conmiseración, como si lo viesen amenazado por un cataclismo inevitable. Yo hacía el papel del trágico payaso que lloraba mientras pretendía hacer reír a la gente. Pocos días después, una noche después de la cena, mi padre rompió el silencio para decirme:

-Hijo, esta situación es insostenible y hay que terminarla de una vez. Mañana voy yo a bautizar a tu hijo.

-Querido padre -le contesté- es usted la única persona, en el mundo, que puede hacer eso impunemente. Ningún otro hombre podría hacerlo. Sólo mi padre, perdiendo el derecho y el deber de defenderme si un día me viese atropellado, puesto que él es el primero en atropellarme.

A la mañana siguiente, mi padre me dijo:

-Sabes, hijo, que he variado de pensar. Se trata de tu hijo y tú puedes hacer lo que te plazca. Pero no podemos seguir viviendo bajo el mismo techo moros y cristianos. Ya lo sabes.

-Muchas gracias, querido padre. Donde quiera que yo esté, para mí siempre será usted mi padre.

Fui a ver al administrador de la finca, Don Celestino Corchado. Le dije lo que ocurría. Se lamentó y me contestó:

-Aquí hay mucho espacio. Vente aquí.

Pasaron dos meses sin ver a mi familia. En aquel tiempo no había mucho trabajo y un día me dijo el Sr. Celestino:

-Quizás te convendría recoger la leña que se pierde por ahí en el campo y hacer un horno de carbón. Agarra una pareja de bueyes y la juntas donde mejor te parezca.

Me pareció bien la idea e hice el horno. Trabajé duro, pero estaba contento. El horno podía darme dos mil arrobas de carbón que, mal que fuera, serían mil pesetas. Para mí, un capital.

Yo disfruté siempre buena salud y regular complexión. Pero el acero también se rompe. Al segundo día de encender el horno, caí enfermo y tuvieron que llevarme al pueblo a toda prisa.

Un horno ardiendo, hay que vigilarlo constantemente. En dos horas de abandono, puede hacerse cenizas. Mi padre se hizo cargo del horno. Mi madre y mis hermanas fueron a visitarme durante mi enfermedad. Mi padre, no.

Cuando volví al campo, mi padre había liquidado el carbón y me entregó el dinero. Habían pasado cuatro meses sin hablarnos. Esto no se puede valorar de oídas.

El tiempo fue dejando sentir su acción sedativa. Pronto mi familia quiso que volviéramos a la casa. Sobre todo, por el niño.

Y volví.

Mi familia cada día se iba acercando a mí con menos recelo. Mi padre correcto y afable, pero con reservas. No con tantas que yo no me diera cuenta de cómo le iba interesando oírme hablar. Nunca me dirigí a él en cuestión de ideas, pero no perdí oportunidad de hablar a otra gente si él me oía.

Llegó el 11 de Febrero y los republicanos celebramos una velada recordatoria del treinta y uno aniversario de la primera República Española.

¿Qué extraño que hoy celebremos todavía el de la segunda?

Cuando faltaban pocos días, le pregunté a mi padre si le gustaría presenciar aquello,

-Pues sí, me gustaría, pero yo no puedo ir allí. No soy socio.

-Lo soy yo y tengo facultad para llevar a mis amigos. Ninguno mejor que mi padre.

-Siendo así..., iré.

Y fuimos. Deliberadamente preparé el golpe de efecto. Al último momento de los preparativos, cuando iba a principiar el acto y el salón estaba materialmente lleno, entré por la puerta con mi padre del brazo.

Toda aquella gente conocía mi drama. Y la primera impresión fue de sorpresa. Pronto reaccionaron y me dieron una ovación atronadora. El presidente, Don Miguel Lobo, que estaba preparado para abrir la sesión, bajó del estrado, tomó a mi padre de la mano y lo subió a la tribuna.

Fue la segunda vez que vi llorar a mi padre. Y no sé si alguien me vería llorar a mí. Aquel momento me sirvió de una magnífica compensación por la amargura de los meses anteriores.

Mi padre salió de allí republicano. Y murió sin dejar de serlo.

Entretanto, el señor cura no me perdonaba. Y organizó una comisión de "amos", capitaneada por él para ir a Sevilla con el fin de informar a la

Condesa del Álamo de que tenía el demonio en su finca.

La Condesa, como todas las viejas, más si son ricas, con un regular fardo de pecados a la espalda, se asustó. Pocos días después, vino a “El Álamo” el “señorito”, Don Manuel Losada Sánchez, Conde de Bagaez. Me llamó a su oficina y me dijo:

-Tengo que hablarle de un asunto enojoso, Lunar.

-Usted dirá, señor.

-Desde hace cinco años trabaja usted en la finca. Tengo de usted un buen concepto. Sé que Celestino lo aprecia. Hace mucho tiempo que conozco sus ideas, cosa que a mí no me importa. Soy un hombre de mi tiempo. Pero mi señora madre¹⁹ es una mujer chapada a la antigua, con ideas religiosas como la mayor parte de las mujeres de España. Días atrás, ha estado en Sevilla una comisión de vecinos de Aroche, presidida por el cura párroco Don Juan Galán Marín, a informarla del caso de su hijo y pedirle que le obligue a bautizarlo. Ella considera eso un sacrilegio imperdonable y quiere que se bautice el niño o salga de aquí. Deseo que usted ceda y sigamos amigos.

-Imposible, Don Manuel.

-Lo siento, Lunar. Usted comprenderá que no puedo contrariar a mi madre.

Cambiamos unas palabras triviales y nos despedimos amigos. Me ofreció lo que pudiese necesitar de la finca:

-Aquí queda su padre. Y Celestino, siempre dispuesto a servirle.

Le di las gracias y me retiré del pueblo. Las campanas de la iglesia tocaron victoria.

En este tiempo iban a celebrarse en España elecciones de compromisarios. Nunca entendí esto de manera satisfactoria. Son elecciones en que el voto se emite indirectamente. Se recogen en pliegos las firmas de los votantes. Después los compromisarios, en la capital, las acreditan no sé a quién.

Como yo estaba de vacaciones, los republicanos me confiaron la misión de ir a recoger las firmas a las Aldeas. Salí una mañana muy temprano, ataviado con mi mejor traje. Las Aldeas están un poco lejos. Y había un camino sin camino. No sé si fue coincidencia o que los contrarios supieron de

¹⁹ Aquí el autor, contradiciéndose con la anterior citación de ambos, refleja la relación madre-hijo, de la Condesa del Álamo y el Conde de Bagaez.

mi viaje. Lo cierto es que a medio camino me alcanzó “Contrabando”, uno de los dos municipales del pueblo.

-¿Qué “piñata” haces tú por aquí? -me preguntó.

-Soy turista. ¿Y tú?

-Yo también turista, como tú. Apuesto a que vas a recoger las firmas.

-Apuesta y ganarás.

-En tal caso, vamos los dos juntos. A nosotros ¿qué caracho nos importa? Cada uno firme para quien quiera.

-Está bien. Iremos juntos.

Las Aldeas están diseminadas en plena Sierra Morena, no muy distantes entre sí. La “capital”, Las Cefiñas²⁰, tendría veinticinco o treinta casas. En sus contornos están Los Bernalles, Soloviejo, Traslasierra, Montes del Puerto, etc²¹.

Tropezamos con Montes del Puerto, residencia del pedáneo, autoridad única en todas las aldeas. Era un tal Teodoro, a quien ni había visto antes ni volví a ver después. Ya “Contrabando” me había dicho:

-Veamos a Teodoro. Él conoce bien la gente y puede acompañarnos.

Yo no podía decir más que amén. Sabía de sobra que aquella pobre gente no sin razón albergaba un pánico terrible ante cualquier signo de autoridad. Yendo con el municipal, ¿qué esperanza tenía de que me diesen a mí una firma! Pero ¿qué hacer? ¡He ahí el problema! Eso lo sabía también “Contrabando”, quien tenía la convicción absoluta de mi fracaso.

Fuimos a ver a Teodoro. No estaba en casa. Nos dijo la pedánea que había salido al trabajo, un tanto lejos, y no regresaría hasta la tarde. Había que esperar.

En las Cefiñas vivía un amigo mío, de profesión herrero, trasladado allí desde el pueblo, hacía tiempo. Le dije a “Contrabando”:

-Toda vez que hay que esperar, yo voy a ir a Las Cefiñas por ver al amigo Jesús.

²⁰ En la edición original aparece siempre con el nombre equivocado de Las Cifñas.

²¹ Causa asombro que con la cantidad de datos y fechas que aporta el autor, cometa un fallo de memoria tan grande como el de mezclar nombres de aldeas de Aroche con otras de la Cuenca Minera, sin saber distinguir unas de otras. El asombro es mayor si se tiene en cuenta que tanto unas como otras las frecuentó bastante según manifiesta en el libro.

Traslasierra, es aldea de El Campillo, Soloviejo, es el nombre de una mina de Zalamea y Bernalles no he encontrado nada de ella, pero por supuesto de Aroche no.

Las aldeas de Aroche son: Las Cefiñas, que es la más importante, y a su alrededor, muy próximas, Monte Puerto (que él llama Montes del Puerto), Los Bravos, Los Andreses, Los Viejos, Montevalón, e incluso hoy en día se considera aldea la cortijada de El Galindo muy próxima a Monte Puerto. También nombra en el libro a la ya desaparecida aldea de El Hurón, muy próxima al término municipal de Cortegana. Y por último reseñar que en vida de Félix Lunar en Aroche, también existía en su término municipal la aldea de Maladúa y que en la década de los sesenta del siglo pasado, existió el poblado forestal de El Mustio, ya abandonado de población y su caserío en ruinas, en el que tan sólo quedan algunas dependencias de la Delegación de la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía.

-Bien, vamos.

Fuimos a Las Cefiñas, saludamos al amigo herrero y le explicamos el objeto de la visita. Él no comprendía. Le hice señas y las entendió. Enseguida manifestó que no podía ayudarnos, que habíamos llegado en un momento de apuro para él en el trabajo.

Replicamos que no tenía que molestarse. Nosotros esperaríamos a Teodoro.

Pasaba el tiempo y se hacía tarde. "Contrabando" quiso que fuésemos a buscar a Teodoro. Ya estaría en casa. Pero yo no tenía ganas de andar. Allí lo esperaba. "Contrabando" se fue a regañadientes.

En cuanto transpuso la puerta, salí disparado. Y auxiliado por el herrero, más que a galope visitamos las aldeas y recogimos treinta y cinco o cuarenta firmas. Las que había. Y retornamos a Las Cefiñas, antes que volviese "Contrabando".

Este llegó casi entre dos luces, acompañado de Teodoro, quien, seguramente bien informado, me saludó muy afectuoso y me invitó a dar el paseíto.

-Yo ya lo dí, señor.

Se puso lívido.

-Pero ¡cómo! ¿Ya recogió usted las firmas?

-A eso he venido.

-Pero ¿no había usted quedado con Miguel que iríamos juntos?

-Yo no tengo nada que ver con Miguel ni Miguel conmigo. He venido a mi asunto. Él sabrá a qué viene.

Los aldeanos, ya reconcentrados en la aldea, formaban a nuestro alrededor un grupo silencioso, pero expectante. Teodoro vio la partida perdida y cambió de táctica:

-Bueno, puesto que no hay nada que hacer, vámonos para casa. Ya esta noche no volverán ustedes al pueblo. Duermen en mí casa y por la mañana se van.

-Muchas gracias, pero ya estoy invitado por el amigo Jesús y esta noche dormiré aquí.

El tío se fue bufando y con las de Caín. Leí en sus pensamientos y no estaba dispuesto a complacerle.

Aquellos pobres aldeanos no comprendían cómo yo le hablaba tan alto a su pedáneo y delante de un municipal uniformado, acaso la más alta autoridad que ellos habían visto en su vida. Inmediatamente organizaron una fiesta en mi honor. De todas aquellas aldeas acudieron muchachas y

muchachos a Las Cefiñas e hicieron un gran baile. Sabiéndome enemigo de las autoridades, vaciaron ante mí el saco de sus agravios:

-Son todos una taifa de ladrones. A la aldea no vienen más que a robarnos.

Según aquella pobre gente, yo debería quedarme allí de maestro de escuela. ¡Con las ganas que tenían de un maestro! Ellos construirían la escuela y una casa para mí. No me darían mucho dinero, pero habría de vivir bien.

-Mañana, por si esos bandidos preparan alguna celada contra usted, le acompañaremos hasta el pueblo.

Me abrumaban con atenciones y de madrugada se terminó la fiesta. Yo madrugué también y, por si las moscas, salí a campo traviesa. Al ser de día, estaba en el pueblo y los republicanos celebraron mi buena suerte.

Llegó el tiempo de la siega, única temporada del año en que los trabajadores tienen alguna oportunidad de ahorrar algún dinero, siquiera para la renta de la casa: seis duros por año, generalmente. Si la cosa se presenta bien, pueden ganar hasta cuatro pesetas y la comida, al día.

La primera semana que se generalizó el trabajo, en "Los Panes Bazos"²², quedamos sin trabajo dieciocho hombres, todos los de la junta directiva de la Sociedad y algunos de los más significados, por selección sin duda de los "amos" reunidos a tal efecto.

A la semana siguiente, igual.

-Está claro -dije a mi gente- y ya sabemos a qué atenernos. Estamos "marcados". Y si lo toleramos, sólo nos queda marcharnos del pueblo.

-¿Qué podemos hacer?

-Que si no trabajamos nosotros, no trabaje nadie.

-Tú mandas. Estamos a tus órdenes.

-Mañana a las ocho os espero en la plaza.

-Allí estaremos.

Al otro día, a las ocho, estaba en la plaza yo solo. Me cansé de esperar y me fui a mi casa. ¡Como para temprar gaitas!

Por la noche, volvimos a reunirnos en el Centro. Todos cabizbajos. Aguantaron mi catilinaria estoicamente.

²² En Aroche, como supongo en todas partes, "El pan bazo" es el nombre que se le da a todo grano distinto del trigo, y que siempre se segaba primero, porque esos cereales como el centeno, avena, cebada, etc, maduran antes.

-La mujer...

-La suegra...

-Yo también tengo mujer -les dije-. Y hasta suegra. Pero estas son cosas de hombres.

Yo tenía razón.

-Mañana vamos -dijeron.

-Mañana vais vosotros. Conmigo no contar para nada. Sé a qué atenerme y qué hacer.

Me vencieron. Al otro día, nos reunimos en la plaza quince hombres. Éramos bastantes.

-Por parejas o individualmente, por distintas calles, procurando no llamar la atención, salgamos del pueblo. En la Higuera nos reuniremos.

En la Higuera nos reunimos dieciocho. Allí les sermoneé.

-Vamos a traer la gente al pueblo, por las buenas o por las malas; no queremos atropellar ni a las personas ni a las cosas. Sólo en caso necesario usaremos de la violencia. Y quiero que me dejéis a mí la iniciativa.

-Convenido.

Llegamos en primer lugar a la huerta de Tapias, donde había pasado muchos años de mi infancia. Trabajaban allí cuatro o seis hombres. Paré mi gente en el camino y llegué a ellos. Estaban almorzando. Les expliqué el motivo de la visita. Algunos tiraron la comida con el plato y se incorporaron al grupo.

-Estamos contigo.

En la era de la misma finca, cuyo "amo" era el alcalde, Isidro Campos, trabajaban ocho o diez hombres. En cuanto les hablé, arrojaron todas las herramientas. En aquel momento llegaba a la era el "morero", Antonino Portales, con dos mulos cargados de "greña" (trigo segado y sin trillar). Al informarle, muy pecho afuera me dijo:

-¿Quién me va a pagar a mí estos perjuicios?

Saqué una navajita del bolsillo, me dirigí a las bestias, corté las reatas y cayeron las cargas al suelo.

-Estos perjuicios te los pago yo.

Y señalé con la mano el grupo de hombres que estaba en el camino. Cabecita gacha, se unió al grupo. Los mulos, dueños de la era, me dieron un aplauso. Con aquella gente hice dos grupos. Señalé a cada uno el itinerario a seguir y el lugar donde volveríamos a reunirnos. Yo me fui con el otro. Cuando volvimos a reunirnos, éramos gente bastante para organizar los grupos necesarios y abarcar todo el término.

Sin incidente, recogimos a todos los trabajadores del pueblo.

Por la tarde, ya entre dos luces, llegamos a cortijo del alcalde "Peseta", a un kilómetro del pueblo. Íbamos más de quinientos hombres. Y bastantes burros.

Aquella gente ya estaba informada. Nos recibieron con júbilo. Entre aquellos hombres estaba Santiago Chaíno. El tío Tejero salió a la puerta y al ver a Chaíno con nosotros, le dijo:

-¿Tú también, Santiago, después de dieciocho años que te he dado el pan?

-Es verdad, Pedro -respondió Chaíno-. Hace dieciocho años que tú te casaste. Tu padre te dio dos pares de mulos y algunas pesetas. No muchas, porque él no las tenía. Me llevaste a trabajar contigo y trabajamos juntos dos años. Al tercero, compraste más mulos y trajiste más hombres a trabajar. Poco después ampliaste tus negocios y compraste un caballo. Hace más de diez años que tú no trabajas. Andas a caballo, vigilando tus negocios. Tienes a tus hijos en la Universidad²³. Y un capital de más de cincuenta mil duros. Yo tengo a mis hijos descalzos y desnudos. Y tengo una hernia doble. Es lo que te debo.

Nos dirigimos al pueblo. Mi gente venía como de una romería. Se oían las proposiciones más disparatadas.

-Debemos ir todos en formación hasta la plaza.

En la "horca", casi a la entrada del pueblo, donde estaba y probablemente esté un paredón, resto del fatídico cadalso, mandé alto a la columna. Subí a la pared y pronuncié un sermón:

-Queridos amigos, no venimos en plan de romería. Estamos realizando un acto serio. Y como hombres serios debemos proceder. Creo que al llegar al pueblo no debemos dar un espectáculo, sino, por el camino más corto, dirigirnos cada uno a nuestra casa. Mañana a las ocho nos reuniremos en la plaza pública. Y allí, a la luz del día y amparados en nuestra razón, trataremos nuestros asuntos.

-Sí, ¡es lo mejor!

Así se hizo. Llegué a mi casa, ya bien entrada la noche.

Y desayuné.

23 Ningún hijo de Pedro "Tejero", el alcalde "Peseta", cursó estudios de ningún tipo, y mucho menos en la Universidad.

Serían las tres de la madrugada cuando llamaron a mi puerta. Era una pareja de la guardia civil.

-¿Qué desean?

-Que se venga usted con nosotros.

Yo había salido en paños menores.

-¿Así mismo?

-No, hombre, vístase usted.

Yo conocía a la guardia civil, aunque en cabeza ajena. Sabía que, por mejor servir a un "amo", llevaban a un hombre al cuartel y lo molían a palos. Y vaya usted con Dios.

No estaba dispuesto a que me apalearan, pero salí con ellos. A cincuenta metros de mi casa se bifurcaba la calle. Por la izquierda, al cuartel; por la derecha, a la cárcel.

No pensaba pasar de la bifurcación, si torcíamos a la izquierda. No tenía armas. Confiaba en la sorpresa y en los puños. En todo caso, prefería quedarme allí.

Fuimos para la cárcel y respiré.

En verdad, aparte del atropello de sacarme de casa a horas intempestivas, se portaron bien conmigo. Las pocas palabras que cambiamos, fueron correctas. Por lo demás, ellos obedecían órdenes. Aunque también se falta al deber cuando se obedecen órdenes arbitrarias.

Me metieron en la cárcel, que estaba situada en los bajos del Ayuntamiento. A un metro del piso de la calle, tenía una ventana enrejada, que daba a la plaza. En el pueblo, el silencio era absoluto.

Amaneció el día. Muy temprano principiaron a afluir hombres a la plaza. A las ocho, rebosaba de gente. Yo observaba a la perfección todo el movimiento. Desde la plaza, no podían verme.

Empecé a notar la nerviosidad del gentío. En esto, de camino hacia la plaza, pasa un compañero frente a la reja y le siseo. Era Juanillo Pío.

-¿Qué haces tú ahí? -preguntó, asombrado.

-He mudado de casa.

Al acercarse Pío a la reja, del empedrado de la calle surgieron dos parejas de civiles.

-Retírese de ahí -le ordenaron.

-Tengo que hablar con este hombre.

-Hablará usted dentro.

-Ábrame la puerta.

Se la abrieron. La gente de la plaza se da cuenta.

-¡A Juanillo Pío lo han metido en la cárcel!

Vienen a informarse y me ven a mí. En cinco minutos entraron en la cárcel dieciocho hombres. No cabían más. Por la reja entraban a montones los paquetes de tabaco y las botellas de aguardiente.

El motín se perfilaba. Vinieron a buscarme y me llevaron al Ayuntamiento, que estaba lleno de guardias civiles.

El día anterior, mientras yo reconcentraba a los trabajadores del pueblo, el alcalde reconcentró a los guardias civiles de la provincia. Me esperaban el alcalde y un capitán de la guardia civil, reconcentrado. El alcalde no tuvo nada que decirme. El capitán me hizo algunas preguntas. Hablamos un rato, casi de generalidades y el tío me dijo:

-Bueno, ya tengo de usted algunos informes. Sé que es usted estudioso. Le gusta saber. Yo le voy a ofrecer a usted una buena oportunidad. Le daré un paseíto largo y podrá ver muchas cosas. Le llevaré a usted...

Y principió a enumerarme cárceles y presidios de España y Fernando Pío. Yo le contesté:

-Muy complacido, si he de ir en la grata compañía de usted.

-Sí, pero de momento se va usted a su casa, a almorzar. A las tres de la tarde le espero aquí. Vamos a tener una reunión con la junta de reformas sociales, a ver cómo arreglamos esto.

-Le prevengo que yo no pertenezco a la junta de reformas sociales.

-No importa. Venga usted y apacigüe la gente.

-Principie usted, poniendo en la calle a todos los que están detenidos.

-Sí, sí, ahora mismo.

Quedaron en libertad todos los detenidos. En la plaza dije algunas palabras a los más impacientes.

-Nada hay que hacer, de momento. A la tarde tendremos una reunión. Luego, veremos.

A las tres de la tarde, se reunió en el Ayuntamiento la junta de reformas sociales. Seis trabajadores, seis patronos; tres títulos académicos (un médico, el maestro de escuela y el cura). Además, el alcalde -presidente nato-, el capitán de la guardia civil y yo.

Por primera vez me veía frente a frente con el cura. Al abrir la sesión, el alcalde, por servilismo, por incompetencia o por ambas cosas, cedió la presidencia al capitán. Y el capitán, sin más preámbulos, habló:

-Bueno, vamos a ver, ¿qué es lo que quieren los trabajadores?

Naturalmente, todos nos mantuvimos callados. El capitán, en tono un tanto imperativo, repitió su pregunta. Yo, sabiendo que los militares españoles no disponen de muchas reservas de paciencia, le salí al paso:

-Señor presidente, están presentes seis representantes de los trabajadores y no creo que deban responder todos a la vez. Diríjase usted a uno.

-Bien, pues usted. Diga usted.

-No soy el indicado. Usted sabe que yo aquí sólo tengo la representación que usted me ha otorgado. La Sociedad tiene aquí sus representantes, presididos por su secretario. Él es quien debe hablar.

Nuestro secretario, Jenaro Esteve, de profesión corchotaponero, aunque convivía con nosotros, no estaba muy fuerte en las cosas del campo. No obstante, explicó bien la situación, a grandes rasgos. No puso “el dedo en la llaga” y terminó su alegato sin aplausos ni protestas. Parecía que nadie tuviese más que decir. Entonces pedí la palabra, me fue concedida, me levanté y dije:

-Señor presidente y señores adjuntos: ya hemos oído por boca del secretario de la Sociedad lo que quieren los trabajadores de Aroche. Su aspiración no puede ser más modesta ni más justa, puesto que sólo desean vivir como viven los demás españoles, al amparo de las leyes de España. Ni siquiera piden mejora en el salario, que sería muy justo. Pero los representados de estos señores...

Yo estaba señalando a los patronos. ¡Estalló la bomba! Automáticamente, como movidos por un resorte, se pusieron de pie los seis, vociferando como energúmenos y produciendo una algarabía infernal. Esperé un rato. Como no se callaban ni nadie les mandaba callar, me senté. Inmediatamente se callaron ellos. Volví a levantarme y dije:

-Señores, yo no he terminado. Me senté, cediendo el tiempo a estos señores. Puesto que ellos han terminado, yo continúo.

A mis primeras palabras, repitieron la escena. Y volví a sentarme. Cuando se callaron, me puse en pie de nuevo y, mostrando seguramente en mi actitud cuál era mi estado de ánimo, me dirigí a la mesa:

-Señor presidente, no he entrado en esta casa por la ventana como vil ladrón. He entrado por la puerta, obedeciendo órdenes vuestras. Creo tener derecho a exponer mis razones. Y pido a usted el respeto debido. Estos señores tendrán tiempo después para refutarme, si son capaces de hacerlo.

El presidente, puesto de pie, declaró:

-Tiene usted toda la razón, muchacho. Estos señores tendrán la bondad de no volver a interrumpirlo. Usted está en el uso de la palabra.

Entonces, "me desabroché". Sería imposible seguir el hilo de mi peroración. Dije muchas cosas, acaso un tanto incoherentes. Pero me oyeron en silencio. Al terminar, no obtuve aplausos ni protestas. La junta parecía un velorio. Entonces el presidente rompió el silencio:

-¿Hay quien desee decir algo más? Usted, señor cura, díganos algo.

El cura, con un mohín despectivo, barbotó:

-¡Oh, no, no! ¿Para qué? Es inútil.

-Entonces hemos terminado, señores.

Volví a levantarme.

-Esperaba que estos señores que con tanto celo me interrumpieron al principio, tuviesen algo que decir ahora en su defensa. Yo reservé prenda para rectificar y no quiero que se me pudra en el buche.

-Usted ha dicho ya bastante. ¡Se levanta la sesión!

Ya todos en pie, dije al capitán:

-Al menos, a usted quiero decirle algo. Y como deseo tener testigos, quiero que me oiga también el señor alcalde.

Entramos los tres en una habitación aparte. Allí le dije a Isidro Campos, en presencia del capitán, cosas que pocos hombres dicen a otro cara a cara. Ni hay muchos que las aguanten. El alcalde, por toda defensa, hizo algunas muecas con pretensiones de sonrisas. Cuando agoté mi repertorio, el capitán, moviendo la cabeza, se dirigió al alcalde:

-Bueno, bueno, señor alcalde, nos llama usted para que metamos en cintura a los obreros y a quien hay que meter en cintura es a ustedes. Esto me lo arreglan ustedes mismos. Porque yo me voy esta tarde con mi gente y no vuelvo.

Volviéndose a mí, me dio la mano y me despidió:

-Vaya usted muy bendito de Dios.

Al día siguiente, todo arreglado y se acabó la discriminación.

Normalizada la cuestión del trabajo, siempre sobraban hombres. No por selección. Era normal.

El mar de fondo, seguía. Una vez se le fue la lengua al "tío" Felipe "El Francés". Se hablaba de mí y dijo:

-Ese no volverá a trabajar en mi casa.

Me informaron y entonces hablé a mi gente.

-Ya lo sabéis. Desde mañana, nadie irá a trabajar a Portonoal, si no voy yo.

En cuatro semanas, el tío "Francés" no encontró quien fuese a trabajar con él. Todos le ponían la condición de que iría yo, a quien él no aceptaba.

El trigo se perdía en el campo.

Al cabo de ese tiempo, el primero a quien habló el "Francés", respondió:

-Sí, puedo ir. Pero...

No le dejó terminar.

-Sí, sí, el que tú quieras. Busca cinco hombres más.

El socio vino a verme:

-La semana que viene, vamos a trabajar con "El Francés".

Yo ya no quería ir. Pero estaba obligado. Cuestión de honrilla. Y fui.

El tío "Francés" tenía cuatro hijos varones que trabajaban todo el año con los trabajadores. Todos eran analfabetos. El mayor, Matías, era siempre el manijero.

El lunes por la mañana nos presentamos la cuadrilla en el cortijo. El tío Felipe y la tía María no se dieron a ver. Nos recibieron los hijos. Afables, especialmente para mí, bastante conocido en la casa. Llegamos al tajo y Matías se colocó a mi derecha. Entonces le dije:

-Amigo Matías, esta semana no vas a ser tú el manijero.

El hombre, perdido el color, me contestó:

-Félix, tú sabes que yo he mandado siempre aquí. Y no creo que contra mí haya tenido nunca nadie motivo de queja.

-No se trata de eso, querido amigo. Yo he trabajado antes con vosotros. Creo que a vuestra satisfacción, y hoy tu padre me repudia. ¡Signo de los tiempos!

-Está bien. Ponte tú en la mano.

-Yo no.

-Pon el que tú quieras.

Puse al más anciano.

Matías colgó la hoz y toda la semana anduvo tras de nosotros, apañando espigas.

Los "amos" estaban domados.

Nos quedaba el problema del local. Por temor a las represalias de las autoridades, nadie se comprometía a rentarnos ninguno.

Se acercaban unas elecciones municipales y planteé la cuestión con mi gente:

-Tenemos que ir a las elecciones y quitar la vara de alcalde a nuestros enemigos.

Pero mis amigos estaban “mordidos” del virus anárquico. No querían saber nada de política. Según ellos, los políticos eran todos unos farsantes. Ellos, los trabajadores, pelearían hasta lo último, pero en la lucha social.

-Queridos amigos -les dije yo-, el alcalde de Aroche no es de real orden. Lo nombra el pueblo. Busquemos un hombre honrado y nombrémoslo alcalde.

-Ninguno. Cualquiera que nombremos será igual.

-¿No hay hombres honrados en este pueblo?

-No.

-Entonces, os estoy estafando. Yo creía estar aquí a título de hombre honrado, ya que otro no tengo. Dispone de mi puesto.

-Es que tú no puedes ser alcalde.

-¿Por qué no? Soy mayor de edad. Necesito que vosotros me autorizéis con vuestros votos.

¡.....!

Aquello fue una revelación.

Me autorizaron.

-Vamos a la lucha -les dije- y vamos a ganar.

Me dediqué a preparar el terreno. Había en el pueblo un joven, Antonio Pérez Macías, culto y formal, que, aunque de familia pudiente, sin ser de los nuestros, tampoco era de los otros. Nunca había hablado con él. Fui a verlo. Le expliqué mi propósito y le parecía bien. Pero alegó que acababa de llegar al pueblo, terminados sus estudios; no tenía ambiente y carecía de valor para pedir el voto a nadie.

-Usted no tiene que pedir votos. Los votos los tengo yo y se los ofrezco a cambio de su colaboración.

-Pues quedo a sus órdenes.

Tuve necesidad de convencer a mis socios, de lo necesario que nos era Pérez Macías. Era un hombre preparado y de representación social. Podía valernos mucho. Y, nosotros a su lado, le *ataríamos corto*, si era preciso.

Fuimos a las elecciones y las ganamos. En todo el pueblo, tuvimos un

voto en contra. Los “amos”, al ver el entusiasmo del pueblo, se abstuvieron de votar.

Por la tarde, una comisión de labradores se presentó ante la junta del censo a protestar la elección de un distrito en donde había irregularidades. Era el mío. La junta no admitió la protesta, por infundada. Apelaron a la junta provincial y mi acta se anuló.

Facilitaron mis propósitos. Yo habría renunciado siempre.

Pero los “amos” me tenían un pánico horrible. Mi gente había hecho circular la especie de que en el próximo Ayuntamiento yo sería concejal síndico. Esto es, fiscal. Yo había huroneado ya en los archivos municipales y descubierto un adeudo por ciento veinte mil pesetas, de tres o cuatro ex-alcaldes. En aquel pueblo y en aquel tiempo, eso era una cantidad respetable. Para algunos de aquellos ex-alcaldes, el cobrarles por vía de apremio veinticinco o treinta mil pesetas era la ruina. Por eso me temían.

Subían mis bonos en el pueblo. Hasta para algunas beatas resultaba simpático:

-¡Qué lástima que sea enemigo de Dios!

Y se persignaban.

Algunos viejitos que, doblado el cuerpo por el peso de los años y apoyados sobre un bordón, me encontraban en la calle, se paraban en seco y, sombrero en mano me saludaban:

-Vaya usted con Dios, Lunar, vaya usted con Dios.

Yo no sabía dónde ocultar mi insignificancia.

Así llegamos al final de 1905.

El primero de Enero de 1906 tomó posesión el nuevo Ayuntamiento y Don Antonio Pérez Macías fue nombrado alcalde. No presencié la escena. Por la tarde me llamó a su despacho el nuevo alcalde.

En aquel pueblo había un caserón, en la calle del Santo, que en tiempos de Maricastaña fue habilitado para hospital²⁴. Jamás había entrado allí un enfermo. Los subsecuentes alcaldes lo rentaban para viviendas y se embolsaban la renta.

²⁴ La calle Santo a la que se refiere el autor, no es otra que la calle “Puerta de Sevilla”, llamada así porque en ella estaba la Ermita de San Sebastián, en cuyo solar hoy en día está la farmacia de Aroche. Y curiosamente frente por frente de la ermita se encontraba el caserón a que hace referencia, que fue aduana por estar a escasos metros de la puerta de la muralla del pueblo que daba al camino de Sevilla y, de donde toma el nombre la calle. También fue hospital durante la guerra contra las tropas napoleónicas, sede de la Sociedad El Alba, cárcel de represaliados en la guerra civil, Ayuntamiento mientras se hacía el actual, Oficina de Correos en su planta baja y vivienda en la alta. El edificio se demolió a principios del XXI, construyéndose un pasaje que comunica las calles Doña Dolores Losada y Puerta de Sevilla, ocupando el resto de dependencias las sedes municipales de Urbanismo y Asuntos Sociales.

-Ya tiene domicilio social la Sociedad.

-¿Dónde?

-En el hospital.

-Es sintomático. En verdad, estamos enfermos.

-El local está vacante. Inmediatamente podéis ocuparlo. La renta, mientras yo sea alcalde está pagada.

Y me entregó las llaves.

En el pueblo había dos municipales, Miguel "Contrabando" y José Pinela. Habían sido siempre dos podencos rastreadores tras de mí.

-Los municipales sé lo que te han molestado. Señala dos hombres de tu gente y los sustituimos.

-Esos individuos son unos pobres diablos. Me han molestado, obediendo órdenes. Si les hubiesen mandado servirme, lo habrían hecho igual. Déjalos ahí.

Me aplaudió el alcalde.

Era tiempo muerto para los trabajos de campo. La cuesta de Enero. Se lo hice ver.

-El domingo tomas nota de los hombres que queden sin trabajo, y me avisas.

El sábado por la noche, ya instalados en el hospital, avisé a la gente:

-Mañana, pasada la hora de trabajo, el que no haya conseguido "amo", viene aquí y me lo comunica.

Vinieron treinta y tres. Yo fui a ver a Pérez.

-¿Dónde está la gente?- me preguntó.

-En el Centro.

Me entregó el cuño de la alcaldía.

-Esos hombres los repartes equitativamente, según tu criterio. Les recomiendo, si no los admiten (que es casi seguro), que no escandalicen. Tranquilamente, que se vengán para su casa.

Aquella misma noche los repartí a todos, dándoles un papelito del tenor siguiente:

Sr. Don Fulano de Tal.

Muy señor mío:

Sírvase dar ocupación, durante la semana en curso, al dador o dadora de la presente, Fulano o Fulana de Tal.

Afectuosamente,

El Alcalde,

(Aquí, el cuño de la alcaldía)

Los previne a todos:

-Si no os admiten, aquí os espero.

El lunes a las 11, estaban en casa treinta y tres. Fui a ver al alcalde.

-Llama a la gente -me dijo.

Los jornales estaban a siete reales y les entregó a cada uno, cuarenta y dos reales:

-¡Hala, a tomar el sol!

El sábado próximo, cada patrón tenía en su casa una notita del alcalde, convocándole a la alcaldía.

Se presentaban mansitos. ¿Qué deseaba el señor alcalde?

-El lunes mandé a su finca a...

No le dejaban terminar:

-Es que tenía el personal necesario...

-Lo comprendo, señor. Pero ese hombre, al faltarle el jornal, no tenía pan que darle a sus hijos. Y habría tenido que ir a robar. Vamos a castigar duro a los ladrones, pero es necesario no empujarlos al robo por hambre. Yo les he dado el jornal de la semana, por cuenta de ustedes los patronos.

Pagaron todos, a cabeza caída. A la semana siguiente, repartí otra porción igual. No volvió ni uno.

Mientras estuve en aquel pueblo, no hubo nunca un hombre sin trabajo.

Aún continué peleando más de un año. El panorama del trabajo había sufrido una transformación notable. Los trabajadores, para cobrar su jornal, no necesitaban esperar que el amo se enterase de cómo debía pagarle. Cuando salían del pueblo, el lunes por la mañana, ya sabían lo que iban ganando.

Hasta en la vida privada de los trabajadores se notaba la influencia bienhechora de la Sociedad. Disponiendo de un hermoso Centro en donde reunirse para discutir o pasar el tiempo en honestas distracciones, los hombres se retiraban de la taberna y casi desapareció el deprimente espectáculo de los borrachos pendencieros en la calle.

Para mí particularmente, también la situación había cambiado. Pero en sentido adverso. Cada día se me hacía la atmósfera más densa. Sofocante. Obligado a trabajar donde, en la mayoría de los casos, sabía que me aceptaban por la fuerza, aunque con la sonrisa en los labios, me resultaba dema-

siado violento. Y siempre expuesto al peligro de oír una frase o sorprender un gesto que no siempre podía ni debía tolerar.

Tuve algunos tropiezos desagradables y decidí alejarme de allí. Se lo hice saber a mi gente.

-No puede ser -me respondieron-. ¿Ahora vas a abandonar a la Sociedad?

-Ahora no tengo aquí nada que hacer. Esto está en marcha. Ya saben ustedes el camino.

Le hablé a Pérez. Protestó, pero reconoció mi razón:

-De todas maneras, no tienes necesidad de marcharte del pueblo. El Ayuntamiento tiene un guarda jurado en la Contienda, a quien se le pagan dos pesetas diarias. Tú puedes ocupar esa plaza. Nadie la merece mejor.

-¡Magnífica oportunidad para todos los que están deseando meterme el diente! No les daré esa ocasión.

El día 3 de Mayo de 1907 salí de mi casa y de Aroche, con una muda de ropa y un pan en un saco, una manta al hombro, dos pesetas en el bolsillo y en compañía de Esteban Juanita.

Nos dirigimos a Calañas, pueblo distante unos veinticinco kilómetros²⁵. Yo tenía en aquel pueblo unos primos hermanos que, meses antes, habían salido huyendo del hambre, como yo, y aún no eran ricos.

Oscurecía cuando logré localizarlos. Nos acogieron con cariño y compartieron con nosotros su pan y su sal.

Al día siguiente, busqué el Centro Republicano. Llevaba para su presidente, Alfonso Borrero, un saludo de Don Miguel Lobo. En el Centro encontré a Ana Pastora, conserje, y me identifiqué con ella. Me acogió con afecto. Borrero venía por las tardes. Después de las cuatro podía verlo allí.

Me franqueó todo el local. Tenía una buena biblioteca. Allí podría entretenerme, si no tenía mejor cosa que hacer. Ella, hecha la limpieza del local, se iba a su casa, pero me dejaba todas las puertas abiertas.

Allí pasé el día. Por la tarde, mi compañero de excursión estaba alicaído.

-No veo ambiente. Mejor volvernós a casa.

-Yo no he salido para volver.

-Pues yo me vuelvo.

Y se volvió. Han pasado cuarenta y ocho años sin noticias de él.

25 De nuevo el paso del tiempo se cobra su precio. La distancia de Aroche a Calañas es bastante mayor de 25 Km.

Por la noche, hablé con Borrero. Muy afectuoso. Tratamos de mi situación. Él era zapatero. Sabía poco de campo, pero me encontró “amo”. Y al día siguiente fui a segar.

Trabajaba con un “amo” que trabajaba a su vez junto a mí. Me daba la comida y dos pesetas por día. ¡Aquello era Jauja!

Trabajé con él una semana. Al llegar a Calañas, había escrito a un queridísimo primo hermano²⁶ que tenía en Riotinto. A vuelta de correo, recibí su respuesta, llamándome a su lado con urgencia.

Salí de Calañas, despidiéndome de mis familiares y amigos, que ya los tenía, con mis trapos al hombro y doce pesetas en el bolsillo. Casi un Creso.

Mi primo llevaba ya varios años trabajando en Riotinto. Era casi un personaje: contador en un tajo de paleros. Vivía en una choza elaborada a brazo, extrarradio de la mina. Allí me alojé.

Aunque mi aspiración -y la de mi primo- era entrar en la mina, ello resultaba un tanto difícil. Había que aprovechar una oportunidad y saber esperar.

Pronto encontré trabajo en el campo y mandé venir a mi mujer y a mi hijo. En la misma choza de mi primo nos acomodamos. Trabajé por allí todo un año, lejos de todo mundanal ruido.

Las minas de Riotinto, en aquel tiempo, eran un coto cerrado. No se admitía a ningún hombre que llegase de fuera. Los niños nacidos en la zona minera: Nerva, Riotinto, Zalamea la Real, Campillo, etc., entraban en la mina a los ocho o diez años; principiaban de “pinches” (mandaderos) o barcaleadores, según el padrino. Y allí iban subiendo por la escala del trabajo hasta que un derrumbe, un barreno disparado fuera de tiempo o un tren los despedazaba. O, agotados por el trabajo, a los cincuenta años eran candidatos a la mendicidad.

Sólo una puerta teníamos los extraños, para entrar. Los contratistas. En Riotinto había muchos. Generalmente, viejos mineros, en su mayoría gallegos, que conseguían relacionarse con algún jefe inglés. Los jefes eran ingleses todos. Y otorgaban a un trabajador un contrato donde con facilidad podía ganar treinta mil duros al mes, a partir con el jefe. Estos contratistas tenían la facultad de admitir los trabajadores que querían. Y, trabajando unos días con un contratista, se conseguía transferencia para la mina.

Por mediación de mi primo, entré a trabajar con un contratista, el tío Sebastián (a) Sarteneja. Ocho días después, entré en la mina.

²⁶ Resulta extraño que el autor, tan fiel en dar nombres y “nombretes” de casi todos los personajes con los que se relacionó, en cambio nunca los da cuando se refiere a sus primos hermanos, como en el caso de los de Calañas y Riotinto.

Principié a trabajar en Riotinto en las postrimerías del año 1908. A la sazón, era director de la mina un tal Mr. Palmer. No recuerdo haberlo visto ni de lejos. No tenía mala historia. Era en la mina, más que nada, una figura decorativa.

El subdirector, Mr. Gordon Douglas, jefe a la vez del departamento del Sur, era quien llevaba la batuta. Del departamento Norte era jefe Mr. Henry Debry.

Había una porción de jefes más, de menor cuantía. Los españoles eran capataces, en su categoría máxima: José Narro, capataz mayor en toda la mina; Paulino Narro, hermano del anterior, Agustín y José Guerra, en las cortas a cielo abierto.

Encargados, muchos.

En contramina no entré nunca ni conocí a nadie.

Las minas de Riotinto eran -no sé hoy- un establecimiento industrial de primer orden. De la mina dependía exclusivamente la vida de todos los pueblos de la zona minera: Nerva, con 16.000 habitantes. Riotinto y Zalamea la Real con 12.000 cada uno, Campillo con más de 3.000. Además, una porción de pequeñas aldeas diseminadas en los contornos. Total, muy cerca de los 50.000 habitantes.

Como en toda la zona no se produce un rábano, es un mercado excelente para media provincia de Huelva. En los contornos de la mina, ni las gallinas ponen.

Debuté como minero, partiendo piedras con una marra de once libras, en el banco de San Pedro, el primero de mineral, en la Corta del Pueblo. Por encima de mí había trabajado trece bancos de escombros. La ley de policía minera de la época, en España, (¡cuánto ha llovido!) disponía que en los trabajos a cielo abierto debían tener los bancos un máximo de treinta metros de altura, por un mínimum²⁷ de diez de anchura.

En las minas de Riotinto trabajé en bancos de sesenta metros de altura y menos de cinco de ancho. Con frecuencia, las traviesas de las vías férreas tenían las cabezas en el aire. No era extraño que una piedra desprendida del

²⁷ Se supone que será "minimum".

primero fuese dando saltos de uno al otro, hasta el último. Y como en todos había gente, tampoco era extraño que a su paso dejase una estela de sangre.

Verdad que la Compañía tenía en cada banco un "sotero", esto es, un hombre que no tenía más misión que mirar y, si veía desprenderse una piedra, dar la voz de ¡sota! a los que estaban debajo. Algunas veces, la piedra llegaba abajo antes que la voz del sotero. Y, en todo caso, como la gente no puede ver por dónde la piedra viene, a veces uno corre para salirle al encuentro. Yo, no teniendo lugar seguro para protegerme, le hacía tanto caso a la voz del sotero como a las coplas de Caláinos.

Un inciso. Al poco tiempo de mi llegada a la estancia de mi primo, visité un día en Zalamea la Real a Don Miguel Tatay. Era médico y presidente de los republicanos zalameños. Traía para él un saludo de Don Miguel Lobo.

Lo encontré en el Casino Republicano. Me recibió afectuosamente y me invitó a tomar café. Era verano y nos sentamos a la puerta del casino, en la calle. Sosteníamos una charla intrascendente cuando, por una esquina inmediata, irrumpe en la calle una patulea de chicos capitaneados por un cura. Venían cantando himnos religiosos. Al llegar frente a la puerta del Casino, hicieron alto. Durante quince minutos nos dieron un concierto de música celestial.

-Pero ¿qué es esto, Don Miguel?

-Esto -me dijo- es la desvergüenza de ese tío insultante, que con frecuencia se dedica a estos actos de provocación. Y lo más lamentable es que muchos de esos niños son hijos de republicanos.

Aquello me impresionó profundamente. No creo que los curas de mi pueblo se hubiesen atrevido a tanto. Ni se lo hubiéramos tolerado.

Aquel asunto me sirvió de tema para hacer mis primeras armas de escritor. Garabateé unas cuartillas y las envié a "Las Dominicales". El bueno de "Demófilo" recogió la idea, hizo un bonito reportaje y puso mi firma al pie.

¡Ni postín que me daba yo, enseñando el periódico!

Al empezar a trabajar en la mina, renté en Nerva un casucho y allí me radiqué con mi familia. Nerva era una población importante. Pero la vida allí, como en los demás pueblos de la zona, estaba completamente mediatazada por la Compañía. Los ojos de los "guardiñas", policía de la Compañía,

autorizada por el Gobierno español, lo escudriñaban todo. Y una denuncia de un guardiña equivalía a una expulsión de toda la zona minera.

Allí no se vendían públicamente más que dos periódicos, “El Liberal” de Sevilla y “El Correo de Andalucía”. La prensa de Madrid estaba proscrita. La única puerta de entrada en la mina, era el ferrocarril propiedad de la Compañía, la cual disfrutaba de la facultad de prohibir en sus propiedades el tránsito a cosas y a personas.

En los pueblos de la zona minera, la mayoría de las casas era propiedad de la Compañía. Y aunque las rentas eran moderadas, ningún minero podía alojar en su casa una noche a nadie ajeno a la mina, sin permiso de la Dirección. No importaba que fuese su hermano, su padre o su hijo.

El servicio médico lo ofrecía la Compañía descontando en cartilla una peseta mensual. Para avisar al médico, había que presentar la cartilla. Y como el trabajador tenía que llevarla consigo, si quería sacar anticipo -que hacía falta todos los días- un dolor de cabeza era un conflicto.

Veinte kilómetros a la redonda, todo el campo era propiedad de la Compañía. A la salida de todos aquellos pueblos, en cualquier dirección, se tropezaba uno con la tablilla:

*Propiedad privada
Prohibido el paso.*

Naturalmente, uno puede andar por donde le dé la gana. Nadie le molesta. Pero en caso de accidente, bastante probable (trenes, barrenos, etc.) la Compañía no indemniza. “¿No vio el aviso?”

En toda la zona minera, el único centro de reunión de los trabajadores era la taberna. El juego y el aguardiente campeaban con libertad absoluta. Y como diariamente se jugaba la vida en el trabajo, el mañana no existía. Muchos, muchísimos trabajadores traían por la tarde el vale del jornal del día y, antes de llegar a su casa -donde lo esperaban la mujer y los hijos familiares-, lo dejaban en la taberna por la bebida o el juego.

Yo, aunque no venía del paraíso, este género de vida absurdamente crapuloso, me hastiaba. Pero ¿qué hacer?

En San Pedro trabajé un mes o algo así. Un día me habló el encargado, “Prim”, y me dijo:

-Muchacho, vaya usted al nivel alto y preséntese a Martín Guerra.

El nivel alto era un banco de escombros donde trabajaban una extracción de paleros de cincuenta hombres. Martín Guerra era el encargado.

En aquel tiempo, aún no llegaban a Riotinto las herramientas mecánicas. Todo se hacía a mano. Martín Guerra me entregó una pala y me señaló mi compañero.

La extracción era de veinticinco vagones y cincuenta hombres. Cada pareja teníamos que llenar doce vagones al día. Bien llenos. Para eso estaba allí el contador. Y si un vagón no iba en condiciones, lo decomisaba.

Yo mejoré en el cambio. Partiendo piedras, me pagaban once reales por día; paleando eran quince. Trabajé allí unos dos meses.

Martín Guerra era un viejo minero de oriundez galaica, de pocas letras y avezado a tratar a la chusma. Un día, pasando cerca de mí y por cualquier futesa, me dijo alguna inconveniencia que le devolví con réditos. Se reviró contra mí como una fiera:

-¡A mí no se me contesta!

-Y ¿quién eres tú?

Tuvimos una buena “agarrada” y lo mandé a mala parte. No volvió a hablarme. Ocho días después, una mañana, nos esperaba a la entrada del banco. Cuando nos tuvo reunidos, nos dijo:

-Muchachos, van a recortar la extracción. Hay que quitar diez hombres que irán al filón Norte. Si hay voluntarios, que den un paso al frente. Si no, sortearemos.

En tales casos, ningún encargado quiere que sus hombres se vayan voluntarios. Es una mala nota para él. Yo di el paso al frente.

-Y tú ¿por qué te quieres ir de aquí?- preguntó.

-Porque estás aquí tú.

Fue mi respuesta. No hubo más palabras. Se sortearon los nueve restantes y nos fuimos al filón Norte. Nos metieron en “La Piquera”, el banco que daba mayor contingente, en toda la mina, para “el cuarto de las papas” (última estación), del cual se sale con boleto para el cementerio.

En “La Piquera” fui a trabajar a una “cuartilla”: pequeña vagoneta manejada a mano. Allí aún no entraban los trenes. Vaciábamos en pozos que respondían a un túnel más abajo, por donde pasaban los trenes y cargaban por piquera. Se trabajaba en turnos y se ganaba catorce reales.

El primer encargado en la piquera, era Ramón Narro, hermano de los dos capataces. Un día que yo entraba al trabajo en el turno de la tarde, al llegar me dijo Ramón:

-Llégate a la oficina, que mi hermano Paulino quiere verte....

Nunca había hablado con ninguno de los capataces. Me presenté.

-¿Tú eres Félix Lunar?

- Servidor.

-¿Sabes sanear?

-No, señor. Hace cuatro meses que he entrado por primera vez en una mina.

-¿Quieres ir al saneo?

-Si usted me da oportunidad, probaré si soy capaz.

-Dile a mi hermano que te ponga a sanear.

Eran cosas de mi primo. Aquella misma tarde me colgué de la cuerda. Cien hombres que trabajaban en el banco estaban pendientes de mí. Me percaté de mi situación. Hice corazón de mis tripas y no di una pifia. Aquella tarde me dieron la alternativa.

Siete años estuve en aquel trabajo. Y cuando Mr. Henry Debry, debido a mi actuación social, pidió informes de mí, sé que José Guerra, capataz mayor del departamento, le dijo:

-Es el mejor saneador de todos los que tengo a mis órdenes.

Antes de mi llegada a Riotinto, ya tenía noticias de Manuel Navarro. Era un viejo aldeano de aquellos predios que, arruinadas sus tierras por la acción de los humos sulfurosos de la mina, tuvo que avenirse a ser empleado de la Compañía.

Disconforme con la conducta de los ingleses, protestó y lo expulsaron. Perdió su patrimonio y su empleo. Se retiró a la capital y fundó un periodiquito, "La Marsellesa", con el propósito de pelear contra la Compañía. Fracaso. Y sin periódico, sin empleo y sin patrimonio, se recluyó en una vieja casona que conservaba en Nerva, dedicándose a vender copas de aguardiente. Pero, señalado por el índice de la Compañía, entrar en su casa era un estigma que pocos hombres arrostraban.

Allí fui yo.

No me hice conocer, de momento. Llegaba, pedía mi copita de "amílico", hojeaba la prensa y me marchaba. Debido a mi asiduidad, pronto inti-

mamos. Me contó sus cuitas. Había sufrido y luchado, pero estaba vencido y en ruina.

Yo no tenía ninguna ruina en mi historia. En eso, me ganaba.

Hablábamos de la denigrante situación de los españoles frente a la soberbia de la Compañía.

-Es cierto, pero es fatal. No hay remedio. La Compañía tiene poderosos auxiliares en las más altas esferas de nuestro gobierno. Todo está perdido.

Yo no estaba conforme.

-Somos españoles. España sufre una invasión por parte de los ingleses. Tenemos que pelear y expulsarlos. Usted tuvo un día "La Marsellesa" y se le murió. Digámosle como Cristo a Lázaro: "levántate y anda".

Se reía.

-Imposible, amigo Lunar. Además, no tengo un céntimo.

-Eso no es óbice. Yo tengo dinero.

Él seguía riendo y me dijo:

-Bueno, haga usted.

Y yo hice.

En Nerva había un impresor, Emilio Demedio. Tenía una "minerva" que podía servir para tirar nuestro periódico. Fui a ver a Demedio. Sí, él podía servirnos. Por veinticuatro pesetas nos haría un periodiquito de medio pliego y cuatro páginas.

-Convenido.

Fui a ver a Navarro.

-Todo está listo. Prepare usted el original y el próximo domingo tendremos "Marsellesa".

-"La Marsellesa" murió. Dejémosla en paz. Haremos "La Frontera", ya que estamos cerca de la portuguesa.

-Sea, no discutamos.

Movilicé mi gente. Sólo mi "cuadrilla" éramos doce. Todos contribuyeron con algo. Reuní el dinero. Y el próximo domingo apareció "La Frontera".

Éxito rotundo.

Un tanto anodina, como gato escaldado. Pero algo era algo.

"La Frontera" abanicó un poco el ambiente. El personal empezó a per-

der el miedo. La taberna de Navarro se llenaba todas las noches de mineros que venían a beber aguardiente y comentar los incidentes del trabajo.

La segunda semana se tiraron dos mil ejemplares de “La Frontera”, que se vendían como pan bendito. Principió a ser negocio. Costaba treinta y cinco pesetas el número y dejaba veinte duros.

Yo soplaba el fuego por todas partes. A los dos meses de vivir en Nerva, recibía todas las semanas cincuenta números de “Las Dominicales” y cincuenta de “El Motín” que yo personalmente repartía. Semanalmente, enviaba cincuenta perras gordas a cada uno de dichos periódicos.

“El Motín” y “Las Dominicales” hicieron honrosas referencias de mí. Comentando una carta mía y una foto que les envié, de setenta y cuatro niños sin bautizar que encontré en Nerva, algunos de dieciocho años y tres hijos míos, Lozano me dedicó un número completo de “Las Dominicales”. Y me envió una carta afectuosa, prometiéndome una visita en la primera oportunidad. Yo era “un librepensador de oro”. Nunca pudo cumplir su promesa. Poco después sufrió un accidente que lo incapacitó. “Las Dominicales” dejaron de publicarse.

Un acontecimiento de suma importancia vino a agravar más aún la situación de los obreros de Riotinto: el cambio de director. El viejo Mr. Palmer se jubiló o lo jubilaron y vino a sustituirlo Mr. Walter J. Browning, de triste recordación.

Mr. Browning llegó a Riotinto el día 10 de Enero de 1910.

Y aquella noche se hundieron dieciséis pisos de la contramina del Pueblo. Fue un mal presagio.

No hubo desgracias personales. Pero la plaza, que veinticuatro años antes²⁸ dejó sembrada de cadáveres el Gobierno de España al servicio de intereses extranjeros, se partió por el mismo centro. En aquella plaza está la Casa-Ayuntamiento, y la casa de Dios. La casa de Dios y medio pueblo se fueron al abismo, en protesta seguramente contra el nuevo huésped.

No sabemos de dónde sacarían a Mr. Browning para llevarlo a Riotinto. Posiblemente de alguna colonia inglesa del África.

Cuando al día siguiente de su llegada salió a la calle y vio por primera

28 Definitivamente el autor tiene confundida la fecha del “año de los tiros o de los humos” que fue el 4 de febrero de 1888, pues al restarle 24 años a 1910, resulta la fecha en que él considera que sucedió, 1886, como ya señaló en la página 43, pero es que también tiene confundida la de la llegada de Mr. Browning, que fue en 1908.

vez a los obreros de la mina, hizo un comentario:

-¡Cómo! ¿Estos son los trabajadores de Riotinto? ¡Si parecen todos capitalistas! ¡Yo les quitaré la corbata y las botas!

Y se las quitó.

Al día siguiente, ordenó suprimir todos los adelantos, que consistían en que a algunos trabajadores, en atención al peligro o a lo mal retribuido de su trabajo, se les daba una o dos peonadas por semana, en faenas livianas a realizar después de su trabajo normal.

Yo era un ejemplo. Mi trabajo era duro y peligroso. Tenía consignado en libreta un jornal de catorce reales. Éramos seis parejas de hombres y todos los días, terminada nuestra labor, nos quedábamos tres parejas y en cualquier liviana faena nos acreditaban otra peonada. Así que nuestro jornal, nominalmente de catorce reales, realmente era de veintiuno.

Esto lo suprimió Mr. Browning.

Y a muchos departamentos de la mina los puso a trabajar de alternos; esto es, tres días por semana.

Esto fue leña para el fuego que ya ardía.

“La Frontera” seguía efectuando su labor. Pero su campo de acción era muy limitado. Yo deseaba que nos oyesen en España. Ninguno de nuestros líderes sabía escribir. Había que aprender.

Y comencé yo a publicar en “La Frontera” algunos pequeños reportajes de actualidad local, buscando siempre la vena humorística. Naturalmente, yo firmaba con un seudónimo cualquiera, pero la gente principió a celebrar mis escritos y a animarme.

En Calañas se publicaba “El Obrero”. Bien modesto, ciertamente. A Nerva llegaban cinco números para Donato, pobre ciego que se las buscaba vendiendo papeles y recibos de lotería. Casi nunca los agotaba.

Mandé unas cuartillas a “El Obrero”, tratando las cosas de Riotinto en serio y en duro. No conocía a su director, Tomas Gómez, profesor de esperanto. Le expliqué el asunto. Si aquello era publicable, era preciso no dar mi nombre. Yo era un trabajador de la mina. Él sabía lo demás. Firmaba “El Cadete”.

Me contestó a vuelta de correo, agradeciendo mi colaboración y poniendo el periódico a mi disposición, con promesa de que nunca daría mi nombre. Surtió la zona minera de ejemplares de “El Obrero”. A Nerva man-

dó cien números, destinados a Donato.

Cuando se conoció el artículo de “El Cadete”, “El Obrero” se agotó en dos horas. La próxima semana vinieron quinientos ejemplares. Se agotaron. La mina ardía. La Compañía desplegó una jauría de sabuesos por todos los departamentos de la mina, para cazar a “El Cadete”, pero a “El Cadete” lo conocía en la mina yo solo exclusivamente.

Se publicaron cinco artículos, siempre “in crescendo”. “El Cadete” era la comidilla del día en toda la zona minera. Los sabuesos no lo descubrían. Entonces lo buscaron en el Juzgado de Valverde, denunciando a “El Obrero”. Gómez se rajó a la primera.

Recibí un comunicado del juez de instrucción del distrito, Don Andrés Ovejero, para que me presentara a responder a una demanda por injurias. Fui un día antes del señalado por el juez, para llegarme a Calañas e informarme por Gómez de lo ocurrido. Calañas está a unas dos leguas de Valverde y ambos pueblos tienen comunicación por carretera.

De Riotinto a Valverde fui en tren. De Valverde a Calañas, en alpargatas. Con tan buena fortuna, que salí de Valverde lloviendo y llegué a Calañas sin dejar de llover. Era de noche cuando localicé la casa de Gómez. Estaba llena de niños. Tenía escuela. Yo no llevaba un hilacho enjuto sobre mi cuerpo.

Salió a la puerta y me di a conocer. Me abrazó y despachó a los niños. Mandó a su señora que sacase un traje de él. Me hizo cambiar de ropa. Se deshizo en excusas.

-Lo siento mucho -vino a decirme-, pero no he podido encontrar un compañero que se haga responsable. Yo estoy expuesto a tener que cerrar la escuela.

-Lo comprendo todo. Sólo deseaba informarme del estado del asunto.

Me informó, me invitó a cenar y después salimos a dar una vuelta. Me llevó a muchos lugares y tuve oportunidad de comprobar que eran tan popular en Calañas como en Riotinto. Cuando me presentaba en un casino, siempre había una exclamación:

-¡Oh! ...

Muchos acudían a saludarme. A algunos les oí decir en tono admirativo:

-¡Pues yo creía que se trataba de un joven!

Por lo visto, yo era viejo a los treinta y tres años.

Le hablé de Ana Pastora a Gómez. Ana Pastora era la conserje del Centro Republicano. Era su amiga y me llevó a su casa. Presentó Gómez a

“El Cadete” y ella me felicitó muy cordialmente. Como Gómez advirtiera que no me reconocía, le dijo:

-Es también Félix Lunar.

Ana Pastora, abriendo tamaños ojos, exclamó:

-¡Cómo! ¡Félix Lunar no sabe escribir!

Entre los cientos de “compañeros” que saludé aquella noche, se destacó el llamado Marbancho. Nunca había oído su nombre. Ni volví a saber de él. Tampoco recuerdo dónde nos encontramos. Es lo cierto que pude despegarlo de mí cuando a las dos o las tres de la madrugada salí de Calañas. Era uno de los millares de anarquistas que he conocido en Andalucía, que teniendo una perra chica la gastan en “Tierra y Libertad” y se pasan un día con ella bajo el brazo, buscando quien pueda leérsela.

Pasada la media noche, volvimos a casa de Gómez a rescatar mi ropa que ya la señora había secado al amor de la lumbre. Me despedí de aquella familia para ir a ver las barbas al juez. Pero el compañero Marbancho me dijo:

-Antes, vente a mi casa.

Era un cuchitril en un desván de difícil acceso. Vivía con su madre, que debía ser bastante anciana. Temí que la hiciera levantar para saludarme. Sacó unos mendrugos de pan, de procedencia dudosa, y un puchero de barro vidriado, con sardinas fritas, quién sabe de cuántos días añejas, y tuve que comer aquello. Bien seguro que era lo único que había en la casa.

A la salida de Calañas respiré, libre de Marbancho, barajando la gratitud y la molestia.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, me vi con el juez, un tío viejo, “esmirriao” y cojo por más señas. Tenía positiva cara de juez.

Después de la previa identificación, ordenó al secretario la lectura del cuerpo del delito. Dirigiéndose a mí, preguntó:

-¿Reconoce usted ese escrito?

-Seguro. Como que es obra mía.

El tío se irguió como una serpiente y me largó una andanada de denuestos. Me suponía un necio, instrumento de alguien que me inspiraba o me

hacía firmar aquello. Ahora iba yo a ver dónde me había metido.

Me erguí a mi vez y le dije:

-Señor juez, soy un presunto delincuente. Bajo su responsabilidad, puede usted meterme en la cárcel. Pero soy antes un ciudadano español. Ninguna ley en España le autoriza a usted para insultarme. Ni yo estoy dispuesto a tolerarlo sin protesta.

El tío cerró el pico.

Firmé el acta y hasta hoy.

El objetivo se había conseguido: descubrir a "El Cadete", aunque al parecer, aquello era un secreto a voces. Al volver a la mina, amigos y conocidos me decían al verme:

-Ah, no me la pegaste! ¡Yo ya había dicho que se trataba de Lunar!

Por lo demás, en el trabajo, ni una palabra..., de momento.

Riotinto principió a sonar en España. Los "pescadores de río revuelto" no tardaron en aparecer.

Mi señora había tenido que ir a nuestro pueblo para atender a su madre enferma, donde ella enfermó a su vez. Solicité permiso en el trabajo, para ir a mi pueblo.

En mi ausencia, un tal Don Fidel, médico de profesión y delegado en Huelva de la "Unión Ferroviaria Española", de acuerdo con algunos individuos del personal de "Tráfico de Riotinto", que es un servicio que llega a Huelva con un tren de mineral cada treinta minutos las veinticuatro horas de día, fue a la mina y organizó el "Sindicato Minero de Riotinto", bajo los auspicios de la "Unión Ferroviaria Española", contrariando a la Unión General de Trabajadores a la que lógicamente debíamos pertenecer, puesto que no éramos ferroviarios.

Primera pifia.

A mi retorno a la mina, encontré la organización nominalmente hecha.

Me habían señalado puesto en la directiva. Algunos amigos me salieron al camino para informarme de lo ocurrido:

-No estamos conformes con eso. No somos ferroviarios. Nuestro lugar está en la Unión General de Trabajadores. Ha sido un atraco de ese Don Fidel. Ya te enterarás.

Los individuos de la directiva no les merecían ninguna confianza. Ellos, mis informantes, se habían negado a aceptar puestos, declinando

también en mi nombre el cargo señalado para mí. Pero sus protestas no habían sido aceptadas, en espera de mi resolución.

-Queridos amigos -les dije-. Estoy absolutamente de acuerdo con vosotros y, por lo tanto, creo que no habéis procedido cuerdamente al dejar la organización en manos de esos individuos. Si fuesen gente de confianza, de mil amores me pondría al margen. Tengo aún sangrando las heridas de luchas semejantes, pero la organización representa mucho para mí. Dejarla en manos inexpertas o desleales, sería una deserción de mi deber. Voy a aceptar.

Y me presenté en la junta.

Recibí la bienvenida de todos, me señalaron mi lugar y me informaron de todo. Quise saber quién era Don Fidel.

-Un médico prestigioso -me dijeron-, simpática persona y hombre de toda confianza en la Unión Ferroviaria.

No compartí tan óptimo criterio.

Mis primeros choques con los compañeros de directiva, fueron por causa de Don Fidel. Y pronto él mismo me dio la razón al abandonar Huelva en compañía de unos cientos de pesetas de la Sociedad.

El domicilio social del Sindicato, se había establecido provisionalmente en la taberna de Navarro, que era el secretario.

El entusiasmo de los trabajadores estaba al rojo vivo. Allí no se cabía a ninguna hora del día. Por donde quiera surgían escribientes espontáneos para tomar admisiones de nuevos socios, a los que se inscribía en cualquier papel y se les entregaba un recibo provisional por la cuota pagada. El secretario se preocupaba, en exclusiva, de despachar copas de aguardiente. Reinaba el desbarajuste. En la primera junta de directiva, planteé el asunto:

-Queridos amigos, observo aquí un desorden absoluto. Aún no tenemos lista de asociados ni libro de actas de nuestras reuniones. Al socio que se inscribe, no se le entrega su carnet de identidad. No se justifica satisfactoriamente el cobro de cuotas, que debe hacerse mediante cupones. Y no se piensa en reglamentar el Sindicato. Cosas todas lamentabilísimas. Es imprescindible subsanarlas.

-Es verdad. No ha habido tiempo. Compañero Lunar, tú sabes cómo ha surgido esto: de improviso.

-Bien, no hay nada organizado, pero ¿se ha principiado a hacer algo?

-No, no se ha principiado nada. Al secretario le absorbe todo el tiempo su negocio.

-Cuando un cargo no se puede desempeñar, no se acepta.

Primer choque. Seguí hablando:

-En pocas horas, Emilio Demedio nos puede hacer de cartulina todos los carnets que deseemos, así como los cupones que para justificar el pago necesitamos. Acaso Demedio tenga también los libros. Y si no, ahí está la librería de Llorden, al volver la esquina. Si el secretario no puede escribir, se busca un escribiente y se le paga su trabajo. Todo menos continuar como estamos.

De absoluto acuerdo, fui comisionado para todo ello. Al día siguiente teníamos libros, carnets, cupones y escribiente: Don Antonio Alvarado, viejo ex-alcalde de Nerva, quien se hizo cargo de la oficina, mediante dos pesetas diarias. Quedaba pendiente el Reglamento. Eso, "lo haría el secretario a ratos perdidos".

Pasaban los meses y la Sección de Nerva, del Sindicato Ferroviario de Riotinto, con seis mil asociados en sus listas, carecía de Reglamento. En todas las juntas tenía yo pendencies con el secretario. El presidente, Antonio Serrano, valenciano de nacimiento y alpargatero de profesión, era un bendito. Y ya es sabido que los hombres buenos no sirven para nada. Navarro, como se consideraba el intelectual entre nosotros y además director de "La Frontera", se creía el "amo". Y, como todos los ignorantes, era un déspota.

Un día, al volver yo del trabajo, me llamó Serrano para informarme de que había presentado la dimisión con toda la directiva.

-A Navarro no se le puede sufrir -me dijo.

-Verá usted cómo yo le sufro.

Con toda seguridad, se trataba de una estratagema de Navarro para deshacer la junta, de acuerdo con sus parciales, y reorganizarla a su gusto, eliminando a Serrano, a Andrés Niebla y a mí, particularmente.

Hablé primero con mis amigos, les informé de lo ocurrido y de lo que pensaba hacer, preparándome para el contraataque, y fui a ver a Navarro, quien me recibió con cara compungida.

-Amigo Lunar, esto se derrumba. La gente se cansa pronto. Vea usted, toda la junta directiva ha dimitido.

-Toda no. Yo estoy en mi sitio.

-Bueno, yo también. Pero ¿qué podemos hacer los dos solos?

-Pelear. Y, de momento, convocar a junta general para el próximo domingo.

Se reunió la junta general. Procurando no remover la charca, informé a grandes rasgos de la situación y de la necesidad de reorganizar la junta. Sin mayores dificultades se nombró nueva directiva, entrando en ella como nuevos elementos Rafael Pelegino Rodríguez, Feliciano López Cabrera y Francisco Pérez Carrasco, los que en principio se habían negado. Y repusimos a Serrano en su lugar.

Feliciano López Cabrera, nombrado nuevo tesorero, se hizo cargo inmediatamente de los fondos sociales: veinticuatro mil pesetas que tenía en su poder el tesorero dimisionario, Manuel Mantecón.

Navarro siguió siendo secretario. Aislado y vencido, aunque no convencido.

Seguía tirando al monte.

La casa de Navarro resultaba pequeña para el aumento de la nueva clientela. Entonces rentó otro local más amplio y más en el centro del pueblo. El nuevo edificio era de dos pisos, con un gran salón en la primera planta; y el alto, acondicionado para viviendas. Allí se instaló él y nos cedió, mediante renta, una habitación para oficina.

Seguíamos peleando, y sin Reglamento. Por fin, en una junta de directiva se planteó la cuestión en serio y Navarro puso las cartas boca arriba:

-No estoy dispuesto a trabajar si no se me paga.

Hasta cierto punto, tenía razón. La Sociedad necesitaba los servicios de un hombre dedicado exclusivamente a ella y, naturalmente, debía pagarle. Hay un contrasentido en el hecho de que los trabajadores, que peleamos con justicia en defensa de nuestro salario, se lo neguemos a nuestros servidores.

Pero tengo el convencimiento íntimo de que Navarro, aunque se le hubiese pagado, no habría hecho nada, por incapacidad innata. Aparte de esto, la Sociedad, aunada a su negocio, le favorecía mucho y, aún pagando él algunos dependientes, hubiera salido ganando.

La directiva se negó a señalarle sueldo y, de momento, se me dio a mí la encomienda. Yo haría el Reglamento y se me pagaría un jornal. Al día siguiente falté al trabajo y a primera hora me fui a la oficina. Al entrar,

encontré una sorpresa poco grata: en un rincón, a la derecha del lugar que ocupaba el secretario, una escopeta de dos cañones que nunca había estado allí ni tenía por qué estar.

Inmediatamente entendí su significado y me puso de un humor de dos mil pares de Francos. Era una estúpida añagaza de Navarro para intimidarme. Pero produjo efectos contrarios. Ocupé mi puesto y me puse a trabajar. Poco después se presentó Navarro muy diplomático y afectuoso; hasta risueño me dio los buenos días. Yo debía tener cara de pocos amigos cuando le contesté el saludo, con displicencia.

Abordó el asunto. Él sabía que era norma general en las sociedades obreras que los puestos directivos se desempeñasen gratis. Pero el caso de Riotinto era especial. Yo sabía el trabajo que aquello daba, pero él no quería un salario. Traía un artículo, que yo debía incluir en el Reglamento, dejando a favor de la secretaría diez céntimos por cotizante, mensualmente.

La Sección de Nerva, del Sindicato Ferroviario de Riotinto, contaba con seis mil afiliados: Navarro no pedía más que seis mil perras gordas al mes. Eso es, veinte pesetas diarias. Los mineros ganábamos tres.

Le repliqué, quizás con no muy buenos modos:

-Estoy autorizado por la junta directiva para redactar el Reglamento y para ello no me han dado pauta, que quizá yo no habría aceptado. Voy a hacer lo que me dé la gana. Esta noche se discutirá el Reglamento en junta extraordinaria. Allí puedes presentar todos los artículos y enmiendas que quieras. Aquí, el único servicio que puedes hacerme es salir por esa puerta. Y no volver a entrar mientras yo esté aquí.

Aquella noche se aprobó el Reglamento sin alterarle una tilde. Navarro no dijo ni pío.

Trató de gallear y le paré los pies. Salió y no volvió.

Y conmigo terminó para siempre.

Los señores Hernández eran tres hermanos, industriales de Nerva que, aunque bastante entrados en años, estaban solterones y vivían bajo la tutela materna, una señora olvidada de la muerte y con un sólido prestigio de beata. Tenían una panadería, un estanco de tabacos y una casa-banca. Eran también propietarios de la plaza de toros. Yo nunca había tenido con ellos trato de ningún género, pero un día fui a verlos.

-Señores -les dije-, disculpen mi acaso impertinente visita. Deseo de-

circles unas palabras, porque no quiero perjudicar a nadie innecesariamente. Sé que entre sus múltiples negocios poseen ustedes el de la plaza de toros. El organizar una corrida cuesta dinero y, si luego el público no responde, hay una probable pérdida. Soy enemigo de esa fiesta y si ustedes organizan una corrida, aconsejaré a la gente que no asista a ella. Pudieran no hacerme caso, pero si me lo hacen, ustedes perderían. Ya saben a qué atenerse.

-Señor Lunar -me contestaron- agradecemos a usted su franqueza. Y le prometemos que en Nerva no habrá más corridas de toros. Utilizaremos el local en espectáculos de otra índole. En tanto, ustedes pueden necesitarlo para sus asambleas. Desde hoy, queda a disposición de ustedes sin interés alguno.

-Mil, gracias; probablemente la utilizaremos pronto.

Desde 1912 hasta 1920 que salí yo de España, utilizamos la plaza de toros de Nerva centenares de veces. La plaza tiene capacidad para catorce mil personas, en los tendidos. Con nosotros se llenaba a reventar, hasta el ruedo. Naturalmente, la entrada era siempre gratis.

Allí hablaron Vicente Barrios, presidente de la Unión Ferroviaria Española; Eladio Fernández Egocheaga, nuestro futuro jefe; Agustín Marcos Escudero, Luis Fernández Mula; Pablo Iglesias, el Abuelo; Teodomiro Menéndez, Facundo Perezagua, Manuel Llana, Mariano García Cortés, Francisco Bascuñana, Eusebio Carbó, Manolo Barrios, Eduardo Barriobero... Además, algunos espontáneos de menos cuantía.

¡Casi todos muertos! Sólo de Egocheaga tengo noticias que vive.

En aquella plaza capoteamos de lo lindo, por gaoneras, a todos los ingleses de Riotinto y a las autoridades de la zona minera, sus lacayos.

Navarro seguía siendo secretario, pero cada día más lejos de nosotros. "La Frontera", siempre deficiente para nuestros fines, era ya absolutamente inútil, si no dañosa. Se imponía la necesidad de un periódico. Había el pequeño inconveniente de que no teníamos escritores ni dinero.

Caso parecido al cuento de los dos portugueses que, teniendo hambre, se le ocurrió a uno una idea luminosa:

-¡Oh, diábo! ¡Se tuvésemos sartén y azeite, facíamos unhas migas!

-¡Sí -dijo el compañero- mais non hay pau!

-¿Pus antau?

Para hacer las migas sólo les faltaba la sartén, el aceite y el pan. ¡Miren por qué miseria no se quitaban el hambre!

Algo así nos faltaba a nosotros para poder hacer nuestro periódico.

Un día Rafael Pelegino, Feliciano López, Francisco Pérez, José López y yo, dábamos vuelta a la madeja sin encontrar el hilo, cuando dijo José López:

-Tengo doscientas pesetas para el periódico.

-Yo pongo la pluma -añadí yo.

Nos faltaba el director nominal. Nosotros, trabajando en la mina, ni pensar en ello. Por fin lo encontramos en Santiago González y González, representante de comercio. Le explicamos el asunto. Necesitábamos su nombre para los efectos de la ley. Por lo demás, yo sería siempre responsable. No pretendíamos hacer un periódico literario, queríamos un periódico de pelea en el campo social. Convinimos.

A fines de Mayo de 1912 apareció "Vía Libre". ¡Magnífica presentación! ¡Dieciséis páginas de texto y cuatro a colores, como cubierta! Forma, de revista. Diez céntimos.

Desde tiempo inmemorial había un servicio de transporte entre Nerva y Riotinto, regentado por el tío Juan el Cochero. Un coche de mala muerte, tirado por dos pencos, desechos de "cerraoy tienta". Cobraba una peseta y hacía el viaje cuando había clientes.

Otro industrial de Nerva, José María Romero, haciendo la competencia al tío Juan, estableció un servicio análogo, en automóvil, el primer carro sin caballos que se vio por aquellos lares.

"Romerito" había publicado unas octavillas anunciando la inauguración del servicio, lo que coincidió con la presentación de mi "Vía Libre", cuando un domingo por la mañana los vendedores de mi periódico salieron a la calle gritando:

-¡"Vía Libre"! ¡"Vía Libre"!

Las mujeres de Nerva salían despavoridas a la calle:

-¡Ay, los niños, que viene el carro de Romerito!

Pronto se enteraron.

De la primera edición se hicieron dos mil ejemplares. Yo le había ofrecido a Macario, jefe de venta, tres céntimos por ejemplar vendido. Aquella misma tarde le entregué sesenta pesetas por su trabajo.

Un éxito rotundo.

No hubo necesidad de utilizar las doscientas pesetas que ofreciera el amigo José L. Ríos. “Vía Libre” fue un triunfo publicitario y financiero. Cada semana nos dejaba doscientas pesetas libres, que atesoraba Rafael Pelegino como administrador. En la opinión de los trabajadores de Riotinto también era visible la influencia de “Vía Libre”.

Por este tiempo hizo su aparición en nuestro escenario, Eladio Fernández Egocheaga. Llegó en misión de propaganda, auspiciado por la Unión Ferroviaria Española. Le gustó el ambiente y se instaló allí, contra el parecer de Vicente Barrio, presidente de la Unión.

Con tal motivo, al organizarnos, conquistamos la malquerencia de la Unión General de Trabajadores (U.G.T.) por adherirnos a los ferroviarios sin ser ferroviarios nosotros. Y ahora éstos nos ponían en cuarentena por secundar la rebeldía de Egocheaga. En tales circunstancias, al iniciar nuestra vida societaria, éramos un foco aislado y disidente en la gran familia obrera española.

Yo no podía estar conforme con tal situación. En principio, no pude evitarlo, por estar ausente. Después, por carecer de facultades para pelear contra Egocheaga. Yo era un obrero de Riotinto, nadie es profeta en su patria y no sabía hablar en público. Egocheaga, “Ego” como le llamábamos, venía de Madrid y era buen orador. Se hizo el “amo” y no admitía contradictores. Me quedaba el recurso de dejarle el campo, cosa poco acorde con mi temperamento. Había que pelear y pelearnos. Tuvimos varios choques; algunos, duros.

Una noche, en una junta general en Riotinto, en un acto de cobardía impropio de él, que no es cobarde, trató de echar el público contra mí. Se iniciaron manifestaciones en mi contra. Estábamos en un lugar cerrado y materialmente lleno, con dos mil hombres dentro. Me vi comprometido y, controlándome a duras penas, sintiendo a la vez accesos de ira y de asco, sin decir una palabra me dispuse a abandonar la escena. Me puse de pie, saqué el revólver y accionando con la mano exclamé:

-¡Hagan sitio!

Aquella multitud se comprimió como una esponja y me abrieron un ancho camino. Pasé por entre ellos sin apresurarme. Al llegar al umbral de la puerta, di la vuelta y les lancé un esputo, diciendo:

-¡Repartíoslo! ¡Es para todos!

Nunca pude explicarme la conducta de aquellos hombres. Mi actitud resuelta -o el revólver- los hipnotizó.

Idéntica situación afronté otra noche en Zalamea la Real, por culpa de Francisco Bascuñana, un seminarista metido a sociólogo. Y en Nerva, por el mal entendido interés personal de algunos asociados que, a falta de razones para defender una sinrazón, apelaban al insulto. Táctica siempre improcedente contra mí.

En el caso de Riotinto mediaron mis amigos de Nerva y se firmó la paz... de Vergara.

Al airear estos recuerdos no tengo el propósito de zaherir a Egocheaga. En mi concepto, es un hombre con todas las virtudes y los vicios de los hombres. Pero no estoy escribiendo una novela. Escribo episodios reales de mi vida, ciertamente accidentada. No sé si es mía la culpa de que fuese así.

Cuando yo conocí a Egocheaga, era un joven que no llegaría a los treinta años. Con una educación elemental y relativa facilidad de palabra, era un buen peón de agitación de las masas. Por su falta de madurez o su sobra de imaginación, era un mal organizador. Y un administrador pésimo.

Supliendo su escasa estatura corporal, llevaba su fantasía montada en zancos. Y todas sus obras las construía en las nubes, sin preocuparse para nada de los cimientos. El presupuesto era para él una asignatura desconocida.

Mientras estuve cerca de él, nunca le vi crear una obra durable.

VI

LA HUELGA

A poco de llegar Egocheaga a Riotinto, planteó con urgencia la huelga contra la Compañía Minera. La causa era necesaria y justa. Creo que por parte de Ego se sentía también la necesidad de justificar su presencia allí.

Pero un hombre responsable debe reflexionar mucho antes de lanzar a un movimiento de esa naturaleza a quince mil hombres que viven al día, contra una poderosa Empresa que puede permitirse el lujo de tirar un puñado de millones de pesetas, por sacar adelante un capricho.

Yo estuve, desde el primer momento, opuesto a la huelga.

-No es el momento oportuno, por nuestra falta de experiencia societaria; por la carencia de recursos pecuniarios -tenemos en la caja del Sindicato cincuenta mil pesetas-; por nuestro aislamiento de las organizaciones nacionales. Todo esto nos aconseja prudencia. Nos toca pelear con un enemigo poderoso y necesitamos antes pertrecharnos bien.

Todo aquello no tenía importancia. Había que ir a la huelga.

Y fuimos.

En los últimos días de Julio de 1912 se convocó una asamblea general en la plaza de toros de Nerva; para tratar de la huelga.

Un día de fiesta. El público hacía rebosar la plaza. Y el entusiasmo por la huelga hacía rebosar al público. No bajarían de veinte mil personas las allí congregadas. Hablar de la huelga era provocar una tempestad de aplausos. Ni una objeción en contra.

En aquel ambiente, cargado de peligros, ocupé la tribuna por primera vez en mi vida ante el público.

Yo sé lo que me costó.

Mi aparición produjo en el público gran sensación, que vino a mermar mis escasas facultades oratorias. Pero haciendo de tripas corazón, hablé. Y, reconociendo la justicia de los trabajadores, razoné contra la huelga. Había estudiado detenidamente la situación de ambos beligerantes y sinceramente creía que llevábamos la peor parte. Debíamos esperar.

Respetuosamente, mi opinión fue rechazada. Por aclamación se acordó la huelga. Se procedió a nombrar la comisión que debía dirigirla. El primer nombre que salió a la plaza, fue el mío.

Volví a hacer uso de la palabra. Parecía ilógica mi designación, habiendo allí muchos compañeros más capaces que yo, con la ventaja del convencimiento. A ellos correspondía mi puesto.

No, iría yo. Así fue acordado por aclamación.

Y fui.

Se acordó dejar a la comisión de huelga la facultad de señalar la fecha. El día primero de Agosto nos instalamos la comisión de huelga en una oficina que montamos en Riotinto, en la fonda de la Elisa.

Éramos seis:

Manuel Buenafé, por Huelva. Nunca se presentó a ocupar su sitio.

Antonio Rodríguez²⁹ ("Agonía"), por Zalamea la Real.

Rafael Ramos, por El Campillo.

Martín Moreno, por Riotinto.

Félix Lunar, por Nerva.

Y Eladio Fernández Egocheaga, presidente.

Instalados en nuestra oficina, bajo la dirección de Ego, trazamos el plan de trabajo. Redactamos un extenso informe de la situación de los trabajadores de Riotinto, dedicado a todas las organizaciones obreras de Europa y América, pidiendo apoyo moral y material para nuestra causa. Se publicó en inglés, francés, alemán y, naturalmente, en español.

Montamos una oficina de información y recepción en Huelva, a cargo de Rafael Pelegino. Yo hice un recorrido por toda la zona minera

29 En la edición original mejicana de 1956, aparecen cuatro fotografías. En la solapa primer plano del autor, se supone que la edad en que escribió el libro; según él a punto de cumplir setenta y siete años. Al final una vista de Riotinto del año 1900, otra del Comité de Huelga de 1913, y una foto del autor con los pertrechos de cazador de topos, según el pie de la misma.

En la foto del Comité de Huelga, aparecen sus cinco integrantes pero con la salvedad de que al representante de Zalamea la Real, no lo nombra como Antonio Rodríguez, sino como Antonio Vázquez, que era su verdadero nombre, como se puede apreciar en las fotos de los comunicados de la huelga de 1913.

y compré todos los sellos de correo en existencia en Nerva, Riotinto, El Campillo y Zalamea la Real. Durante cinco días y sus noches, estuvimos dedicados de lleno al ordenamiento y embalaje de aquella enorme balumba de correspondencia. Y oficiamos a las autoridades competentes el aviso de la huelga.

En ese tiempo, ni Ego ni yo habíamos visto una cama. Sobre la misma mesa de trabajo, Delfina, sirvienta de la fonda, nos servía la comida. Ego, también sobre la dicha mesa descabezó algunos ratos, pocos, el sueño. Yo podría jurar que en aquellos cinco días no sentí el sueño ni por asomos.

La huelga estaba señalada para el lunes 12 de Agosto, en el siguiente orden: a las seis de la tarde pararía el tráfico (trenes) y todas las labores del exterior; a la diez de la noche, contramina y fundiciones; a las doce, la central eléctrica.

Nuestros delegados departamentales, *interpretando mal nuestras órdenes*, efectuaron el paro el día 6, en el orden correcto.

Dio la coincidencia de que el día 6³⁰, a media tarde, teníamos terminado el trabajo de oficina y embalada en dos enormes sacas de noventa kilos de peso toda la correspondencia. No mereciéndonos confianza las estafetas de la zona minera, comisionamos a un amigo, Manuel Villarino, para que cargase las sacas en un caballo; fue a Zalamea la Real, de allí tomó el tren por la línea del Buitrón y llegó a Sevilla, donde depositó su carga.

Nosotros, libres ya del ajetreo oficinesco e informados del *error* de los delegados, estábamos atentos al desarrollo de la huelga. Los delegados de departamentos se iban presentando a informar. Ningún incidente. El paro se hacía con unanimidad absoluta.

Pasadas las diez, principiaron a llegar informes de contramina. Todo paraba automáticamente, al minuto señalado. Quedaba la central eléctrica, que no debía parar hasta estar seguros de que no quedaba nadie en contramina. No queríamos dejar a ningún hombre a quinientos metros bajo tierra.

Cuando tuvimos informes favorables de contramina, salí yo a la calle después de una semana entera de reclusión en la fonda. La noche, como de Agosto, era calurosa. La calle de la Huerta, la principal de Riotinto, estaba de bote en bote. Y el calor en la gente superaba al de la atmósfera. Con dificultad se movía la multitud de un lado a otro. En todos los rostros y en todas las actitudes se notaba un perfecto estado de euforia. Era un día de feria.

³⁰ Está refiriéndose el autor al 6 de agosto de 1912, pues desde que nombra la fecha en relación a la asamblea general en la plaza de toros de Nerva, y en la que se nombra al comité de huelga, no cambia de año. Sin embargo, la primera huelga general fue en 1913.

En Riotinto estaba concentrada la totalidad de la guardia civil de la provincia. Pero no se podía ver un guardia por parte alguna. Yo, en mi deambular por la calle de la Huerta, me crucé varias veces con las autoridades locales: el alcalde, el juez de paz y algunos jefes de la guardia civil. Naturalmente, no nos saludábamos. Pero noté que, al pasar, las autoridades locales llamaban la atención de los civiles sobre mí.

Yo esperaba la hora de las doce con impaciencia. A esa hora, la central eléctrica debía anunciar por medio de su sirena el paro total de la mina.

Miré varias veces el reloj. Principiaba a inquietarme, cuando a las doce en punto la central dejó oír su sirena, dominando toda la zona minera. Fue coreada con un hurra que estremeció la calle. Yo tiré mi sombrero por alto y a todo pulmón grité:

-¡Viva la huelga!

Y me retiré a la oficina a esperar al delegado Daniel Escribano. Creo que actualmente está en México. Él tenía órdenes de inutilizar la central al abandonarla.

-No he podido cumplir la consigna -me declaró.

Una hora antes de parar, se habían personado en la central unos ingenieros ingleses, acompañados de unos jefes de la guardia civil. Muy afables, muy correctos, pero no se apartaron de su lado. Él, al punto de las doce, hizo sonar la sirena, recogió su equipo y les dijo:

-Señores, ¿mandan algo?

Un capitán de la guardia civil le contestó:

-No, hombre, no. Ahora sois vosotros los que mandáis.

Pasados aquellos momentos culminantes de emoción, me tiré en la cama. Y ni la Delfina hubiese sido capaz de espantarme el sueño.

A las diez de la mañana, el día siguiente, me sacaron del lecho para darme el desayuno. Poco después principiaron las visitas. La Delfina las iba anunciando.

-Lunar, un hombre desea verlo.

-Que pase.

Se presentaba un tío ventrudo, con mucha cadena de oro y con anillos en los dedos.

-¿Qué desea usted?

-Saber qué me toca hacer a mí.

-¿Quién es usted?

-El jefe de tal oficina o tal estación.

-A usted le toca esperar en su casa la orden del Sindicato para volver al trabajo.

-A sus órdenes.

La mayoría de los jefes de estación de Riotinto a Huelva, la casi totalidad de los jefes de oficina de todos los departamentos, los encargados de trabajo, incluso aquellos a cuyas órdenes yo trabajaba, se presentaron en nuestra oficina.

Las mozas sirvientes de los ingleses entregaron la escoba y el estropajo. Las amas de cría, entregaron los niños. La brigada de los obreros de la higiene de Riotinto, ajenos a la mina, entregaron los bártulos de su trabajo al alcalde. La mina, donde de ordinario había un ruido infernal, parecía un cementerio.

En ningún pueblo de la zona minera existía alcantarillado, ni agua corriente en ninguna casa, salvo en las de los ingleses. Estos vivían aparte, en el Valle de Bellavista, lejos de la población española y circundados por una alta defensa de alambre. Los españoles se surtían de agua en fuentes situadas en lugares estratégicos, de donde las mujeres la recogían en vasijas apropiadas. Había también, en determinados lugares, unos vertederos para arrojar toda la basura del pueblo. Allí se recogía en unos tanques montados sobre ruedas que, cuando se llenaban, eran sacados a tiro de mulos. Todas las más elementales necesidades se evacuaban en casa, en un balde. Y las pobres mujeres habían de ir a vaciarlos a esos depósitos. Como los trabajadores de la higiene holgaban, a los pocos días rebosaban los tanques y la porquería corría por las calles.

El señor alcalde de Riotinto vino a ver a la comisión de huelga. Pedía por favor que autorizásemos a algunos hombres para limpiar aquello. Había peligro de epidemia.

Los autorizamos.

A los pocos días de huelga comenzó a llover, pero duro. Creo que San Pedro, encargado de las puertas del cielo, al ver holgar a los trabajadores de la higiene, se metió a esquirolo y limpió las calles con agua.

La iglesia, que seguramente desde el hundimiento de la mina a la llegada de Mr. Browning estaba dañada, con el temporal se agravó. El cura, que todo lo había confiado a la mano de Dios, encontró que el agua entraba por el techo como por una zaranda. Y héte que nos vino a pedir albañiles.

-Sí, hombre, ¿cómo no?

Este temporal fue un aliado nuestro contra la Compañía. Al decretar el paro, quedaron centenares de vagones cargados de mineral. Estos vagones son cajas de hierro descubiertas. Se llenaron de agua. El mineral de cobre es soluble en el agua y el agua cargada de cobre ataca muy rápidamente el hierro.

La huelga duró treinta y tres días. Al reanudarse los trabajos, enganchaba una máquina un tren y se iba a los enganches. Todos los vagones estaban podridos. Los millones de pesetas que esto costó a la Compañía, ésta lo sabrá. Y entonces las pesetas españolas no estaban podridas. Una valía veinticinco centavos de dólar. Hoy vale dos y medio.

La huelga se desarrollaba pacíficamente. Todos los días publicábamos un manifiesto, informando al pueblo.

Las organizaciones obreras de España, como yo temía, nos ignoraron. "España Nueva", de Rodrigo Soriano, fue el único periódico que envió a Riotinto un redactor para informar de la huelga: el camarada Romeo Lozano, que vivió junto a nosotros. De fuera de España recibimos como auxilio solidario ciento sesenta mil pesetas.

Nuestra gente sufría con heroísmo, pero la lucha se prolongaba demasiado. Nombramos una comisión para atender los casos de mayor necesidad. Entre el 20 y el 25 de Agosto, Ego resolvió ir a Madrid para hacer algunas gestiones cerca del Gobierno. Quedé encargado de la oficina. Convinimos una clave para entendernos por teléfono.

Seguía lloviendo.

Las noticias que Ego me enviaba eran pésimas. Al Gobierno de España no le importaba la cuestión de Riotinto.

Una noche, se me presentan dos compañeros en la oficina. José Carabante y Antonio Mediavilla. Venían a consultarme si sería conveniente quemar el pozo "Alicia", que era la obra más importante de toda la mina. Ponía en comunicación treinta y seis pisos de la contramina de San Dionisio. Darle fuego no era empresa fácil. La mina estaba muy vigilada. Les dije:

-Habiendo probabilidad de hacerlo, ese pozo debió haber ardidido ya. Pero sin que yo me entere. Si arde y yo sé quién lo incendió, lo denunciaré.

Salieron cabizbajos. A la mañana siguiente, el pozo "Alicia" le tostaba las barbas a San Pedro.

Nunca se pudo saber a quién o a quiénes se debió tal acción.

Las llamas del pozo “Alicia” calentaron a Madrid. Ego me informó de que el Gobierno le había hablado de ello. Él no sabía nada. Hacía muchos días que faltaba de Riotinto. Pero todo podía esperarse. Allí la situación era desesperada.

Unos días después, los ingleses quisieron explorar la mina. Colocaron en el brocal un malacate provisional y dejaron caer unas jaulas con canarios. Los canarios volvieron a subir sin novedad. Bajó un ingeniero inglés y no regresó. Al no responder a las llamadas que le hacían desde arriba, bajó otro. Y tampoco remontó a la superficie. Bajaron ocho más: siete ingleses y un español britanizado. Todos se quedaron por allá.

¡Consternación entre los ingleses! ¡Júbilo entre los españoles!

Tales somos los hijos de Eva.

Pasé una comunicación a Mr. Browning, ofreciéndole los hombres que fuesen necesarios en aquella emergencia. Ni las gracias me dio. ¡Desatentos que son los ingleses!

Repercutió también el hecho en Madrid. Ego me avisó de lo conveniente de arreciar la violencia. Fui a Nerva a ver a Emilio Demedio. Le dije lo que quería y le pregunté si contaba con él.

-Haré lo que usted quiera. Pero sin que la cosa salga de aquí hasta borrar yo todo rastro.

Allí mismo me puse a escribir. A medida que iba dando cuartillas, me decía Demedio:

-Hasta el gato de la imprenta va a la cárcel.

Terminé y le di instrucciones:

-Cuando esté listo, lo envías a casa de Serrano. Yo tengo que ir ahora mismo a Riotinto.

De paso, avisé a Serrano, que era el presidente de la sección de Nerva:

-Mañana le entregará Demedio un manifiesto que dejo en la imprenta. Me manda usted a Riotinto la mitad. Reparta los demás por aquí.

Al otro día, esperé hasta por la tarde. No llegaba el manifiesto. Fui a Nerva y en casa de Serrano estaban apilados.

-Amigo Lunar, no ha habido quien se atreva a presentarlo al alcalde.

No respondí nada. ¿Para qué?

El manifiesto estaba autorizado con mi firma. Firmé tres ejemplares y fui a ver al alcalde T. V. Se llamaba Tomás Vázquez, pero no sabía escribir

nada más que la T y la V. Nosotros le llamábamos “Troncho Verde”.

El alcalde me devolvió el ejemplar sellado que debía devolverme, y me mandó esperar.

-No le doy a usted permiso para repartir eso.

-Yo no he venido a pedirle a usted permiso. Ese permiso me lo da la ley de imprenta que rige en España.

-Al primero que vea repartir esto, lo meto en la cárcel.

-Usted puede proceder como tenga por conveniente, bajo su responsabilidad.

Me marché, se repartió el manifiesto y nadie fue a la cárcel.

Pero aquella noche, a pesar de que llovía a cántaros, la zona minera ardía. Por dondequiera se oían tiros. La guardia civil no se atrevía a salir a la calle. Fue una noche de pánico para nuestros enemigos.

Al día siguiente, en Madrid, firmaba Egocheaga un laudo con los representantes de la Compañía, poniendo fin a la huelga.

Dos días después, llegaba Egocheaga a Riotinto, enarbolando la bandera de la victoria.

Para entrar en ejecución el laudo, faltaba un pequeño detalle: la firma de Mr. Browning. Sólo que aquel día se hizo tarde. Al día siguiente, la gente iría al trabajo y él firmaría después. Insistimos en la necesidad de que firmase. Alegó que no había tiempo.

A las ocho de la noche, el jefe de la guardia civil allí concentrada, teniente coronel Don José Miralles, nos llamó a la comisión de huelga a su oficina.

Nos llamaba para felicitarnos muy cordialmente por el feliz término de la huelga. Él se felicitaba también. Nos obsequió café, pastas y licores. Estaba muy satisfecho de nuestro comportamiento, al conducir un movimiento tan importante como la huelga de Riotinto con un minimum de desorden, y con apego a la ley, lo que le había facilitado a él sostenerse al margen del conflicto.

Aquí le interrumpí:

-Aún no podemos cantar victoria, Don José. Mr. Browning no ha firmado aún el laudo. Y si no se firma esta noche, no se trabajará mañana.

-La gente ya sabe que mañana se reanuda el trabajo. Y ustedes no podrán dar contraorden.

-Entonces, ¿estamos secuestrados?

-Secuestrados no, Lunar. Tengo tantos deseos como vosotros, de que la huelga termine. Y Mr. Browning me ha asegurado que mañana firma.

-No me fío de Mr. Browning.

Agarró el teléfono y se puso al habla con la Dirección de la mina.

-Estoy hablando con la comisión de la huelga. Desean que firme usted el laudo esta noche.

-Es muy tarde. Firmaré mañana.

-¿Ve usted, Lunar?

-Mr. Browning es un sinvergüenza.

El teniente coronel tiró el teléfono sobre la mesa y me dijo:

-Mr. Browning será un sinvergüenza, pero yo soy un caballero. Y si mañana no firma, le doy un tiro.

-Prepare usted la pistola.

Encauzamos la conversación por otros rumbos.

Nos piropeamos mutuamente.

Nosotros estábamos conformes con el comportamiento de la guardia civil. Se habían ceñido al cumplimiento de su deber. Y nos hallábamos dispuestos a proclamarlo así públicamente.

-Eso no, Lunar. Si ustedes nos aplauden públicamente, van a decir que hemos sido parciales a favor de ustedes. Y eso ni es verdad ni nos conviene que se diga. Me gustaría, sí, un documento particular, en ese sentido, firmado por ustedes.

Le pedí arreos de escribir y allí mismo, con pocas palabras, redacté un documento. Al leerse al jefe de la guardia civil, quedó encantado. Lo firmamos todos y dije:

-Esto, para tener todo su valor, debe llevar el sello de nuestra organización.

Nuestra oficina estaba a cincuenta pasos de allí.

-Es verdad -asintió el jefe de la guardia civil-. Vaya usted a ponerse el sello.

Salí disparado y fui a la imprenta. En un minuto me entendí con el dueño, Antonio Rodríguez, buen amigo. Hice una octavilla con unas palabras:

*“A última hora, el Director se niega a firmar el laudo.
Nadie vaya al trabajo.*

Félix Lunar”.

Informé a Rodríguez de lo que pasaba y le encargué que hiciese circular aquello.

-Al instante estuve de vuelta en la oficina de los civiles, con el documento sellado. Don José no cabía en su uniforme.

Pasamos la noche contando cuentos triviales.

A las seis de la mañana, la central eléctrica atronaba los aires con su sirena, llamando al trabajo.

Los primeros mineros que salieron dispuestos a trabajar, tropezaron con mis octavillas. Pronto se controlaron los caminos. Se formaron grupos poco tranquilizadores. La indignación crecía en el pueblo. Nadie fue al trabajo.

Cuando Don José Miralles se percató, me hizo una pregunta:

-Pero ¿qué pasó?

-Nada -contesté- Mr. Browning no firma. Y la gente no trabaja.

-¿Cuándo hizo usted esto?

-Cuando salí a por el sello.

-Es usted el mismísimo demonio.

Aquel día firmó Mr. Browning.

Y al día siguiente se reanudó el trabajo.

El 10 de Septiembre volvió a funcionar la mina.

Un día de fiesta. En todos los rostros se leía la satisfacción, especialmente en las mujeres. La vuelta al trabajo era el fin de los trágicos días de miseria.

Aquel mismo día, en La Dehesa, aldehuela al Norte de la mina, habitada exclusivamente por mineros, se le ocurrió a un grupo de mujeres organizar un homenaje a la comisión de huelga.

No sé cómo ni dónde, requisan un penco y un pollino que no podían con las lanas. Vienen recogiendo a todas las mujeres del contorno. Son las diez de la mañana cuando llegan a nuestra oficina, en número de varios millares. Vienen formando un guirigay propio de su género. Nos sacan de la oficina poco menos que en volandas. Montan a Ego en el jamelgo y a mí en

el borrico. Por falta de cabalgadura, el resto de la comisión se ve obligado a seguarnos a pie.

Nos pasearon por Riotinto, Alto de la Mesa, El Campillo y unas cuantas aldeas. Ellas llevaban las acémilas del diestro. Y guiaban a su discreción. Donde lo creían conveniente, desde lo alto del burro había que largarles un discurso. Y allí mismo nos servían la comida, como y cuando les parecía.

Por la noche nos reintegran a la oficina, molidos y atolondrados.

Se enteran las mujeres de Nerva. Y ellas no son menos. Al otro día, ahí vienen las nervenses.

No pudieron conseguir acémilas. El alcalde y el juez se ocultaron. Llegaron tres o cuatro mil mujeres. Nos ordenaron que las siguiésemos. Frente a nuestra oficina tenía la parada el automóvil de Romerito. Y en mala hora llega éste; lo incautan con chofer y todo.

Allí no se monta nadie más que la comisión de huelga. Y mi señora, a la que también arrancan de casa y la hacen subir al coche. La primera y acaso la última vez que montó en automóvil.

Le ordenaron al chofer que tenía que ir al paso de ellas. Y no era posible. Los carros de 1912 no eran como los de hoy. El chofer se desesperaba y les decía mil disparates. Ellas reían.

A medio camino, tropezamos a "Troncho Verde", que iba a caballo para la mina. Lo hicieron apeaar. Sacaron a Ego del auto y lo subieron al caballo. Yo seguí en coche hasta Nerva.

Y me reintegré así a mi casa ¡a los treinta y cuatro días de haber salido de ella!

Todo esto se escribe relativamente con facilidad. Y se lee más fácilmente aún.

Para apreciarlo en su justo valor, es necesario haberlo vivido. Y después de vivirlo, todavía hay muchos hombres incapaces de comprenderlo. Era, no obstante, la iniciación de mi campaña de Riotinto. Tenía delante ocho largos y anchos años de pelea. ¿Cómo salí de allí?

¡He ahí la incógnita!

VII

LA LUCHA

Había terminado la huelga.

Pero la anormalidad en la vida de los mineros, que se inició el día 10 de Enero de 1910, cuando Mr. Browning llegó a la mina, subsistía.

Y, según mis informes, continúa.

A pesar de la acción "salvadora" de Franco, que al pasar por allí en 1936 con sus legiones "redentoras", eliminó a seis mil "rojos" en aras de la "libertad" y del "amor entre los hombres".

Mi "Vía Libre", que tuve que abandonar para atender a la huelga, no se volvió a publicar, por exigencias de Ego.

-Necesitamos un periódico -decía-, pero de la organización.

Hicimos "Acción Minera", dirigida por Ego.

"Vía Libre" me dejaba a mí un beneficio semanal de cien pesetas. "Acción Minera" costaba a la organización doscientas pesetas semanales.

No es posible seguir el proceso de estas cuestiones. Serían necesarios varios tomos de relatos.

Me es preciso puntualizar, no obstante, que, no teniendo yo más medios de vida que mi trabajo para darles pan a mis hijos, al hacerme cargo de la organización de la huelga me asignaron, por la misma, un jornal igual al que tenía en el trabajo. Esto es, catorce reales. A Ego le asignaron cuarenta.

Al terminar la huelga, no me dejaron volver a mi trabajo en la mina. Había un cúmulo enorme de trabajo en la organización. Además, el periódico. Y los que creaba Ego de continuo. Tuve que seguir en la Sociedad.

Yo que nunca sufrí bien un patrón, ahora tenía seis mil. Y era un “chupacuotas”.

¡Cuándo serán capaces los trabajadores de apreciar el valor de un buen organizador, si es honrado! Los mineros del carbón en Norteamérica, le pagan a su presidente, John Lewis, cincuenta mil dólares al año. No corresponde a cada minero ni veinticinco centavos al año. ¿Cuántos miles de dólares ganan más al año por la acción de Lewis? Que se disgreguen y lo sabrán.

Hay, sin embargo, trabajadores tan “águilas”, que ganan treinta dólares por semana; pero son para ellos. No como otros necios que ganan sesenta, pero tienen que darle veinticinco centavos al líder.

Íbamos capoteando la situación regularmente. Los trabajadores seguían animados. La imaginación de Ego continuaba trabajando a velocidad supersónica. Se propuso organizar una mutualidad médica, por el corte de la que funcionaba en Madrid.

A tal objeto, dispuso el viaje a la capital de España, donde había una multitud de cuestiones que resolver y adonde tenía yo que acompañarlo. Se ofrecía un pequeño inconveniente: que yo carecía de un traje presentable. Por fin un amigo sastre, de Nerva, resolvió el asunto, haciéndome en tres días un magnífico traje que le pagué ocho años después, desde América.

Nos acompañó, costeándose él mismo su viaje, un prestigioso médico de Nerva y gran amigo mío, Don Cristóbal Roncero y Piñero, incluido más tarde entre los “rojos” que Franco sacó de Riotinto.

Llegamos a Madrid.

Aún los madrileños no habían tenido tiempo de reparar el cristal roto por la bala que mató a Canalejas.

Ego tenía allí a su familia. Don Cristóbal y yo nos hospedamos en una casa familiar. Al día siguiente, visitamos la Casa del Pueblo, de reciente inauguración. Ego encontró allí muchos amigos, en el montón. La plana mayor lo esquivaba, por su rebeldía de Riotinto. Largo Caballero era el presidente de la mutualidad médica, pero Ego no lo saludó. Don Cristóbal y yo sí fuimos a verlo para recabar algunos informes de aquel servicio médico.

La influencia de Ego repercutió desfavorablemente en nosotros. Largo Caballero nos recibió con glacial indiferencia, dentro de una completa corrección. Abreviamos nuestra consulta y nos retiramos.

Madrid era para mí un nuevo mundo. Cada paso me ofrecía una sor-

presa. Los trabajadores, en la Casa del Pueblo, nos colmaban de atenciones. La lucha de los obreros de Riotinto se reflejaba allí en nosotros.

Un día fui a visitar a Nakens. Yo tenía su dirección; se la di a un cochero de punto y me llevó allá. Era un caserón enorme, de departamentos, con un patio-jardín en el centro. En la puerta, un empleado de librea me señaló el lugar, en el fondo del jardín. Toqué la puerta. Un viejito abrió un postigo. Era Pedro Mayoral, secretario de "El Motín".

-¿Qué desea?

-¿Don José Nakens?

-¡Ah! No está, mire usted, es el día de ajuste del periódico y está en la imprenta. ¿Qué quería?

-Sólo saludarlo.

-¿No podría volver mañana?

-Si puedo, volveré. No es seguro. Tengo limitado mi tiempo en Madrid,

-¿Viene de lejos?

-De Riotinto.

-¡Caramba! En Riotinto tenemos nosotros un buen amigo, Don Félix Lunar.

-Le conozco.

-¿Conoce usted a Don Félix?

Le di mi tarjeta.

De un golpe, dejó la puerta de par en par y me tendió los brazos:

-Querido amigo, Don José está aquí. Usted comprenderá. Y disculpe. Comprendido y disculpado.

Ahí viene Nakens. ¡Venerable apóstol! Alto, fornido y ágil, a pesar de sus setenta y un años. Aún debía vivir catorce más.

Me abrazó, me hizo sentar a su lado. Me abrumaba con preguntas:

-¿Qué es lo que pasa en Riotinto, querido Lunar? Los republicanos, los ferroviarios y los socialistas reclaman el honor de aquella obra.

-Es lo malo, Don José. Usted sabe lo que ocurre con la hacienda de todos. Los lobos se la comen.

Hablamos de lo humano y lo divino, casi una hora. Varias veces intenté retirarme, por no robarle el tiempo. No me dejaba:

-Usted no me roba tiempo, querido Lunar. Me lo regala. Tenía muchos deseos de conocerle.

Le hice saber mi insuficiencia cultural. Yo no había traspasado nunca los umbrales de una escuela.

-Eso le honra. Y le favorece. Tal como, desgraciadamente, está organizada la enseñanza en España, la escuela no sirve para cultivar la inteligencia de los niños. Al contrario, la atrofia. Usted conserva su inteligencia virgen, porque no han tenido la oportunidad de deformársela. ¡Cuántos señores andan por el mundo arrastrando títulos académicos, que desearían poder expresarse como usted lo hace!

Hablamos del periódico y me confesó:

-Querido Lunar, las letras son el peor comercio que hay en España. Mire - señalando el almacén-, en los lomos de esos libros hay marcado un valor superior a ochenta mil duros. No es extraño que cualquier día no se publique "El Motín" por no poder pagar la imprenta. Hace poco, hice una oferta a los libreros de España y América, rebajando el setenta y cinco por ciento. Ha contestado un librero de Cuba, ofreciéndome pagarlos a perra gorda el kilo.

Con unos recuerdos para la familia de ese librero, me despedí del Maestro hasta el valle de "Josefa".

No intenté visitar al director de "Las Dominicales". Sabía que estaba enfermo.

Tenía correspondencia epistolar con Don Ramón Martínez Sol, secretario de redacción del semanario "La palabra libre", que dirigía Don Eduardo Barriobero. Vivía en Tesoro, 7. En el mapa de Madrid vi que no estaba lejos de la Puerta del Sol. Y me dispuse a visitarlo. Iba caminando. Parado por allí, consultando el mapa, se me acercó un ciudadano.

-Dispense, señor, creo haberlo visto ayer en la Casa del Pueblo. ¿Es usted de la comisión de Riotinto?

Era Lucio Martínez Gil, presidente, a la sazón, de la sociedad de zapateros. Informado de mi negocio, me acompañó a Tesoro, 7. En la puerta nos despedimos. A los cuarenta y dos años hemos vuelto a encontrarnos. Él, en México; yo, en California.

Martínez Sol estaba aún en la cama. Era poco más de las doce.

Recibimiento cordial. Me hizo acompañarle al desayuno, que nos sirvió su señora, y me llevó a casa de Barriobero.

Tipo quijotesco el de Don Eduardo: alto y magro. Disfrutaba de una soberbia señora. Robada, según informes, a un capitán del ejército español. Ofrecí a Barriobero el acta de diputado por el distrito de Valverde del Camino. Convinimos en ello. Y fue diputado por Valverde mientras yo estuve en España.

Ego me llevó a saludar a Juan José Morato, redactor obrero de "Heraldo de Madrid". También me presentó a Antonio Viergol, "El Sastre del Campillo" de "El Liberal", ágil periodista y fecundo zarzuelero, autor de "Ruido de Campanas" y "Las bribonas", entre otras obras.

Conocía desde Riotinto a Mariano García Cortés, a la sazón de "España Nueva", de Soriano. Fui a verlo a la redacción, con Ego y Roncero.

Los críticos de teatro nos regalaron entradas para todos los de Madrid. En quince días los visitamos todos y sólo pagamos una entrada, en el estreno de "La Malquerida".

Asistí a un mitin de la conjunción republicano-socialista. Corrida de lujo: ocho oradores, entre ellos Pablo Iglesias. Excepto él, todos académicos y, excepto Juan Salvatella, a cuál más malo como oradores.

Allí vi por primera vez volar un aeroplano. Un aviador francés, Domenjoz, uno de los primeros que murieron en la guerra del 14, dio en aquellos días una exhibición.

No recuerdo por iniciativa de quién, se ofreció a Ego la tribuna del Ateneo para dar una conferencia sobre Riotinto. Y aceptó. Como atrevidos, los hay. Puesto que la cuestión de Riotinto era un tema de actualidad palpitante, el Ateneo se llenó hasta los topes.

A Ego lo presentó Don Adolfo Buylla, hombre corto, pero ancho, con más traza de cargador de muelle que de catedrático. Llegó a la tribuna como llegan los miuras a la arena. Avanzó hacia el público y, más que un saludo, pareció dirigirnos una reprimenda:

-No vengo a presentar a Egocheaga. Egocheaga tiene suficiente nombre en toda España para no necesitar que nadie lo presente. Aquí le tenéis.

Y apareció Ego.

No estuvo mal. La gente le oyó complacida y le aplaudió muchas veces. Acaso a quien menos gustó fue a mí, único que podía juzgar lo que él decía. Fue un mitin de propaganda.

Aquella noche conocí a Besteiro. Tipo opuesto al de Buylla: alto, flaco, señorial.

Por mediación de un amigo cuyo nombre nunca supe, conseguimos una audiencia del jefe del Gobierno, Don Eduardo Dato. Ego y yo fuimos

recibidos en su despacho oficial.

El señor "Vaselina" –así llamaban los madrileños a Dato, por lo suave- se presentó en el despacho donde ya lo esperábamos. Era un hombre alto, flaco y *sin pelo de tonto*; ni casi del otro.

Simultáneamente nos tendió las manos, una a cada uno. Hizo sentar a Ego en la presidencia. Y arrastrando dos sillas al centro de la habitación, se sentó en una y me hizo ocupar la otra a su lado.

A título de minero, se me otorgó la preferencia para informar, pidiéndome Dato que apareara el tratamiento. Sólo Don Eduardo. Y a Don Eduardo hablé. Pero le hablé en mi idioma y le dije la verdad monda y lironda. Sin retórica, sin eufemismos, como yo siento y puedo decir las cosas. Y como rara vez se habla en las alturas.

Don Eduardo se hacía cruces. Estaba asombrado.

-Eso no puede ser, señor Lunar.

-Esto es el evangelio. Yo no vengo aquí a mentir. Usted puede comprobar cuanto digo.

-¿Cuándo se va usted a Riotinto?

-Cuando usted lo ordene.

-Espere usted aquí. Ahora mismo voy a llamar a Mr. Browning. Quiero que lo que usted me ha dicho lo repita ante él.

-Con mucho gusto, Don Eduardo. Pero le prevengo a usted que Mr. Browning no se pone ante mí.

-Soy el jefe del Gobierno de España, Sr. Lunar.

-Lo sé. Y Mr. Browning es Mr. Browning.

Dimos por terminada la audiencia. Al siguiente día, toda la prensa de Madrid publicó la noticia de que el jefe del Gobierno había llamado a Madrid al director de Riotinto.

Dos días después, llegó a Madrid Mr. Browning,

Pasaron dos más y a mí no se me llamaba. Entonces fui a ver a Dato. Me presenté solo y me recibió con "vaselina".

¿Qué hay, señor Lunar?

-Es lo que yo vengo a preguntarle a usted. Ya sé que está en Madrid Mr. Browning....

No me dejó acabar:

-No me hable usted de eso, Lunar.

-No tengo de qué otra cosa hablarle.

-No me hable usted de eso.

-A las órdenes de usted.

Y me retiré.

Dos días después llegábamos a Huelva la comisión gestora de la mutualidad, aumentada con la señora de Ego y una niña. Su hija.

Al bajar del tren, en la estación de Huelva, se me acerca un individuo:

-¿Sr. Lunar?

-Servidor de usted.

Se identificó. Era un auxiliar de la secretaría del Gobierno Civil. Venía de parte del Sr. Gobernador a preguntarme qué había pasado en Madrid

-Deben haber pasado muchas cosas, pero yo no sé nada.

-Hoy ha hablado el jefe del Gobierno con el Gobernador, por teléfono y le preguntó: *¿Ha llegado a Huelva ya ese bacín de Mr. Browning?* El Gobernador cree que ha ocurrido algo serio entre ellos. Y sabiendo que usted venía de allí, suponía que pudiese saber algo.

-Pues dígame usted al Sr. Gobernador que lo que yo sé hace mucho tiempo es eso: que Mr. Browning es un bacín.

Llegamos a la mina. Ego, con su familia, se estableció en Nerva definitivamente. Yo volví a mi trabajo.

Esperaba que no me dejaran comenzar.

De momento, ni una palabra.

Un día surgió un mínimo incidente. Los saneadores, en el mismo trabajo teníamos un chozo, elaborado por nosotros, donde pasábamos el tiempo que nos dejaba libre el saneo. Allí preparábamos nuestra comida. Y para recoger nuestros útiles, cada uno teníamos una taquilla.

El cargador del banco, "Sardilla", un infeliz, buena persona y amigo de todos nosotros, pues por razón del trabajo éramos sus guías y auxiliares, necesitó unos papeles y fue a buscarlos a nuestro chozo. Registró en la taquilla de Carlos, uno de los compañeros, de extracción extremeña y "cerrado" como él solo. Aquello le pareció un abuso a Carlos y formó el escándalo hache.

Aquel día, Carlos se fue para su casa a las doce y yo me quedé a trabajar por la tarde. A falta de mejor ocupación, me entretuve en pintar dos muñecos en la taquilla de Carlos, a propósito del incidente, y le puse debajo esta leyenda:

*Si me tocas la taquilla,
te rompo las costillas.*

Los compañeros que habíamos quedado, celebramos la ocurrencia. Pero yo, curándome en salud, fui a ver al encargado, Ramón Narro, y le dije:

-Algún travieso muchacho de la limpia (escogedores de plata entre el cobre) ha pintado unos muñecos en la taquilla de Carlos, a propósito del escándalo que formó esta mañana. Sería bueno borrarlos.

Ramón, Celedonio y Soto, encargados del banco, vinieron a verlos y se rieron de lo lindo. No quisieron que se borrara.

-Carlos va a formar mañana otro escándalo.

-Déjalo que berree.

No se borró nada y Carlos berreó.

A la mañana siguiente, Carlos echaba chispas. Fue a ver al encargado. Narro, haciéndose el nuevo, fue a ver el cuerpo del delito, con los demás cofrades. Se reanudó el pitorreo. Carlos, hecho un energúmeno, se fue a la oficina a ver al jefe. Mr. Henry Debry, en primera vista, sentenció:

-Averígüese quién es el autor de la fechoría y póngansele cuatro días de multa.

Ramón vino a verme.

-Mira la broma. El gahnápiro ese, fue con el cuento a la oficina y Don Enrique ordena cuatro días de castigo al autor. Así es que te quedas cuatro días en casa.

-Pero ¿yo voy a pagar los vidrios rotos?

-Bueno, todos conocemos al autor. Así es que no hablemos más. Yo te compensaré.

-Entonces quiero cuatro días más. Iré a mi pueblo a visitar a mis padres.

Me los dieron.

A Carlos se le cayó el alma. En su pobre magín no había podido creer que yo fuera el perjudicado. Me consta que me estimaba. Naturalmente, yo no tomé nunca en cuenta el percance.

Me fui al pueblo. Pero como ya era un líder, no fui andando como había ido antes. Salí de Riotinto a Huelva y de allí, por la línea de Zafra,

a Almonaster-Cortegana, la estación más inmediata a mi pueblo, distante dos leguas y media. En la estación tomé un coche que hacía el servicio a mi pueblo, por el módico precio de una peseta. Fui el único viajero.

Naturalmente, yo había perdido el pelo de la dehesa. Iba regularmente trajeado, gracias al amigo sastre de Nerva. Llevaba mascota, corbata, reloj y bigote. También portaba un abrigo, aunque prestado. No me dejaría mentir mi amigo Feliciano López Cabrera.

Teníamos que pasar por Cortegana, donde hacía algún tiempo estaba establecido mi querido maestro Don Miguel Lobo. Al llegar a Cortegana, me dijo el cochero:

-Señor, vamos a parar aquí una hora. Si tiene algo que hacer...

-Sí, voy a visitar a un amigo. Estaré aquí a tiempo. En todo caso, espéreme.

Llegué a la botica. Don Miguel estaba despachando a una cliente. Cuando terminó, se dirigió a mí:

-¿Qué desea usted?

-Don Miguel, ¿no me conoce?

-Para servirlo.

-¿Ya no se acuerda de Félix?

Vi subir la emoción en aquel hombre, la cual brotó de sus ojos, en forma de lágrimas. Me abrazó fraternalmente. Casi no podía hablar. Adiviné el cúmulo de trágicos recuerdos por los hechos que habían provocado su salida de Aroche, recuerdos que mi presencia le aglomeraba en el espíritu.

-¿Cómo podría reconocerte, Félix? ¡Nunca te hubiese conocido!

Fue aquel uno de los muchos momentos emocionales que he vivido. Atropelladamente nos referimos nuestras tumultuosas vidas. Él tenía escritos un montón de papeles que valían un tesoro y que seguramente se habrán perdido.

Llegó el momento de la despedida y Don Miguel salió conmigo a la puerta. En esto se presenta Justo Torcejón, paisano y pariente mío. Había venido a Cortegana a vender dos cargas de carbón que ya había realizado. Traía el tizne hasta en las orejas. Me abrazó y me puso hecho un calamidad. Es seguro que, para limpiarse el gatzate, se había tirado unos cuantos vasos de vino. No sabía cómo demostrarme su aprecio. Tomaríamos juntos unos vasos e iría al pueblo con él. Para eso tenía allí dos borricos.

Yo, agradecidísimo, pero tenía el coche pagado.

-¡Qué coche ni qué ocho cuartos! Tú te vienes conmigo.

Salió Don Miguel en mi defensa. Protestó mi pariente:

-Don Miguel, yo a mi primo lo he querido siempre y he reñido en el pueblo con aquellos tales por cuales, que lo critican.

-Mira, Justo –intervino Don Miguel –, el Gobierno de España debería promulgar una ley prohibiendo a los arochenos³¹ pronunciar el nombre de Félix Lunar con el sombrero puesto. Hombres como Félix, salen de Aroche uno cada siglo.

Con la ayuda de Don Miguel, me libré de Torcejón.

Y me despedí del farmacéutico. Por última vez.

Como mi padre continuaba en “El Álamo” y la carretera pasaba junto al cortijo, allí me apeé. Y allí pasé mis vacaciones. Un día fui al pueblo a dar un vistazo. Hacía camino la calle del Santo donde vivía mi ex-novia Laureana Cuaresma. Y por allí entré. Estaban sentadas a la puerta de la casa, la madre y la hija. A pesar de mi disfraz, la hija me conoció pronto y salió a mi encuentro. La vi contenerse para no abrazarme. Me tendió ambas manos. Y en un segundo nos dijimos una historia. Sin soltarnos las manos, llegamos adonde estaba la madre hecha una pazguata, con ojos y boca de par en par. La saludé.

-¡Ay, yo bien! –me contestó- Y ¿usted?

-Pero, madre, ¿no conoce a este hombre?

-No hija, no lo conozco.

-¿No conoce usted a Félix?

-¡Ay, Félix, hijo! ¿Cómo te había de conocer? ¡Estás muy cambiado!

Tuve que librarme de un abrazo. Y sentí deseos de estrangularla. No me senté. Iba de prisa. La hija no me dejaba marchar. ¡Las ganas que tenía ella de alguien que la llevase a Riotinto!

Me escapé. Poco más adelante, en la misma calle, estaba el Centro Obrero. Allí vivía aún la Sociedad “El Alba”, mi “abecedario” social.

No me dejaban andar. Iba de sorpresa en sorpresa. Todo eran parabienes. Me dolía la mano. Mi paisano Antonio Garfia, que la primera vez que nos conocimos casi nos rompemos la crisma, me recibió como a un amigo de toda la vida. Me llevó a su casa, me presentó a su señora y me hizo cenar con él. De profesión carpintero, era un tanto aficionado a las letras. Tenía escrito un libro, “Jaras y Adelfas”, que aún estará inédito. Me lo dio. Me lo

31 En el original pone “arochano”. Debe de ser un error, pues el gentilicio de los habitantes de Aroche, cultamente es “arucitanos”, y normalmente “arochenos”, que es lo que debería poner. También mucha gente nos llama, “arochefios”.

dio para que lo leyese y le diese mi parecer. ¡Tanto honor para mí!

Estuve dos días en el pueblo. Salí mareado. Volví a "El Álamo". Mi querido padre me llevó a la estación en su yegua y me reintegré a Riotinto.

Nada anormal. Mr. Browning tragaba bilis. La procesión iba por dentro.

Yo, en los ratos de descanso, le ayudaba a Ego, quien seguía con la organización de la mutualidad médica, que había de ser la ruina del Sindicato, y lanzando tiradas enormes de "Acción Minera" que no se vendían, pero que había que pagar.

Pasaron muchos meses sin que a mí me molestaran en la mina. El ambiente era de intranquilidad. Vino un nuevo encargado a mi trabajo: el tío Agustín Requejo, hombre maduro, de extracción gallega como la mayor parte de los encargados de Riotinto. Buena persona, pronto fuimos amigos.

Un día trabajaba yo con intenciones "non santas". Desde lejos me observaba el capataz mayor, José Guerra. No realicé mi propósito, pero Guerra, que había comprendido mis intenciones, vino y con justicia me riñó. Negué los motivos de la riña. Cuestionamos y lo mandé a freír espárragos. Cosa impropia, a lo que creo, para un capataz mayor, porque me dijo:

-Bueno, mañana te quedas en casa.

-Está bien.

Esto ocurrió por la mañana, en el turno de las ocho. Aquella tarde, poco antes de terminar la faena, vino a verme el tío Requejo.

-¿Qué te pasó esta mañana con Guerra, Félix?

-Nada.

-Me dijo que te había castigado por un día.

-Sí, pero eso no es nada.

-Él quería que fueses a pedirle que te quitase el castigo.

-Pero yo no voy.

-Me dijo que vengas mañana.

Y vine.

Pocos días después, trabajando otra tarde con el tío Requejo, llegó otro capataz mayor y los tres, en amigable compañía, nos sentamos a char-

lar. El tío Requejo sacó a colación mi incidente con Guerra y yo le dije:

-No sería la primera vez que me castigan. Ya Agustín –era el tercero- me castigó una por cuatro días.

-¿Yo? ¿Cuándo? Yo no te he castigado nunca.

Le recordé el caso de los muñecos de Carlos y denegó:

-Eso no fui yo. Fue Don Enrique. Yo sólo vine a traer la orden. El tío Requejo quiso enterarse:

-Pero ¿qué fue eso, Félix?

Le informé.

-Pero ¿tú por qué pintas nada? ¿No sabes que en España, a los artistas, en lugar de premiarlos, los castigan?

No se hizo esperar mucho el mensaje de Mr. Browning para mí. Un día, al filo de las doce, se presentó un niño en el trabajo, en mi busca. Don Enrique quería verme. Me personé en la oficina y me anunció el “pinche” que estaba en la puerta.

-Que aguarde usted un momento.

Pasaron quince minutos y me llamaron. Al entrar en la oficina, encontré a Don Enrique sentado en su despacho. No podía disimular la nerviosidad. A su vera estaban sentados los dos capataces mayores del departamento, los hermanos Narro. Y a los extremos, haciendo fila con ellos, dos guardias civiles, de pie, con el barboquejo caído y los fusiles en su lugar descanso. Saludé y pregunté:

-¿Para qué soy llamado aquí?

Don Enrique, tartamudeando contestó:

-Muchacho, usted no puede trabajar.

Forzando una sonrisa, le repliqué:

-Llevo siete años en la mina. Siempre pude trabajar. Hoy me considero con tantas facultades como el primer día.

-Bueno, pero usted está procesado.

-Sí, pero no por motivos deshonorosos. Y sé que hay altos empleados de la Compañía que están procesados por estafadores y siguen en su trabajo.

-Bueno, son cosas del Director.

-Nada tengo que objetar. ¿Tiene usted queja de mi trabajo?

-Tengo de usted los mejores informes.

-Pues a la orden de usted.

Me dispuse a retirarme.

-Espere, muchacho. Aguarde ahí afuera.

Agarró el teléfono y se puso al habla con la Dirección. Yo, desde afuera, entendía algunas cosas en mi defensa.

Don Enrique me mandó por fin entrar. Tenía cara de pascuas.

-Usted va a su trabajo. Y puede continuar.

-Muchas gracias, Don Enrique.

Cuando volví al trabajo, lo mismo los compañeros que los encargados estaban de moco caído. Hubo casi un coro de “¿qué fue?”.

-Nada, somos amigos.

-Pero ¿no te han dado la cuenta?

-No.

Se resistían a creerlo.

Trabajé unos meses más y se repitió la escena, sólo que ahora sin civiles. Don Enrique me dijo que lo sentía, pero que no podía hacer nada. Eran cosas del Director.

Mi gente bufaba en Nerva. Había que repetir la huelga. Me opuse resueltamente. El motivo no valía tal sacrificio: la gente aún no estaba repuesta y nos exponíamos a fracasar.

-Yo me marchó, y en paz.

-Eso nunca. Te haces cargo de la oficina y se te señala un jornal.

Acepté, como mal menor. Me señalaron setenta y cinco pesetas mensuales. Y quedó a mi cargo la oficina y el cobro. El tesorero me entregaba los talonarios con seis mil cupones. Quedaba yo atado a la silla, esperando que los asociados vinieran a pagar. A fin de mes liquidaba con el tesorero. Por cada cupón vendido, tenía que entregar una peseta. Los cupones no podían parir, pero era fácil perder alguno, el cual había que restar de las setenta y cinco pesetas de mi sueldo.

Ego trajo dos peones de brega más, de Madrid: Luis Fernández Mula y Agustín Marcos Escudero.

Fernández Mula era estuquista y había sido secretario de la sociedad de albañiles, en Madrid. Buen orador y buena persona.

Marcos era marmolista, de la escuela de Benlliure. Mejor orador y también buena gente.

Ambos han muerto en México. Sea este recuerdo mi sincero homenaje a su memoria.

Progresaba la organización de la mutualidad médica. Y se sucedían las asambleas y los mítines públicos en toda la zona minera, desde Nerva a Zalamea la Real. Especialmente en Nerva, donde disponíamos de los mejores medios, gracias a la plaza de toros. Y ahora teníamos tres primeras espadas.

Por entonces hizo su aparición, en Nerva Don Eduardo Barriobero y Herrán, aunque con la oposición de nuestros mentores, que querían el distrito de Valverde para un socialista. Barriobero era republicano federal.

No tuvieron razones para convencernos. Nosotros necesitábamos un abogado como Barriobero, para pelear contra la Compañía de Riotinto, que tenía a su servicio a ocho de las primeras figuras de la política en España, a los que pagaba cuarenta mil pesetas anuales por barba.

Además, el distrito de Valverde no es tan sólo las minas. Fuera de la zona minera quedaban doce pueblos de inveterada tradición caciquil, donde era necesario presentarse con un nombre prestigioso para luchar con probabilidades de éxito. Ese nombre era el de Barriobero. Y Barriobero fue nuestro diputado.

A fin de poderse formar una idea aproximada de la magnitud del trabajo realizado por cuatro *pelagatos*, horros de todo valimiento, para pelear y vencer contra la influencia todopoderosa de la Compañía de Riotinto y el tradicional y no menos poderoso caciquismo de aquellos pueblos, es necesario gastar allí una vida. Y tener ojos para ver y oídos para oír.

No todos los ojos ven y no todos los oídos oyen.

A medida que crecían nuestras actividades, crecía la necesidad de un local más amplio. Y compramos una casa, que sería la Casa del Pueblo.

No teníamos dinero. Para Ego, "peccata minuta"....

Tratábase de un regular edificio de dos pisos. La planta baja, con un amplio salón, sería Centro Obrero. Arriba, la Clínica. Detrás tenía un patio, con un pozo y una accesoria, que podía utilizarse como vivienda del con-

serje. Se compró la casa en trece mil pesetas, a pagar.

La planta baja se cedió al compañero Manuel Mendoza, que estableció allí el Casino Obrero. El segundo piso se habilitó para la clínica; allí, Fernández Mula derrochó su arte de estuquista. Una salita de consultas, otra de operaciones y dos habitaciones con dos camas. Era lo mejor que se conocía por allí.

Pusimos un retrete en el patio, con “water closet”. Además, una pompa en el pozo y un tanque en lo alto del edificio, que llevaba el agua por tubería hasta donde hacía falta.

La accesoria me la cedieron a mí como vivienda, teniendo mi señora que hacerse cargo de la limpieza de la clínica y del cuidado de los enfermos cuando los hubiese, sin más retribución.

Los primeros días, aquello era un jubileo. El tanque del agua, que había que pompear a mano, estaba siempre lleno. Y el retrete, siempre ocupado. Era una novedad. Pronto se cansaron. Y si yo no pompeaba, el tanque estaba seco.

Don Cristóbal, que era gaditano, comisionado por Ego se fue a Cádiz y nos trajo una pollada de médicos. En Nerva se quedaron tres: Don José Martínez Calderón, Don Ángel Valmiza y Don Victoriano Acosta. Otros tres fueron a Riotinto, dos a Campillo y dos a Zalamea.

Muchos de estos médicos eran furibundos anglófobos y pusieron por condición, para venir a Riotinto, que no habían de verse obligados a tener género alguno de tratos con los ingleses. Nosotros les pagábamos cincuenta duros al mes, a cada uno. A los pocos meses, la mayoría abandonó nuestro servicio y se fue con los ingleses precisamente, porque pagaban más.

A mí con la venida de los médicos, si no el sueldo, se me aumentó el trabajo. Mi nueva obligación era recoger por las mañanas los avisos de los enfermos y, clasificados por distritos, entregar a cada médico los que le correspondían.

Eran cuatro distritos. Los tres quintos y Don Cristóbal. Para avisar al médico, los asociados tenían que presentar su abonamiento en regla. El reglamento de la mutualidad estipulaba que el socio que dejase de pagar tres meses seguidos perdía todos sus derechos al servicio. Y, entrando nuevamente, no tenía derecho a él en tres meses.

No era extraño, pues, que se presentase una señora con cuatro o cinco meses al descubierto.

-Señora -le advertía yo-, usted no tiene derecho al servicio. Hace muchos meses que no paga su cuota.

-¡Ay, Lunar, que no he podido! Tú sabes que yo...

Cuentos, lamentaciones, lágrimas.

Yo, en cumplimiento de mi deber, no podía oírla. Salía a la calle hecha una fiera: yo era un sinvergüenza y un chupacuotas que estaba engordando por cuenta de los trabajadores.

Otra, al entregarme el aviso, manifestaba:

-Pero mira, yo quiero que vaya a mi casa tal médico.

-Señora, los médicos tienen sus distritos señalados. Y cada uno va donde le corresponde.

-Pues no quiero al que va a mi distrito.

Otro toreo para el "sinvergüenza" de Lunar, que no quiere hacer lo que a los socios se les antoja.

De vez en vez, se presenta una señora o un señor. Pone sobre la mesa el carnet y el importe de cinco o seis meses que debe. Cuando he puesto los sellos correspondientes y recogido el dinero, dice:

-Ahora, apúntame al médico.

VIII

LA CÁRCEL

Una noche, la del 25 de Diciembre de 1915, como en noche de Navidad estaba yo tranquilamente en mi casa con mi mujer y mis hijos. Eran pasadas las ocho, cuando se presenta Mayorga, alguacil del juzgado.

-Lunar, el señor juez dice que haga usted el favor de ir al juzgado. El juez era Don Manuel Vilches, médico además de la Compañía, Me presenté.

-¿Qué desea el señor juez?

-Lunar, lo siento, pero tengo que meterlo a usted en la cárcel.

-De saberlo, no vengo.

Fui a la cárcel.

Como mi casa estaba casi frente de la cárcel, al poco rato mi mujer me trajo algún equipo para hacer la cama.

Allí estuve ocho días. Nadie se ocupó de mí. Comí porque mi mujer me llevó la comida de mi casa. A los ocho días llegó Mayorga y me abrió la puerta.

-Ya puede usted salir, Lunar.

Traté de ver al juez para que me diese alguna explicación.

Inútil.

Al día siguiente fui a Valverde a ver al juez de instrucción, Don Julio Arcilla Ereito. Al Ovejero ya lo habían corrido. Conté mi caso a Don Julio. Él no sabía nada, pero lo que yo le comunicaba era un disparate. Así no se podía atropellar a un hombre. No lo creía.

-Lo que yo le digo a usted es el evangelio. Y para que usted lo crea, ahora mismo presento una querrela por comparecencia, contra ese juez, por abuso de autoridad en mi perjuicio.

-Porque usted lo afirma, Lunar, lo creo.

-Si usted no lo cree, retiro la querrela. No tengo otro interés que informarle a usted de la conducta de sus subordinados.

Y ahí terminó el caso. Hasta hoy.

No había pasado mucho tiempo, cuando recibo un telegrama del juez de Valverde, llamándome con urgencia.

Me presenté en el juzgado. En la puerta, el alguacil, sobradamente conocido. Nos saludamos.

-¿Don Julio?

-Ahí está.

-Anúncieme. Me ha llamado.

Desde la calle oí la voz del juez:

-Lleve a Lunar a la cárcel.

Y fui a la cárcel. Era sábado, en las primeras horas de la mañana. En la cárcel había dieciocho hombres. Todos jóvenes. Ninguno llegaría a los cuarenta años. Al entrar yo, noté caras de sorpresa en aquella gente.

-¡Un señorito en la cárcel! –les oía comentar a hurtadillas.

Ellos tenían la arraigada convicción de que la cárcel era sólo para los pobres. Yo, vestido regularmente, con mascota, corbata, reloj, bigote y abrigo, debía ser rico. Los veía recelosos. Temían alguna añagaza, no sin razón.

Sabía que al día siguiente, domingo, vendría el cura a decir misa, pues en las cárceles de España podrá faltar un día el rancho, pero la misa del domingo ¡ni pensarlo! El cuerpo de un preso se puede moler a palos, pero el alma hay que tratarla con la consideración debida. Yo no estaba dispuesto –ni lo estoy- a oír misa y pedí al carcelero arreos de escribir. Dirigí al juez un oficio por el tenor siguiente:

“Por incompatibilidad con mis creencias, hace tiempo estoy apartado de todas las prácticas de la religión católica; por tanto, exijo que se me exima de la obligación de oír misa”.

A la mañana siguiente, antes que el cura, entró el carcelero. Y, con cara

de pocos amigos, me llevó al cuarto de las ratas. Cuando salía el cura de la cárcel, salí yo del encierro. Al quedarnos los delincuentes solos, aquellos desdichados, con la sorpresa pintada en el rostro, me rodearon.

-¡Cómo! ¿A usted no le obligan a oír misa?

-No pueden obligarme, queridos amigos.

-Pues a nosotros nos obligan.

-Porque no habéis sabido hacer valer vuestros derechos.

Principiaron a tomarme confianza. Yo debía saber todas las cosas. Me abrumaban con preguntas. La mayor parte llevaban cuatro o cinco meses detenidos. No tenían abogados ni nadie que se ocupase de ellos, ni sabían el estado de su causa. A uno, que tenía cara de infeliz, le pregunté:

-Y tú ¿a cuántos has matado?

-Yo, señor, tuve unas palabras con un vecino, por causa de unas cabras que pasaron la linde. Aunque no hubo daño, como el otro es rico, me acusó a la guardia civil. Me trajeron aquí hace cuatro meses y no sé hasta cuándo.

-Dígame usted la verdad de lo que le haya pasado; acaso yo pueda hacer algo por usted.

-La verdad es lo que le acabo de contar. No hay nada más.

Pedí al carcelero pluma y papel y dirigí al juez una comunicación del tenor siguiente:

“Señor Juez de Instrucción de Valverde del Camino.

Señor:

Como mejor corresponda en justicia, comparezco ante usted para exponerle que:

Fulano de Tal, natural y vecino de tal parte, mayor de edad y de estado casado, está detenido en esta cárcel desde tal fecha, por causa que, en el caso más desfavorable, no amerita como condena el tiempo que lleva sufrido en prisión preventiva.

Por lo que es de justicia otorgarle su libertad.

Dios guarde a usted.

Desde la cárcel, a tantos de tantos.

Félix Lunar”

Mandé mi escrito al juez. Quince minutos después, el carcelero llamaba al individuo en cuestión, quien recogiendo su equipo salió a la calle.

Para mis compañeros de pupilaje, aquello era un milagro.

-Si usted quisiera hacer el favor...

Y principié a hacer favores. Al tercer día de estar yo en la cárcel, habían salido nueve. Al noveno, me envió el juez un papelito que decía:

“Lunar, no me pida usted más libertades, que no las concedo. Me va usted a dejar la cárcel vacía”.

Se lo leí a mis compañeros. Y no hubo más oficios. Todavía escribí al juez, diciéndole:

“Señor: debería ser para usted motivo de satisfacción, al par que honra para el distrito, tener la cárcel vacía. En todo caso, si aquí debe haber alguien, no son precisamente los que están”.

No obtuve respuesta.

El próximo sábado, antes de que volviese el cura, me echaron a la calle. Mis amigos y compañeros de prisión me despidieron con sentimiento. Yo, aunque lo intenté, no pude ver al juez. Ni hasta hoy he podido saber todavía porqué estuve ocho días en la cárcel.

Don Antonio Cano Ragio era un oficial de la guardia civil, comandante del puesto de Riotinto. Tendría unos treinta años, alto, fornido, un magnífico ejemplar para tirar de un carro.

Un día, gallardeando por las calles del pueblo con un brioso caballo, atropelló a una niña. La maltrató bastante. Se llegó a pensar que moriría. Afortunadamente, no fue así. Después de unos cuantos meses de hospital, la niña regresó a su casa. Era hija de un trabajador y las autoridades no se enteraron de nada. El padre de la niña ¡cómo acusar a un jefe de la guardia civil!

Sotto voce, todo el pueblo acusaba al oficial. Pero el miedo, la ignorancia, los intereses creados, imponían silencio.

Yo le acusé públicamente. “España Nueva”, de Rodrigo Soriano, publicó un artículo censurando la salvajada, autorizado con mi firma. Llegó la cosa al Ministerio de la Guerra y me procesaron por la ley de jurisdicciones, acusado a mi vez de desacato a la fuerza pública. Comparecí ante un tribunal militar y sostuve mi acusación.

La niña estaba en Riotinto. Para seguir mi proceso, había que revolver la charca. Y el tío salía enlodado. Se echó tierra y no pasó nada. Pero al tío se le quedó clavada la espina. No me conocía personalmente y manifestó deseos de conocerme.

Andaba yo un día de parranda por Riotinto, con Ego y otros cuantos amigos. Al final de la calle de la Huerta hay una plazoleta. Allí está la entrada a la estación del ferrocarril. Al lado opuesto había una barbería. Ego entró para arreglarse; yo y los amigos que nos acompañaban hicimos corro en la plaza, para esperarle. En la puerta de la estación estaba parado un guardia municipal. Por la calle de la Huerta venía el teniente Cano, quien pasó entre el municipal y nuestro grupo.

A pasar, el municipal le dijo.

-¿No quería usted conocer a Lunar? Ese es.

Al oírme nombrar, volví la cabeza y vi al cipayo señalándome con la mano, al tiempo que nos encontrábamos frente a frente el guardia civil y yo.

Por señas, el oficial me llamó con la mano. Me acerqué.

-¿Qué deseaba usted?

-¿Cómo se llama?

- Félix Lunar López.

Con una sonrisita mefistofélica y restregándose las manos, el oficial aclaró:

-Nada. Deseos de conocerle.

-Muy reconocido.

Y le volví la espalda.

No había dado dos pasos en dirección de mi gente, cuando el tío me grita:

-¡Oiga usted, no se ría de mí! ¡De mí no se ríe ningún hombre!

Me volví pausadamente y le contesté:

-Tengo educación bastante para no reírme de nadie. Y menos, de usted en esta ocasión, pues maldita la gracia que me ha hecho.

El tío se vino sobre mí.

Lo esperé, tranquilo. Los amigos que me acompañaban, rápidamente se pusieron a mi lado. El oficial no vio la cosa muy favorable y comenzó a retirarse, sin dar la espalda.

En la barbería se percatan y le dicen a Ego:

-Lunar cuestiona con el teniente Cano.

Salta del sillón con la cara enjabonada y el paño colgado y desde la puerta me grita:

-¡Lunar! ¿Qué pasa?

-Nada. Ya pasó.

Ego traía el revólver en la mano.

-¡A ese hijo de tal –profirió- le voy a dar por cuanto...!

Le sujeté.

El tío, a veinticinco o treinta pasos de distancia, nos estuvo mirando. Nos perdonó la vida y se fue.

Nuestras dificultades con la Compañía, continuaban. Acrecentadas por las que nos creaba constantemente el servicio médico. Antes de un año, habían desertado la mitad de nuestros doctores, pasándose al campo de la Compañía. Esta, naturalmente, no los necesitaba. Los admitía por crearnos dificultades.

De otro lado, la inconsciencia de los trabajadores abusaba, ya que llamar al médico o ir a la botica nada les costaba.

-Para eso pagamos la cuota –alegaban.

Como nuestras entradas se limitaban a la mísera cuota de dos pesetas mensuales por asociado, no siempre pagadas a tiempo, la bancarrota no se hizo esperar. Nos vimos forzados a suspender el periódico, que era muy necesario, pero que nos costaba un dineral.

Lo más doloroso fue que perdimos la casa. Rentamos otra, contigua a la que dejamos. Era mejor, más amplia, pero no nuestra.

De Egocheaga, que es escaso de cuerpo y tenía el pelo rubio –hoy lo tendrá blanco- había dicho alguna vez Mr. Browning:

-¡Si ese hombre parece una chinche!

Al faltar “Acción Minera”, de esa frase hizo Ego estandarte y creó “La Chinche”: un semanario suyo, pequeñito, pero que levantó roncha.

Pronto tuvo dificultades Ego con la justicia y lo desterraron de la zona minera. Se radicó en la capital.

Y siguió una epidemia de destierros. En poco tiempo salieron expulsados de Riotinto, por sentencia judicial, Antonio Serrano, Agustín Marcos, Clemente Gil y Andrés Niebla, entre otros. Luis Fernández Mula, halado por *su Juliana*, se fue a Madrid.

Quedé en puerta para la deportación. La plana mayor del Sindicato también quedó en cuadro: Rafael Pelegino, Feliciano López, Francisco Pérez, yo y algún otro de segunda fila.

Al marcharse “La Chinche”, creé yo “La Picota”. No era del Sindicato. Era sólo y exclusivamente mía. Hizo furor. Y me dejó casi un proceso por semana. Aún la añoro. Su colección me acompaña.

Así y todo, se publicaron ochenta y siete ediciones.

Desde 1914, habíamos intervenido en las cuestiones políticas y teníamos las minorías en todos los Ayuntamientos de la zona minera. Algo que pocos años antes habría parecido imposible. En la zona minera de Riotinto, desde que en 1873 la Compañía inglesa sentó sus reales en la provincia de Huelva, alcaldes, jueces, guardias municipales y todos los empleados de los Ayuntamientos los nombraba el director de la Compañía.

Yo, hasta 1916, había podido librarme de figurar en el Ayuntamiento. Tenía sobrados cargos. Pero en las elecciones de 1916 no pude excusarme. Y ese año conquistamos las mayorías en todos los Ayuntamientos de la mina.

Como los alcaldes eran nombrados de real orden, dicho se está que todos eran lacayos de la Compañía. Y la perturbación en la administración municipal era completa.

El Gobierno de España, no sabiendo qué hacer y por hacer algo, envió a Riotinto a un delegado gubernativo, Don Leopoldo Romeo, del Instituto de Reformas Sociales, para que informara. Al llegar a Riotinto Don Leopoldo, quien seguramente desde Madrid traía mi nombre en cartera, me llamó.

Fui a verlo. Me recibió muy cortésmente. Era un hombre de alrededor de los cincuenta años. Carácter afable. Me explicó el motivo de su venida a Riotinto. Deseaba ver todo lo que pudiese ver. Y oír a todo el que tuviese algo que decirle. Prometía absoluta imparcialidad.

-He querido oír a usted el primero –manifestó.

Le hablé una hora larga. Él se limitó a oír. Algunas veces abría los ojos desmesuradamente y reflejaba la duda en su rostro.

-Pero, señor Lunar, ¿eso que usted dice es tremendo!

-La realidad en Riotinto es más tremenda aún, Don Leopoldo. Estamos sobre el terreno. No le digo nada que no pueda probar.

Nos despedimos. Días después, volví a verlo. Me recibió muy amable. Al interrogarle sobre la marcha de su gestión, se dibujó en sus labios una sonrisa displicente.

-Señor Lunar, usted no conoce de Riotinto nada más que la epidermis. Lo verdaderamente tremendo está más hondo, en donde no tiene usted

oportunidad de llegar. Yo lo he sabido por otros conductos. Pero lo poco de usted y todo lo que yo sé hoy, lo sabrá el Gobierno español, en cumplimiento de mi deber.

Don Leopoldo estuvo más de dos meses en Riotinto. Para marcharse a Madrid, fue a Nerva a despedirse de mí. Tomamos café y charlamos un rato. No consintió en adelantarme ninguna noticia de su informe.

-Eso no me pertenece. Es cosa del Gobierno. Y al Gobierno corresponde hacerlo público.

Se fue a Madrid. Pasaron unos meses y España no tenía noticias de la gestión del delegado del Gobierno en Riotinto. Entonces yo le interrogué públicamente desde las columnas de "El País", diario republicano madrileño. Pocos días después, nos topábamos en las calles de Nerva Don Leopoldo y yo.

-Usted me ha hecho venir –me dijo-. Leí su artículo de "El País", muy justo. Y he querido darle una satisfacción. Avise a sus amigos de confianza y señale el lugar y la hora donde podamos reunirnos.

Nos reunimos en el Ayuntamiento, con los doce concejales socialistas. Don Leopoldo mismo, leyó su informe. Era una tremenda catilinaria contra la actuación de los ingleses en Riotinto. Por decir yo mucho menos, tenía veinte procesos a la cola. El Gobierno no se atrevió a publicar el informe. Existían tres copias. Una la archivó el Gobierno. Otra fue al Consejo de Administración de Riotinto en Londres. Y la presente, que la conservaba su autor.

Terminada la lectura, me dijo Don Leopoldo:

He querido dar a ustedes esta satisfacción, que también lo es para mí, para que sepan que yo he hecho lo que he debido y podido hacer. Pero ello ha sido por cuenta del Gobierno; por tanto, no me pertenece. Ni puedo autorizar a ustedes para que publiquen estos datos....

Esto ocurrió en 1916. En 1955 aún no sabe España cómo pensaba de los ingleses de Riotinto un español ilustre.

Don Leopoldo murió en 1925, cinco años después de yo salir de España.

Un día se me presenta en mi oficina un joven que se identifica como hijo de Concha Espina, celebrada escritora que acaba estos días de morir. Novelista consagrada, Concha Espina en persona venía a estudiar el caso

de Riotinto. Deseaba conservar el incógnito y vivir donde tuviese el mayor contacto posible con la clase trabajadora.

Madre e hijo venían recomendados a mí por Egocheaga, desde Huelva.

Les conseguí alojamiento, muy a su satisfacción, en la casa que yo acababa de desalojar. Yo mismo, improvisado electricista, les instalé las luces según su deseo. Ella, encantada además por la proximidad al Sindicato. Le facilité colecciones completas de nuestros periódicos, así como un montón de manifiestos.

De allí salió la célebre novela “El Metal de los Muertos”.

Concha Espina venía todas las mañanas a mi despacho y, en amigable charla, esperaba a los médicos. Hizo buenas migas con Don Cristóbal y todos los días lo acompañaba en la visita a los enfermos. Don Cristóbal, que ya he dicho que era gaditano, tenía en Cádiz varias hermanas que lo visitaban de tiempo en tiempo. La gente de Nerva conocía a algunas. El primer día que Concha Espina salió a la calle con Don Cristóbal, fue identificada por el pueblo como una hermana más de Don Cristóbal.

Era Don Cristóbal la bondad personificada. Buen médico, hábil cirujano, ameritado artista y sin par amigo. Había debutado en su profesión años atrás, en una aldehuela de Nerva: El Madroño. Es una de las mil aldeas españolas que vegetan en plena sierra, olvidadas de la mano de Dios. Un grupo de quince o veinte familias que, al amparo de un hatillo de cabras, cultivan un mísero huerto y viven de la caza como en los tiempos prehistóricos. De vez en vez, algún joven médico hace allí su aprendizaje práctico hasta poder alzar el vuelo a más amplios horizontes.

Fue el caso de Don Cristóbal. Allí pasó su primer año de ejercicio y sembró tan honda la semilla del bien, que aquellos pobres aldeanos lo adoraban.

No era posible que él se concretase a vivir definitivamente en El Madroño y en su oportunidad se trasladó a Nerva. Los aldeanos no se resignaban a su pérdida y con frecuencia venían a Nerva en su busca. Una de estas ocasiones vino un aldeano a buscarlo, por tener la mujer enferma. Pero Don Cristóbal no podía ir. Tenía demasiado trabajo.

-Hasta que usted no vaya, yo tampoco me voy –declaró el aldeano.

Ante la insistencia del hombre, Don Cristóbal capituló:

-Bueno, iré. Imposible antes del mediodía.

-Cuando usted pueda. Aunque sea por la noche.

Con la promesa del médico, el buen hombre se fue. Aquella tarde, Don Cristóbal me dice:

-¡Hola, acompáñame!

-¿Yo? ¿A cuento de qué?

-Para que te des el paseo. Te hace falta. Al fin, el aldeano paga.

Rentó dos caballos y a la aldea fuimos. Como en la aldea sabían que Don Cristóbal era el jefe de los médicos del Sindicato, me tomaron a mí por uno de los nuevos médicos. ¡Y allí fue Troya!

Don Cristóbal se percata de la confusión y quiere seguir la broma. Me presenta como una eminencia médica que él había querido que le acompañase para mayor garantía de la enferma.

Me hizo pasar a la habitación. Él estuvo auscultando a la doliente y me rogó que la reconociese a mi vez. Me vi en grandísimo apuro para conservar la compostura y no echarlo todo a rodar. Ante la familia, tuvimos consulta. Yo estuve de acuerdo con el diagnóstico de él. Usábamos una terminología que los pobres aldeanos no entendían. Pero nosotros tampoco. Yo deseaba ya salir de allí. Temía reventar.

Por fin salimos y llegamos a Nerva sin dejar de reír.

Era el mes de Junio. Y con motivo de no sé qué festividad religiosa, sacaron los santos de bureo.

Yo estaba sentado en el balcón de mi oficina, hojeando la prensa, cuando por una esquina inmediata asoma la cabeza la procesión. No sé si aquel era su itinerario o si de intento quisieron pasar por allí.

Se presentó el primer pendón, seguido de otros cuantos pendones. Detrás, unos santitos de menor cuantía. A medida que iban doblando la esquina y me veían con el sombrero puesto, se iba alborotando el gallinero. A mí, aquello me era indiferente. Según iban pasando, me disparaban con los ojos. Yo los ignoraba.

Asomó el santo grande, con la plana mayor de los pendones: alcalde, juez, comandante del puesto de la guardia civil, curas y cofrades. Al llegar frente a mí, hizo alto la procesión y el alcalde llamó a Gavilán, jefe de los guardias de seguridad. Señalándome a mí, le dio órdenes. Gavilán, con otro guardia, subió y desde el descansillo de la escalera, sacando sólo la cabeza, me gritó:

-¡Quítese usted el sombrero!
-Estoy en mi casa. Usted se quita de ahí.
Le hablé bastante fuerte, para que lo oyesen abajo.
Gavilán salió, rabo entre piernas. La farándula prosiguió viaje. Yo, hasta que se fueron, seguí en mi sitio.

Así, entre bromas y veras –más veras que bromas- llegamos al año 1917, que no es más que la prolongación de todo el siglo XIX, donde la vida de España estuvo constantemente perturbada por la fatídica actuación del militarismo, que desgraciadamente continúa.

En el año de 1917 es cosa que pertenece a la Historia el latente y mal contenido deseo del pueblo español por librarse del oprobioso yugo de una monarquía extranjera, viéndose alentado por las juntas de defensa militares que, aunque impulsadas por mezquinos intereses personales, actuaban en la misma dirección que el pueblo.

Y los jefes nacionales de la clase trabajadora, confiados en la posible ayuda de los militares, plantearon la huelga general en toda España, lo que debía ser la chispa inicial del movimiento.

En Riotinto, naturalmente, no podíamos quedarnos al margen de España e hicimos acto de presencia. Faltos de primeras figuras, me confiaron a mí la dirección del movimiento en la mina. Yo estaba en contacto, por telegramas cifrados, con Madrid y Barcelona. La huelga estaba señalada para el día 13 de Agosto.

Yo nunca tuve confianza en los militares. Y pronto se vieron confirmados mis recelos.

En Riotinto no teníamos nada que hacer. La tarea más difícil era controlar a la gente. El pueblo tenía el odio de muchos años de miseria y esclavitud concentrado contra los ingleses. Una señal dada por nosotros, y en dos horas hubiese quedado liquidada una cuenta de cuarenta años de agravios. Pero, sin el respaldo del resto de España, hubiese sido por nuestra parte un suicidio estéril.

Quisimos esperar los resultados, siquiera en los puntos clave: Madrid y Barcelona. Pronto supimos que los militares, antes de secundar la acción del pueblo, que ellos mismos habían alentado, lo fusilaban a mansalva.

El día 13, señalado para iniciar la huelga, a duras penas podíamos contener a la gente. Yo, so pretexto de que estábamos incomunicados, desde dos

días antes aconsejaba calma. Sobre todo había que tener en cuenta que de momento sólo se trataba de la huelga. Y era necesario mantenerse en ese límite.

Pelegino, presidente a la sazón de la sección de Nerva, hicimos que se fuese a Huelva en busca de mejor información. Y había que esperar informes de Pelegino.

El día 15, a pesar de mis esfuerzos, los trabajadores rebasaron las órdenes y el departamento de fundición inició el paro, aunque desordenadamente. Al llegar la noticia, los ánimos que estaban excitados principiaron a bullir. La mina paró automáticamente. No hubo incidentes. Los trabajadores se mantenían en actitud expectante.

La zona minera estaba llena de guardias civiles, aunque no se los veía por parte alguna. Sólo un teniente coronel que había llegado de Nerva como concentrado, cual nuevo matamoros andaba por el pueblo, montado en un caballo blanco, el sable desnudo al hombro, en actitud retadora.

Yo me había sentado en la acera, a la puerta de mi casa, leyendo el periódico. La calle estaba desierta. Desde mi posición dominaba un ancho campo, por las calles Diego Osborne y Gallego Díaz. En esta última calle, a unos cien metros de mi casa, estaba el cuartel de la guardia civil.

Por Diego Osborne, lado opuesto al cuartel, asomó el tío fantoche. Venía por el centro de la calle, despacio, alta la frente y altiva la mirada. Al llegar frente a mí, dio un bridazo al caballo y quedamos frente a frente.

-¡Quítese usted de ahí! –ordenó.

Yo levanté la vista del periódico y fijándome en él, muy tranquilamente contesté:

-No me da la gana.

Yo esperaba la acometida, pero el tío dio otro bridazo al caballo, lo enderezó y metió espuelas. Llegó al cuartel gritando como un loco. Salían civiles como hormigas de un hormiguero. Y a galope tendido venían contra mí.

Entonces sí me quité. Entré en casa, cerré la puerta y me puse en guardia. Molieron las piedras de la calle con las pezuñas de sus caballos, pero fueron prudentes. Se retiraron.

Al día siguiente, 16, fueron a la fundición con algún recado de los jefes, dos lacayos de la Compañía: Antonio Ruiz Ato, guardia de la Compañía, y Carlos Ortiz López, hijo de un concejal interino, espolique de los ingleses. Al volver al pueblo, se hicieron acompañar por un piquete de

soldados. Llegados a Nerva, salió a recibirlos un grupo de mujeres y los abuchearon. Ellos, que ni en compañía de los soldados se consideraban seguros, huyeron.

Una patrulla de guardias civiles, escondida por aquellos parajes, los vio correr y disparó contra ellos. Tenía buen ojo, la “benemérita”. Los dos cayeron. Fueron los primeros “revolucionarios” que murieron en Riotinto durante la huelga de 1917.

Aquellos tiros fueron la chispa inicial. Otras patrullas de civiles que andaban por otros rumbos, al oír los disparos empezaron a disparar a su vez. Tiraban con espíritu de cafres sobre todo lo que se movía, hombres, mujeres o niños.

En diez minutos se generalizó el tiroteo por toda el área del pueblo. La gente se recluyó en las casas y dentro de ellas murieron hombres y mujeres. En la clínica del Sindicato había treinta o cuarenta mujeres y otros tantos niños, dos médicos y dos practicantes; además, yo y mi familia.

Era la hora de la consulta. Nadie se atrevía a salir. Ya casi al oscurecer, salió un practicante, Don Diego Gordillo, con un pañuelo blanco en un bastón, y pudo llegar al Ayuntamiento, donde estaban reunidos los jefes militares. Informó de lo que ocurría. Estos destacaron grupos de soldados que llevaron toda aquella gente a sus casas.

Quedamos solos allí mi familia y yo.

Eran las diez de la noche y aún se oía el tiroteo por distintos rumbos de la ciudad. Por fin se hizo el silencio. No duraría mucho.

A las tres de la madrugada se reanuda el fuego, pero con una violencia que parece el frente del Marne. Pronto me di cuenta de que el objetivo era mi casa. Las balas entraban silbando a través de puertas y ventanas. Durante media hora se hicieron contra mi domicilio más de quinientos disparos.

Cesa el fuego. Cinco minutos después, golpean la puerta. Abro. Tres parejas de la guardia civil, un sargento del mismo cuerpo y dos oficiales, uno de la guardia civil y otro del ejército. Este último me interpela:

-¿Quién vive en esta casa?

-Yo y mi familia.

-De aquí se ha disparado contra la fuerza pública.

-Imposible. Aquí no hay armas de fuego.

-¿Dónde duerme usted?

Los llevé a mis habitaciones íntimas, donde estaban mi mujer y mis hijos en la cama. Los vi reparar con mucha atención la situación de mi alcoba. Registraron todo, no encontraron nada y se marcharon.

A la mañana siguiente, se recogieron en las calles de Nerva diez muertos. Y había más de treinta personas heridas. Afiliados al Sindicato, uno; Patricio López Ortiz. Cayó en la misma puerta de la iglesia, a veinte pasos del Ayuntamiento y a cincuenta del cuartel de la guardia civil. El cura párroco, Don José Garrido, lo llevó a la Casa de Socorro que estaba en el Ayuntamiento. Llegó cadáver.

Aquilino Lagares García, un viejito que no tenía familia en Nerva y estaba abonado en una fonda establecida en un piso alto, frente al cuartel de la guardia civil, en la tarde del día 16, cuando se inició el tiroteo, bajaba después de comer y en el último escalón cayó muerto de un disparo de pistola que salió de los altos del cuartel. Según versión de los mismos guardias, fue obra del teniente Fernández.

Los detalles de aquellos días trágicos serían prolijos, aunque después de treinta y ocho años podría darlos con completa exactitud. Tal impresión dejaron en mi espíritu.

En un libro editado por el partido socialista, "Los Sucesos de Agosto ante el Parlamento", hay un amplio informe enviado por mí y leído por Barriobero en el Congreso.

El día 17 fue un día de luto en Nerva. Por las calles no se veían más que militares. El pueblo estuvo ausente. Por la madrugada, a la misma hora del día anterior, se reanudó el tiroteo contra mi casa. Por la parte trasera donde las paredes eran más bajas, efecto del desnivel del terreno, subió una patrulla al tejado y, buscando la posición de mi alcoba, dispararon verticalmente fusiles y armas cortas. Trillaron materialmente el tejado, al punto de no dejar una teja sana con los disparos y con los pies. Cuando lo consideraron suficiente, bajaron del tejado, dieron la vuelta y volvieron a aporrear la puerta.

Pensé no contestar, pero ante su insistencia y la brutalidad de los golpes, me dispuse a abrir. Cuando me acercaba a la puerta, ellos cesaron de golpear y noté que se retiraban entre risotadas y chistes cuarteleros. Sin duda creyeron que me habían alcanzado. Me detuve. Y se fueron.

Cuando por la mañana abrí la puerta, tenía allí dos centinelas. Salí por entre ellos. No me dijeron nada. Me dirigí al Ayuntamiento, donde estaba el cuartel general. Dije a los centinelas de puerta que deseaba hablar con el comandante.

-¿Quién es usted?

Les di mi nombre. Me dejaron pasar.

El comandante me recibió con ceño adusto. Le hablé con entereza. Le conté los hechos, que él seguramente conocía pero que aparentó ignorar. Hablamos media hora. Cambió de tono. Me prometió que no volverían a molestarme. Y nos despedimos como amigos.

Estuvieron sin inquietarme hasta el día 9 de Septiembre. Ese día, por la madrugada, vuelven a llamar a mi puerta. Abro. Dos parejas de la guardia civil y un sargento me esperaban. Como iba medio desnudo, el sargento me dice:

-Vístase usted. Tiene que venirse con nosotros.

Me visto. Me registraron y recogieron cuanto llevaba encima y me encerraron en una celda de la cárcel.

Desde allí sentía inusitado movimiento en la prisión. Media hora escasa después, me sacaron al patio. Allí me esperaba ya un grupo de amigos: cinco, todos concejales socialistas. Nos esposaron por parejas, aunque sin saña. Luego, con una cuerda nos amarraron a las tres parejas.

En la calle nos aguardaban cuatro parejas de guardias civiles de a caballo, dos de a pie y un oficial montado. Rompió la marcha el oficial; detrás, una pareja de a pie; a cada lado, dos parejas de a caballo y detrás la otra de a pie.

Aún de noche, nos sacaron de Nerva con dirección a la mina. Llegamos a Riotinto bien de día. Sin perder la formación, el oficial siempre guiando, recorrimos todas las calles del pueblo de Riotinto. Por algunas, pasamos dos veces. Seguramente sin más finalidad que el exhibicionismo.

Terminada la función, nos detuvieron frente a un salón de escuela, previamente acondicionado para recibirnos, y allí nos alojaron. El salón tenía cuatro grandes ventanas enrejadas; tres estaban clausuradas con maderas fuertes; la otra sería nuestra comunicación con el mundo.

Tras nosotros, llegó una compañía del regimiento de Soria, de guarnición en Sevilla, y se hizo cargo de nuestra custodia. Establecieron cinco guardias en la puerta y en las cuatro esquinas del edificio. Allí se olvidaron de nosotros. Comíamos cuando nos traían de qué las respectivas familias.

Al tercer día, pusieron en libertad a todos mis compañeros. Quedé dueño del salón. A los ocho días, me sacaron a declarar por primera vez.

En el mismo edificio y en salón aparte, habían instalado el juzgado, a

cargo de un comandante, Don Feliciano Marauri, con un oficial como secretario. Este leyó lo actuado y yo declaré. Firmada el acta, el juez hizo salir al secretario y nos quedamos solos.

De un cajón de la mesa-escritorio extrajo un montón de cosas de mi pertenencia. Lo que me habían recogido los civiles al detenerme:

-Esto me entregaron como de usted. A mí para nada me sirve. Recójalo.

En el montón de mis baratijas faltaba un lapicero de plata.

Se lo hice notar al juez. Sonrió y se encogió de hombros.

-Nada sé.

Hablamos un rato, generalizando. Y en tono de confianza me dijo:

-Usted, señor Lunar, es un hombre terriblemente peligroso, a juzgar por las acusaciones que aquí llegan contra usted. Mire.

Y me enseñó una balumba de cartas.

-Pero no me sirven –añadió-. Son anónimas.

-¿Me permite?

Me dio unas cuantas. Las repasé un poco y repuse:

-Si usted quiere, yo las firmo. Ésta es de Don Francisco Barranco; ésta, de Don Tomás Gómez de León; ésta, de Don Antonio Díaz; ésta, de Don Andrés Domínguez. Y estos señores están repetidos varias veces, deformado su propia letra.

Se sonrió mi interlocutor y dijo:

-Usted conoce el paño.

Aprovechando la buena disposición de ánimo que advertí en él, le pedí que dejase entrar a mi señora cuando venía a traerme la comida, pues estaba obligada a esperar en la calle.

-No se desquiciará el régimen por eso –añadí.

-Daré órdenes.

Y las dio. En lo sucesivo, durante tres meses que me tuvieron allí encerrado, siempre el carcelero le abría la puerta a mi mujer.

No volví a hablar con el juez hasta el 28 de Noviembre. Allí cumplí mi 39 aniversario.

Había conseguido practicar un agujero en una de las ventanas clausuradas, que daba a la calle de la Huerta. Y por allí me distraía algunos ratos observando el movimiento de la gente.

Mirando por aquel agujero el día 28 de Noviembre, vi venir por la calle de la Huerta a Don Feliciano, con una tira de papel verde en la mano; supuse que era un telegrama y que tenía relación conmigo. Momentos después, abriendo la puerta de par en par, me gritaba:

-¡Lunar, a la calle!

-¿En qué condiciones, Don Feliciano?

-El que está encerrado y se le abre la puerta, no pide condiciones.

En efecto, salí. Y hasta hoy.

Al día siguiente, en Nerva, recibí un telegrama del juez de Valverde, llamándome. Recibí la llamada con recelo, pero había que obedecer.

Al llegar al juzgado, el alguacil, como siempre en la puerta y ya bastante encanecido, me saludó con afecto.

-¿Don Julio?

-Ahí está.

Fui anunciado. ¿Don Julio? dejó su asiento y salió a la puerta a recibirme. Me tendió la mano. Pronto comprendí que no tenía cara de "juez" y me tranquilicé. Ya en su despacho, inquirí:

-¿Qué hay, Don Julio?

-Deseos de saludarle y saber por usted lo ocurrido en Riotinto...

-En Riotinto han ocurrido muchas cosas. Al juez tengo algunas que decirle; a Don Julio le diría otras.

-El juez no está aquí ahora. Sólo el amigo.

Y como amigos hablamos. Mucho y despacio. Llegó a decirme:

-Temí por usted, Lunar. Creí que el Gobierno haría una barbaridad. Sé de buena tinta que el cañonero "Vasco Núñez de Balboa" ha estado en la rada de Huelva ocho días esperando por usted para llevarlo a Fernando Póo. Y un tren especial ha ido a Riotinto a buscarlo a usted, tres veces. No sé quién ha sido su padrino.

De que estuvo en Riotinto tres noches seguidas un tren, estoy seguro. Yo lo sentí llegar, con extrañeza por lo intempestivo de la hora.

Y si tuve allí algún padrino, fue Don Feliciano Marauri. Mi juez.

El 28 de Noviembre salí de la cárcel, como he dicho. El 7 de Diciembre

fuimos repuestos en nuestros cargos los seis concejales socialistas que estábamos suspensos.

En aquel tiempo fue promulgada una real orden por el ministro de Gobernación, un tal Bahamonde -¿sería pariente de Franco?- anulando los alcaldes de real orden en toda España, excepto en Madrid y Barcelona.

El Ayuntamiento de Nerva lo integraban dieciocho concejales y doce éramos socialistas. Aplicamos la escoba y barrimos toda manifestación de servilismo en la administración municipal. Nombramos alcalde a Don José Díaz del Real, primer alcalde socialista que hubo en España.

Como los españoles somos por condición peleadores, en cuanto no tuvimos enemigos enfrente comenzamos a pelearnos entre nosotros. Yo, acaso por miopía mental, nunca pude explicarme satisfactoriamente la fundamental línea divisoria entre los campos socialista, republicano, sindicalista, comunista y anarquista. En donde quiera que llegué y encontré un grupo de hombres peleando contra los curas y los ricos, me sumé a ellos.

Desgraciadamente y como dice nuestro viejo adagio, “cada hombre es un mundo”. Y hay muchos hombres que en donde quiera que lleguen, si hay una organización en marcha y no pueden controlarla ellos según su criterio, crean otra. Con el aplauso del enemigo común. Han nacido para cabeza, aunque sea de ratón. Eso ocurrió en Nerva.

Ya dejé consignado el ambiente social de Riotinto cuando yo llegué allí. Debía de haber anarquistas. Muy conocidos en sus casas. En cuanto se organizó el Sindicato minero de Riotinto, auspiciado por la Unión Ferroviaria Española, surgieron los anarquistas. No para secundar nuestra obra, sino para combatirla.

Eran una docena. Bastante para hacer ruido. Aquellos pobres diablos, que nunca habían tenido un local donde reunirse ni posibilidades para hablar en público o dar a luz un manifiesto, pues no se lo habrían consentido, ahora celebraban mítines en pleno trabajo, no en defensa de los trabajadores, sino contra el Sindicato. Como es natural, no tan sólo tolerados, sino favorecidos por la Compañía.

Nosotros los desconocíamos. No estábamos dispuestos a gastar nuestras energías contra ellos. Y cuando dispusimos del Ayuntamiento, les ofrecimos gratis el salón de sesiones, que era un magnífico local. Y allí iban los anarquistas, capitaneados por Abelardo Ocaña, no a defender su reivindicación contra la Compañía explotadora, sino a combatir al Sindicato y a hablar mal de los socialistas, “políticos vividores”.

Cuando Barriobero hizo su aparición en la zona minera y no se puso

a las órdenes de Ocaña, fue catalogado entre los “socialistas vividores”. En una de las visitas que Barriobero nos hacía con frecuencia, el día antes de su llegada a Nerva publicó Ocaña un violento manifiesto contra él.

No faltó quien al llegar Barriobero se lo enseñara a éste. La tarde transcurrió sin incidentes y a la hora oportuna nos recogimos cada cual en su albergue, de acuerdo para reunirnos en la mañana siguiente.

A la hora convenida, fuimos unos cuantos amigos a la fonda en donde se hospedaba Barriobero. Ya él estaba alerta. En la misma fonda, situada en un segundo piso, nos sirvieron café. Momentos después, se presenta en el descansillo de la escalera, a la entrada del salón, el ciudadano Ocaña.

-¿Señor Barriobero?

-Servidor de usted.

Barriobero se adelanta y, cuando está cerca de Ocaña, pregunta:

-¿Qué desea?

-Una consulta con usted.

-¿Quién es usted?

-Abelardo Ocaña.

Apenas tuvo tiempo de pronunciar el nombre. Barriobero le propinó una soberbia bofetada. Ocaña, dando tumbos escalera abajo, se vio en la calle. Barriobero le volvió la espalda. Y sacudiéndose las manos, tuvo un solo comentario:

-¡Mamarracho.... Sinvergüenza!

Un día quiso Barriobero visitar el hospital de la Compañía. Le acompañamos Pelegino y yo.

Al llegar al hospital, nos sale al paso el guardia de la Compañía.

-Señores, tengo orden de no dejarlos entrar.

Por toda respuesta, Barriobero sacó el revólver y, accionando con él en la mano, replicó solemne:

- Aparta.

El guardia no se hizo repetir la intimidación.

Recorrimos el hospital, cuarto por cuarto. No vimos un médico, ni tampoco un practicante o una enfermera. Sólo los pacientes; en su mayoría, heridos de la mina.

Al salir, el guardia había desaparecido.

Llego en estos relatos a uno de los momentos más culminantes de mi accidentada existencia. He pasado unos días rumiando mis recuerdos, sin decidirme a consignar el hecho. Está envuelto en él un hombre de quien fui amigo como yo he sido siempre amigo de los hombres: leal, sincera, honradamente. Jamás ofrecí a nadie amistad con reservas. Ni reñí con ningún hombre dos veces.

Aquel hombre me traicionó. Fue algo que jamás hubiese podido suponer de él, a tal grado había conquistado mi confianza. Confianza que le demostré en varias ocasiones, peleando a su lado cuando precisó mi ayuda. Cuando yo necesité de él, antes que cumplir su deber y pelear a mi lado, secundó la acción de mis enemigos, adoptando una neutralidad cómplice. Tanto me dolió su traición, que a los treinta y cinco años del hecho y a más de veinte sin noticias suyas –casi seguro, habrá sido arrastrado por la tempestad del 36- consigno aquí su nombre con repugnancia.

Se llama –o se llamó- Salvador Pino Jiménez. Era natural de Grazalema, de la provincia de Cádiz.

Estábamos en 1918. La absurda guerra que anegó en sangre los campos de Europa, tocaba a su fin, después de tres largos años. Alemania quemaba sus últimos cartuchos.

Sabida es la importancia que tiene el cobre en los elementos bélicos. La mayor parte de las minas de Europa estaban paradas como consecuencia de la lucha. Sólo España, en su calidad de país neutral, producía cobre. Y el cobre español era para los aliados. Fácilmente se comprende el interés de Alemania por cortar a sus enemigos esa fuente de abastecimiento.

Una noche me dice Salvador Pino:

-Acaba de llegar a Nerva un antiguo conocido mío. Es líder del movimiento anarquista en la provincia de Cádiz. Trae, al parecer, una misión importante. Y desea verse contigo.

-Dile que estoy a sus órdenes, donde y a la hora que él señale.

Era un tal Fernández, no recuerdo si Miguel o Rafael. Joven, de treinta a treinta y cinco años. Se identificó. Venía perfectamente documentado y me dijo de buenas a primeras:

-Vengo exclusivamente a verle a usted, por encargo del Conde de Ratibor, embajador de Alemania en España. El Gobierno alemán está altamente interesado en parar la producción de cobre de Riotinto. Usted puede hacerlo. Hay un millón de pesetas para ponerlo a nombre de usted en el

Banco que usted señale, en Europa o en América. Y todo el dinero que haga falta para dar socorro a los trabajadores mientras dure la huelga, el cual se hará llegar aquí por mediación de las organizaciones obreras alemanas, como acto de solidaridad. Sólo esperamos la aprobación de usted.

Saqué el reloj. Era la una.

-Señor -le dije-, hasta las seis de la mañana puede salir de Nerva por el camino que más le acomode. Si después de las seis lo encuentro por aquí, seré yo quien le señale el camino a seguir.

Y le volví la espalda.

No volví a tener noticias del tal Fernández.

A mi querido amigo Díaz del Real se le subió la alcaldía a la cabeza y creyó que Nerva era un cuartel y él mismo capitán general. Pronto chocamos.

Yo, naturalmente tolerante, sobre todo tratándose de gente irresponsable, el despotismo ilustrado no lo sufrí nunca. Y con Del Real llegué a considerarme incompatible. Para evitar males mayores, dejé de concurrir a las sesiones del Ayuntamiento. A la sazón era yo concejal síndico. La Agrupación Socialista tomó cartas en el asunto y convocó a una junta general para tratar mi caso.

Fui a la junta.

Pasados los trámites de rigor, el presidente, compañero Manuel Sicilia, expuso ante la junta general el caso de abandono de cargo y me invitó a que explicara mi actitud. Tomé la palabra y dije:

-Queridos compañeros, mi actitud se explica en pocas palabras. No voy al Ayuntamiento porque allí está este hombre (señalando a Del Real) a quien considero incompatible con todos los hombres honrados.

Fue un mazazo. Del Real metió la cabeza entre las piernas. Se hizo un silencio asfixiante, como para sentir volar una mosca. Pasados unos momentos, lo rompió Sicilia, preguntando:

-¿Hay quien desee decir algo más?

¡Silencio!

-Se levanta la sesión.

La gente salió del local como quien huye de un incendio.

Reconozco la rudeza de mi actitud. Pero no estoy escribiendo una novela.

Seguí sin ir al Ayuntamiento.

Le fueron con el cuento a Barriobero, quien hizo un viaje ex profeso desde Madrid. Habló con todos nosotros, individualmente; conmigo, acaso el último, y me dijo:

-Querido Lunar, la situación que existe entre vosotros es insostenible. Es absolutamente indispensable que os avengáis.

-Lo comprendo, Don Eduardo. Pero esta situación no la he provocado yo. En atención a usted estoy dispuesto a transigir. Con una condición. Vamos a reunirnos bajo la presidencia de usted. Voy a exigir de mis compañeros una exposición de agravios en mi contra. Que formulen, todos, las quejas que tengan contra mí. Yo voy a exponer las que tengo de ellos. No pido condena para nadie, ni que nadie me dé explicaciones que no necesito. Quiero sólo que usted nos oiga.

Del Real no aceptó. Ni hubo arreglo.

Barriobero se fue disgustado. Y no volvió a Riotinto, mientras yo estuve allí.

Mis amigos no dejaban de insistir para que volviese al Ayuntamiento. El mismo Del Real lo deseaba, según ellos, y estaba dispuesto a hacer las paces.

Me vencieron y accedí.

Los concejales celebraban siempre un cambio de impresiones en una sesión previa, el día antes de la sesión ordinaria. Naturalmente, dicha sesión previa era sólo de los socialistas. Allí fui.

Y me recibió Del Real con insultos. Yo era un "mal hombre, mal amigo y mal padre".

Traté de responderle sin palabras, como se merecía. Pero estábamos en la alcaldía, habitación reducida, y éramos doce hombres. Me impidieron la acción. Entre dos o tres me sacaron de allí. Desde la puerta le hablé:

-Nos encontraremos en la calle.

Antes de ser de día salió de Nerva para no volver más.

Unos meses después, salí yo también, gracias a la intervención de mi querido amigo Cristóbal Roncero que, postulando entre sus amigos, reunió setecientas pesetas para mi viaje a América.

IX

EL DESTIERRO

El día 11 de Mayo de 1920 me arranqué de mi mujer y mis hijos para seguir tropezando por el mundo.

El 27 del mismo mes, embarqué en Málaga en un barco francés que me trajo a América. El 8 de Junio llegué a Boston. El 9, a Nueva York, donde desembarqué. Y el 13, a Canton (Ohio), que era mi destino. Al llegar a Canton, tenía quince dólares... de deuda con mis compañeros de viaje.

En Canton encontré a algunos amigos que, habiendo salido de Riotinto unos meses antes que yo, y como yo huyendo del hambre, eran ya hombres de negocios. Regenteaban hoteles, restaurantes y panaderías.

Uno de ellos, dueño del hotel donde dormí la primera noche en América, al día siguiente de mi llegada a Canton, me invitó a dar un paseo en su automóvil propio, a Alliance, pueblo del mismo estado y distante unas cincuenta millas donde residían otros amigos naturales de Riotinto. Trabajaban en una gran fábrica de hierro, la "American Steel".

Al saludar a los amigos, me vio el encargado de dar empleo y me ofreció trabajo. Debía desempeñar nueve horas por día y me abonaban diez, a razón de cuarenta y cinco centavos la hora. Esto es, veintidós pesetas y media al día. ¡Veinte pesetas diarias más que siendo "chupacuotas"! Ya me expliqué los hoteles y los autos de mis amigos.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, entré a la fábrica. Cinco minutos después, me sacaban en una camilla. Tres días más tarde, abrí los ojos en un hospital.

Puedo asegurar que eso del fuego y el aceite hirviendo del infierno es purita mentira. Yo pasé los tres días más tranquilos de mi vida. Cuando llegaron los amigos a visitarme, inquirí lo ocurrido.

-Pues, nada. Al principiar tu trabajo en lo alto de una grúa en construcción, un taladro de aire comprimido te tiró desde diez pies de altura y caíste de cabeza en el piso de cemento.

Es que la calle de Tropiezos seguía actuando.

Un amigo oficioso envió a España la noticia de mi muerte. Y eso aceleró seguramente la de mi amantísimo padre, ocurrida meses después.

A los ocho días salí del hospital y, pocos días más tarde, volví al trabajo.

Cuando en Junio de 1920 entré en la "American Steel", había allí más de quinientos españoles trabajando. Yo tenía el número 3.035. Cuando en Febrero de 1921 cerró la fábrica, quedaba un español: el número 3.035.

Al llegar a Alliance, algunos de los amigos que allí encontré, sabedores de las condiciones en que dejaba a mi familia en España, me dieron quinientas pesetas que envié de momento a mi mujer. Y las primeras setecientas que ahorré, las envié a Don Cristóbal en pago de mi pasaje.

En Febrero de 1921, al cerrar la "American Steel", cerraron casi todas las fábricas de Norteamérica y me refugié en las minas de carbón en West Virginia. Allí me sorprendió la gran huelga minera de 1922. Salí bien porque saqué el pellejo íntegro. A uña de caballo me salté el río Ohio y me amparé en Brilliant, del Estado de Ohio. Pasé a Pensilvania. Rodé tres años por las minas de carbón. Todas eran peores.

Y en Abril de 1924, aburrido, me fui a California. Me detuve en Crockett, cerca de San Francisco.

Trabajé un año en una fundición. Disgustado con las condiciones de trabajo, lo dejé y me fui al campo. Ese fue siempre mi mejor ambiente. En los campos californianos he trabajado veintinueve años ininterrumpidamente.

He sido cazador de topos y ardillas. He plantado miles de parras, naranjos, limoneros y aguacates. He sacado el brazo derecho semi-inútil. Hoy, si se me antoja una naranja, o un aguacate, tengo que robarlo o comprarlo.

Mi única propiedad es una modestísima casa que me obligaron a comprar y que hoy me sirve para librarme de la intemperie mientras rumio mis recuerdos.

Al huir de España en 1920, excepto con mi familia y con Don Cristóbal, corté todas mis relaciones sociales. Con mi familia no tenía ni podía tener más relaciones que las estrictamente íntimas.

Por tal causa, aparte las convencionales y generalmente tendenciosas noticias servidas por las agencias publicitarias, era Don Cristóbal quien me informaba de las actividades político-sociales en España.

Él me tuvo al corriente de la salvaje represión desencadenada contra la clase trabajadora entre 1921 y 1922, con la aplicación de la criminal ley de fugas, engendro del tristemente célebre gobernador militar de Barcelona, Martínez Anido, consistente en autorizar a la guardia civil para disparar contra todo detenido "que intentase fugarse". Era tanto como dar carta blanca a los cerriles caciques españoles para librarse de sus enemigos. Bastaba señalarlos a la guardia civil, siempre dispuesta a servir a quien tiene influencias. La guardia civil, detenía *por sospechas*. Por la noche sacaban al detenido en conducción y a la mañana amanecía muerto en la carretera. "Había tratado de escapar". Así ocurrió con cientos de obreros asesinados en las carreteras españolas.

Recuerdo que mi amantísimo padre me decía en una de sus cartas:

-Mucho sentimos tu ida a América. Hoy, nos alegramos.

Según me informó Don Cristóbal, en una de estas redadas de sospechosos sacaron de Nerva a Salvador Pino. Durante cuatro meses no fue posible obtener noticias de su paradero. Al cabo de ese tiempo, lo localizó Barriobero en una cárcel en Cataluña, consiguiendo rescatarlo y volverlo a su casa. Entonces Don Cristóbal me habló de él, rogándome que lo perdona-se y le ayudase a salir de España.

Venciéndome a mí mismo le contesté:

"Querido amigo Roncero: Usted sabe muy bien que todas las ofensas tienen un valor relativo, según el hombre que las infiere. Mientras que de uno pueden ameritar un tiro, de otro pueden saldarse con un gesto de desprecio. Y un tercero puede merecer un salvazo. Pino es de estos últimos. Perdonarlo yo, sería tanto como merecer su ofensa. Y de eso aún no he podido convencerme. Si hubiese un medio por el cual él no pudiese sospechar que el auxilio llegaba de mi parte, acaso lo emplease. Pero eso ¡es imposible!"

Poco después, tuve carta directamente de Pino.
La ignoré.

A todo lo largo y lo ancho de mi ya prolongada existencia, lo mismo en España que en América, mis momentos de satisfacción podría contarlos con los dedos. Los tragos amargos me han sido servidos con magnánima generosidad. He sufrido todas las injusticias de que no he podido librarme. Nunca acepté ninguna.

A todos los hombres que encontré caídos en mi camino, sin mirarles el color de la piel ni pedirles la cédula, les tendí mi mano. No ha sido extraño que después de aliviar a un pollino de su carga me haya devuelto una coza.

En España y en América encontré muchos y muy estimados amigos. Creo haberles correspondido. Mis amigos fueron siempre para mí el tesoro máspreciado. Jamás ofrecí falsa amistad, lo que me ha producido algunos disgustos.

En la legión de mis amigos dilectos se destacan tres nombres que, por las circunstancias en que nuestra amistad se cimentó, merecen y les otorgo lugar de honor en el cuadro de mis recuerdos. Siendo hombres de elevada posición social, intelectual y económica con relación a mí, me encontraron en el arroyo y sin que pueda haber posibilidad de suponer que los movió algún interés mezquino, puesto que de mí nada necesitaban ni yo nada podía ofrecerles, me tendieron su mano y me colocaron a su vera.

Los tres, hace mucho tiempo que desaparecieron de la escena de los vivos. Pero vivirán en mi memoria mientras yo aliente. Los cito por el orden en que los encontré en mi camino. He aquí sus nombres:

<p><i>Sr. Don Federico Moyano.</i> Veterinario. <i>Sr. Don Miguel Lobo.</i> Farmacéutico. <i>Sr. Don Cristóbal Roncero.</i> Médico, cirujano y odontólogo.</p>
--

Sobre sus tumbas, coloco la corona de flores de mis recuerdos.

Voy acercándome a la estación terminal del curso de mi vida. Vuelvo la vista hacía atrás y, en verdad, no tengo motivos para enorgullecerme de la obra realizada. Pero estoy de acuerdo con mi conciencia. Hice lo que me fue posible.

Una organización social absurda limitó mi acción. Responda ella.

Estoy amenazado de cumplir setenta y siete años. He trabajado más de sesenta y cinco en las faenas más duras y peor retribuidas que ejecutan los hombres.

Hoy, comprendido en la ley del Seguro Social, recién promulgada por el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica (gracias a Rusia), me dan una modesta pensión que, dados mis hábitos económicos heredados a través de mil generaciones de ilotas, me permiten esperar mi último momento con relativa tranquilidad, sin exponerme a sufrir la afrenta de pedir una limosna. Cosa, además, que yo no hubiera afrontado nunca.

Sólo me resta un deseo. Abrazar a mis hijos. Si esto no me fuere posible, ya saben que mi último pensamiento será para ellos.

Por lo demás, estoy listo. Y como nunca me gusta hacerme esperar, tengo mis cuentas hechas y el "lío" al hombro.

Lo que venga después, no me importa.

Confío en que me pondrán donde no estorbe.

Brea (California), 24-9-1955

Doble epílogo

UN JUICIO INSÓLITO

PALABRAS DE UN INGLÉS

Con monóculo o sin él, los ingleses somos más curiosos que lo que nuestro impasible porte suele dejar adivinar. De no ser así, no hubiésemos huroneado por todo el planeta para descubrir cuánto valía la pena de ser descubierto y colocado bajo el británico pabellón.

Hallándome por casualidad en una imprenta de esta ciudad de México, mis miradas fueron atraídas por la portada de un libro en prensa. En el grabado, un “gentleman” inglés vigila a un minero que empuja una vagoneta....

En esto, un operario irrumpió con un paquete de pruebas. Justamente, las del libro cuya portada atrajera mi interés.

Con la decisión que siempre ha caracterizado a los hombres de mi raza, pero con la corrección que no nos caracteriza menos, no vacilé en interpelar al señor que, recibidas las pruebas de manos del obrero, las examinaba calmamente:

-¿Me permite una ojeada, caballero?

-¿Cómo no? Con muchísimo gusto, señor, créame usted. No faltaba más...

No nací ayer y paso por ser un trotamundos regular. Quiero decir que he vivido mucho, he visto bastante y comprendo a medias palabras. No se me escapó, pues, la entonación irónica de tan amble respuesta: érale evidente, al señor que me tendía obsequioso las pruebas del libro, mi condición de súbdito de Su Graciosa Majestad Británica, y sin duda esperaba- y deseaba- que la lectura de aquellas hojas castigase mi curiosidad.

Impertérrito, me acomodé en mi asiento y pronto mi ojeada al libro se fue convirtiendo en formal lectura, aunque rápida. De vez en cuando, con el rabillo del ojo observaba disimuladamente a mi alrededor, dándome cuenta de que a todos los presentes parecía divertirles el espectáculo de un inglés absorto en un relato cuya acción principal radica en la lucha de unos mineros españoles contra el poder de una gran compañía inglesa.

Pero, eso sí, nadie me molestaba. Por el contrario, se complacían calladamente en la tortura que creían adivinar en mi ensimismamiento de lector. Más tarde,

dejaron de ocuparse de mi actitud y se pusieron a hablar, como buenos mexicanos y españoles, de política y toros.

¡Al fin, latinos...!

Transcurrida una hora, había leído el libro de cabo a rabo. Lo devolví dando las gracias. Ni caso me hicieron, enfrascados en una ruidosa discusión, y me marché sin saludar. Nadie me lo tomó en cuenta tampoco. Tenían cuerda para dos horas más.

Lejos están unos y otros de figurarse cuánto me ha interesado lo leído que, por otra parte, no me ha atormentado en lo más mínimo, contra lo que ellos deben de pensar. Pero voy a vengarme a mi modo, mediante estas cuartillas que pondré en manos de ese señor encargado de la edición de A CIELO ABIERTO. Me bastará con gozar a mi vez, del asombro que veré en su rostro cuando las esté leyendo. Donde las dan, las toman. Después, que haga lo que quiera con ellas. Me es indiferente.

Ni por asomo se imagina ese buen señor, en estos momentos, que yo conozco a Félix Lunar, autor del libro en cuestión, y que simpatizo con él. Ciertamente, sólo de oídas lo conozco, pero me basta. Inglaterra sigue produciendo alguno que otro excéntrico y, por ejemplo, no todos los ingleses somos Mr. Browning, el del nombre simbólico, director-capataz de empresa. Yo conozco y amo a España y quiero hacer constar que no fue George Borrow el único de mis compatriotas que la recorrió a pie y devotamente.

Empiezo por conocer palmo a palmo la cuna de Félix Lunar: ese pueblo de Aroche, enclavado en la sierra de su nombre, fronteriza con Portugal, escenario bravío de contrabandistas de pelo en pecho, y natural prolongación de la Sierra Morena del Tempranillo y de José María, el Rey de esos hombres libres a quienes se aplicaba el dictado de bandoleros.

El mismo Félix Lunar se sorprenderá al saber que el cerro de Andévalo no tiene para mí secretos. Hasta no se me han olvidado algunas estrofas con que lo cantó Manuel María Soto Vázquez, el onubense poeta revolucionario, ni tampoco las páginas que en excelente prosa castellana hubo de dedicarle el recio escritor alosnero Don Simón Cerrejón, autor de "El Anticlericalismo del Quijote".

Y, a propósito del Hidalgo de la Mancha, voy a declarar una cosa. En mis andanzas de Sierra Morena (alongadas tanto por la de Segura, al Este, como por la de Aroche, al Oeste), he descubierto, por fin, algo que me inquietaba: la verdadera razón que impulsó a Alonso Quijano a emboscarse en tan abruptas soledades. No fue, diga Cervantes lo que quiera, para esconderse de la Santa Hermandad, a raíz de la liberación de los galeotes; no fue tampoco para hacer amorosa penitencia al modo de Beltenebros. Nada de eso.

Sébase ya que Don Quijote se adentró en Sierra Morena en busca de Félix

Lunar, a quien presentía por aquellos andurriales o no muy lejos. Cuando el héroe cervantino trepaba de breña en breña y bajaba a los barrancos, creía ir en busca de Cardenio, el Roto de la Mala Figura; pero a quien en realidad buscaba el casi homónimo de éste, o sea el Caballero de la Triste figura, era a Félix Lunar. Y lo buscaba para estrecharlo contra su corazón y ofrecerle su fuerte brazo, su lanza y su espada. No nos quepa duda: de haberlo encontrado en el espacio y en el tiempo, Don Quijote habría cabalgado sobre Rocinante, lanzón en ristre, y los endriagos y vestiglos, follones y malsines de Riotinto hubieran tenido que habérselas también con el inmortal desfacedor de agravios y enderezador de entuertos, por si fuera poco vérselas con Félix Lunar. Y ya se hubiera encargado éste de que ningún Ginés de Pasamonte, merodeador de cabalgaduras, lo dejase a pie y en la estacada.

Inglés soy. Ni puedo ni quiero negarlo. Y a honra lo tengo, a pesar de los Mr. Browning. Pero a mi flema no le duelen prendas para reconocer el heroísmo del Quijote minero de Riotinto, aunque él y los suyos me hayan tenido ayer – y me tengan quizá hoy- por su natural enemigo. No menos inglés que yo, lo era Shakespeare y seguro estoy de que él hubiera escrito una tragedia española en el tono de "Fuenteovejuna" y con el argumento de "El Metal de los Muertos", de haber conocido las gestas populares de Riotinto y tan de cerca como yo las conocí...

Insisto en que no todos los ingleses nos llamamos Browning. Por otra parte, de los Browning van dando cuenta tanto y tanto Félix Lunar, luchadores en todos los climas. En efecto, desde los Gandhi a los Nasser, muchos Félix Lunar van arrancándole crines al viejo león británico. Tuve el triste privilegio de presentirlo cuando murió Rudyard Kipling, último poeta de nuestro imperialismo, y de confirmármelo cuando se retiró Winston Churchill, máximo Browning del Imperio. ¡Ay, la Historia es así, y mi orgullo de inglés no sabría impedirlo, ni menos negarlo!

Hace cuatro siglos, los antepasados de esos mineros de Riotinto se embarcaban el Palos y conquistaban palmo a palmo las Américas. Derrumbado a su hora el Imperio español, los descendientes de aquellos conquistadores de Ultramar hubieron de pelear a su vez, pero ahora en sus tierras propias, contra mis paisanos los Browning, conquistadores de nuevo cuño...

Es la ley biológica de los pueblos... Y los Browning saldrán de España como los españoles salieron de América. La lucha de Riotinto no ha terminado. Don Quijote vería hoy aun bastantes endriagos y malandrines encastillados en los muchos Riotintos y Gibraltares de España, unos con una bandera extranjera y otros con otra no menos extranjeriza. Pero los Félix Lunar que surjan, sabrán ver que no sólo esos Browning son el enemigo. Ginés de Pasamonte sigue ahí, siempre traficando en burros, en minas, en sangre humana y en otras muchas cosas. Sin los Gineses, no se darían los Browning... Mas, aunque Ginés se disfrace de Maesse

Pedro, Don Quijote sabrá echarle por tierra el retablo y descabezar lo mismo al rey Marsilio que a los moros de Sansueña. No faltarán, no, los nuevos Quijotes y los nuevos Lunares que en plazo más o menos breve rescaten a Dulcinea.

Yo lo veré o no lo veré, pero ya lo doy por hecho y rematado, tal como estas cosas se van fatalmente haciendo y rematando. Muchos pueblos están aprendiendo bien los términos de la más dramática de las alternativas y ya se atienen al polo positivo de la misma:

To be or not to be (Ser o no ser).

Como por casualidad, son palabras de un tal William Shakespeare, mi compatriota.

Henry CLAY

FÉLIX LUNAR, LUCHADOR

Entre los episodios huelguísticos que registran los anales de las grandes luchas sindicales españolas, ocupa lugar muy destacado la primera huelga general decretada en 1913 por 30.000 mineros del cobre, contra la Empresa "Riotinto Company Limited", una de las más poderosas compañías mineras del Mundo, en aquella fecha.

Puede asegurarse que, hasta 1913, fue dueña y señora absoluta de vidas y haciendas la poderosa empresa minera: parapetada en los Ayuntamientos y Juzgados de la región, en la que se encuentran diseminados treinta pueblos y aldeas, y en las instituciones oficiales de la capital de la provincia: Huelva; defendida por un ejército policial, asalariado por ella: el Cuerpo de Guardiañas, dirigido por el fatídico Zapata; con la colaboración directa de importantes Secciones de la Guardia Civil de infantería y escuadrones de caballería y, en algunas ocasiones, por el propio Ejército Español, como en 1888, fecha en que ahogó en sangre las aspiraciones libertarias del Pueblo, realizando la matanza colectiva de más de cien mineros y campesinos, lo que le permitió aplicar impunemente la política de látigo, practicada personalmente por ingenieros y capataces ingleses; llegando a imponer la enseñanza protestante en las escuelas, enfrentándose con los humildes párrocos católicos de la región, a los que persiguió tan sañudamente como a los mineros.

Empleando semejantes procedimientos inquisitoriales, "Riotinto Company", que adquirió las Minas en unos puñados de millones de pesetas, saldadas a plazos en diez anualidades; pagando a los mineros salarios de hambre; y utilizando los servicios auxiliares de mineros lisiados en el trabajo: mancos, cojos y tuertos, que retribuía con un jornal de dos pesetas y media, diarias; falseando las declaraciones del mineral que exportaba: (seis millones de toneladas cada año) para no devengar impuestos a la Hacienda española, en complicidad con los funcionarios encargados de recaudarlos, le fue posible asegurar un botín de más de cien millones de pesetas, en cada ejercicio. (Consúltese el Directorio Oficial Inglés "The Mining Manual" de los años 1910-1911).

La primera huelga general de los mineros de Riotinto, declarada en 1913, puso término a los privilegios británicos y a los sufrimientos de aquellos trabajadores; el Sindicato Minero de Riotinto, la fuerza obrera organizada, se impuso en toda la región; las mayorías de los Ayuntamientos, pasaron a ostentarlas los mineros;

el Sindicato, nombró los Jueces municipales y eligió el Diputado de la Jurisdicción para representarlo en las Cortes Españolas; se estableció el trabajo por jornada; aumentaron los salarios y los “anticipos en libreta”; y los precios del arranque de mineral, por “compañería”; rebajaron los precios de los artículos de uso y de consumo, en los Economatos de la Compañía; el Sindicato organizó una Mutualidad regional para la prestación de Servicios de Previsión social, que enfrentó con éxito al Servicio Médico-Farmacéutico de la Compañía, en cuya Mutualidad iniciaron las actividades profesionales, facultativos que llegaron a ser eminentes, como el notable otorrinolaringólogo, Doctor Acosta, que reside en México, y el llorado Doctor don Cristóbal Roncero, al que fusiló Franco porque durante su larga y benemérita vida fue un ferviente y desinteresado defensor de los mineros; y, por sobre todas las cosas, cesó la política del látigo y la siniestra persecución policial del Cuerpo de Guardiñas, que quedó desarmado, perdiendo, ante el Pueblo y ante la propia Compañía, la autoridad moral de que estaba investido; renaciendo, hasta en los más apartados poblados de la región minera de Riotinto, la más apreciada conquista del Hombre: la Libertad.

Durante cuarenta y cinco días consecutivos, permanecieron en huelga 30.000 mineros de Riotinto, alentados por sus mujeres, que fueron las verdaderas heroínas de aquella gran lucha; y, aunque se concentraron en la Mina numerosos Tercios de la Guardia Civil y batallones de Infantería del Ejército Español (alrededor de 10.000 hombres, armados hasta los dientes) no se produjo ningún encuentro entre la fuerza pública y los huelguistas. Tan grande y tan elocuente fue el éxito conseguido por los mineros que, al ser firmadas las Bases que pusieron fin a la huelga, los pueblos de la región, desbordados de entusiasmo, hombres, mujeres y niños, pasearon en hombros, entre flores y palomas y arcos de follaje que los engalanaban, al Coronel de la Guardia Civil, señor Miralles, y a los miembros de la Comisión de Huelga, que llevaron al triunfo a los valerosos mineros.

Entre los que fueron objeto del desbordado fervor popular figuraba el autor de “A Cielo Abierto”: Félix Lunar, que luchó heroica y denodadamente en las trincheras avanzadas, al servicio del ejército de los humildes, del que sigue formando parte, bajo los deslumbrantes rayos del sol de la Libertad y de la Democracia, que iluminan el camino de la Emancipación de los Pueblos.

“A Cielo Abierto”, es otro rayo de luz libertadora, que nos marca el camino a seguir; y otra prueba alentadora de que, bajo las cenizas del fuego del ayer lejano siguen chisporroteando los rescoldos inextinguibles del Ideal.

Eladio FERNÁNDEZ EGOICHEAGA

ÍNDICE

Retrato del Autor, por Alfonso Camín	93
Palabras Preliminares	95
Salutación	97
I La infancia	99
II La adolescencia	115
III La juventud	127
IV La madurez	139
V La mina	161
VI La huelga	183
VII La lucha	195
VIII La cárcel	211
IX El desierto	233
Un juicio insólito. Palabras de un inglés	239
Félix Lunar, luchador	243

TEXTO DE LA PORTADA DE LA EDICIÓN ORIGINAL

Walt Witman, el gran bardo norteamericano, poeta de la libertad y el progreso, cierra uno de sus cantos con estas palabras:

*Camarada, esto no es un libro.
Quien vuelve sus hojas, toca un hombre.*

Ahora bien, del libro de Félix Lunar, de este escritor nacido a las letras a los setenta y seis años de edad y que no es lo que comúnmente suele llamarse un escritor, puede decirse lo mismo que del libro de Witman. Aquí hay, en efecto, un hombre. Y un hombre de los que entran cada vez menos en platillo de balanza.

Nosotros, que hemos leído infinidad de biografías, casi todas de personajes de histórico relumbrón y escritas por literatos famosos, cuando no por los mismos inmortales biografiados, confesamos que pocas de ellas nos han suscitado tanto interés como ésta de Félix Lunar, la del hombre que vivió, trabajó, creó, se instruyó a sí propio, siempre “a cielo abierto”.

Pastor montaraz en su dura y desvalida niñez; obrero agrícola en su adolescencia; líder campesino en su juventud; líder minero en su madurez; luchador de tremenda energía en el campo y en la mina, en la persecución y en la huelga, en la cárcel y el destierro, nos sorprende hoy como escritor valiente y ameno, conciso y agudo, de los pocos que saben pintar un personaje con una sola pincelada, un paisaje con un par de trazos y una situación con cuatro palabras definitivas.

En estos tiempos, cuando vemos la corrupción enseñorearse de los medios obreros y pudrir lideratos, masas y orientaciones, nada más aleccionador que la lectura de “A Cielo Abierto”; en especial, los capítulos

dedicados a Riotinto, eterna ignominia del Estado español, que vendió por 93 miserables millones de pesetas el mas rico trozo del terreno nacional, a una compañía extranjera; Riotinto, sí, ignominia cuyo reverso honroso lo constituye la magnífica rebeldía de los mineros del cobre, dirigidos por el líder honesto y de voluntad titánica que fue –y que sigue siendo, por fortuna- Félix Lunar.

Pueda este volumen, al mostrar a las nuevas generaciones cómo se luchaba “a cielo abierto”, servir de ejemplo quizá provechoso.

Este libro se terminó de imprimir
en la imprenta "Manuel León Sánchez"
sociedad cooperativa
de México,
el día 12 de octubre de 1956.

FOTOGRAFÍAS

